



RAMBHÁ

LA APUESTA FINAL



Anabel García

Primera edición: Marzo 2016

2016©Anabel García.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright.

Printed in Spain - Impreso en España.

ISBN: 978-84-608-6182-9

A mis hijos: no podría respirar sin vosotros.

Cada momento de alegría os lo debo.

Os amo con todas mis fuerzas.

Agradecimientos

A mis "Solo Tuyas": nenas, sois mi motor cada día, ¡Os quiero! Gracias por tanto...

A mi media naranja, el amor de mi vida, cada día te quiero más, eres el protagonista de mi vida.

A mis padres y hermano, gracias por estar siempre ayudándome, sin necesidad de pedirlo. Sois un privilegio.

Y a ti, mi querido lector...

¡¡¡¡Gracias de corazón!!!!

Prólogo

«Hay quienes cuentan que el amor fue un invento de Rambhá. Ella era la más bella de todas las diosas. Se dedicaba en sus ratos libres, que eran muchos, a ponerle un final feliz, o triste, a cada historia de amor, a amenizar una relación con toques de pasión o celos, y a cautivar a los amantes para que cayesen en sus irresistibles redes. Y así ella pasaba la vida, regalando amor por doquier a unos y otros.

Pero a todo cerdo le llega su San Martín, y hasta la propia diosa cayó en dichas redes, viviendo su apasionada historia de amor, una historia de amor divina, que ya quisieran muchas y fue, nada más y nada menos, con el mismísimo dios de la guerra. Ella siempre estuvo locamente enamorada del hercúleo, apuesto y valiente Ares. Él era su debilidad, su capricho y su amante. Dicho de otro modo, él siempre fue su VERDADERO AMOR.

Rambhá fue capaz de ablandar esa brutalidad que él poseía y convertirla en ternura, ya que cuando Ares tenía entre sus brazos a la diosa se apaciguaba su sed de sangre. Fue entonces, cuando estos dos dioses se unieron, lo que provocó que surgiera una fuerza nueva sobre la Tierra: la pasión en la guerra. Forjando así su destino, al estar unidas sus fuerzas para siempre, por mucho que los demás intentasen separarlos. Y es precisamente por este motivo, por lo que no se puede ignorar el arrebató violento del deseo de los amantes más pasionales.

Así, la diosa del amor y Ares fueron la pareja perfecta y los más envidiados del Olimpo, puesto que se pasaban meses enteros retozando en su lecho. Los dioses envidiaban a Ares; y las diosas, ninfas y musas envidiaban a Rambhá.

Pero la felicidad nunca es eterna, ni siquiera para los dioses, ya que este amor estaba prohibido. Uno de los escándalos más sonados del Olimpo fue cuando el marido de Rambhá, con el que se había casado por pura conveniencia, los descubrió en una de sus apasionadas noches.

El marido agraviado, para vengarse de los amantes, y sobre todo por envidia a Ares, los expuso desnudos en público para que se dieran cuenta de que lo que habían hecho estaba mal. Cosa que no ocurrió y que sirvió para unirlos más, si cabe.

Entonces todos los dioses comprendieron que no son controlables ni el amor ni la guerra, que la fuerza del deseo era imparable y que no había ninguna ley en el mundo que pudiese regir los sentimientos. Por eso, por más que todos lo intentasen, jamás podrían separarlos.

Y así, la historia de amor de estos dos dioses continuará eternamente, hasta el fin de los tiempos».

«Ningún hombre tenía permiso para mantener relaciones sexuales con las guerreras amazonas, muy preparadas en las artes bélicas. Ellas eran crueles y despiadadas, conocidas como “vencedoras de hombres”, aún así, todas adoraban a Ares».

La Ilíada. Homero.

A estas horas de la noche, un domingo, y de vuelta a Madrid, la A6 está colapsada de coches, prácticamente estoy parada en medio de un atasco. «¡Mierda!», me digo a mí misma. Pego un puñetazo en el volante negro de piel, haciéndome más daño que otra cosa. Me tiemblan las piernas de los nervios, hace rato que perdí de vista el Lamborghini color rubí que me perseguía. «¿Dónde se habrá metido?». Miro constantemente hacia todos sitios.

Tengo la extraña impresión de que no se ha perdido, ni mucho menos se habrá dado por vencido. Intuyo que en cualquier momento aparecerá en mi campo de visión, lo que me produce un estado de ansiedad de campeonato. Deseo con todas mis fuerzas que eso no ocurra. ¡Ahora mismo sería capaz de atropellarlo! ¡Unas cuantas veces además!

Me siento como una pequeña conejita atrapada en una minúscula jaula, mientras el tigre gigantesco merodea entre las sombras, sopesando cómo devorarla.

«¿Pero dónde está...?!».

Es esta sensación de encarcelamiento la que me está matando. Descubro de pronto a mi derecha un desvío. «¡Ahora o nunca!». Pego un volantazo brusco para abandonar la autovía cuanto antes y, junto a ella, ese taponamiento insufrible.

Todos los coches, que están a mi alrededor, pitán enloquecidos cuando hago la salvaje maniobra, y me increpan, pero me da igual. Finalmente consigo salir de ese desasosiego, que era lo que pretendía, aunque me hayan llamado de todo.

Parece que retomar la velocidad me tranquiliza. Voy a dar un rodeo a la ciudad bastante importante, pero no me importa porque lo que necesito es desaparecer.

«Y hablando de desaparecer, ¿dónde voy?».

Si voy a casa me encontrará, ya que será el primer sitio donde me busque. Aunque con no abrirle la puerta tendría bastante, pero creo que

mis vecinos no opinarían lo mismo y tendría que terminar abriéndole. Por lo tanto, esa opción no me gusta. Fuera.

Si voy a casa de Emma, será el segundo sitio donde busque... ¡Un momento! Él no sabe dónde vive Emma porque el que estuvo allí fue Jairo, no Ares. Tengo unos minutos de ventaja, lo justo para que Emma me ayude a pensar con claridad, hasta que él le pregunte a Cristian si sabe algo. ¡Genial!».

Acelero con una nueva esperanza en mi cabeza, que ahora mismo no logra pensar en otra cosa que no sean siete mujeres desnudas. ¡Lo odio!

Para terminar de rematar el estado de euforia asesina, que me embarga, hace rato que el disco completo de Smash de Offspring suena a todo volumen, taladrando mi cerebro. El equipo de música se ha encendido misteriosamente, y no encuentro la forma de apagarlo, por todo esto ¡estoy sumida en modo destroy total!

Acabo de aparcar en la plaza de Santa Ana. Finalmente he tardado más de una hora en llegar, ya que me he dedicado a inventar rutas alternativas para acceder al centro, cosa que me ha salido fatal, así que he terminado comiéndome el atasco como todo hijo de vecino.

Salgo del coche a toda prisa, porque probablemente tenga algún tipo de dispositivo que le informe al degenerado, que me persigue, de dónde me encuentro. Ni siquiera cierro las puertas, entre otras cosas, porque no sé, las cerré antes con la agitación de la huída sin saber cómo y ahora mismo se han abierto solas. Misterios de la vida...

Cuando ya me encuentro corriendo hacia el portal de Emma, me detengo en seco en medio de la plaza y una sonrisa enorme se dibuja en mi cara... ¡Idea!

Corro velozmente en dirección contraria y me dirijo de nuevo hacia el deslumbrante Lykan. Me siento en el asiento del conductor. Lo arranco. Meto la marcha hacia delante, piso el acelerador a fondo y antes de que me dé tiempo a sopesar las consecuencias, el coche sale disparado hacia delante, directo al edificio de enfrente, con las puertas abiertas de par en par...

¡Todo un espectáculo!

Siento cómo la adrenalina recorre mis venas y bloquea mi cerebro. Solo soy capaz de observar cómo la pared está cada vez más cerca, pero en el último segundo, como si alguien me despertase del estado de pánico... ¡Salto del vehículo en marcha!, rodando por el suelo violentamente. ¡Como en las películas!

«¡Vaya leche me he pegado!» pienso cuando por fin me detengo, tumbada boca arriba sobre el suelo frío de la plaza.

Me incorporo como puedo. Me duele hasta el pelo, pero no me da tiempo a lamentarme, porque un estruendo capta de inmediato mi completa atención.

¡Un precioso Lykan negro acaba de estamparse contra el edificio...!

Es lo bueno que tienen los coches automáticos, que convierten las venganzas contra novios que poseen un harén en una tarea bastante fácil de realizar.

—¡Jódete, cabrón! —me sale del alma, mientras admiro mi obra maestra. De pronto, ya no me duele nada.

Son las 23.00 de la noche del día antes de Navidad, por lo tanto, no hay prácticamente nadie por la calle y los pocos transeúntes, que deambulan por aquí, corren a ver si alguien está atrapado en el interior del amasijo de hierros en el que se ha convertido el pobre automóvil.

Solo de pensar en la cara que va a poner cuando vea su coche destrozado, me parto de la risa. ¡Olé, ahí está mi espíritu navideño!

—¿Estás loca?! —Emma abre la puerta asustada, porque en vez de llamar al timbre como una persona normal, lo he aporreado.

—Emma, necesito asilo en tu casa.

Me mira incrédula, todavía apoyada en la puerta, porque no reacciona. Creo que estaba dormida.

—¿Qué es lo que has liado esta vez? —musita adormilada, intentado enfocarme.

Las sirenas de policía resuenan a lo lejos. Nos miramos una a la otra. Enseguida, ella comprende que esas sirenas tienen algo que ver conmigo y que este asunto es de suma importancia, entonces se apresura a cogerme por el brazo, introduciéndome en su casa de un tirón.

Emma ha rellenado ya cinco veces su copa de vino.

—Entonces, a ver... vamos a centrarnos. —Se toca las sienes con sus dedos, cierra los ojos, respira profundo, vuelve a abrir los ojos y me mira muy seria—. ¿Me estás diciendo que Ares y mi novio son los fundadores de un club en el que apuestan para ver quién se tira a una tía?

—No es así exactamente, pero más o menos esa es la idea. —Ahora mismo no le voy a explicar todas las normas del club, bastante tiene la pobre con asimilar lo de Cristian.

—Sabes que le voy a arrancar los huevos por no contármelo, ¿verdad?
—Me apunta con un dedo.

—¡Ajá! —Asiento. Ojalá sea literal.

—Por lo cual, debe de haber alguna razón de peso por la que hayas decidido contármelo. —Agudiza la vista.

—Elemental, querida Watson —intento quitarle hierro al asunto.

—¡Me estás cabreando, Keira, suéltalo ya! —grita, desesperada—. ¡Y no pienses ni por asomo que para ti no hay nada, me lo has ocultado todo este tiempo! —Me amenaza con la copa vacía.

—¿Y qué esperabas? Te lo iba a contar la noche que fuimos al Palacio de Gaviria, pero me dijiste que teníais una relación abierta y que no te importaba, así que me mantuve callada —me defiendo.

—Ya hablaremos de eso después, ¡traidora! Ahora quiero saber qué te ha hecho salir despavorida de vuestro nidito de amor y empotrar un maldito coche de veinte millones contra un muro. ¡Joder, todavía no me lo puedo creer! —Sonríe al recordar el destrozo de acero que le he mostrado por la ventana.

—¡Eso no es nada para lo que le espera! ¡Lo odio! —Todavía no se me ocurre una venganza digna de semejante imbécil, pero tengo claro que será digna del mismísimo Ares.

—¡Cuéntamelooooo! —me grita, colérica.

—Me ha seducido todo este tiempo para conseguir que sea miembro de su harén particular. —Ni yo misma soy capaz de decirlo sin alucinar.

—¡¿Qué?! ¿Un harén? —Casi se le cae la copa de las manos.

—Después de pasar un fin de semana de ensueño en su casa, justo antes de despedirnos, me avisa de que me tiene que enseñar algo, que él considera insignificante, para poder continuar con nuestra maravillosa —énfatiso— relación.

—¿Y?

—¡Me ha invitado a que me una a sus fiestas de los domingos! —Todavía no doy crédito.

—¡¿Qué fiesta?!

—Han empezado a salir mujeres desnudas de las paredes, se han arrodillado como perras en el suelo y hacían lo que él les ordenaba. ¡Todas querían que las tocara! ¡Estaban salidas! ¡Fue horroroso!

—¡Qué hijo de puta! —«¿Me está pareciendo que Emma contiene la risa?».

—¡Primero se acostó conmigo para ganar una apuesta! Y después me inundó de palabrería barata para conseguir que creyera que se había enamorado de mí. ¡Pero el único fin era mezclarme entre sus «elegidas»!

—No entiendo nada. —Se desploma en el sofá.

—¡Pues anda que yo...!

Se levanta del sofá rápidamente y se dirige hacia su habitación. Entonces es cuando me doy cuenta de que Marcos no está en casa, porque va encendiendo todas las luces a su paso. Emma aparece de nuevo en el salón, se ha quitado el pijama, se ha puesto unos vaqueros viejos con unas deportivas y su abrigo rosa de plumas. Pero esos pelos de loca revelan que ya había estado metida en la cama antes de vestirse.

—¿Qué haces? —le pregunto, mirándola intrigada.

—¡Vamos ahora mismo al Ritz!

—¿Crees que te van a dejar entrar así? —Le señalo con asco su indumentaria—. ¡Péinate al menos!

—¡Oh, disculpe mi escaso decoro, señorita Amor! —imita la voz exagerada de pija, mientras gesticula, poniéndose la mano sobre el pecho a modo de indignación total—. ¡Pero una perturbada ha irrumpido en mi casa en plena madrugada, por lo que no he tenido tiempo para mi sesión de belleza...! —Esta voz ya no es de pija, más bien de camionera irascible. Permanece mirándome, muy seria—. ¡Esto es una alarma nuclear, coño, vámonos! —me grita.

Pepe nos deja en la puerta del hotel. Me pongo muy nerviosa al abandonar la seguridad del vehículo. Desde que me despedí, no he vuelto ni siquiera de visita y se remueven muchos sentimientos encontrados en mi interior.

Una histérica estampa-coches y una esquizofrénica con pintas de mendiga se plantan delante de la puerta del Ritz a las 2.00 de la madrugada. Obviamente, el vigilante, que es nuevo y no conozco, nos indica amablemente que no podemos acceder al edificio sin tener una reserva previa.

—¡Somos dos NTR con mayúsculas, Emma! —Me río, nerviosa.

—¡El director es mi novio, gilipollas, te vas a arrepentir de esto! —amenaza Emma, con evidentes signos de embriaguez, al musculoso vigilante, que la mira con cara de chiste.

Es verdad que mi amiga parece un tanto ebria. De hecho, no es que lo parezca, es que se ha bebido la botella de vino, escuchando mi insólita historia, y comienza a hacerle efecto ahora, consiguiendo que sus palabras suenen mucho menos creíbles.

—¡Kei! Dile quién eres, que se va a caer de culo... —lo amenaza la enana indignada.

El guardia de seguridad me mira expectante. Si a la historia del novio, le añadimos que soy la ex directora del hotel, creo que el muchacho se tirará por los suelos de la risa...

—Déjalo, Emma, volveremos maña... —Intento llevármela de allí, pero pega un tirón, zafándose de mi brazo.

—¡Y una mierda! —gruñe.

Saca su móvil del bolso y escribe rápidamente un wasap:

Emma:

«Si no quieres que todo Madrid se enderece de que pertenezcas a un club de gilipollas, ya estás bajando y dejándonos entrar Kei y míiiii, ¡el capnullo de ¡xseguridad no nos deja!... CABRONAZO...».

No se entiende nada del mensaje, pero pienso que Cristian captará de sobra la esencia del mismo, pues la palabra «cabronazo» deja más que claro el concepto principal.

En menos de un minuto, el mismísimo Cristian Ritz aparece ante nosotras en la puerta, ataviado con un impoluto traje de chaqueta azul marino, pero con la cara algo desencajada. Más bien está pálido.

El vigilante, al verlo, se torna más pálido aún. El director del hotel avanza hasta nosotras, haciendo el amago de acercarse cauteloso para dar un beso a Emma, claramente para tantear su grado de enfado. Es entonces cuando mi amiga le asesta una buena bofetada en toda la cara, lo que provoca que Cristian ladee el rostro y yo me lleve las manos a la boca...

Creo que el vigilante está a punto de desmayarse.

—¿Cuándo pensabas contármelo, imbécil?! —brama la miniatura de Conan.

Cristian nos mira a las dos. Sus ojos oscilan entre una y otra, indeciso. Finalmente decido hablar para aclarar su única duda.

—Lo sabe todo, Cristian, y yo también.

—Este no es el lugar idóneo para tratar el tema, acompañadme a mi despacho. —Cristian emplea un tono mucho más serio ahora. Nos deja pasar a nosotras delante, pero antes de entrar, Emma le hace un corte de mangas al vigilante. Al pobre muchacho le falta ponerse a llorar.

Una vez en el interior del Ritz, el director nos indica amablemente el camino hacia su despacho con la palma de la mano.

—Tomad asiento, por favor. —Cristian permanece en pie, con las manos metidas en los bolsillos.

Yo me siento, pero me temo que mi amiga está demasiado enfadada como para sentarse tranquilamente a escuchar la patética defensa que tenga que hacer este personaje.

¡Ya les vale!

Miro a mi alrededor, con las prisas ni me he percatado de dónde hemos entrado. Enseguida descubro que estamos en la sala donde mi querido señor Hunter me hizo aquella mítica entrevista, hace ya algo más de cinco años. No consigo tranquilizarme, por más que lo intento. Algo en mi interior me mantiene en alerta.

—¿Cuánto tiempo pensabas ocultarme lo de ese club? —Le apunta mi amiga con el dedo, furiosa.

Emma no ha esperado ni un segundo para la ofensiva.

—Cariño, tranquilízate, estás demasiado nerviosa...

«Oh, oh».

—¡Como me ponga demasiado nerviosa vas a ver de lo que soy capaz, Ritz! —Los ojos de Emma están inyectados en sangre.

Los hombres no terminan de aprender que esa frase no se le puede decir a una mujer enfadada, es como echar gasolina sobre el fuego.

—Antes de comenzar con el ataque, al menos deberías concederme una oportunidad para explicarme... ¿no crees? —Nunca había visto a Cristian contra las cuerdas, parece un gigante sumiso delante de un retaco chillón.

—¡No! ¡Esto no tiene explicación posible!

—Emma... —Cristian intenta hablar.

—Bueno, sí, solo una, ¡que eres un capullo integral! ¡Tú y tu amiguito! —Emma continúa despotricando y haciendo caso omiso a Cristian.

—Emma... —él lo intenta de nuevo.

—¿Los fundadores...?! ¿En serio? —Emma tiene los ojos llenos de ira y la vena del cuello hinchada. Me alegra estar en su bando, casi me da miedo hasta a mí.

—¿Hace tiempo que ya no estoy en el club! —Cristian eleva la voz para que Emma le escuche de una vez por todas, consiguiendo que nosotras dos nos quedemos patidifusas. No conocía esa faceta autoritaria suya, siempre es demasiado tranquilo—. ¡Lo dejé cuando te conocí!

Eso de «lo he dejado todo por ti» me resulta bastante familiar, lo que hace que se me encienda la bombilla y me dé cuenta de que todo sigue siendo una farsa. Creo que no pinto nada en esta discusión de pareja, no entiendo por qué Emma me ha obligado a venir.

—Eso lo discutiremos luego, tú y yo a solas, no creas que con cuatro palabritas románticas me vas a convencer. Hemos venido a aclarar el asunto de Ares con Keira, y vas a hablar, Ritz, o te juro que todo el universo descubrirá a qué os dedicáis vosotros dos. —A Emma no le tiembla el pulso, con lo canija que es, tiene completamente dominado a un hombre megapoderoso de dos metros.

—Creo que no soy la persona más adecuada para tratar este tema, ni tú tampoco, Emma, ellos dos ya son mayorcitos y serán capaces de hablarlo de una manera coherente y adulta, ¿no?

—¡Ese capullo la ha llevado a una sala con siete mujeres en pelotas! ¿Te parece que eso sea propio de una persona coherente y adulta? —Emma está fuera de sí y yo no consigo articular palabra. Sé que las cosas que me pasan a mí le duelen, incluso más, que las suyas propias, pero esto está siendo demasiado violento para mí.

Cristian baja la cabeza y se deja caer abatido en su asiento, y nos mira a las dos.

—Está bien, me rindo. Voy a demostrarte ahora mismo que puedes confiar en mí.

—¡Jamás volveré a fiarme de ti, gusano! —grita ella.

—Emma, no quiero dar espectáculos delante de nadie, pero creo que te estás pasando de la raya, esto ya lo habíamos hablado. A ti no te importó que me viera con otras mujeres, porque precisamente eso te daba la excusa perfecta para verte con otros hombres, ¿qué tiene de diferente que yo al hacerlo gane dinero?

—Lo que tiene de diferente es que me lo has ocultado, ¡yo también quiero estar en ese club!

¡Toma ya!

¡Salió el Gordo!

—¿¿Quéee?! —saltamos Cristian y yo a la vez.

—¡No cambies de tema! He dicho que esto ya lo hablaremos tú y yo. — Emma está a punto de reírse al ver nuestras caras de asombro, pero mantiene el tono irritado como buenamente puede—. ¡Vamos, canta, gallinita! Soy toda oídos, ¿qué pasa con Ares?

—¿Qué queréis saber? —Cristian sigue alucinando con su mininovia.

—Todo tuyo, Kei. —Emma se sienta a mi lado, ahora mucho más tranquila. Ya ha cazado al león y pone la presa a disposición del cachorro, o sea yo. ¡Qué absurdo me resulta todo esto!

—Ares me contó que perdió la apuesta conmigo —le taneo.

—Así es. Era la primera vez en su vida que perdía, y fueron muchos millones. Joder, todavía recuerdo la borrachera que se cogió la noche del aniversario del hotel. No se lo podía creer. Nadie daba crédito a que te hubieras negado.

—Todos los demás montaríais una fiesta a mi salud, claro. —No puedo evitar hacer este comentario, ya que los millones que Ares perdió se los embolsarían los pocos que apostasen que no lo lograría.

—Algo así, digamos que te has hecho más famosa en el club, incluso que él. —Pone una media sonrisa al recordarlo.

—Me aseguró que no iba a dejarlo nunca. —Esto es una pregunta-trampa, ya que lo que me dijo fue que lo había dejado todo por mí. Si se lo plantease así a Cristian, obviamente encubriría a su amigo, confirmándome que sí que es cierto que lo abandonó.

Aquí jugamos todos.

—Imagino que algún día renunciará, ya cuando yo me retiré había cosas que no nos gustaban entre los miembros. A ciertas edades, el cuerpo te pide un poco de calma. —Mira a Emma y le guiña un ojo.

—Verás la calma que te voy a dar yo luego, continúa —le ordena ella, Cristian suelta una carcajada. Estos dos son tal para cual.

—No me has contestado, Cristian —le increpo, atrayendo de nuevo su atención.

—De momento, no lo ha dejado. —Siento un calor repentino, que recorre todo mi cuerpo, y se concentra en mi estómago. Es furia, cólera, rabia...

Mi cara se vuelve roja de ira, no doy crédito. ¡Todo ha sido mentir! Pero debo disimular.

—¿Qué está intentando ahora? —pregunta Emma.

—No lo sé, Keira, de verdad. Yo le pedí que no jugase contigo. Cuando me enteré de que eras su nueva presa, intenté disuadirlo de todas las maneras posibles, pero no me escuchó. Se encaprichó contigo nada más verte. Pensé que se le pasaría, pero te has terminado convirtiendo en una obsesión para él. Pidió una prórroga de su apuesta, que se le concedió por ser la única vez en la que cumplía el plazo. Una vez que consiguió acostarse contigo en los Pirineos, recuperó su dinero, entonces pensé que te dejaría tranquila.

Acabo de confirmar que Cristian está mintiendo también. Ares me dijo que fue Cristian quien le había hablado de mí para la apuesta, y ahora me intenta convencer de que le quiso disuadir. Creo que esta vez es Cristian el que miente, pero es un as que, de momento, me quiero guardar bajo la manga. ¿Cuántas mentiras más habrá en esta historia?

Lo que no sabía es que Ares ya había recuperado su dinero. Interesante. Cada vez tengo más ganas de atropellarlo, tirarlo por un puente, estrangularlo, pegarle un tiro, lo que sea... ¡pero que sufra!

—¿Por qué le confiesa que la ama, que desea que sea su novia, la lleva a su casa pasando un fin de semana súper romántico y después quiere acostarse con siete mujeres más? —Con esta pregunta, Emma me saca de golpe de mis cavilaciones.

—Ares es un cazador nato, su apellido no es fruto del azar. En el club, algunos realmente piensan que es la reencarnación del dios de la guerra.

—¡Un momento! ¿Tú también te crees esa gilipollez? —lo interrumpe Emma con la boca abierta, señalándolo con un dedo acusador.

—Si lo conocieras, tú también lo creerías, nena. —Cristian se encoge de hombros—. Todos lo veneran. Ha luchado contra todo y contra todos, y jamás ha perdido una sola batalla. Cada vez le poníamos retos más complicados y nada se le resistía.

—¡Hasta que llegó... Keira! —Parece que Emma comienza a entenderlo todo.

—Hasta que ha encontrado su Rambhá —sentencia Cristian.

—¡Oh! ¡Qué bonito! —Emma me mira con lágrimas de emoción en sus ojos de color avellana.

—¡Y una mierda! —grito, encolerizada—. Lo único que ha hecho ha sido mentirme, desde el principio. Ahora no me vais a convencer de que todo esto es una historia romántica.

No puedo creer que mi amiga ya esté de nuevo en su bando, está loca.

—Rambhá nació por él y morirá por él, Keira. Es su única razón de ser. Cuando Ares se enamore, todo terminará.

—¿Y todas esas mujeres?

—Ellas son las que más le gustaban de todas con las que ha estado, la mayoría están casadas. Vienen hasta de otros países solo el domingo. Simplemente pasan un buen rato. No le des más importancia.

—¿Es un Amo de esos raros? —No sé por qué pregunto esto, pero lo hago.

—Que yo sepa no. Aunque lo que hagan de puertas para adentro ya... No es asunto mío.

—¿Ares es un Amo? ¡Como mola! —Emma está aplaudiendo en su silla. Le lanzo una mirada asesina y se queda quieta.

No consigo asimilar todo esto, mi cabeza va a explotar de un momento a otro, estoy hecha un lío. No me fío de Cristian y sé que en cuanto salga por esa puerta va a llamar a su amigo para contárselo todo. Me está intentando convencer de algo que es completamente inverosímil.

Me levanto de la silla, no quiero escuchar nada más. Por mucho que Ares me diga que yo soy el amor de su vida, me acaba de meter en un cuarto lleno de mujeres para que retocemos con ellas. No lo pienso perdonar nunca.

—Creo que ya no tengo nada que hacer aquí, os dejo para que podáis terminar vuestra conversación tranquilamente. —Me levanto de la silla para marcharme.

—¿Dónde vas, Kei? Vente a casa conmigo —me ofrece Emma, intranquila.

—No te preocupes, Emma. Vosotros tenéis algo de qué hablar, ya me encuentro mucho mejor, mañana te llamo. —Me agacho para darle un beso en la cara y salgo de la sala.

Espero que aclaren las cosas, aunque sé de sobra que a Emma no le supone ningún problema la existencia de ese club ni la pertenencia de su novio a éste.

El vigilante del hotel, al verme salir, me despide de una manera bastante efusiva, pero ni siquiera lo miro, paso de largo.

El frío de la noche hace que me detenga para abrocharme el abrigo.

De repente, escucho el chirriar de unas ruedas contra el asfalto al frenar de golpe. Levanto la vista rápidamente y veo un súper cochazo derrapar justo delante de mis ojos.

Jairo sale prácticamente corriendo de su Porsche, avanzando hasta mí a pasos agigantados, tipo vendaval. Lo observo atentamente, totalmente quieta, a veces se me olvida lo guapo que es este hombre.

—¡Keira! —Me abraza fuerte.

—Hola —respondo, con cautela, a su estrujón de oso. Aunque he de admitir que me reconforta, no sé a qué viene tanta efusividad repentina.

—¿Estás bien, pequeña? —Me separa un instante de su regazo para echarme una ojeada rápida y me vuelve a apretujar—. Si algo te sucediera, no me lo perdonaría nunca.

—Jairo, ¿qué te pasa? Estoy bi... —Me aparto a duras penas de su cuerpo.

—¿Te ha hecho algo ese maldito hijo de puta? —me interrumpe.

—¿A qué te refieres? ¿Tú qué sabes? —Es imposible que sepa nada.

—Te estábamos rastreando, Keira, perdí la señal cuando se chocó el coche contra el edificio, frente a tu casa. Subí a buscarte corriendo, pero tu apartamento estaba vacío. Pensaba que te había pasado algo... —Su expresión es de preocupación extrema, se toca la cabeza nervioso—. Ahora mismo, me dirigía a la central para que averiguasen dónde cojones estabas entre todos los hospitales de la ciudad. ¡Oh, Dios mío, qué alegría que estés bien! —Me envuelve de nuevo entre sus brazos.

No soy capaz de articular palabra alguna... En cuanto ha pronunciado la frase «te estábamos rastreando», me he bloqueado. ¿También me ha parecido escuchar que ha entrado en mi casa...? ¡¿Pero estamos todos locos o qué?!

—Keira, hace mucho frío y él te está buscando, vamos a un lugar seguro, tenemos que hablar. La operación se ha puesto seria. Debemos pasar a la siguiente fase.

—¿Qué operación? ¿Qué fase? ¡¡¿¿Cómo diablos has entrado en mi casa??!! —despotrico.

—Vamos, te lo explicaré todo en casa.

Me mira muy serio. Sus ojos color esmeralda me suplican que le obedezca y me da la impresión de que realmente estaba preocupado.

Me abriga con su chaqueta, rodeándome los hombros con su brazo, mientras me acompaña hasta el vehículo. Abre la puerta del copiloto, aguardando a que entre, pero no lo hago. Nos miramos.

—Por favor, pequeña, solo quiero tu bienestar y lo sabes.

Me rindo. Monto, cierra, dando un portazo, rodea rápidamente el coche y se sienta a toda prisa en su sitio. Mete la marcha y salimos disparados de allí.

Si el demonio nos persiguiera, que es bastante posible que lo esté haciendo, estoy segura de que no nos alcanzaría.

Yo continúo en shock, no sé lo que está sucediendo ni por qué. Todo ocurre demasiado deprisa. Tenía una vida monótona y aburrida, de la que disfrutaba enormemente, con mis preciados momentos de soledad, pero de repente todo se ha convertido en un caos que no me permite ni respirar, porque avanza a una velocidad vertiginosa.

Ninguno de los dos dice nada durante el trayecto. Lo miro un par de veces de reojo y parece pensativo, yo diría que más que pensativo, preocupado. Mientras tanto, yo intento poner orden al pelotón de ideas que se agolpan en mi cabeza.

Me torturan varias cosas. Pero sin duda, la que más me atormenta de todas ellas, es el gran desengaño amoroso que acabo de sufrir. Ese maldito hijo de su madre ha conseguido que confíe en él, para luego asestarme una puñalada traperera en pleno corazón. Pero... ¿por qué?

Ahora sí que estoy hundida, jamás volveré a creer en ningún hombre.

Lo que tampoco logro entender, por más que lo piense, es la razón por la que está haciendo todo esto. Si ya ha recuperado su dinero y lo que pretendía era simplemente poseerme entre todas esas mujeres, no necesitaba llevarme a su cama, ni hacerme creer que yo era especial, ni contarme todos esos rollos mitológicos. ¿Por qué lo hizo?

No creo que sea un psicópata y que lo haga por el mero placer de verme sufrir. Aunque tampoco lo descarto del todo... ¡Oh, por Dios!

Necesito respuestas, pero a la vez, no quiero escucharlas, me gustaría desaparecer de la faz de la Tierra justo en este momento.

El coche se detiene y mis pensamientos con él. Cierro los ojos un solo instante para intentar evadirme de aquella sala blanca de lujuria. Fijo la

vista en la casa de campo que tenemos frente a nosotros. He mantenido los ojos abiertos durante todo el trayecto, pero no he visto nada, bueno, en realidad sí... una mirada azul.

—Bienvenida a mi humilde morada, pequeña. —Jairo me deja pasar primera, mientras sostiene el portón de hierro.

—Este casoplón de humilde tiene poco. —Observo el interior de la casa, están todas las luces encendidas.

Avanzamos hasta el salón, es gigantesco. Está decorado de una forma muy tradicional, imitando el estilo rústico, pero claramente se ve que son muebles carísimos de diseño, los cuales pretenden ambientar otra época.

—Siéntete como en tu casa. Aquí estarás a salvo. —Me ofrece un vaso de algo caliente que hay sobre la mesita. Lo huelo, parece té, me reconforta inhalar el vapor.

—Gracias. —Doy un sorbo, siento cómo el líquido caliente va recorriendo mi faringe hasta llegar al estómago.

—No tienes que dárme las. Lo hago más por mi salud mental que por ti. No puedo ni respirar pensando que estás cerca de ese hombre, Keira. —Tensa la mandíbula.

Me quita el abrigo delicadamente, sin apartar sus ojos de mí.

—Siento no haberte hecho caso, debí tomarme tus consejos más en serio —declaro.

—Siempre te ha gustado desobedecerme. —Sonríe, tanteándome. Me conoce y sabe que no estoy del todo cómoda, debería contarme demasiadas cosas para que eso ocurriera. Pero ahora mismo lo único que necesito es dormir, descansar y sobre todo llorar.

—Jairo, estoy muy cansada, te agradecería enormemente que me dejases dormir en algún sitio, en el sofá...

—¿Cómo vas a dormir en el sofá? Ven.

Me coge de la mano, salimos de nuevo al pasillo, avanzamos un poco y subimos por unas escaleras de caracol que nacen en el vestíbulo trasero. Me suelta delicadamente de su mano para que no se sienta ofendido, pero lo suficientemente ágil para que sea consciente de que me estoy soltando a propósito.

Nos situamos frente a una puerta blanca. La abre.

—Esta es la habitación de los invitados, nunca la he estrenado.

La habitación es preciosa, una cama enorme con dosel está situada en medio de la gran estancia, todo está decorado en madera y tonos ocres.

—En serio, ¿nadie ha dormido aquí antes? —Sé que no tiene familia.

—Las visitas, que vienen, suelen dormir conmigo... —Se acaricia la nuca, mirando al suelo. Se encuentra incómodo.

—Entiendo. —Le sonrío, para que sepa que no necesito más detalles, tampoco me importa demasiado—. Gracias de nuevo, Jairo, eres mi ángel protector.

—No te imaginas lo que daría porque así fuese, pequeña —me da un casto beso en la frente—, descansa —me dice mientras se gira, para después marcharse por el pasillo.

Entro en la habitación, cierro la puerta tras de mí, con el pestillo, por si acaso. Me dirijo al baño, al verme reflejada en el espejo, evito dar un grito, ¡está negra y llena de magulladuras! Me lavo la cara a conciencia. Vuelvo a mirarme, esta vez parece que la sangre reseca ha desaparecido y los arañazos casi son invisibles. Esto ya es otra cosa, ahora solo se refleja en ella la tristeza.

Salgo del baño e investigo un poco el lugar. Abro el armario, está vacío. Busco en un par de cajones, nada. Aún así, abro un tercero, no comprendo muy bien la lógica de hacer esto, si no hay nada en dos sitios... ¿por qué ha de haberla en uno más? Pero, para mi sorpresa, descubro que hay un camisón.

No dudo en ponérmelo, parece nuevo, y si pertenece a alguien, me da igual, la verdad es que aquí no me apetece nada dormir desnuda. Me meto en la cama, me arropo hasta el cuello y ni siquiera recuerdo si lloro, o no, porque creo que me quedo dormida en una milésima de segundo.

Abro los ojos.

Descubro, soñolienta, que los rayos del sol son tan fuertes que iluminan cada rincón de la habitación. Deduzco que es bastante tarde por la intensidad de la luz. Enseguida soy consciente de que esta no es mi casa, qué inteligente soy ya desde por la mañana.

Me desperezco entre las sábanas tranquilamente, me incorporo y me dirijo perezosa a cotillear por la ventana. Solo hay campo, no se ven más casas por aquí cerca, está todo cubierto de hierba verde y pinos. ¿Dónde estaremos?

Miro al cielo, el sol está en lo más alto, cierro los ojos inmediatamente porque casi me quedo ciega. He descansado todo lo que necesitaba. Después de un fin de semana de sexo salvaje, culminado con una noche

de persecuciones de coches de lujo, mi cuerpo necesitaba descansar para poder retomar el control.

Me siento mucho mejor, al menos físicamente.

Decido salir a comprobar si Jairo anda por aquí. Como el suelo es de madera y está calentito, salgo sin zapatillas, solamente con mis calcetines de colorines.

—¿Hola? —pregunto, mirando por todas partes. Nadie me contesta. Imagino que todas las puertas que dan al pasillo serán habitaciones. Decido bajar, a ver si está en la planta baja.

—¿Jairo? —Entro sigilosamente en el salón, andando de puntillas.

—¡Feliz Navidad, pequeña! —escucho a mi espalda.

—¡¡Ah!! —Me giro rápidamente, sorprendida por sentirle justamente en mi nuca.

Entonces su imagen aparece ante mí, con un pijama de seda azul marino, el cual tiene la parte de arriba sin abotonar, por lo que me muestra su increíble torso desnudo, tan torneado, tan definido, tan duro, tan... «No toques, no toques» me repito mentalmente sin cesar. No recuerdo que estuviera así de bueno cuando estábamos juntos.

—¿Has dormido bien, pequeña? —pregunta sonriente al descubrirme mirando su abdomen. Observa mi camisón extrañado.

—Estaba en un cajón —le explico, bajándome el bajo de la prenda para tapar inútilmente más cuerpo, pero no parece darle demasiada importancia, seguramente ni sabía que estaba allí.

Ahora su mirada recorre mis piernas con lascivia.

—¿Has conseguido descansar? —Por sus gestos, deduzco que ahora él es quien se está diciendo «No toques, no toques».

—Sí, estoy como nueva —miento.

—Lo celebro, porque este día de Navidad va a ser un tanto peculiar. Necesito tenerte al 100 %. Aunque con esa indumentaria no creo que yo logre estarlo.

—¿Y eso? —Ya no me gusta tanto el plan.

—Porque me estás poniendo a mil...

—¡No me refiero a eso! —Le doy en el brazo y se ríe.

—Precisamos que participes en la misión. —No ha hecho ni siquiera una breve introducción. Sopesa mi respuesta.

—Un momento, ¡no pienso participar en nada! Solo quiero seguir con mi vida y olvidarme de todo esto. —Estoy harta de tantas emociones fuertes, yo no soy la que necesita todo eso de la adrenalina para darme cuenta de que estoy viva, yo lo único que quiero es acurrucarme con mi gato, en mi sofá, una semana o dos, para volver a estar en órbita. Así me sentiré súper viva.

—No tenemos tiempo para eso. Ven. —Me coge por el codo y me indica el camino.

Nos sentamos en el sofá, frente a la mesita baja. Una señora mayor aparece en escena, me saluda despreocupadamente mientras prepara un apetitoso desayuno para nosotros.

—No te privas de nada —le digo a Jairo mirando el succulento bufet libre que hay frente a nosotros.

—Me estoy privando de lo que más hambre tengo. —Me mira con ojos golosos, pero ni le contesto, ahora mismo no siento nada de piernas hacia abajo.

A mí lo que realmente me apetece es tomar un par de cafés dobles, necesito mi chute de cafeína, pero no me resisto a la tentación de probar los dulces.

—Quiero que seas consciente de la situación, Keira. Una vez que lo sepas todo, tú decidirás si quieres ayudarnos o no, ¿de acuerdo?

—¡No! ¡Me da igual la situación! —protesto con la boca llena de napolitana de crema.

—¿Ha intentado introducirte en su harén? ¿Sabes cuál es el motivo? Porque yo tengo la respuesta. —Clavo mis ojos en los suyos. Él me está estudiando atentamente. Ha dado justo en el clavo y lo sabe.

—Soy toda oídos. —Suelto la taza y los dulces sobre la mesa. Me cruzo de piernas sobre el sofá y sus ojos recorren, voraces, el camino de éstas.

—¿Hasta dónde sabes? —me pregunta, negando con la cabeza, intentando desviar su mirada de mis muslos.

—Creía que lo sabía todo, pero desde anoche ya no estoy segura lo que es real y lo que no lo es.

Se levanta del sofá, colocándose el paquete de la entropierna, necesita que le dé el aire. Deambula por el salón, con las manos metidas en el pantalón de su pijama, con lo que puedo observar el pedazo de cuerpo

que se gasta este hombre. Es impresionante. Qué ironía que ahora tenga mi corazón demasiado destrozado como para poder apreciarlo.

—Ares Hunter. 34 años. De origen mexicano. Nacionalidad doble. Residente en Madrid. Actividades legales conocidas: bróker financiero y administrador de varias empresas. Actividades ilícitas desconocidas: varias. Entre estas últimas, destaca la de ser fundador de un club secreto, conocido como Rambhá. De ahora en adelante, nos referiremos al susodicho como «el objetivo». —Se detiene y me mira.

—Sí, todo eso ya lo sabía.

—El objetivo perdió hace poco su primera apuesta, que por cierto, fue multimillonaria. Por este motivo, se especuló que iría a por la causante de dicha pérdida, para resarcirse de ello alguna manera. Pero contra todo pronóstico, el objetivo se alejó de ella.

—¡Un momento! —lo interrumpo, enfadada—. ¿Te importaría dejar de hablar como un maldito ordenador y explicarme bien las cosas? ¡Ya me he perdido! —Suspira, sé que hay algún extraño motivo por el que no quiere que entienda todo a la perfección, de lo contrario, me lo expondría mejor.

Pero claudica.

—Ares Hunter perdió la apuesta contigo, pero por lo visto, eso ya lo sabes. Todos pensábamos que iba a cobrarse dicha pérdida en carne, aunque fuese a la fuerza, y entonces le pillaríamos in fraganti cometiendo el delito, pudiendo al fin detenerle. Pero, para sorpresa de todo el equipo y la mía propia, lo que hizo fue desaparecer. Se alejó de ti. No supimos nada más de él hasta que apareció el pasado viernes en la puerta de tu clínica y después te fuiste con él a su guarida. —Me lanza una mirada de reproche.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Soy del CNI, Keira, nada sucede en este país sin que lo sepamos.

—Ya veo, pero no entiendo nada. —En serio, no llego a ningún sitio nuevo con todo esto, estamos dando vueltas sobre la misma historia, sin arrojar luz sobre nada en especial.

—Él solicitó al resto de socios del club una nueva apuesta. Doble o nada. Si gana, recupera su dinero. Si pierde, se verá sumido en la más estrepitosa de las ruinas.

—Eso también lo sé, ya ha recuperado su maldito dinero, porque finalmente me acosté con él. ¡Qué rabia! ¡Si es que soy idiota! —Me estoy tapando la cara con las manos del cabreo que tengo.

Sigo preguntándome por qué después de recuperar el dinero de esa segunda apuesta, me llevó a su casa y me dijo todas esas cosas tan boni...

—No lo ha recuperado —me interrumpe— aún.

—¿¿¿¿Qué???! —Mi corazón ha dejado de latir.

—Para lograrlo, tiene que conseguir que te sumes a su harén.

No veo nada más.

Solo recuerdo una palabrota muy fuerte flotando por mi mente.

Abro los ojos lentamente y descubro a Jairo delante de mí, un tanto pálido. Se ha cambiado de ropa, ahora va vestido con una camisa blanca, muy elegante y unos pantalones azules de pinzas. Sostiene un trapo mojado entre sus manos y lo pasa delicadamente por mi frente. Cuando se da cuenta de que estoy despierta, lo lanza por los aires y se apresura a cogerme entre sus brazos.

—¡Keira, qué susto me has dado!

—¿Qué ha pasado? —murmuro, todavía confusa.

—Te has desmayado. Lo siento, no debí decirte todo eso de golpe, debí haberte tanteado antes, pero pensaba que ya lo sabías y fui demasiado brusco.

Me incorporo como puedo para sentarme en el sofá, mientras él me sostiene, estoy muy mareada. Hago memoria... enseguida, el harén, Ares y todo lo demás cobra sentido. Esta versión de la historia sí que es más creíble y aquí sí que me encajan todas y cada una de las piezas, aunque la pieza central es la que más me atormenta... todo ha sido MENTIRA.

Por eso, necesitaba que me fiase de él por encima de todo. Ese era su objetivo. Si tenía mi confianza, conseguiría que accediera a unirme a la fiesta y, después de tal humillación, a saber lo que haría conmigo. Una vez recuperado su dinero, «hasta nunca bonita».

¿Cómo un ser humano puede jugar con los sentimientos de las demás personas de esa manera? ¿No tiene ningún tipo de escrúpulos ni compasión? ¿Cómo he podido estar tan ciega para creerme todas esas mierdas de amor entre dioses?

Siento ira, siento rabia, siento cólera, siento coraje, y siento una punzada en el estómago que no me permite respirar... Pero hay un sentimiento que destaca por encima de todos los demás. ¡VENGANZA!

¡Juro por lo más sagrado que le voy a hacer morder el polvo y suplicar clemencia. Voy a coger esa maldita lanza y se la voy a...!

Llaman a la puerta.

El timbre me saca bruscamente de mis cavilaciones sanguinarias. La señora mayor que nos ha servido el desayuno, se apresura a abrir. Al instante, aparecen en medio del salón cuatro hombres de unos treinta años, trajeados de arriba a abajo.

Jairo se levanta a saludarles, se estrechan la mano, no demasiado amigablemente, se nota que los cuatro respetan a Jairo, se distingue a la legua quién es el jefe. Cuando terminan de preguntarse qué tal está cada uno, todos dirigen su mirada hacia mí. Con disimulo, cada uno me va mirando las piernas.

—Caballeros, ella es la señorita Amor. Keira, éstos son los agentes Rodríguez, Mendoza, Pavelka y Castro, estarán a partir de hoy a tu servicio. —Según me va indicando los nombres, ellos van asintiendo con la cabeza. Son todos guapísimos, ahora que me fijo bien.

—Podrías haberme avisado para ponerme presentable, ¡estoy en pijama!
—Por Dios, siento tanta vergüenza como si estuviese desnuda. Me agarro la bastilla del camisón y tiro de él hacia abajo, para intentar inútilmente cubrirme algo más con él, ya que prácticamente se me ve el culo.

—Tú siempre estás más que presentable... —me dice Jairo, con un tono mucho más relajado del que usa con los Cuatro Jinetes del Apocalipsis.

—Si me disculpáis, preferiría ir a vestirme. —Paso por delante de todos ellos, señalando la planta de arriba.

—¡Agentes! —grita Jairo enojado. Me giro y me doy cuenta de que los cuatro desvían rápidamente la mirada de mi culo al suelo.

—No tardes demasiado, los chicos también tienen derecho a comer el día de Navidad con sus familias —me indica Jairo, un poco más condescendiente conmigo que con ellos.

Sus palabras provocan que sienta pena por ellos y me detenga en seco. Entonces, me giro y vuelvo a pasar por delante de ellos para ir hacia el sofá de nuevo. Desde luego, pensarán que estoy un poco loca.

—Está bien, venga, al grano. —Me siento en el sofá y me tapo como puedo con todos los cojines que encuentro a mi alcance.

—Tomad asiento, por favor —Jairo les señala con la mano las sillas que hay dispuestas alrededor de la mesa, donde ellos se sientan inmediatamente como corderitos mansos. Él se pone a mi lado, demasiado cerca, parece que intente taparme con su cuerpo para que no me miren demasiado.

—Está bien, Keira, el agente Pavelka es el que mayor rango ostenta después de mí y el coordinador de la misión denominada «Cazador cazado», imagino que adivinarás el motivo del nombre. Él te va a enumerar los detalles de dicha misión, ¿de acuerdo? Si no entiendes algo, pregunta.

—Sí, señor. —Mi tono de burla hace que los chicos intenten reprimir una carcajada y que Jairo me mire enojado.

—Esto es serio. —Sé de sobra que le encantaría sentarme encima de él y darme mi merecido, pero, afortunadamente, no estamos en ese punto.

—Lo siento. —Agacho la cabeza, conteniendo la risa.

—Adelante, Pavelka —ordena Jairo al chico más fuerte de los cuatro.

—La misión consiste en la infiltración del sujeto en la madriguera para poder cazar al líder desde dentro, conociendo así los planes futuros y el ámbito de actuación del objetivo.

¡Toma ya y se ha quedado tan a gusto!

Nos miramos un instante el agente Pavelka y yo. No he entendido nada, me he limitado a pensar «qué bueno está este chico», y por cómo me mira él, creo que ha pensado algo similar de mí. Le sonrío y le comento:

—¿Te importaría repetirlo en español? —Muevo la mano para restarle importancia.

—Lo acabo de hacer, señorita Amor —responde, intentando permanecer serio.

—Pues si vais a hablar así todo el rato, creo que sobro, no me entero de nada —le recrimino a Jairo, que sonrío al verme enfadada.

—Lo siento, pequeña, es que en el centro nos obligan a hablar siempre en clave, nunca se sabe quién puede estar escuchando, ni dónde puede haber micrófonos escondidos. Pero bueno, resumiendo, —se acerca más a mí y me dice al oído—: Necesitamos que te infiltres en el club.

—¿¿¿¿QUÉEEEEEEEE????

Me he levantado de mi sitio y ahora deambulo nerviosa por la estancia, solo de pensarlo me tiembla todo el cuerpo.

¡Uno me pide que me enrolle con él, junto con otras siete mujeres más, y el otro que me haga socia de un club porno!

¡¿Pero esto qué es?!

—Esto tiene que ser una broma... —voy murmurando.

—Keira...

—¡No me puedes pedir eso! —Parezco una desquiciada, ya me da igual que estos cuatro personajes me vean el culo.

—¿Keira, me escuchas?

—¡¿Pretendes meterme en el ojo del huracán para que hagan apuestas conmigo?!

—Kei...

—¿Crees que me voy a acostar con algún hombre por dinero? —lo interrumpo—. ¡Me estás faltando al respeto y no te lo voy a permitir! —Estoy delante de Jairo, que permanece sentado, gritándole desde lo alto y amenazándolo con el dedo, delante de su equipo.

De repente se levanta del sofá, me carga sin ningún tipo de esfuerzo sobre su hombro derecho y me agarra fuerte las piernas para que no pueda moverme. Mientras yo intento en vano patalear y gritar todos los insultos que se me pasan por la mente, que son muchos, él avanza tranquilamente por el salón.

—Está bien, chicos, id a comer con vuestras familias. ¡Feliz Navidad! —les despide Jairo mientras me sube escaleras arriba.

Ellos se marchan entre risas.

Me tira sobre la cama, el camisón hace tiempo que dejó de cubrir lo que debiera, pero aún así corro a taparme con él.

—Keira, te he visto miles de veces, no hace falta que te tapes, puedes estar tranquila, no pienso tocarte ni un pelo, si eso es lo que temes.

Miro a mi alrededor, indudablemente estamos en su habitación, porque es muy... él. Oscura y moderna, no tiene nada que ver con la decoración del resto de la casa.

—¿Qué problema tienes, Keira? ¿Todavía no te fías de mí? ¿Qué más tengo que hacer? ¿No te he demostrado ya demasiadas cosas?

—No tienes derecho a pedirme eso.

Se sienta al borde de la cama y me mira. Suspira.

—Ni siquiera me has dejado explicarte nada, has empezado a flipar, y a soltar un reguero de sandeces sin parar... ¿Realmente crees que

permitiría que ningún hombre te pusiera la mano encima? ¡Ya me cuesta asimilar que lo haya hecho ese malnacido de Hunter!

Lo miro indecisa, por un lado, me gustaría que todo esto no estuviera sucediendo y, por el otro, siento tanta curiosidad que no puedo evitar planteármelo.

—De ser necesario, los hombres con los que te «acostarías», es decir, tus presas, serían los agentes con los que acabas de conocer. Todo estaría escrupulosamente vigilado y por supuesto, no sucedería nada entre vosotros, pero todos pensarían que es real.

No digo nada, solo lo miro, pero me conoce bien, sabe que quiero seguir escuchando.

—El dinero para la fianza y las apuestas lo pone el CNI, de eso no tienes que preocuparte. Nadie debe conocer tu identidad, de eso se trata. Los miembros del club utilizan apodosos o seudónimos, tú harías lo mismo.

—¿Y Ares? Se negará en rotundo a que entre en el club, ninguna mujer es miembro.

—Tenemos un infiltrado dentro, no te preocupes por eso, es fácil convencer a la masa si sabes despertar su curiosidad. A la mayoría de los miembros lo que les despierta el apetito es ver a Hunter perder. Contigo dentro, le verán suplicar clemencia. ¿Crees que alguno se negará a eso?

—No lo veo factible. Él es el que da el visto bueno a todos los miembros.

—Él y...

—¡Cristian! —grito.

—¡Exacto!

—¡Sigue dentro! ¡Será cabrón! Nos ha mentado vilmente. Verás cuando se entere Emma... —estoy pensando en voz alta, indignadísima.

—Mejor que no se lo cuentes a la chiquitaja, así tendrás la excusa perfecta para que el señor Ritz traicione a su amigo, a cambio de tu silencio.

—¿Y qué ganas tú con todo esto, Jairo?

—Lo que gano es dismantelar a toda esa banda de sinvergüenzas.

—¿Nada más? —Sospecho que me oculta algo.

—En un primer instante lo hice por recuperarte a ti, pero me he dado cuenta que eso debe esperar, necesitas tu tiempo y ahora estás cegada por el embrujo de ese...

—No sé si podré hacerlo —lo interrumpo.

—Para eso vamos a entrenarte, Keira, estás en buenas manos, confía en mí.

—Hace tiempo que dejé de hacerlo, Jairo, y esto ya no tiene nada que ver contigo, tenlo claro.

—Entiendo. —Mira hacia otro sitio, apretando la mandíbula.

—¡Quiero venganza!

—Pues te prometo que la tendrás. Vas a ver suplicar a ese desalmado, porque tenemos un buen plan. —Estoy completamente segura de que culpa a Ares de que yo no le preste las atenciones que le gustarían, pero no es así, el único culpable es él, por abandonarme a mi suerte en aquel hospital. Yo jamás hubiera permitido que nada ni nadie me hubiese separado de él.

—Te escucho —le digo.

—Lo primero que debemos hacer es que crea que lo has perdonado y que todo está bien. Su plan para cazarte y meterte en su harén sigue en pie, tiene dos semanas de plazo todavía. Debe creer en todo momento que lo va a conseguir, ¿de acuerdo?

—Pero se me va a notar que no estoy siendo yo. Ahora mismo solo quiero matarlo, ¿cómo crees que lo voy a perdonar tan pronto? —«¡No se lo va a tragar! Me conoce bastante», pienso para mis adentros.

—Keira, tú solita has sido capaz de atrapar a ese cabronazo en tus redes. No voy a decirte cómo tienes que hacerlo, porque ya lo haces perfectamente, solo tienes que seguir igual, como hasta ahora.

—Lo intentaré. —Si es que solo de pensar que lo volveré a tener delante... ¡Me entra sed de sangre!

—Nuestro plan es engañarlo para que crea que lo va a conseguir y, el día que vayan a hacer las apuestas definitivas, le daremos la estocada final. Pero de momento, nos centraremos en el plan previo. Nosotros estaremos pendientes de todo, no estarás sola.

—¿Qué significa eso? No admito micrófonos ni cámaras ocultas, ¿eh? Mi privacidad no tiene precio, Jairo, me niego rotundamente.

Todavía tengo pendiente asumir que haya entrado en mi casa, cuanto más que me vigile las 24 horas. No.

—Está bien, ya veremos entonces cómo podemos hacerlo. —Jairo es muy inteligente y sabe que ya tenemos bastante con que haya aceptado, no me quiere agobiar ahora con los detalles mínimos—. Se pueden pinchar los móviles. Poner dispositivos GPS en los vehículos, también en alguna prenda de vestir o en un artículo que use habitualmente, para tenerlo localizado. De eso, ya nos encargaremos nosotros.

—¿Y después de todo eso? —pregunto.

—Tendrás tu venganza en bandeja, pequeña: Ares Hunter en la cárcel y arruinado. Así no podrá volver a jugar con los sentimientos de ninguna otra mujer, ni apoderarse de dinero ajeno. —He de admitir que la imagen de ese Ares desvalido y destruido provoca en mí una sensación de inmensa tristeza. Y el ser yo la causante de dicha imagen no me atrae lo más mínimo.

¿Se cumpliría así la leyenda de que la diosa del Amor es la causante de la derrota del mismísimo dios de la guerra?

«No pienso creerme yo también toda esa sarta de tonterías».

—Debes pensar en todo lo que está en juego. No solo te centres en tu objetivo, Keira, esta es una operación mucho más importante, estamos hablando de millones de dólares y delitos muy graves. Si conseguimos terminar con ellos, uno de los grupos más peligrosos del siglo XXI estará acabado, y todo habrá sido gracias a ti. No te quites mérito, pero intenta centrarte. La misión está por encima de nuestras rencillas personales. Va más allá de todo eso, ¿de acuerdo? Piénsatelo y me informas si podemos contar contigo. Pero no tardes demasiado, solo disponemos de quince días.

—¿Y si decidiera que no?

—Para serte sincero, estaríamos muy jodidos. —Me mira a los ojos y compruebo que dice la verdad.

—¡De acuerdo! Entonces, ¿cuándo empezamos? —le anuncio finalmente a un Jairo que se torna sonriente.

—¡Me acabas de hacer el mejor regalo de Navidad! —Se detiene pensativo y apunta—: Bueno, el segundo mejor, el regalo que me hubiese gustado es bastante más carnal que éste.

—Pues tendrás que conformarte con éste, soldado.

Sonríe y me tira la almohada. Nos reímos un rato los dos, parece que me he relajado bastante en estas últimas horas. Tengo miedo, pero estoy

dispuesta a terminar con toda esa panda de idiotas. Sobre todo, con el dios que los dirige a todos.

Cuando Jairo me deja en el portal de mi edificio, compruebo que no hay rastro del pobre Lykan, tan solo un color algo más oscuro en esa parte del muro donde se estrelló.

—Gracias por todo, rubio. —Cierro la puerta y me mira con el brazo izquierdo asomado por la ventanilla.

—Gracias a ti, preciosa. Te llamaré.

Acelera y el Porsche desaparece de mi vista.

Me apresuro a entrar en el portal. Tengo la extraña sensación de que alguien me observa, por lo que me obligo a pensar en otra cosa, como, por ejemplo, que hace bastantes días que no veo a Gólum. Aunque es muy independiente, ya que el agua y la comida le duran semanas, sé que me habrá echado de menos.

Entro en casa y, efectivamente, mi peluche blanco aparece corriendo por el pasillo, derrapando y todo, para recibirme efusivamente. De un salto ágil sube a mis brazos y comienza a ronronear entre ellos. Emite un «miauu» acusador, claramente me está echando en cara que no me haya dignado a venir, por aquí, en tres días, cosa a la que él no está acostumbrado. Le acaricio debajo de la barbilla para que se relaje y le hablo en un tono tranquilo, para que sepa que no ocurre nada malo. Parece que después de un rato, se ha serenado y decide deshacerse de mi abrazo, para irse a su lugar de la casa preferido, el sofá.

Hay veces que me gustaría ser como los gatos: «ahora me interesas, te hago unas carantoñas y consigo lo que quiero. Cuando ya me he aburrido de ti, me largo sin ceremonias ni remordimientos».

Jairo ha insistido en que fuese con él a una casa de acogida, para llevar comida y regalos a los niños más desfavorecidos en el día de Navidad. Está muy concienciado con la causa debido a su pasado, pero no he sido capaz de hacerlo. Lo único que me faltaba para rematar el día, era ver a todos esos pobres niños sin hogar. No podría superarlo. Por lo que le he prometido ir con él otro día, que esté de mejor ánimo. En mi estado depresivo, más que ayudarles, lo que haría sería ponerme a llorar como una magdalena desconsolada y no creo que semejante espectáculo fuese bueno para ellos.

Mi succulenta comida de Navidad la forma una lata de atún y un yogur caducado. No tengo nada más digno de comer en casa, mañana tendré que ir a hacer la compra.

Cuando busco mi móvil para escribir a Emma y ver qué tal le fue con su Cris cari anoche, que por cierto me las pagará todas juntas, descubro que no lo tengo. «¡Mierda! ¡Lo dejé todo en casa de Ares!», como salí corriendo de allí, ni me acordé de coger el bolso... ¿Y ahora qué?

Necesito relajarme. No me voy a estresar, al menos puedo concederme un día de tregua, ¿no? Mi salud mental lo pide a gritos.

Decido ducharme y lavarme el pelo. Tranquilamente. Sin prisas. Con agua bien caliente, saboreando el momento...

Cuando salgo, me mimo con masajes corporales y con mis cremas de azahar. Me pongo mi añorado atuendo casero, un pijama azul de Snoopy. Ahora mismo soy una nueva Keira, la renovada. Miro el mundo con otros ojos. Impensable que una sesión de belleza sea capaz de limpiarme el aura. «Mira, lo podríamos usar como eslogan del centro», pienso.

Pongo la cadena de música y busco Dónde estabas de Amaia Montero, me apetece escucharla justo ahora.

Dónde estabas cuando toda mi alma

Se partía en pedazos preguntando por ti

Cuando el frío me caló hasta en los huesos

Y un profundo silencio te alejaba de mí

Dónde estabas cuando todo mi tiempo

Se perdía en buscarte para hacerte reír

Cuando tantas noches desesperadas

Suplicaba a tu boca que mintiera por mí

Dónde estabas cuando todo acabo

Dónde estabas cuando el sol se durmió

Dónde estabas cuando toda mi alma se cayó del balcón.

Pongo una película cualquiera en la tele, total no la voy a ver. Me tumbo en el sofá, me arropo con mi mantita de vaca e intento echar una cabezadita, Gólum corre a meterse debajo de la manta también. Me quedo dormida abrazada a mi suave gatito.

El sonido del timbre del portero interrumpe mi apacible y bien merecido descanso. Me incorporo sobresaltada del sofá. Todavía estoy intentando recordar cuál es mi cometido en la vida... cuando vuelve a sonar el atronador telefonillo, y entonces sé qué era lo que iba a hacer al despertarme. Avanzo perezosa hasta el aparato, que suena una tercera vez.

—¿Quién es? —Mi voz de camionero resacoso hace su aparición estelar.

—Joder tía, medio mundo te está buscando, ¡abre! —La voz gritona de Emma me saca de mi mundo de unicornios rosas para traerme al crudo mundo terrenal.

Dejo la puerta abierta para no tener que esperar de pie hasta que suba y me vuelvo a tirar en el sofá. Suena la puerta al cerrarse y, en un instante, mi amiga aparece en el salón, con la misma ropa que llevaba anoche.

—Pretendes que muera joven, ¿verdad? —me regaña, enfadada, cruzándose de brazos.

—¡Feliz Navidad a ti también! —suspiro, medio dormida, sin hacerle caso.

—¡¿Dónde has estado?! Me dijiste que ibas a quedarte en casa, vine a ver si estabas bien y nada, ni rastro, ¡llevo toda la noche buscándote! — Pega un tirón de mi manta para destaparme, porque mis ojos se están cerrando de nuevo en plena bronca. Tanto Gólum, como yo, le echamos un mal de ojo.

—He estado en casa de Jairo, no tenía el móvil, lo siento mamá — refunfuño, soñolienta.

—¡¿En casa de Jairo?! ¿Así, de repente? —Lanza mi bolso al sofá de mala gana.

—¿De dónde has sacado esto? —Corro a coger mi móvil del bolso, está apagado, se habrá quedado sin batería.

—¡Vaya...! Vas a tener que contestar a mis preguntas, si quieres que yo conteste a las tuyas, querida —canturrea, mientras se deja caer en el puf que está frente a mí. La miro con cara de pocos amigos, es una chantajista nata.

—Cuando salí del hotel anoche, Jairo casualmente —recalco— pasaba por allí, me ofreció ir a su casa para estar a salvo del psicópata que me perseguía. No quise venir aquí para que el gilipollas número uno del planeta no me encontrase.

—Pues el gilipollas número uno, como tú dices, anoche de madrugada se presentó en el Ritz al borde del ataque de nervios.

—Muy bien, que le den.

—¡Keira, ni te imaginas cómo estaba! Juraría haber visto hasta lágrimas en sus ojos.

—¡Anda ya! ¡Eres una peliculera! Ese solo lloraría si viese caer la bolsa.

—Kei, descubrió el coche destrozado y lo primero que pensó es que tú estabas dentro cuando sucedió. Te estuvo buscando por todos los hospitales de la ciudad, hasta que finalmente vino al hotel. Me sentí obligada a contarle que estabas bien al verlo en ese estado.

—Podías haber mantenido viva su agonía... —exagero, teatralmente el drama, poniéndome una mano sobre el corazón y la otra sobre la frente—. Emma, no te equivoques, ese energúmeno lloraba por su coche, lo que me hubiese pasado a mí no le importaba lo más mínimo, créeme.

Mantengo en secreto la versión de que, en realidad, sí que le podría importar mi bienestar. Dado que si tengo un accidente, raramente voy a tener ánimos para entrar a formar parte de ningún harén y, por lo tanto, perdería igualmente esa apuesta millonaria. Me necesita vivita y coleando. ¡Vaya si le importa!

—Pues parecía realmente preocupado. Cuando le dijimos que estabas bien, cayó desplomado sobre la cama, me pareció que de repente envejeció cien años. No nos contó nada más, pero Cristian y él se hablaban con la mirada, y sus ojos denotaban una gran tristeza, Keira. No sabía que yo estaba enterada ya de todo lo relativo al club, por eso mantuvo lo ocurrido en silencio.

«¡Ay, amiga!, ojalá lo supieras todo, entonces tú querrías degollarle también» digo para mí.

—Está bien, no me importa lo más mínimo. —Cuando termino de decir esto, me doy cuenta de que será conveniente mentir a Emma también, cuantas más personas crean que hemos hecho las paces y que estamos verdaderamente bien, mejor para la tapadera.

—¿Y qué has hecho tú toda la noche en casa de Jairo? —Me mira acusadora.

—Dormir. —Me encojo de hombros.

—¿Me estás intentando convencer de que te vas a casa del tío más bueno del mundo, del que estabas completamente enamorada hasta hace dos días, después de que un idiota te haga sentir como una mierda, y que tú lo único que haces es ponerte a roncar? ¡No te lo crees ni tú! — Está muy enfadada.

—Emma, por muy capullo que sea Ares, no puedo evitar sentirme atraída por él, sabes que yo no soy tan... moderna —digo, con retintín— como tú.

—¿Eso significa que te has enamorado de Ares Hunter? —Emma acaba de levantarse de su sitio tan emocionada como si le acabase de informar de que le ha tocado la lotería.

«¿Y qué se supone que tengo que hacer ahora? Si se lo confirmo, me vendrá bien para el plan... y aparte, es la verdad, por mucho que me pese admitirlo. Si lo niego, no lo va a creer, ni yo tampoco...».

—¿Tú qué crees, enana? —lo intento por última vez antes de rendirme.

—¡Que síiiii! —Se pone a saltar por el salón, bajo mi atónita mirada.

—¿Podrías explicarme la razón por la que tu amiga te informa de que se ha enamorado de un auténtico capullo de mierda, el cual le acaba de destrozar el corazón, y tú te alegras? —le pregunto enojada. ¡No lo entiendo!

—Porque desde el día en que le vi, supe que estabais hechos el uno para el otro. —Está convencidísima.

—Emma, creo que eres demasiado fantasiosa para los demás y demasiado terrenal para ti.

—No es eso, es que no veo tan grave lo que ha sucedido, Kei.

—¡¿Qué?! ¿Ya te ha comido el cerebro tu querido novio?

—¡No seas tonta! Cristian y yo ni siquiera hemos tocado el tema, me puse tan cachonda pensando que perteneciera a ese club, que lo tuvimos que hacer encima de la mesa de su despacho nada más irte. Fue una urgencia... —Se parte de la risa.

—¡Oh, por favor! Eres lo peor... —Me tapo los ojos, la imagen de los dos montándose sobre la mesa revolotea en mi mente.

Pone los ojos en blanco y continúa.

—Tu novio mientras ha estado soltero se lo ha montado con siete mujeres y, antes de mandarlas a paseo, te pregunta si te quieres sumar a

la fiesta. ¡Por cierto, yo me sumaría! No veo el problema, ayer me pillaste en un mal momento, pero pensándolo fríamente, no es tan malo.

—¡Cállate! —Esta mujer me altera, no necesito esto ahora.

—Hubiera preferido que fuesen siete hombres, no te voy a engañar. De hecho, ya se lo he propuesto a Cristian, pero bueno, con mujeres tampoco está mal, ¡oye por probar...! Y si no te gusta, con decirle que no, es suficiente. Todo se puede negociar, Kei, no sabes si él está dispuesto a dejarlo por ti.

—¡Emma, no quiero ni pensarlo! La sola idea de verlo entre aquellas mujeres me produce náuseas. ¡Jamás compartiría lo que es mío! — Justamente después de pronunciar la palabra «mío» me doy cuenta de lo que acabo de hacer...

—¿¡Lo que es tuyo?! ¡Esto es mucho mejor de lo que me pensaba! ¡ME ENCANTAAA! —Salta por el salón como una desequilibrada mental, creo que va a chocarse contra algo.

—¡¡¡Shhhh!!!! ¡Cállate loca! ¡Estáte quieta, por Dios!

—Está bien, ya he cumplido mi misión, comprobar que estás bien. Si a eso, le añadimos que he descubierto que por fin estás enamorada, ¡¡¡y de Ares...!!! ¡Puedo irme a casa feliz! ¡Vaya regalazo de Navidad! —Se dirige hacia la puerta de entrada y se marcha, sin añadir nada más.

Prácticamente son las 21.30 de la noche. Cojo mi móvil y lo enchufo para poder dar señales de vida al resto del mundo. Mis padres se preocupan si pasan 24 horas sin decirles que sigo viva, y más cuando han pasado tres días... ¡estarán al borde de un ataque de nervios!

Lo enciendo y una foto de Ares aparece de salvapantallas. «¡Será manipulador!», la observo con detenimiento. No es ninguna foto de estudio o bajada de internet, se la ha hecho desde mi móvil mientras estábamos juntos, pero está tan arrebatador como si estuviera posando para un anuncio. Esos ojos, esos labios... Ni siquiera me da tiempo a mirarlo mucho, porque los avisos de que tengo un pelotón de wasaps, mensajes, e-mails y llamadas perdidas esperando, desvían mi atención.

Primero compruebo las llamadas, que me parecen lo más urgente. Lógica aplastante utilizada: Alguien a quien le corre prisa contactar contigo no te envía un wasap, ¿o sí?

Hay 780 llamadas perdidas de Ares Hunter, la última de hace cinco minutos.

—¡¡¡Que te den!!! —le grito al móvil.

Entro en el buzón de entrada de mi correo electrónico, voy por orden de prioridad. Pero todo lo que encuentro son consultas relacionadas con temas laborales, nada de vital importancia. Puede esperar.

Por último, miro los wasaps. Solo hay tres.

Ares:

«Entiendo que estés cabreada, pero al menos dame la opción de explicártelo».

«¿Y qué me vas a explicar? ¿Cómo haces para tirarte a siete tías a la vez?».

—¡Imbécil! —chillo al móvil».

Me veo tentada a borrarlo todo sin ni siquiera leerlo, pero la curiosidad hace que lea los otros dos wasaps restantes.

Ares:

«Keira, sabes que no podrás huir de mí, eres mi destino».

«La típica frase que hace que las mujeres babeen por él, ¿cuántas veces la habrá utilizado?».

—¡Gilipollas! —vuelvo a increpar al pobre móvil, como si fuera la fuente de todos mis males.

En mi estado, de enajenación mental, no estimo oportuno mirar un tercer mensaje, pero ya es solo uno, total, no creo que diga nada nuevo.

Ares:

«Te amo, joder».

¡OSTRAS!

El móvil se me cae de las manos y choca contra el suelo... Lo miro atónita, pues el pobre no tiene culpa de nada, pero las acaba pagando todas. Me tapo la boca con ambas manos, la cual no logro cerrar. Me he puesto tan nerviosa que me tiembla todo.

Obligo, inmediatamente, a mi mente a centrarme en la cruda realidad: «¡Todo es mentira!».

De ahora en adelante, ese será mi mantra, de lo contrario conseguiré volver a enredarme en su tela de araña.

«Está utilizando la artillería pesada, ¿quiere guerra? ¡La tendrá!».

Algo llama mi atención.

En la calle suena un bullicio poco usual. ¿Música? «Voy a ver de qué se trata». Soy una cotilla sin remedio.

Me pongo el abrigo, salgo al balcón y me quedo petrificada al descubrir la que hay montada en la plaza. ¡¡¡Casi me da un síncope cuando miro hacia abajo!!!

Las guitarras, guitarrones, vihuelas, violines y trompetas comienzan a sonar. Unos acordes demasiado familiares, pero con ese toque mexicano tan especial, seducen mis oídos. Diez mariachis, engalanados de arriba a abajo de charro con sus típicos sombreros mexicanos, que tanto me gustan, comienzan a cantar al unísono, mirando todos hacia mi balcón:

Nunca pensé

repetir la frase...

Una emoción tan fuerte como un tornado recorre mi cuerpo, la música embriaga mis sentidos, pero no me quiero dejar llevar demasiado, tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no llorar por la impresión.

Lo que termina de rematar la poca cordura que me queda es lo que aparece ante mis ojos, haciendo que mi corazón se detenga en seco.

El mismísimo Ares Hunter aparece en medio de todos ellos, como un rayo de sol en medio de la tormenta, cantando a voz en grito:

«Quédate por siempre a mi lado

es real lo que siento

mi vida lo aprendí cuando te conocí.

Yo que no creía más en esto

fue el poder de tu amor

lo que me hizo caer en esta fascinación

que me da tu amor»

¡Hasta cantar se le da bien por Dios!

No me he dado cuenta de que estoy llorando hasta que siento las lágrimas recorrer mis mejillas. Poco a poco, la gente que paseaba apaciblemente por la plaza, ha ido rodeando al elenco mexicano.

¡Todos corean nuestra canción con ellos!

Una inevitable sonrisa se dibuja en mi rostro cuando, de repente, Ares se pone a bailar solo, sosteniendo a una pareja imaginaria entre sus brazos, allí en medio de todo el mundo, sin apartar su mirada de mí. Baila como los ángeles, el condenado. Realmente es irresistible.

Cuando termina la canción, se pone de rodillas, con los brazos abiertos, mirando hacia mi balcón. Me doy cuenta de que, hasta arrodillado, parece el hombre más poderoso del mundo. Entonces me grita:

—¡Keira, he sido un auténtico idiota, perdóname!

La gente a su alrededor se emociona también y comienza a animarme desde abajo «¡perdónale!, ¡perdónale, Keira!». Esto es digno del Oscar a la película más romántica de la historia... Si respondo que sí, seguro que todos se ponen a aplaudir. He de admitir que me siento tan excitada.

Corro al interior de la casa y salgo de nuevo al balcón. Sin dudarlo, ni siquiera una vez, y sin que me tiemble el pulso, vuelco el cubo de la fregona, lleno de agua sucia, sobre mi apuesto galán.

—¡Me cago en la p...! —gritan los mariachis empapados, mientras corren a protegerse bajo algún techado.

—¡Hija de p...! —me insulta la gente a la que ha salpicado el agua también.

Pero la cascada ha caído de lleno sobre quien debía caer. Ares está empapado. Continúa arrodillado, mirando hacia abajo durante unos segundos. Creo que está intentando no volverse loco. Impasible, se levanta del suelo lentamente, permaneciendo en pie, sin moverse. Yo intento por todos los medios no tirarme por los suelos de la risa. Lo miro, inquieta.

—¡Feliz Navidad, fiero! —lo felicito, tan contenta, como si nada hubiera pasado.

Levanta la vista voraz. Puedo distinguir el rojo de sus ojos desde aquí, lo noto respirar con dificultad, parece un toro bravo, está tan enojado que me daría miedo tenerlo delante...

—¡Te arrepentirás de esto! —ruge.

Y desaparece de mi vista a pasos agigantados.

No ha pasado ni un minuto cuando suenan unos golpetazos en la puerta. Me pongo en guardia. La adrenalina hace que no pueda permanecer quieta, me quiero esconder en algún sitio, sé que va a entrar... Escucho sus gritos fuera.

—¡Ábreme ahora mismo, malcriada! —grita, enardecido.

Corro hasta la encimera de la cocina y cojo el teléfono, marco y llamo a la policía, informando de que un loco está intentando derribar mi puerta.

Tras cinco minutos de nervios, resonando los golpes sin parar, sin saber muy bien qué hacer, esperando a que la puerta caiga en cualquier momento, y aparezca un ser oscuro...

Todo cesa.

Me asomo por la mirilla para comprobar que no hay nadie en el rellano. ¿Se lo habrá llevado la policía? No ha sonado nada raro, ni siquiera una conversación entre ellos. No sé.

Cuando pasa un buen rato, por fin logro tranquilizarme al saber que ya no va a volver a aporrear mi puerta. Y mucho menos, entrar.

Entonces me tiro en el sofá llorando de la risa. ¡No consigo borrar de mi memoria la cara de Ares al caerle encima todo el agua!

Me duele la tripa de tanto reír.

¡Ya tiene todo el mundo mi regalito de Navidad!

¡Solo por esto ha merecido la pena todo lo demás!

Todo ha vuelto a la normalidad, dentro de lo que se puede denominar «normalidad» para Madrid en estas fechas navideñas. Luces por doquier, las calles engalanadas con miles de colores, Cortilandia, la Plaza Mayor con sus puestos de artículos navideños y bromas... Todo ello, acompañado de un sinfín de gente que se amontona por todos sitios. ¡Un caos!

Pero en lo que a mi vida respecta, ha recobrado la tan ansiada cordura que necesitaba, ya que han transcurrido un par de días desde todo lo acontecido y no ha sucedido nada raro. Por lo tanto, albergo la fugaz esperanza de que todo haya sido un sueño raro y yo continúe con mi vida, tan feliz.

La vuelta al trabajo mantiene mi mente ocupada. En estas fechas, tenemos sobrecarga de clientes y no me da tiempo a pensar en nada más.

Son las 22.00 de la noche. Salgo a la calle para dirigirme a casa, como siempre, cuando descubro a Jairo esperándome en la esquina. «Vaya, estaba durando demasiado mi calma» pienso. Está apoyado contra la pared, con la pierna flexionada y un pie pisándola. Lleva un abrigo de paño color gris oscuro, una bufanda color burdeos, pantalones marrones y unos zapatos del mismo color que la bufanda. Desde luego parece un modelo de la Pasarela Cibeles.

Levanta la vista y me mira travieso, su rostro se ilumina cuando me ve. Yo también me alegro de verlo, por lo guapo que es, porque me siento protegida junto a él y porque siempre me trae recuerdos agradables cuando lo tengo cerca. Pero su presencia también quiere decir que algo marcha mal o, al menos, que la cosa no va tan bien como debería.

—Ya era hora, pequeña —dice sonriéndome, mientras mira su reloj.

Avanzo hacia él.

—Tenemos muchísimo trabajo estos días —me excuso.

Nos damos un beso en la cara cuando llego a su altura.

—Llevo dos horas aquí plantado, estaba al borde del congelamiento —suena molesto.

—Si me hubieras avisado de que venías, te hubiera dicho la hora a la que iba a salir, el único culpable eres tú.

—Está bien, tú ganas. ¿Vamos a tomar algo?

—Estoy cansada, Jairo.

—Mañana es tu ingreso en Rambhá —me interrumpe—, hay algunas cosas que creo que deberías saber antes.

Un gran escalofrío me sacude todo el cuerpo al escuchar estas palabras. ¿Mañana?

De repente, mis piernas son dos flanes temblorosos. Parece que él se percata de mis miedos y corre a tranquilizarme.

—Ya está todo preparado. El infiltrado ha sembrado la expectación suficiente a nivel individual entre los miembros más influyentes, como para que todos los demás se mueran por aceptarte en el club. Aunque todavía no se sabe que eres una mujer. Esa será la sorpresa final.

—¿¡Qué?! Se van a negar rotundamente, Jairo —aseguro.

—Tenemos una jugada maestra esperándonos, ¿recuerdas? Hay que ir a ver a Cristian Ritz cuanto antes.

—Si debe ser antes de mañana, tendrá que ser hoy, además Emma me ha dicho que hoy no duermen juntos, me podría acercarse al hotel en un momento. —El pensar en tener a Cristian de mi parte, me tranquiliza bastante.

—Pues venga, que te llevo —se ofrece amablemente.

Jairo me deja justo enfrente de la puerta del hotel, ha insistido en venir conmigo para ejercer más presión, pero creo que se tomará mejor todo este asunto viniendo de una mujer despechada por amor, que de un agente agresivo del CNI que lo amenace, por lo poco o mucho que conozco a Cristian porque ya no sé a quién conozco realmente y a quién no.

Entro en el hotel sin problemas, el vigilante del otro día me saluda cordialmente. Seguramente, sus compañeros ya le hayan informado de quién soy yo. Además de reírse de él.

Me dirijo a la recepción con paso firme, los chicos que están en el turno de noche me reconocen al instante y me reciben muy afectuosamente. Charlamos durante unos minutos sobre cómo va el hotel y finalmente les pregunto por el director. ¡Qué fáciles son los hombres! Ellos me indican que el señor Ritz se encuentra en la suite, les pido que le avisen de que voy a subir, pero sin darles opción de réplica.

Las puertas del ascensor se abren en la tercera planta y me dirijo a la Suite Presidencial, donde Cristian se aloja cuando está en Madrid, lo que es bastante frecuente desde que sale con Emma. No la tiene en propiedad, porque es una de las habitaciones que más dinero hace ingresar al hotel, pero la ocupa durante prácticamente la mayoría del tiempo que, a efectos prácticos, es lo mismo.

Cuando llego a la altura de su puerta, ya me está esperando, apoyado en el marco, de brazos cruzados, el sonido de mis tacones me han delatado. Me detengo frente a él, nos miramos y hace un gesto para que pase.

—Buenas noches, Cristian. —Camino hacia el interior.

—Buenas noches, Keira. Disculpa mi indumentaria, pero ya estaba dormido y no me has dado demasiado tiempo de reacción. —Se refiere a que lleva puesto un pijama de seda negro, y no creo que le haga demasiada gracia que lo vea así.

—No te preocupes, podré vivir con ello. Precisamente no te he avisado para que no dispusieras de ese tiempo de reacción.

Paso al interior de la suite, hacia la parte donde está el salón. Conozco cada habitación como la palma de mi mano.

—Toma asiento, por favor. —Me indica la zona que tenemos frente a nosotros.

Me siento en una de las dos butacas de cuero blancas que hay junto a la mesa de mármol negra y él hace lo propio.

—¿Quieres tomar algo? —me ofrece.

—No gracias, he venido a hablar de negocios. —Él se sirve un vaso de agua de la jarra de cristal que hay sobre la mesa. Bebe.

Nos miramos fijamente. Estoy sopesando si decirle las cosas claras o mentirle. ¿Por dónde empiezo?

—Voy a ingresar en Rambhá.

¡Toma ya, de golpe, sin vaselina! Escupe el agua que acababa de tomar.

—Espero que estés de broma —dice divertido, mientras seca las gotas de agua con sus manos del carísimo pijama, como puede.

—Nada de bromas. He venido a decirte que serás tú el que admita mi solicitud.

—¿Y qué te hace pensar que accederé a tal cosa? —Ahora suena algo más enojado, pero intenta mantener la cordialidad.

—Accederás. En primer lugar, porque has mentido a Emma diciéndole que lo has dejado todo por ella, —se queda helado— ni te imaginas el disgusto que se cogerá mi pobre amiga al saber que sigues estando metido en semejante negocio —decido obviar la parte en la que «mi pobre amiga» me confiesa que precisamente le encanta la idea del club. Pero como aquí todos mentimos, pues que así sea.

—¿Serías capaz? Le harás un daño irreparable...

—Perdona —lo interrumpo—, el daño se lo harás tú. —Mira hacia la ventana, pensativo—. Y en segundo lugar, me debes un gran favor para subsanar que todo esto me haya sucedido, porque, aunque lo niegues, los dos sabemos de sobra que fuiste tú el responsable que propició que Hunter viniese a buscarme. —De nuevo, le pillo sin una respuesta oportuna. Se remueve inquieto en su asiento, parece nervioso.

—Para que yo pueda dar el voto de gracia debes contar con la mayoría simple de todos los miembros. Sabes que los socios nunca aceptarían semejante propuesta, de ningún modo admitirán a una mujer.

—Yo no soy cualquier mujer.

Se queda callado, me observa atentamente. No parecemos los compañeros que antes se llevaban tan bien, ahora mismo somos adversarios retándose uno al otro.

—¿Has presentado todas tus cuentas y declaraciones de hacienda, ingresado la fianza, mandado tus antecedentes policiales y el historial clínico? —Me mira, suspicaz.

—Todo —sentencio. Sin saber si es así o no.

Se reclina en su asiento y me observa atento.

—No te preocupes por nada Cristian, todo esto es asunto mío. Nadie debe saber que esta conversación ha existido, por el bien de ambos —le informo mientras me levanto de mi asiento.

—Nadie lo sabrá. —A él le interesa más que a mí, está claro.

—Entonces mañana, a las 19.30, cuento con tu aprobación.

—¿Mañana? ¡¿Tú eres «Rambhá»?! —me pregunta sorprendido, tocándose la mandíbula, nervioso. Se levanta también.

Me pilla in fraganti, pero algo me dice que debo responder que sí. Jairo me ha dicho que el infiltrado se ha encargado de hacerme famosa entre

los miembros, por lo que deduzco que ese es el nombre ficticio que me habrá puesto. Me maldigo a mí misma por no haberme ido, antes de esta conversación, a tomar algo con él para informarme de todo como es debido.

—Está bien, aprobaré tu solicitud. Pero espero que tengas un buen plan para que Ares no esté presente mañana en la votación, en cuanto te vea descubriré tus planes.

—Lo tengo, tranquilo.

Un farol tras otro... ¡La que voy a liar, pollito!

Me dirijo hasta la puerta, sin ni siquiera despedirme de él.

—¡Keira!

Me giro para mirarlo.

—¿Por qué haces esto? —parece dolido.

—Por venganza.

—Sabes que él realmente se ha enamorado de ti. No creo que se lo merezca.

—Sí, lo sé. —Vuelvo a girarme, pensando «está tan enamorado, que lo único que ha hecho desde el primer día es engañarme para ganar su apuesta y tú se lo has puesto todo en bandeja»—. Al igual que yo de él.

—¡Keira! Me gustaría que supieras que amo a Emma de verdad.

Ni siquiera lo miro. Me obligo a morderme la lengua para no fastidiar nada. Cierro la puerta y me largo de allí.

«¡Sabandija!» grito para mis adentros.

Por algún extraño motivo que no alcanzo a entender, decido salir por el jardín. Bajo las escaleras y atravieso el patio, pero justo cuando voy a atravesar el gran protón de hierro, alguien interrumpe mi paso.

Mi cuerpo se detiene en seco al captar su presencia. Se me congela la sangre y, con ella, mi cerebro. Mi olfato percibe su inconfundible perfume. Mis ojos reconocen su sombra en el suelo pero no soy capaz de mirar hacia arriba, ni de moverme, me he quedado aquí clavada.

—Vaya, vaya, vaya, ¿pero qué tenemos aquí? Si se trata nada más y nada menos que de la señorita Amor. —Su voz...

Cierro los ojos. Inspiro.

Abro los ojos lentamente, recorriendo con la mirada su cuerpo, va vestido de sport, con vaqueros, cazadora de cuero negra, gorro y bufanda grises.

Me pongo muy nerviosa, siento un cosquilleo que no puedo evitar en mi estómago. Por fin, le miro a los ojos y sufro un impacto brutal al encontrarme con su mirada penetrante clavada en mí. Produce millones de sensaciones en todo mi cuerpo, la mayoría de ellas bastante subidas de tono.

Lo esquivo para continuar mi camino, prácticamente como sucedió la primera vez que nos encontramos, justamente aquí. Y de nuevo, él me retiene, agarrándome por el brazo.

—¿Dónde te crees que vas? —Ay... esa voz.

—A mi casa, ya son casi las doce, demasiado tarde para Cenicienta — intento no tartamudear, ¿qué me hace este hombre?

—¿De dónde vienes tan tarde? —Su mirada se agudiza y echa un vistazo rápido hacia el interior del Ritz—. ¿No habrás estado con Cristian?

—¿No te fías de tus propios amigos, Hunter?

—No me fío ni de mi sombra —murmura entre dientes.

—Pues creo que ya soy mayorcita para hacer lo que me dé la gana, no tengo que dar explicaciones a nadie, ¡y menos a ti!

—¡Y una mierda! —gruñe cabreado.

De un movimiento certero, agarra mis muñecas con fuerza entre sus manos y me empotra contra la puerta de hierro que tengo a mi espalda. Lo que diferencia esta situación de la primera vez, es que ahora Ares no duda ni un instante en besarme. Devora hambriento mi boca, con gran maestría y, por mucho que intento evitarlo, logra seducirme y respondo a su beso envenenado.

¡Qué sed tenía de sus besos! Nunca me han besado así, es alucinante lo que provoca en mí.

Se aparta de mi boca con dificultad, sufriendo.

—Puedo perdonarte que me humilles en público, tirándome un cubo de agua, que huyas de mí, que destroces mi coche, que me lleve arrestado la policía, que me mientas... pero lo que jamás te perdonaría es que me engañases con otro —me susurra al oído.

—¿Pero los domingos sí que podría? —Esta pregunta le desconcierta.

Aprovecho que baja la guardia, para asestarle un buen rodillazo con todas mis fuerzas en sus partes nobles. Mientras él se agacha, me marcho corriendo de allí. No sé muy bien hacia dónde.

Salgo a la calle a toda prisa. Cuando llego al paseo del Prado, doblo la esquina y allí está aparcado el Porsche de Jairo, ¡menos mal, una vez más es mi ángel salvador! Corro hasta él y aporreo la ventanilla, abre apresuradamente la puerta, me monto de un salto y le grito:

—¡Corre!

No me pregunta nada, solamente arranca y salimos de allí a toda velocidad. No puedo evitar mirar continuamente por el retrovisor, esperando que el Lamborghini aparezca ante mis ojos derrapando por la carretera en algún momento, pero no lo hace.

Cuando vamos llegando a Sol, por fin respiro algo más tranquila. Jairo me dice:

—¿Te perseguía Satanás? —Sonríe.

—¡Peor que eso!

—¿Qué ha pasado? ¿Lo has conseguido?

Me obligo a pensar de qué puede estar hablando. Con la aparición de Ares, me he olvidado por completo de Cristian y del club.

—Sí, sí, sí... Cristian aprobará mañana mi candidatura.

—¡Toma ya! ¡Esa es mi chica! —Me acaricia la rodilla.

Decido dejarlo pasar, porque quiero pensar que se ha dejado llevar por el entusiasmo del momento.

—¿Dónde quieres que vayamos? —me pregunta.

—Yo me quiero ir a casa, necesito meditar para que mañana no sufra un colapso mental.

—Keira, te tengo que explicar todo el procedimiento. Mañana haremos una multiconferencia con todos los miembros antes de la votación y te van a cruzar si no sabes contestar bien a sus preguntas, debes saber lo que he dicho de ti y cómo...

—¡Un momento! ¡¿Lo que has dicho de mí?! —Estoy al borde de un ataque de nervios, me falta el oxígeno—. ¡¿Tú?!

—Sí...

—¿Tú también estás en Rambhá? —De pronto, el coche me agobia.

—Yo soy el infiltrado —lo dice como si ya lo tuviera que saber.

—¡Oh, Dios mío! —Me tapo la cara con ambas manos.

—Keira, alguien tiene que vigilar a esos cabro...

—¡¿Y tú también apuestas?! —lo interrumpo.

—¿Crees que si no apostase me dejarían permanecer dentro? Al que pierde dos apuestas seguidas, lo expulsan. Al que se salta las normas, lo expulsan. ¡Te expulsan con respirar! Es obligatorio ganar, al menos, una apuesta al mes. Por eso, quiero que hablemos, hay muchas cosas que todavía no sabes.

—Me dijiste que no tendría que acostarme con nadie.

—No te acostarás con nadie, pero ellos no pensarán lo mismo. Tus presas serán mis agentes, está todo bajo control. Cristian y yo tenemos mucha influencia en el club, con nuestros votos a favor de tus presas ficticias, los demás no dudarán en aceptarlas. No te preocupes por eso.

—¿Por qué tienes influencias tú?

—Digamos que he hecho... méritos —suena algo incómodo. Pero capto enseguida cuáles son los méritos que ha podido hacer para que toda esa panda de degenerados lo respete.

—Ahora sí que necesito una copa.

Entramos por las puertas de la discoteca Joy Eslava, en la calle del Arenal, número 11. Hasta 1981, fue el prestigioso Teatro Eslava, pero justamente el día después del Golpe de Estado, se inauguraba como discoteca. Los balcones del antiguo teatro se conservan a la perfección. Estas zonas se utilizan como reservados para personalidades importantes, desde donde tienen una vista privilegiada del escenario, en el que bailan sensualmente los gogós que tanto le gustan a Emma.

Enseguida, la música se apodera de todo. Las luces de neón me ciegan momentáneamente, hasta que mis pupilas se acostumbran a la oscuridad. No creo que podamos hablar demasiado tranquilos aquí.

Estamos en la barra, esperando a que nos sirvan mi whisky con Sprite y su ron con Coca Cola. Como la música atronadora no nos permite hablar, Jairo se acerca a mí para decirme que ha pedido un reservado para que podamos charlar tranquilos.

—Mañana haremos la videoconferencia en un despacho del CNI, lo han decorado con dos ambientes, de tal forma que parezca que tú estás en una oficina y yo en otra.

—Muy agudos.

—Los servicios secretos lo tienen todo bajo control.

—Si tú estás en ellos, permite que lo dude... —Suelta una carcajada y yo me relajo también. Le doy un puñetazo suave en su más que duro estómago.

—¡Me muero por ver la reacción de todos! —admite sonriente, mientras bebe de su copa.

—Estoy muerta de miedo, Jairo —confieso—, no sé cómo has logrado convencerme para esto. Ahí hay gente muy influyente y peligrosa.

—Cariño, jamás permitiré que te pase nada, puedes estar tranquila. — Sus ojos brillan al mirarme, comprendo que antes de permitir que me hicieran algo, moriría. Me siento culpable por no ser capaz de sentir lo mismo por él.

—¿Por qué «Rambhá»? —Me viene el nombre como un flash de repente.

—¡Casi se me olvida! ¿Ves lo que provocas en mí? Tengo un millón de cosas que contarte, pero me miras y se me borran todas de la memoria, joder.

—Venga, cuenta.

—Como ya te dije, todos nos conocemos por seudónimos, los únicos que conocen sus verdaderas identidades son Ares y Cristian. Ni siquiera nos escuchamos, solo nos comunicamos a través de un chat.

—¿Qué nombres tienen? ¿Son nombres de dioses? —A lo mejor con la paranoia que tienen con Ares, pueden jugar a eso.

—Tú serás la única, junto a Ares, que lo tenga, lo han aceptado como nick, así es que ya es oficial. Los demás tienen nombres tipo Rambo, Conan, Magnus...

—¡Oh! ¡Qué horteras, por favor...! —Me parto de la risa, mientras le pido al camarero otra copa.

—Como puedes comprobar, ninguno tiene aires de grandeza. —Sonríe.

—Tengo que saber quién eres tú y quiénes son Ares y Cristian, para el chat, ¿no?

—Yo me llamo Odín y Cristian es Ramsés.

Lo miro poniendo los ojos en blanco, ¿Odín? ¿Ramsés?

—¡Desde luego, la modestia en el club brilla por su ausencia!

—Rambhá no te ha disgustado, tú eres igual de modesta que nosotros. — Me guiña un ojo, juguetón.

—Rambhá me gusta porque es la única que vence varias veces a Ares, de la única forma en la que se le puede derrotar, enamorándolo. Se trata de la diosa de la belleza, pero no encarna la brutalidad y la destrucción como él, sino la estrategia en las batallas amorosas. Me veo completamente identificada con el nombre.

—Por eso mismo te lo asigné, ¡te venía como anillo al dedo!

—¿Y Ares? ¿Cuál es su nick secreto? —Yo le pondría Rata de Cloaca.

—Hunter.

—¿En serio? ¡La modestia personificada! ¿Cómo no? —Niego con la cabeza.

—Él puede hacer lo que quiera, Keira, acuérdate que fue quien creó el club. Cristian debe guardar unas formas porque es la imagen del Ritz, pero Ares hace y deshace a su antojo. Nunca pierde. Mientras los demás cazan una presa al mes, y algunos ni eso, él caza una al día, a veces incluso varias... No tiene rival.

—Disculpa que te corrija. No lo ha tenido... hasta mañana.

—¡Brindemos por ello! —Jairo levanta la copa y la choca con la mía, nos reímos despreocupados y entrelazamos nuestros brazos para beber haciendo el tonto.

De repente, Jairo sale disparado contra el suelo.

No me da tiempo a reaccionar, porque una mole de músculo me coge sobre sus hombros y me lleva a paso ligero hacia quién sabe dónde. Solo veo sus pies avanzar por el suelo y a la gente que, al apartarse de nuestro camino, nos mira divertida.

—¡¡¡Suéltameeeee!!! ¡¡¡Socorrooooo!!! —me desgañito, mientras le pego puñetazos en sus lumbares y pataleo con todas mis fuerzas, pero nada, ni se inmuta.

Por supuesto, yo sigo luchando con todas mis ganas por zafarme de él, pero su fuerza descomunal hace que me sienta como una pulga luchando contra un dragón.

Me despierto sobresaltada. Parece que el corazón se me va a salir del pecho, tengo taquicardia.

Abro los ojos, pero sigo sin visualizar nada. Creo que tengo algo puesto alrededor de la cabeza que me impide ver.

Todo es negro.

Pruebo a mover las manos, para quitarme lo que sea que tenga tapando mis ojos, pero compruebo que también las tengo atadas con algo a la altura de las muñecas.

Siento cómo comienza a brotar mi histeria.

Me intento levantar de... ¿la cama? Un momento... esto no parece una cama, porque lo siento demasiado blando, parece que estoy flotando.

¡¿Dónde estoy?!

Grito.

—¡¡¡¡Socorroooooo!!!!

De repente, percibo un olor conocido: Bleu de Channel. Me pongo en guardia. Es él.

—¿Qué me has hecho, maldito bastardo? —Estoy tan enfadada que podría matarle con mis propias manos si las tuviese sueltas.

—Obligarte a escuchar lo que tengo que decirte. —Esta es la voz ronca que utiliza para volver locas a sus perritas, pero conmigo ¡no le va a servir de nada!

—¡No quiero escuchar tus mentiras! ¡Suéltame!

—Por eso mismo, te voy a obligar. No puedes hacer nada más que no sea escucharme.

—¡Oh, ya lo creo que sí, mira, puedo cantar para no escucharte!

Antes de que comience a cantar la letra japonesa de la canción de Heidi, —todavía no entiendo por qué, en semejante situación, mi cerebro se arriesga a cantar en japonés, un idioma completamente dominado por mí... Resumiendo, ¡el colmo de lo absurdo!, la bestia parda, que merodea a mi alrededor, me tapa la boca con una cinta pegajosa. ¡Ale, mi plan a la basura! Aún así, pretendo inútilmente hacer ruido con mi boca. Lamentable.

Estando en esta tétrica o patética situación, mi estado de ánimo dista bastante del de estar aterrada, más bien, estoy más ardiente que en toda mi vida.

Por un lado, quiero escapar de aquí, y no volver a verlo nunca más, pero por el otro, estoy deseando escuchar algo que me convenza de que todo fue una broma pesada y que realmente me quiere de verdad.

Su mano se posa sobre mi rodilla, tan solo un instante, pero siento un potente escalofrío que recorre todo mi cuerpo. No es justo. Mientras mi cabeza lucha por no querer ni verlo, mi cuerpo suplica sus atenciones.

—En primer lugar, exijo saber quién es ese hombre con el que estabas hace un instante. —Su voz es bastante grave, deduzco que ahora mismo tiene el ceño fruncido y los puños apretados.

Emito un sonido de protesta, él intuye que lo que quiero es hablar, por eso me retira la cinta adhesiva de la boca.

—¿¡Que tú exiges qué?! ¡¡¡Estás loco, Hunter!!!

—¡Sí, en eso sí que tienes razón, estoy muy loco! Me he vuelto completamente loco... ¡¡¡¡por ti!!!! ¡Y ni te imaginas lo loco que puedo llegar a estar, como vuelvas a permitir que ningún otro hombre te ponga la mano encima! —ruge en mi cara—. ¡Maldita seas mujer! ¡Mira lo que me has hecho!

Quiero que me desate, me gustaría verlo merodear por la sala, nervioso, inseguro... Pero lo que más anhelo, es pegarle un buen guantazo.

—¡Eres un gilipollas! No tienes derecho a exigirme nada, me puedo acostar con quien me dé la gana y puedo hacer lo que yo quiera, ¡no te debo nada, ni pretendo hacerlo! —le grito indignada.

—¡Claro que me lo debes! Me prometiste corazones y lo único que he obtenido de ti han sido patadas en los huevos.

Suelto una sonora carcajada, interrumpiéndole. Ni siquiera he podido retenerla. Me sale del alma, porque de repente me ha venido a la mente su cara cuando estaba arrodillado, empapado, y rodeado de mariachis cagándose en mi madre. Imagino que la expresión que tiene ahora debe de ser muy parecida.

—¿Y luego soy yo el loco? ¿Se puede saber de qué coño te ríes ahora? — parece totalmente descolocado.

—¡De ti!

—Celebro que todo esto te parezca tan divertido, pero no me has contestado, ¿quién es ese hombre y qué hacías con él?

—Está bueno, ¿eh? —le provoco.

Pega un golpe contra algo, que cae al suelo y se rompe.

—¡Contéstame! —Le va a dar algo.

—No puedes obligarme a responderte, no pienso hacerlo. —Giro la cara hacia mi izquierda en una clara señal de insolencia, dando por sentado que él está a mi derecha. Con los ojos tapados te imaginas una escena que seguramente difiera bastante de la real.

—¿Crees que es proporcional tu enfado a los acontecimientos, Keira? Te propuse una cosa que no te gustó y en vez de negarte amablemente, ¡me declaras la guerra! A mí me atrae probar cosas nuevas, experimentar, sobre todo con lo que al sexo se refiere, pensé que te podría agrandar, ese fue mi error.

Ansío decirle que le declaro la guerra única y exclusivamente porque me está utilizando para conseguir un fin económico, a cambio de destrozarme el corazón. Sin ningún tipo de remordimiento, pero esto estropearía mi plan.

—¡No quiero volver a verte, Hunter, aprende a vivir con eso! — Justamente cuando termino de hablar, me viene a la mente la tapadera que debo mantener hasta el día de la apuesta final.

Se supone que debo hacerle creer, hasta el último día, que voy a participar en su orgía dominguera. Mucho me temo que me estoy desviando un poquito del papel.

—Me debes mis corazones, yo te los di —suelta esto y se queda más pancho que ancho.

—¡Tú cogiste los corazones y los destrozaste! —«En serio, no encuentro la manera de empezar a hacerle creer que quiero estar con él, si me conoce lo más mínimo, no se lo va a creer nunca».

Entonces siento su aliento en mi cuello, muy cerca de mí. Lo tengo justo encima. Me acaricia levemente el pecho con la punta de su nariz, hasta recorrerlo por completo, llegando hasta mis pómulos. Su respiración le delata, está excitado. Y yo comienzo a estarlo, con tan solo imaginar su mirada salvaje sobre mi cuerpo. ¡Ay, madre!

—Tu cuerpo y tú no pensáis de la misma manera, fiero —me susurra al oído, mordéndome el lóbulo de la oreja dulcemente. Esto provoca que un cúmulo de nervios se desperdigue en miles de direcciones alrededor de mi oreja, recorriendo mi cuerpo y que finalmente vuelvan a unirse en mi entrepierna.

Siento que mis pezones están erectos al rozar la camisa de gasa que llevo puesta, encima hoy no me he puesto sujetador. Parece que lo percibe al mismo tiempo que yo, porque se apresura a acariciarlos levemente con algo, por encima de la prenda, no sé si es con su dedo, o más bien me parece que es su lengua. Esta pequeña tortura hace que suplique por más, pero evidentemente no se lo digo, él y mi cuerpo se comunican entre ellos a la perfección, sin necesidad de intermediarios.

—¿Sigues queriendo que te deje en paz, fiero? —ronronea en mi oído. «¡Uf, no! Solo pido que permanezcas haciéndome todo lo que desees el resto de mi vida...».

—¡Sí! ¡Quiero que me dejes en paz para siempre! —grito, forcejeando contra el potro de tortura donde estoy presa.

—Pues para eso tendrás que contestarme, ¿quién era ese hombre? —Su voz todavía refleja deseo, pero también inseguridad. ¿Puede que esté celoso?

—¿Por qué quieres saberlo? —A ver si confiesa.

—Es obvio, no me gusta que nadie toque mis cosas. —Esto es más de lo que esperaba.

—¡Yo no soy nada tuyo!

Entonces, sin previo aviso, su mano se introduce entre mis muslos, con un dedo experto acierta de pleno en mi interior, acariciando a la vez con gran audacia mi punto erógeno. Esto me hace arquear la espalda de placer y dejo escapar un gemido traidor. Quiero matarlo cuando retira su mano, me siento abandonada.

—No estoy en absoluto de acuerdo contigo, yo diría que eres mía por completo —escucho como se chupa el dedo—. Mmmmm, me encantas, Keira.

—Por muy bueno que sea el sexo contigo, Ares, nunca serás más que eso, solo sexo. No eres capaz de ofrecer nada más a una mujer.

Guarda silencio, parece que lo que le acabo de decir, le ha afectado.

—¿Quién-era-ese-tío? —Ahora sí que suena cabreado.

—Jairo.

—¿Quién?! —Está desconcertado.

—Mi ex, del que te hablé en el baile, ¿recuerdas? —Sé que estoy jugando sucio, pero es lo que se merece.

—Ya entiendo.

Voy a estropearlo todo. Si piensa que estoy con Jairo, no confiará en que vaya a sumarme al harén, y no apostará en firme dentro de doce días, ¿entonces cómo lo hago?

Estoy demasiado liada. Ahora mismo no puedo pensar.

—¿Estás...? —Se detiene—. ¿Estás enamorada de él? —le ha costado decir esto, le tiembla un poco la voz.

—No.

Tira de la tela que cubre mis ojos y por fin lo veo delante de mí. Sus ojos expresan tantas cosas. Están rojos de ira, suplicantes de amor, embriagados de deseo, anhelantes... pero, sobre todo, expectantes.

Y así, encuentro la forma de hacerle creer que sigue siendo el único porque es el plan trazado que debo seguir y, sobre todo, porque es la realidad.

—Dímelo mirándome a los ojos, Keira. —Su voz me mata, su mirada me nubla la razón, su cuerpo me atrae sin remedio... ¡Estoy perdida!

—Solo tú me haces sentir, Ares.

Me desata las muñecas y se abalanza sobre mí, besándome con tanto apetito que me entran ganas de llorar de la emoción. Cuánto he echado de menos sus besos, esos que se venden tan caros, que valen tantos millones. Esos que despiertan mis ganas de vivir.

Degusto sus labios. Respondo a sus ansias de mí. Nos sumergimos toda la noche en la pasión desenfrenada que nos envuelve a ambos. Amándonos como nunca antes lo habíamos hecho, siendo uno del otro.

Reconciliándonos.

La mañana llega y prácticamente no me he dado cuenta de cómo ha ocurrido, pero siento que estoy tan enamorada del hombre que duerme cobijándome entre sus brazos que hasta me duele.

Cuando estoy junto a él, lo demás deja de tener importancia, me encuentro a salvo a su lado, incluso siendo uno de los hombres más peligrosos sobre la faz de la Tierra, yo soy su protegida. Conmigo es

distinto, la manera en la que me mira es especial, lo siento así, y eso no se puede fingir.

Justamente ahora, al observarle dormir plácidamente, mientras le acaricio dulcemente su firme abdomen, apoyada en su regazo, lo comprendo todo.

Mi mente lo vislumbra como si fuera una premonición: Dicen que una nueva civilización siempre se levanta de las cenizas de la anterior. Entonces esa es la única razón por la que debo destruirle.

Pues que así sea.

Me has enseñado tú

tú has sido mi maestro para hacer sufrir

si alguna vez fue mala

lo aprendí de ti...

Cuando el gran Ares Hunter abre sus increíbles ojos azules, me mira y me sonrío soñoliento, todas mis preocupaciones se disipan. Hace que me sienta la mujer más poderosa del mundo.

—Eres la mujer más bella que he visto, Keira.

—Y tú eres el ser más zalamero del universo.

—Por eso me quieres.

—Lo que tú digas.

Me he dado cuenta al despertar de que estamos en su casa, más específicamente, en su habitación negra. Ha puesto un colchón de agua gigantesco sobre su cama, no entiendo muy bien el motivo, pero la verdad es que ha sido muy divertido.

No recuerdo cómo llegué hasta aquí anoche y me extraña mucho que me quedase dormida en plena lucha por librarme de sus zarpas. Así que decido preguntarle.

—Ares.

—Dime, fiera. —Me acaricia la espalda, volviéndome loca.

—¿Cómo me trajiste hasta aquí anoche? No recuerdo el trayecto.

—En mi coche, ¿de verdad no lo recuerdas?

—Me cogiste sobre tus hombros a modo de vaca drogada y luego ya me desperté aquí.

—¿Cuánto bebiste? Puede que al darte la vuelta, la sangre y el alcohol se subieran al cerebro y perdieras el conocimiento unos instantes — parece preocupado.

—Ya, ¿y tú no te diste cuenta?

—¡Claro que sí! Estabas adormilada, pensaba que estabas borracha. — Sonríe, restándole importancia, pero sé que está pensativo.

—Vaya fama... —digo.

Suelta una carcajada.

No me fío demasiado de su historia, más bien creo que algo me tuvo que hacer. Tiene un arsenal de frascos en la cocina que bien pudiera ser alguno una especie de somnífero gaseoso.

—Keira, no me dio tiempo material para echarte nada en la bebida, ni te rocé la boca con nada en ningún momento para drogarte, si es lo que estás pensando. Deberías dudar de tu amiguito, el Jarro ese... —De repente, ha cambiado de estado, de parecer un osito de peluche amoroso, vuelve a ser un ser sombrío y distante.

Creo que ambos queremos dejar pasar este tema, pero no sé por qué motivo, me da la impresión de que él está fingiendo despreocupación excesiva, cuando en realidad se está anotando mentalmente cada detalle para la posterior investigación del tema. Ya nos vamos conociendo uno al otro, aunque él me lo pone mucho más difícil.

—¿Leíste mi wasap? —me pregunta, soñoliento, cambiando de tema sin más.

—No sé, ¿a qué wasap te refieres? —me hago la tonta.

—Uno en el que te dije que te amaba. —No retira su mirada cristalina de la mía, yo me sobresalto por verle afrontar el tema con tanta naturalidad.

—Pensaba que estabas borracho. —Sonrío, nerviosa, imitando su comentario de antes.

—Estaba muy preocupado, no te imaginas las horas de infierno que viví buscándote por todos los hospitales de Madrid. ¡Joder, pensaba que te había perdido!

—¿Por eso me lo dijiste, porque pensabas que había muerto?

—No fue solo por eso —intenta escapar de esta conversación, como un gato cuando le quieres meter en el agua.

—¿Sentías remordimientos?

—Los pocos remordimientos que sintiera, los disipaste de un plumazo.

—¡¿Yo?!

—¡Destrozaste mi coche! —Me mira muy serio.

—Estaba muy enfadada —me excuso, encogiéndome de hombros.

—¡Me echaste un cubo de agua por encima! —Yo suelto un bufido y me vuelvo a echar sobre la cama, riéndome.

—Después me sacaron unos amables policías de tu casa.

—No sé nada de eso... —Aguanta una sonrisa, sabe de sobra que también fue obra mía.

—¿Crees que te permitiría todo eso si no fuera verdad lo que siento por ti?

—No lo sé, eso se lo dirás a todas.

—Nunca he dado opción a ninguna, pero te aseguro que cualquiera que me hubiera hecho la mitad de cosas que tú, ¡ya estaría muerta! —gruñe, enfadado.

—Te mereces eso y mucho más, Hunter.

—Lo estoy intentando, ¿vale? Todo esto es nuevo para mí, hay situaciones que no sé manejar demasiado bien, Keira. No sé cómo funciona toda esta mierda de los corazones, pero es la primera vez que digo esas palabras, creo que deberías sentirte orgullosa de ser la que ha conseguido que las pronuncie, en vez de echármelo en cara.

Esta mezcla entre su ingenuidad, su sinceridad, su miedo al rechazo y su arrolladora personalidad, me produce tanto amor.

—En realidad, no lo has dicho, solo lo escribiste —le torturo un poquito más, una última vuelta de tuerca para ver si consigo algo a lo que poder amarrarme y así conseguir creer en él.

—No seas tan mala. ¿Te gusta verme sufrir? No pienso suplicarte, esto es lo que hay, ya estoy haciendo bastantes concesiones para mi gusto.

—No te estoy pidiendo nada, Ares. Eres tú el que me ofrece los corazones y luego reclusa. —Me levanto de la cama, para ir a vestirme, pasando de él.

—¡Te amo!

Me detengo en seco. Dándole la espalda. Cierro los ojos con fuerza, pensando «¡Ojalá fuese verdad!».

Siento pena por mí misma. Me ha dicho que ha dejado todo, siendo mentira. Quiere convencerme de que disfrute de su séquito para poder recuperar su dinero y después abandonarme y seguir con su club. Si es necesario decir que me ama para conseguirlo, lo hará y si tiene que

lanzarse desde lo alto de un edificio, lo hará también. Hay demasiados millones en juego, y demasiados intereses creados.

Decido seguir con mi plan. El que ríe el último, ríe mejor.

—Yo también, Ares —le contesto, tímidamente, mientras continuo mi camino hacia el baño para darme una ducha.

Desde luego, poniéndome en su situación, debe pensar que estoy un poco mal de la cabeza, ya que él no sabe que conozco todo su plan. Le acabo de estar presionando para que me diga esas palabras y ahora que por fin me las dice... ¡¡¡paso de él, en vez de tirarme a sus brazos loca de amor!!!

Moriría por saber qué piensa ahora mismo.

Cuando salgo del baño envuelta en una toalla, él ya está vestido. Observa atento cómo saco un vestido violeta muy ajustado de la funda que cuelga de la percha. Lo he seleccionado escrupulosamente de su gran vestidor, bueno... del mío.

Sus ojos no se apartan de mi persona, su mirada voraz hace que me sienta retraída. Parece algo resentido por lo sucedido anteriormente.

—Si no tuviera que marcharme ahora mismo, te arrancaría esa toalla y te empotraría contra la pared, ¡Dios cómo me pones mujer! —Se coloca el bulto del pantalón y yo sonrío.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —le tanteo.

—Tengo una reunión —contesta, intrigado.

—Necesitaría que me llevaras a un sitio.

—¿A qué hora?

—A las 19.30 —le informo.

Disimula como si lo estuviera pensando.

—No creo que haya terminado a esa hora, cielo.

—Vaya... —pongo una cara súper triste, tipo Sad Sam— con la ilusión que me hacía..., te tenía preparada una sorpresa. —Dejo caer la toalla al suelo a propósito. Sus ojos rápidamente se clavan en mi cuerpo, recorriéndolo entero.

—Veré qué puedo hacer, pero no te prometo nada —se hace de rogar.

—Confío en que estarás allí... —pongo una voz demasiado sensual—, porque si no estás... —abro mis piernas exageradamente y él se relame — alguien tendrá que apagar mi sed.

Niega con la cabeza. Avanza hasta mi posición, bajándose por el camino la cremallera del pantalón, sin apartar la furia de su mirada de la mía. Me coge con fuerza por el culo, subiéndome a su regazo y de una estocada certera me penetra, con fuerza. Yo entrelazo mis dedos detrás de su nuca para no caerme hacia atrás.

No me besa esta vez. Solo me mira con fiereza.

Continúa su camino conmigo clavada, agarrándome para que no me caiga, con mis piernas rodeando su cintura, hasta que mi espalda choca contra la pared. Entonces coge mis muñecas con sus manos y me las sube por encima de la cabeza. Coge impulso y me asesta otra embestida, llegando hasta el fondo de mi cuerpo. Me muerdo el labio inferior y cierro los ojos, no aguanto tanto placer.

—¡No vuelvas a decir que otro saciará tu sed! —ruge furioso, mirándome—. ¿Entendido?

—Sí, entendido —suspiro entre sollozos.

—Keira, si otro hombre te toca lo mataré. No estoy de broma —lo advierte demasiado muy serio. Otra embestida salvaje hace que se me escape un gemido. No sé por qué, pero cuando suelta este tipo de cosas, me lo tomo a broma. Obviamente no lo creo.

—¡Oh, Dios! ¡No pares! —jadeo extasiada. Estoy a punto de terminar.

Sale de mí una última vez y no vuelve a entrar, se detiene. ¡Abro los ojos!

—Te lo mereces, estás castigada. —Se sube la cremallera con todo su esplendor en alto, se gira y se dirige hacia la puerta, elegantemente, sin ni siquiera mirarme.

Yo me quedo allí, jadeando contra la pared, petrificada y con un cabreo de tres pares de narices, observando atónita cómo se aleja.

¡¡¡¡¡Ahora sí que voy a entrar en Rambhá!!!!

—¡¡¡¡Te odiooo!!!! —le grito con todas mis fuerzas.

—Yo también —me responde, sin ni siquiera mirarme, como le hice yo...

Entonces desaparece de mi vista.

Quiero romper todo a mi paso.

iiiGrrrrr!!!

Creo que nunca he estado tan nerviosa como lo estoy ahora mismo. Las manos me tiemblan y no soy capaz de abrocharme los botones de la vigésima camisa que me he probado. Decido ponerme un vestido elástico que no tenga botones. Selecciono uno verde, muy ajustado. Aunque, teniendo en cuenta que voy a un club lleno de hombres salidos, no sé si será lo más correcto. Me lo adapto al cuerpo y me miro en el espejo. «Explosiva» sería la palabra que mejor definiría mi atuendo en estos momentos.

Una sensación de vacío se apodera de mí, es como si tuviera un agujero negro en el estómago, que solo me permitiese temblar.

Me dispongo a pintarme los labios, pero no de mi color rosa habitual, quiero guerra y deben saberlo con solo mirarme. Por lo que selecciono, escrupulosamente, de mi colección, una barra de labios de un color rojo pasión arrebatador.

El sonido del timbre me da un susto de muerte, provocando que dé un salto. En mi estado de euforia, hasta una hormiga durmiendo podría hacer que me diera un infarto. Corro a contestar. Miro el reloj de camino, son las 19.00 horas.

—¿Sí? —pregunto, por el telefonillo.

—¿Rambhá? —contesta Jairo.

Escuchar ese nombre hace que me ponga más nerviosa, si cabe. Me planto los tacones negros de aguja, meto la barra de labios en el bolso para pintarme luego. Le doy un beso a Gólum en su cabecita peluda y le digo:

—¡Deséame suerte!

A lo que él responde pasando de mí y yéndose al salón.

Bajo a toda prisa.

Jairo arranca en cuanto me ve aparecer en la calle, monto en el Porsche y me entrega una caja envuelta en papel de regalo de color plata.

—¡Estás espectacular, pequeña! —Me mira lascivo.

—¿Qué es esto? —pregunto, moviendo la caja en alto para ver si suena. Entonces descubro que Jairo luce un ojo de color morado.

—Un regalo por tu graduación en Rambhà, ábrelo. —Me sonrío.

Quito el papel plateado y descubro que se trata de una caja de terciopelo, negra, muy sofisticada. Levanto la tapa y aparece un antifaz negro de encaje, entre una tela roja de satén. Es tan delicado que hasta me da miedo tocarlo, no se vaya a romper algún hilo. Miro a Jairo, extrañada.

—¿Para qué es esto? —Ahora estoy más intrigada todavía.

—Hemos pensado que, de momento, vas a mantenerte en el anonimato. Te hemos creado una identidad falsa, por lo tanto, es imposible rastrearte. Vamos a jugar nosotros también.

—Pero, aunque lleve un antifaz, Ares me reconocerá... —Me conocería solo con ver una uña de mis pies.

Jairo se revuelve en su asiento ante mi afirmación.

—¿No dijiste que no estaría? Keira, si Hunter está hoy, la misión se irá a la mierda... —suena muy molesto.

—Tranquilo, le he mandado a recogerme al Escorial a las 19.30, no estará en esa reunión ni de casualidad. —No sé muy bien el por qué, pero confío en que irá.

—¿Estáis bien? Ya sabes... —pregunta, incómodo, aunque diga que es puro interés por la misión, creo que se trata de algo más allá del CNI.

—Todo marcha según lo planeado. —No pienso entrar en detalles escabrosos.

—Espero que mi ojo morado sirva al menos para eso.

No comento nada más, pero sonrío al recordar a Jairo volando por los aires, no puedo evitar que me guste que Ares se ponga celoso. Y él se lo merecía por sobón.

El edificio del CNI es inmenso, ocupa la totalidad de una de las torres más altas de Madrid en plena Castellana. El conjunto de sus paredes exteriores está compuesto por completo de espejos que reflejan las imágenes de los coches al pasar.

Entramos en el edificio. Llegamos a la zona de los tornos y el guarda de seguridad nos detiene. Mi acompañante le enseña una placa y le dejan pasar al instante, pero a mí me hace un estudio corporal bastante más exhaustivo.

—Normas de la casa —me informa Jairo, encogiéndose de hombros, una vez que estamos los dos, ya dentro, esperando al ascensor.

Subimos a la última planta, las puertas se abren y aparecen frente a nosotros varios hombres de mediana edad, todos escrupulosamente trajeados. Me los presenta a todos y cada uno de ellos, y nos estrechamos la mano educadamente, son agentes o superiores, pero de los nombres ni me acuerdo.

—Ya está todo dispuesto. En cinco minutos se encenderá la webcam del portátil que me han asignado. Llevan un buen rato introduciendo códigos en él para poder captar el canal de Rambhá —me explica mi amigo.

Estoy sentada en una mesa de cristal, me han puesto una chaqueta azul con una corbata, recogido el pelo en un moño y puesto el antifaz. Creo que esperan que piensen que soy un hombre... Si los del club son ciegos, puede que cuele.

Hay una chica detrás del portátil, como a medio metro de distancia de mí, con unas cartulinas, donde está escrito el texto en grande que tengo que ir leyendo. Lo tienen todo controlado.

Jairo está sentado frente a mí, han puesto un mural de edificios parisinos a su espalda, le han plantado una peluca morena, con unas gafas de sol y una barba. Desde luego, no parece él.

—¡Acordaos, nada de audio! —nos recuerda por última vez el instructor.

De repente, éste levanta la mano y todos desaparecen de la sala, la luz que ilumina mi cubículo es tenue y la de Jairo muy fuerte. Aparecemos ambos en la pantalla del ordenador, nadie diría que estamos uno frente al otro. Poco a poco van apareciendo hombres en la pantalla, unos a cara descubierta, otros no.

«Solo pido que no esté Ares. Solo pido que no esté Ares. Solo pido que no esté Ares. Solo pido que no esté Ares...».

¡Por Dios, me va a dar un infarto! No dejo de mover los pies, estoy muy nerviosa, quiero morderme las uñas, fumarme un cigarro, tomarme un litro de whisky. ¡Algo!

La imagen de Cristian es la última que aparece en la pantalla, está en el Ritz y no se molesta en ocultar su rostro, efectivamente, debajo de su imagen pone «Ramsés». Deduzco que debajo de la mía pondrá «Rambhá».

En la parte inferior de la pantalla se abre un recuadro blanco para el chat.

«Ramsés» escribe:

—Buenas tardes, hermanos. Voy muy justo de tiempo, por lo que os agradecería que hagamos esto cuanto antes. «Rambhá» ha solicitado entrar a formar parte del club. Ya conocéis las normas para aceptar a un nuevo miembro. Yo, por mi parte, os informo de que todos los documentos solicitados están en regla y cumple a rajatabla los requisitos.

Pasa un rato sin que nadie escriba, los miembros están mirando la pantalla, intrigados, por el miembro enmascarado.

«Odín» escribe:

—«Ramsés» se te está ablandando el corazón con los años, tío, antes nos presentabas al candidato de una manera mucho más... carnal. ¡Yo quiero saber sus antecedentes! ¿Cuántas tías se tira al día «Rambhá»? ¿Porque para osar ponerse ese nombre, deberán ser muchas... ¿Por qué quiere estar entre nosotros? ¿Qué le sobran, los millones o el ego?

Intento no hacer ningún gesto con mis ojos, por muy expresivos que sean, es lo primero de lo que me han advertido, que no se me note ningún sentimiento, ni bueno ni malo. Pero es que Jairo me acaba de dar por todos sitios, si mi propio compinche me hace eso... ¿Qué me espera con los demás?

Miro a Jairo de reojo, le quiero hacer un corte de mangas. Observo atónita que se ha encendido un puro, recostado en la silla, como si los nervios que estoy pasando yo, no tuviesen nada que ver con él.

Quiero llorar.

Rápidamente la chica que tengo delante de mí saca la primera cartulina y yo escribo lo que pone. Bueno, algo similar.

«Rambhá» escribe:

—No hace falta que nadie haga las presentaciones por mí, de sobra es sabido mi currículum entre vosotros, puesto que ha llegado a mis oídos que así es, chivatos hay en todas partes. La cantidad de tías que me tire al día la verás en las apuestas, ¿o tienes miedo de perder contra un novato, gran «Odín»? En cuanto a la razón para ponerme el nombre de «Rambhá», te diré que en las normas no se prohíbe y que me pone muy cachondo la popularidad. Y por último, deseo ingresar al club, aparte de para ganar dinero y acrecentar mi ego, ¡para desplumar a Hunter!

Esto último en realidad es verdad.

Parece que los miembros se empiezan a animar ante mi exposición y escriben varios comentarios machistas sobre las mujeres, aparte de

varios insultos y bromas sobre Hunter. Yo me río exageradamente por orden expresa de la chica de las cartulinas, que a su vez, recibe órdenes del jefe de la misión por un pinganillo que lleva oculto en su oreja.

La charla sobre mujeres comparándolas con comida y aparatos eléctricos varios, termina pasados varios minutos. Yo me sumo a todos los comentarios, a cada cual más bestia, y ellos se lo pasan en grande. Todos son cosecha propia, puesto que la chica de las cartulinas no tenía preparado ningún chiste a mano que denigrara a la mujer. Menos mal que he sabido estar a la altura, no es que sea experta en chistes machistas, el truco está en que los suelo aplicar al género masculino...

La cara de «Ramsés» es todo un poema...

Jairo se está partiendo de la risa.

«Ramsés» escribe:

—¿No queréis preguntar nada más a «Rambhá», como por ejemplo el por qué de un nombre femenino?

Ahora sí que mis ojos reflejan la rabia que me entra ante la puñalada traperera de Cristian. Jairo también se ha puesto tenso y se precipita a escribir.

«Odín» escribe:

—Como todos sabemos, «Rambhá» es la diosa del amor, ¿no? ¿Estás buscando a tu diosa?

Intenta no mirarme, pero comprendo que con esa pregunta me ha dado pie a que yo le conteste algo relacionado con ella.

Sin quererlo, se me escapa un:

—Joder, menos mal. —En voz alta.

Jairo se levanta corriendo de su silla, se pone las manos en la cabeza y desaparece de su París ficticio. Se pone a hacerme muecas raras que no comprendo, pero no parecen nada cariñosas.

Cuando vuelvo a mirar a la pantalla, hay como 200 mensajes en el chat, el más suave reza así:

«¡¡¡Hostias, si es una tía!!!».

¡Oh, oh!

En un segundo mi cerebro va a mil revoluciones por segundo. No puedo hacer gestos de sorpresa porque entonces descubrirían a Jairo también y todo el tiempo que haya estado infiltrado no serviría para nada.

Entonces decido por mí misma echar un último órdago a toda esta panda de trogloditas y escribo en el chat.

«Rambhá» escribe:

—¿Qué os pasa, gallinitas, tenéis miedo de que os desplume?

Unos contestan que no quieren juntarse con mujeres, otros que son las normas y otros que esto no tiene razón de ser. Jairo vuelve a su sitio, le ha faltado tirar la barba por la ventana, está sudando.

«Rambhá» escribe:

—Nenitas, calmaos. Por un lado, en las normas no está escrito que esto sea un club exclusivo de hombres, leerlas de nuevo si no lo creéis. Y por el otro, la razón que nos une sigue siendo la misma, yo no soy cualquier mujer, soy la mismísima Rambhá y estoy aquí, como ya he dicho, para desplumar a Ares Hunter, ya que por lo visto, vosotros no tenéis suficientes cojones.

Me levanto de la silla, me quito la americana y la corbata, tirándolas por los aires, mostrándoles mis curvas a propósito. Me suelto el pelo, despeinándolo para que parezca más salvaje, pero me dejo el antifaz puesto. Saco el pintalabios color rojo pasión del bolso, que lo tengo a mi lado, y me pinto los labios muy sensualmente frente a la cámara. Tirándoles un beso final. Todos babea, incluido Jairo, que no sabe muy bien si mirarme a mí directamente o mirar mi show a través de la pantalla.

«Ramsés» sigue sin habla. Me apuesto el cuello a que le va a dar un infarto.

Un tal «Arguil» escribe:

—Y después de ponernos cachondos a todos, antes de ir a hacerme una paja, me gustaría saber, ¿qué más nos puedes ofrecer? ¿No estarías más a gusto en tu cocina fregando tus cositas?

«Rambhá» escribe:

—Querido «Arguil», lamento informarte que los hombres que mandan a las mujeres a la cocina es porque no saben qué hacer con ellas en la cama.

Jairo suelta un bufido de la risa.

«Odín» escribe:

—Tíos... ¿Ésta no es la que le hizo perder la apuesta a Hunter? ¿Os imagináis la que se podría liar si fuese miembro?

Todos escriben, especulando sobre si soy yo o no la que le dio calabazas a Hunter, pero yo me mantengo callada. Finalmente uno dice que él no ve inconveniente en que esté en el club, que yo apostaré con hombres en vez de con mujeres y pagaré mis deudas como los demás.

«Odín» escribe:

—Con tal de ver a Hunter morder el polvo cualquier cosa, ¡ya estoy deseando que la descubra! Por cierto, ¿dónde está ese cabronazo, «Ramsés»?

«Ramsés» mira directamente a la cámara, seguramente echándome un mal de ojos y escribe:

—Digamos que ha tenido que irse, demasiado precipitadamente, en el último momento. Se abren las votaciones a favor o en contra de «Rambhá». En cinco minutos tendréis los resultados.

Me levanto de la silla y deambulo por la sala. No consigo estarme quieta, en estos cinco minutos me puede dar algo. Me mordisqueo la uña del dedo meñique sin cesar. No me puedo creer que hayan aceptado siquiera el planteárselo. Seguro que dicen que no, pero al menos lo he intentado.

Jairo de repente hunde la cabeza entre sus brazos. Echándose sobre la mesa.

Corro a mirar mi pantalla y veo:



Jairo detiene el coche en frente de la puerta de mi edificio. Estamos los dos embriagados de alegría, ¡soy miembro de Rambhá!

No termino de creérmelo todavía.

Sale, rodea el coche y abre mi puerta. Nos damos un abrazo y nos despedimos entre bromas y risas. Él se lo cree menos aún que yo, está resplandeciente de felicidad, creo que nunca le había visto así.

—Cuando has hablado por el audio y han descubierto que eras una mujer, he estado al borde del infarto —me confiesa, mientras se revuelve el pelo, todavía nervioso.

—Pero he salido airosa, ¿no?

—¡Más que eso, pequeña! Han dicho mis jefes que te quieren fichar como agente del CNI. Has estado mejor que muchos oficiales que llevan en esto toda la vida.

—¡Qué bueno! —Me río, solo de pensarlo—. En el fondo, hasta me lo he pasado bien.

Nos reímos recordando las caras que han puesto todos al ver mi striptease y finalmente nos despedimos.

Subo a mi casa loca de contenta, me siento poderosa debido al morbo de hacer algo secreto que nadie sabe. «A ver si al final me va a gustar el temita este del club». Saco la llave para abrir la puerta, la meto en la cerradura, pero descubro que no está la vuelta echada, por lo que la puerta se abre sin más. Me explico a mí misma que como he salido antes tan rápido, habré olvidado dar la vuelta a la llave. No es la primera vez que me pasa.

Entro en casa tan tranquila, suelto todas las cosas en el mueble de la entrada y me detengo en medio del pasillo cuando descubro que hay luz en el salón.

—¿Hola? —digo.

Gólum aparece nervioso a mis pies. No viene del salón, ha salido de la habitación y probablemente de debajo de la cama. Eso me hace retroceder. Algo pasa.

Cuando ya estoy tocando la manilla de la puerta para salir de aquí corriendo, un hombre inmenso aparece ante mí, en medio del pasillo.

—Me has tenido tres horas esperándote. —Ares está realmente cabreado. Respiro tranquila al comprobar que se trata de él.

—¡Madre mía, qué susto me has dado! —Me pongo la mano sobre el pecho.

—¿No tienes móvil, Keira? —Está ahí, plantado en medio del pasillo, mirándome de arriba a abajo, con los brazos cruzados.

Me dirijo hacia él, un tanto cautelosa.

—¡Ups! Se me ha olvidado en casa... —Me muerdo la uña del dedo meñique, mirándole con cara de niña inocente.

—¿No habíamos quedado? He cancelado una reunión de vital importancia para ir a recogerte, ¡y me has dado plantón! ¡Sin avisar! —gruñe colérico.

—Ares, perdóname, me surgió algo inesperado y no tuve forma de avisarte, pensé que al no verme allí te irías —no sueno nada convincente, se me nota demasiado cuando miento.

—¿Te surgió algo inesperado con tu ex? —Su mirada es acusadora y de reproche—. ¿Y después se ha visto obligado a traerte a casa? ¡Qué amable! Ya de paso, podrías haberle invitado a subir... —Está realmente enfadado, tanto, que echa chispas.

—Nos encontramos por casualidad y se ofreció a traerme a casa, era tarde, eso es todo. ¡Además no tengo por qué darte explicaciones!

—¡Claro que tienes que dárme las, cuando me suplicas que vaya a recogerte a la otra punta del mundo, me dejas plantado y apareces con otro hombre! ¿Por qué llevas los labios pintados de rojo? —Está muy molesto.

Esto no nos lleva a ningún sitio, le he mentado vilmente y está cabreado con razón, creo que me toca ser condescendiente.

—Te he dicho que el único eres tú, Ares.

—¿Eso le dices a él también? —Me mira con los ojos entrecerrados.

Se cree el ladrón...

—¿Estás celoso, cariño? —Enarco una ceja.

—Todavía no ha nacido el hombre que logre ponerme celoso, no digas tonterías.

—Yo diría que sí que ha nacido esa mujer.

Llego hasta su altura, le agarro por la cazadora de cuero negra, atrayéndolo hacia mí y me pongo de puntillas para llegar hasta sus labios. Lo beso pero no me responde. Niega con la cabeza.

—Vas a tener que mejorar eso si quieres que te perdone.

Cojo sus manos y las pongo en mi culo, a la vez que le beso, pero nada, no hay respuesta, se mantiene impassible, aunque su mirada ha cambiado, de modo irascible a modo seductor.

—Tu castigo va a ser mucho más severo que el de esta mañana, Keira. Vas a suplicar de rodillas que te folle. —Esta manera tan vulgar de hablarme hace que me ponga a tono.

Me subo el vestido hasta la cintura y me lo saco por encima de la cabeza, tirándolo por los aires. Sus ojos siguen el vuelo de la prenda hasta que cae sobre algo y un instante después, se posan sin escrúpulos sobre mi cuerpo. Negros de deseo.

Sé que se muere por tocarme, lo veo en su mirada feroz, pero se contiene. Si alguien tiene poder sobre sí mismo, ese es él.

Me desabrocho el sujetador de encaje blanco y se lo pongo alrededor del cuello. No perdemos en ningún momento el contacto visual. Cojo sus manos y cubro mis pechos con ellas, enseguida siento su calor sobre mi piel, lo que provoca una erección en mis pezones y echo la cabeza hacia atrás para saborearlo mejor. Es entonces cuando pierde el poco control que le quedaba y me abraza fuerte, succionando mis pechos con su boca.

En medio de sus besos insaciables, me aparta de él, me mira a los ojos, con demasiado deseo, y se obliga a decir, en un tono muy serio:

—Keira, tenemos que dejar nuestra situación clara de una vez por todas. Ni puedo ni quiero vivir así, todo el día al borde de un ataque de nervios. Estoy descuidando mis negocios y todo es porque no dejo de pensar en ti. Presiento que estás con otro o que me estás mintiendo... ¡Me vuelvo loco! ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Todo, Ares, lo quiero todo.

—¿Eso qué significa? —pregunta intrigado, parece un niño entusiasmado.

—Que quiero al Ares tierno, al Ares gruñón, al Ares travieso, al Ares enojado, al Ares cariñoso, al Ares gracioso, al Ares testarudo, al Ares celoso, al Ares posesivo, al Ares romántico... ¡A todos!

—¿Te gustan todos esos?

—Sí, todos y cada uno de ellos.

—Pues entonces todos serán tuyos.

Me besa, mientras me envuelve con sus brazos y me lleva cogida a la habitación.

Nos desnudamos por completo por el camino, entre risas, nos dejamos caer en la cama y nos amamos toda la noche. De manera salvaje y apasionada. De manera sensual. De manera lenta, romántica, caótica...

De todas las maneras que pueden hacer el amor dos jóvenes dioses enamorados.

Amanece.

—Buenos días, preciosa.

—Buenos días, marido —digo mientras me desperezo entre las sábanas, bostezando despreocupadamente.

—No me llames así —gruñe.

—¡Perdona! Era una simple broma, como anoche dijiste que querías definir lo nuestro. Le he dado un toque de humor al asunto, pero tranquilo, ¡que no me quiero casar contigo! —Vaya bromita que se me ha ocurrido, qué oportuna soy.

—¿Por qué no? —ahora suena más molesto todavía.

—¡¿Estás tonto?! —alucino.

—El que no quiera que me llames marido ahora, no significa que me tengas que decir que nunca te casarías conmigo.

—Pero tú qué eres, ¿bipolar?

—¿Por qué no te quieres casar conmigo? Dame una razón. —Se cruza de brazos indignado, no me puedo creer que estemos manteniendo semejante conversación.

«Porque perteneces, perdón, pertenecemos a un club de seducción, donde hay que acostarse con alguien a un ritmo frenético o si no te echan. Además porque tú lo único que intentas es engañarme para que

formemos una orgía con tus perritas y así recuperar tu dinero perdido y poder entonces mandarme a la mierda».

Pero le sonrío y digo:

—No lo sé, simplemente no creo que fueras un buen marido. —Me encojo de hombros y me intento levantar de la cama para ir al baño.

—No, no, no, tú no vas a ningún sitio, ven aquí. —Tira de mi mano y me inmoviliza entre sus brazos y piernas, con lo cual, me agobia, mucho. No puedo moverme—. Dime por qué no te vas a casar conmigo —me susurra al oído.

No sé si son alucinaciones mías, o la frase va cambiando por momentos.

—Ares, solo de pensarlo me sale urticaria, déjame.

—¿Entonces por qué estamos juntos? Si no vamos a llegar a nada más que a un polvo. —Lo miro atónita, ahí, tendido en la cama panza arriba, bueno... abdominales arriba, despeinado... y mirándome con esos ojos embaucadores.

Creo que me está vacilando, porque obviamente, los millones de mujeres a las que ha dejado tiradas, deberían contestarle a esa pregunta.

—¿Soy solo un polvo para ti? —le pregunto, haciéndome la dolida.

He captado su forma de hacerse la falsa víctima, lo imito para que vea cómo sienta.

—¡No me lías! ¿Ves como me vuelves loco?

Me empiezo a partir de la risa y él finalmente se contagia de mis risas matutinas.

—Verte reír es lo más bonito del mundo, Keira.

—Pues no me hagas llorar... —me sale del alma, aunque no debería haberlo dicho.

Pero mañana es domingo y como sea capaz de irse con su séquito. ¡Lo mato!

Es raro cómo intentamos mentalizarnos de que las cosas malas no van a suceder nunca y de que todo saldrá como nosotros queremos, pero a veces las cosas ocurren, sin más. Y por mucho que deseemos lo contrario, es inevitable.

Lo que para ti es bueno, para otro es malo, y viceversa. Solo hay que esperar a que vuelva a girar la noria y tengamos el viento a nuestro favor.

Decido ponerme una falda de tablas, con cuadros rojos y negros, con unas calzas por encima de la rodilla de hilo negras. Unos zapatos de tacón de aguja rojos y una camisa de seda negra, abrochada con un lazo al cuello. Cuando me ve salir así de la habitación, suelta el periódico sobre la mesa enérgicamente.

—Mmmmm, ¿mi muñequita quiere guerra? Pareces una porno-colegiala.
—Ya me ha fastidiado.

—Ares, no vas a despeinarme de nuevo, ya estoy lista para salir. Es la tercera vez que boicoteas mi vestimenta.

Me mira de arriba abajo, muy serio.

—Así no vas a salir a la calle, estamos a 0 °C, ¿quieres morir congelada?

—¿Qué le pasa a esta falda? Las otras dos has dicho que eran demasiado cortas, —me mira con cara de chiste y lo admito—: Vale, eran de verano, ¡pero esta es más larga y abrigada!

—¡Llevas las piernas al aire, te vas a coger una pulmonía!

—Las calzas abrigan más que tus pantalones, no seas cavernícola —me quejo.

—Esas calzas abrigarán a una niña de cinco años, a ti escasamente te tapa las rodillas, mírate, ¡se te ven los muslos!

—No pienso cambiarme. —Me cruzo de brazos, desafiándole.

Se acerca hasta mí, me coge por los aires y con dos movimientos certeros, me quita la falda y las calzas. Me suelta de nuevo en el suelo y permanezco en bragas delante de él.

Quiero gritar.

—Ve a ponerte unos pantalones. —Me da un cachete en el culo y se dirige a su taburete para continuar leyendo el periódico apaciblemente.

A los cinco minutos, salgo corriendo por el pasillo, cojo mi bolso al vuelo, sin detener mi carrera y le grito mientras atravieso la puerta:

—¡Te espero abajo, carcamal!

Sale corriendo detrás de mí cuando se da cuenta de mi plan, pero no logra alcanzarme. El ascensor se cierra justo antes de que pueda cogermelo. ¡Uf, por los pelos!

Cuando aparece en la plaza, me busca con la mirada, pero haciéndose el indiferente. Le observo desde mi posición privilegiada, admirando su elegante forma de caminar. Desde luego se respira en el ambiente que es el gran líder. Un depredador. Ese inevitable aura de misticismo que le envuelve siempre, hace que todas suspiremos por él.

En cuanto me ve, clava su mirada en mí, y le cambia el semblante, aunque intente disimular cualquier tipo de emoción. Cuando llega a mi altura, recorre con sus ojos, incrédulo, mis piernas desnudas hasta la minifalda de cuero.

—No pienso cuidarte cuando estés enferma —me informa mientras pasa de largo.

—En la salud y en la enfermedad, ¿no, Hunter? —le digo yo, agarrándome a su brazo con gran teatralidad.

—¡Ni lo sueñes! Enferma no me vales ni para un polvo.

—¡Oye! —Le doy un golpe en el brazo.

Nos reímos y continuamos nuestro camino.

Hemos pasado el día entero juntos. Por la mañana, hemos ido a desayunar unos crêpes a la Menorquina. Después hemos ido de tiendas por la calle Preciados. Hemos entrado en el Corte Inglés y en la Fnac a la sección de libros. Ares me ha regalado la trilogía Solo Tuya que tengo muchas ganas de leer, por expresa recomendación de Emma, dice que le encanta la protagonista, así que deduzco que será tan burrita como ella. Ha dado en mi punto débil, adoro que me regalen libros. Después hemos ido a La Latina a tomar unas cañas y ya, de paso, hemos comido de tapeo por allí.

Todo está lleno de gente, que aprovecha estas fechas para venir a la capital a pasar el día. La mayoría de las mujeres miran a Ares con lascivia al pasar frente a él, pero mi «...» lo que sea, solo tiene ojos para mí, no les dedica a las demás ni siquiera una mirada de soslayo. Este mínimo gesto me hace sentir la mujer más afortunada del mundo.

Cuando estamos sentados en una cafetería en Callao, por la tarde, me mira fijamente y me dice tan tranquilo:

—¿Qué somos, fiera?

—Personas, ¿no?

—¡Qué graciosa eres! —Sonríe falsamente—. Contesta, qué somos.

—Amigos.

—¡¡¡¡Y una mierda!!!! —Pega un puñetazo en la mesa, yo pego un brinco del susto, y se levanta de su silla enfadadísimo.

¡Alucino!

—¿Puedes dejar de comportarte como un enajenado mental y sentarte en tu sitio? —Intento mantener la compostura, sonriendo de una manera muy falsa a la gente de nuestro alrededor, porque están observando atentamente nuestra peculiar escena.

—Cuando tú dejes de comportarte como una cría a la que le da miedo admitir sus sentimientos —me ladra.

—¡¿Qué?!

—Lo que acabas de oír. ¡Dime qué somos, Keira, de una vez por todas!

—¿Quieres que etiquete nuestra relación? ¿Así te sentirás mejor, poniéndole un nombre a «esto»? —Nos señalo a los dos con el dedo.

—Sí, adelante, ponle una etiqueta —me anima con las manos.

—Yo diría que nos estamos conociendo.

—Ya te conozco de sobra, me conozco cada maldito lunar de tu cuerpo —pronuncia estas palabras con una voz más que tentadora. Doy un respingo, por el calor repentino que esa respuesta produce en mí.

—¿Cuál es mi color preferido? —le sorprendo.

Permanece en silencio.

—¿Tú sabes cuál es el mío? —protesta él.

—Por eso mismo, nos estamos conociendo, no sabemos nada el uno del otro.

—Y aparte de eso, ¿qué somos?

—¿Cuál es la respuesta correcta, Ares?

—Tú sabrás, estoy esperándola. —Me está estudiando detenidamente.

—Si te llamo marido, te enfadas. Si te llamo amigo, te enfadas. Si comento que estamos intentando conocernos, te enfadas. ¡¿Qué quieres que diga?! ¿Amantes te parece bien?

—Los amantes no se prometen nada. Quiero oírte decir que eres mi novia y hasta que no me lo confirmes, no voy a dormir tranquilo, ¿te queda claro?

Escupo el café por la mesa ante su inesperada respuesta.

—¿Tú sabes lo que son los novios? ¿Crees que los novios se mienten, se engañan, se comparten...?

—¿Me estás mintiendo, engañando y compartiendo, Keira? —me interrumpe. Su vista se agudiza, me somete a un severo escrutinio.

¡Qué morro tiene, de verdad!, no es posible que sea tan buen actor.

—¿Y tú a mí? —le pregunto yo, intentando disimular mi indignación.

—¡¡¡¡Contesta!!!! —Al final va a romper la mesa.

—¡Contesta tú! —le grito, enfadada. Me levanto también.

—No, ni hago ni haré nada de eso. Quiero respetarte —lo afirma rotundo, mirándome a los ojos.

Cada vez me siento peor. Por un lado, quiero creer sus palabras, moriría de amor por él si fuesen reales. Pero sé que no son más que una sarta de mentiras y me obligo a mí misma a no sentir lo que debería o, al menos, a no creerlo. Coge mis manos entre las suyas.

—Keira, por mucho que me pese, me he enamorado de ti.

Hago acopio de todas mis fuerzas y me voy al baño sin decirle nada. Una vez allí, comienzo a pegar golpes a la pared.

«¡¡¡No puede ser tan cabrón!!!».

Al rato, salgo de nuevo a la zona de las mesas donde Ares me espera. Me observa perspicaz avanzar hacia él, no deja de mirarme atento. ¿Se olerá algo? Es imposible, no estoy reaccionando de ninguna manera o, a lo mejor, es precisamente mi continua falta de reacciones ante sus palabras lo que le mosquea.

—¿Necesitabas meditar? —me dice en un tono muy serio, mientras me siento frente a él.

—No, he ido a hacer pis.

—¿Te digo que me he enamorado de ti y tu respuesta es irte a mear? —
Clava su mirada de reproche en la mía.

—Ares, no te creo, por eso no te quiero responder.

—¿Y qué debo hacer para que me creas? ¿Me corto las venas? —De
nuevo, está enfadado.

—Deja tus prácticas de los domingos y lo haré.

Le ha caído de golpe, sin esperarlo, se pone nervioso, aunque intenta
aparentar serenidad.

—Te dije que era mi modo de vida y que si querías estar conmigo debías
asumir eso. He dado por sentado que al volver conmigo, lo estabas
aceptando.

—¡¿Qué?! —Me levanto de la silla de nuevo, pero esta vez me contengo
con todas mis fuerzas para no cogerla y estrellársela en la cabeza.

—Keira, tranquilízate. —Se pone en pie él también.

La gente vuelve a mirarnos.

—¡¡¡¡Vete a la mierda!!!!

Cojo el café y se lo tiro con todas mis ganas. Él no tiene tiempo para
reaccionar, así que recibe el líquido marrón de lleno en toda su cara,
provocándole un cabreo de campeonato. Suelta un rugido agresivo que
hace temblar a todos los presentes, menos a mí, que ya voy corriendo
por la mitad de la calle.

En menos de dos segundos, una fuerza arrolladora, me atrapa y me
detiene en seco, me aprisiona entre sus brazos desde atrás, con lo que
tengo las piernas libres y pataleo con todas mis fuerzas.

—¡Suéltame! ¡Eres un mentiroso! ¡Estás enfermo! —grito, enloquecida.

—No voy a soltarte hasta que me escuches, maldita seas —bufa en mi
oreja.

—¡Socorroooo! —bramo.

—Voy a dejarlo todo, ¿de acuerdo? ¡Pero escúchame! —ruge en mi oído.

Yo me detengo ante su confesión, si lo deja, significa que va a perder por
mí y Rambhá no tendría sentido, ¿qué mayor prueba de amor?

—Te escucho —sucumbo expectante.

Me suelta poco a poco y me rodea, para tenerme de frente, mirándome fijamente a los ojos.

—Llevo una semana intentando decirte esto, pero nunca me lo permites. Voy a dejarlo, pero no es tan fácil, esas mujeres necesitan algo a cambio, necesitan un líder, alguien que las consuele o calme su sed. No permitirán que las abandone así de repente, tenemos un trato y estoy en ello, sólo te pido una semana.

¡Quiero matarlo! En serio, quiero matarlo, pero haciéndole sufrir, con saña, con torturas infinitas... Intento no decirle nada. Cierro los ojos con fuerza y me trago mi genio, mi orgullo y toda esa rabia que amenaza con estallar de alguna manera. «Todo sea por el plan» me repito sin cesar.

—Keira, ¿puedo contar contigo?

—No lo sé. —Estoy enardecida, necesito destrozar cosas.

—Solo será una semana, muñeca, solo te pido eso.

—Está bien, entonces durante ese tiempo no seremos nada —sentencio.

—¿Por qué?

—¿Por qué?! ¿Pretendes que esté contigo tan tranquila, pensando que en unas horas estarás rodeado de mujeres haciéndote... quién sabe qué cosas? —Es que todavía no me puedo creer que todo esto me esté pasando a mí. Coloco mis manos sobre la cabeza, él parece que se pone nervioso ante mi reacción.

—Puedes estar presente. Tú dirigirás la orquesta, lo que no quieras que suceda, no ocurrirá. Así sentirás que no te engaña. ¿No querías tener el control? Pues lo controlarás todo. Te cedo el mando —parece convencido.

—¿Y qué gano yo con eso? Dime una sola razón por la que tenga que aceptar semejante oferta... —No quiero que piense que me niego en rotundo, porque entonces se irá todo al traste, se trata de que piense que efectivamente me voy a unir a su pequeño grupo de esclavas.

—Necesito que vengas a mi casa mañana. Solo es preciso que participes una sola vez con las chicas. Solo te pido eso, a cambio, seré tuyo para siempre. Juro que no habrá ninguna mujer más en mi vida que no seas tú, no soy capaz de respirar sin ti, Keira, y lo sabes.

«A lo mejor no pretende desaparecer del mapa y abandonarme. Solo quiere recuperar su dinero para poder mantener su nivel de vida... Yo lo

tendría clarísimo, si tengo en una mano mujeres por doquier que me rentan millones ilimitados y en la otra una petarda que solo se dedica a amargarme la vida, ¿qué elijo?».

—Está bien, pero será el domingo que viene, para mañana es demasiado pronto, no estoy preparada.

Ares me acoge entre sus brazos con fuerza, ríe dichoso, y finalmente me levanta por los aires, girando sobre nosotros mismos. Mientras, todos los viandantes que se cruzan en nuestro camino, se miran entre ellos con complicidad, admirando a una pareja tan feliz.

—Te voy a hacer la mujer más feliz del mundo, mi Rambhá, desde hoy ese será mi cometido en la vida. —No es consciente de que realmente soy «Rambhá», por eso contengo una sonrisa malvada.

A cada momento que pasa, lo odio más.

Me besa tiernamente en los labios, pero esta vez sus besos no me saben a gloria, sino a dardos envenenados.

El dios de la guerra se ha relajado pensando que lo tiene todo hecho, pero no sabe que para eso le espera una batalla cruenta con la que piensa que es su salvadora.

«Pero aquí estoy, mi amor, esperándote entre las sombras para asestarte la estocada final».

Ya es de noche cuando llegamos a mi portal. Probablemente me arrepienta el resto de mi vida de la decisión que acabo de tomar, porque él, cuando está enfadado, tenso, preocupado, o en cualquier otro estado de ánimo, lo soluciona con sexo, y si no es conmigo, será con cualquier otra mujer, pero ahora mismo no soporto la sola idea de estar cerca de él. Únicamente quiero desaparecer o, mejor aún, que él desaparezca.

Ares sujeta la puerta de hierro negra del portal para que entre yo primera, pero me detengo delante de él.

—Por fin, voy a poner esa falda tan corta donde se merece estar — utiliza su voz hipnotizadora de nuevo.

—Ares, quiero estar sola.

—¿Por qué? —Le acabo de pillar desprevenido y parece descolocado. No creo que una mujer le haya negado nunca nada, ya me está costando a mí, incluso con el cabreo monumental que tengo.

—Porque sí.

—¿Qué ha pasado? Hasta hace un rato estabas bien. —No se mueve del sitio, solo me mira, buscando una respuesta en mis ojos.

—No ha pasado nada, Ares, mañana ya hablaremos.

Entro en el portal, dejándolo atrás, tal como está, apoyado en la puerta. Yo avanzo decidida hacia el ascensor, mientras él permanece helado.

—Espero que esto no tenga nada que ver con tu ex —me dice colérico.

Me detengo.

Creo que si me hubiese llamado cualquier cosa, no me hubiese sentado tan mal. Tiene un doble rasero para medir nuestra relación de novios, que me saca de quicio, en el que él puede acostarse con todas y yo con nadie. Pues ahora mismo me acaba de tocar la moral de una forma inimaginable y hasta aquí hemos llegado.

—¿Sabes qué, Ares Hunter? —Me doy la vuelta para plantarle cara.

No contesta, solo me mira, retándome.

—Esto tiene muuucho que ver con mi ex, ya que él folla muuuucho mejor que tú. ¡Estoy deseando que te largues por esa puerta para llamarle corriendo! —le grito enfurecida.

Me lanza una mirada de odio total y absoluto. Sé que le acabo de clavar un puñal en su corazón, en el caso de que lo tuviera, pero él solito se lo ha buscado. No puedo odiarlo más que en estos precisos instantes.

Me giro nuevamente y camino rápidamente hasta el ascensor, donde entro a toda prisa para marcar el número cuanto antes, no quiero que vea los millones de lágrimas que se deslizan por mis mejillas.

Entro en casa, cierro de un portazo y doy a la llave todas las vueltas que me son posibles, para que este energúmeno no utilice su tarjeta de crédito y consiga, también, abrir mi puerta.

Gólum sale a recibirme, enseguida percibe mi tristeza y no deja de hacerme carantoñas hasta que le sonrío.

—Tú eres el único que merece la pena.

Me siento en el sofá para conseguir respirar un poco. Con el sofocón que tengo, no pienso con claridad. Cojo mi móvil, porque una luz parpadea y veo que tengo un wasap, lo miro, es de hace un par de horas, es decir, de las 19.00.

Jairo:

«Necesitamos arreglar un asunto, llámame».

Marco su número, contesta y me dice que está por aquí cerca, que viene a casa, para contarme una novedad.

Mientras espero la visita, me pongo mi pijama de Snoopy y me preparo un sándwich de queso con un zumo de manzana.

Lllaman a la puerta, voy a abrir. Compruebo por la mirilla que es Jairo y no Ares, porque de ser así, le clavaría un cuchillo.

Abro.

—Hola preciosa. —Me da un beso en la cara.

—Pasa, rubio.

Se siente en el sofá. Le lanzo una cerveza, la abre y da un trago del botellín. Yo me sirvo un vino blanco y me siento también en el sofá, frente a él.

—Hoy ha habido un pequeño debate en el club —me informa.

—He estado todo el día fuera, no me he enterado de nada.

—Ningún miembro le ha dicho a Ares quién eres, ni siquiera Cristian. Creo que es un secreto a voces, pero están aguardando, para poder saborear el descubrimiento.

—¿Y cómo se supone que va a enterarse? En cuanto lo descubra, ¡va a volverse loco! —No lo digo de broma, va a venir a buscarme.

—¿Cómo va tu tapadera? ¿Cree que vas a entrar a formar parte de su harén, o todavía duda?

—Le acabo de confirmar que el domingo que viene lo haré.

—¿En serio? —pregunta, sorprendido.

—¡Ajá! —asiento.

—¿Y qué ha dicho?

—Digamos que se ha puesto muy contento con la noticia.

—Claro, ya estará contando los billetes... Lo que no imagina es que ¡va a perder los pocos que le quedan! —Pone cara de pocos amigos—. Con mi chica no se juega.

—¿Qué pasará cuando pierda, Jairo?

—Se verá obligado a abandonar Rambhá, lo ha apostado todo. Dejaría de cumplir las normas.

—¿Todo?

—Hasta la mansión —apunta.

Un escalofrío sube desde la punta de mis pies, recorre mi cuerpo y termina en mi cabeza al pensar que por una tontería va a perder todo lo que ha estado atesorando en una vida entera. Y la decisión de que eso ocurra, o no, está en mis manos. Me odiará el resto de su vida.

Por un momento, siento lástima por él, no puedo evitar quererlo, por muy capullo que sea. Imaginar al gran Ares Hunter siendo una persona

normal, con horarios y un jefe, no me entra en la cabeza. E imaginarlo odiándome, menos.

Jairo me cuenta que tienen preparado un plan en el CNI para grabar a Ares confesando todo y que necesitan, una vez más, mi estimada colaboración.

—Tengo dudas —confieso.

—¿Ya te ha lavado el cerebro? ¿De qué tienes dudas? ¿Quieres que te cuente a todas las mujeres, incluidas madres y esposas, a las que ha dejado con el corazón destrozado? ¿Todas las promesas de amor que ha hecho para llevarlas a la cama? Nada de lo que te dice es real, siento ser yo el que tenga que abrirte los ojos, Keira, pero es así. ¿Crees que eres especial?

—Hay veces que sí... —confieso, mirando hacia abajo, recordando cómo me miran esos ojos azules. Es imposible que eso se pueda fingir. No quiero creerlo.

—Permíteme decirte que lleva años puliendo su técnica, es normal que le creas. ¡Le creería hasta yo! —Sonríe—. Os pone cara de niño bueno y ya estáis a su merced cuando quiera chascar los dedos. ¿Cómo crees que ha convencido a todas esas mujeres para que se conviertan en sus esclavas sexuales y se vayan a retozar los domingos con él? ¿Crees que ellas no le querían también en exclusiva?

—Puede ser. —No había pensado en ese punto.

—Todas y cada una de ellas lo intentaron, Keira, pero prefieren compartirlo, a perderlo definitivamente. Todas las batallas que libras en tu interior, ya las han librado ellas antes, y todas las han perdido. —Se queda pensativo, como si algo que está recordando le hiciera daño—. Por eso, tú eres nuestra única esperanza.

—Lo que no entiendo es por qué primero me dices que se ha enamorado de mí, y ahora que soy una más.

—Necesitabas escuchar que eras especial para él, para aceptar entrar en Rambhá. Necesitabas esa seguridad en ti misma. Yo te la di.

Ahora sí que estoy hecha un buen lío.

—Keira, lo tenemos con la soga al cuello, aguanta esta semana como sea, por favor. Cuando todo esto haya terminado, podrás coger los millones e irte a vivir a las Bahamas, o donde tú quieras.

—¿Sus millones?

—¡Claro! Legalmente serán tuyos, tú vas a apostar contra él, el viernes que viene. Es lo que todos estamos esperando, tanto dentro como fuera del club.

Me quedo sin habla. No lo comprendo.

Cuando estoy concentrada, intentando asimilar toda esta historia, unos fuertes golpes en la puerta me sacan bruscamente de mi ensimismamiento.

Jairo y yo nos miramos.

—¡¡¡Es él!!! —grito.

—Tranquila, no te preocupes, puedo ser un amigo con el que estás tomando algo, ¿no? —Hace el gesto de «calma» con las manos.

Los golpes y voces al otro lado de la puerta aumentan. Jairo no tiene ni idea de que hace tan solo un instante, acabo de amenazar a la bestia que aporrea la puerta, con acostarme, precisamente, con él.

En cuanto lo vea, lo va a descuartizar.

—Voy a ver.

Miro por la mirilla y veo a un Ares despeinado, con cara de muy pocos amigos. No lleva la cazadora y tiene la camisa por fuera del pantalón, me temo que ha estado bebiendo. Sacude de nuevo la puerta:

—¡Ábreme o la tiro abajo, Keira! Sé que estás ahí —vocifera, amenazando a la mirilla con el dedo.

Inspiro.

Abro la puerta.

Nos miramos.

—¡Qué tierno eres! —le reprocho.

Me mira de arriba a abajo, resulta aliviado al verme con mi indumentaria casera infantil y no con un picardías de encaje.

—¿Dónde está? —Mira hacia el interior de mi casa por encima de mí.

—¿Quién? —me hago la tonta, con la absurda esperanza de que se dé por vencido.

—¡Vaya pregunta! Tu amiguito, ese que folla tan bien, que voy a dejarle claro con qué no puede jugar. ¡Eres mía!

—¡Estás loco, Hunter! —Pongo los ojos en blanco.

Entra, apartándome de su camino, pero delicadamente. Con tan solo tres zancadas llega al salón y se detiene en seco. Se convierte en un gato encrespado en cuanto descubre a Jairo, sentado en el sofá. Solo le falta bufar. Su mandíbula está en tensión y los puños cerrados con fuerza.

Creo que albergaba la esperanza de que todo fueran imaginaciones tuyas, o un vacile mío, pero el descubrir que realmente hay un hombre —¡y qué hombre!— en mi sofá, lo deja en shock.

Yo me apresuro a llegar hasta la escena. Esto parece un duelo al sol. Los dos en pie, mirándose.

—¿Quién es éste? —ruge Ares, pronunciando la palabra «éste» con asco.

—Soy Jairo, ¿y tú quién eres? —¡Oh, encima Jairo le provoca! No me lo está poniendo nada fácil.

—Ya deberías saberlo —le recrimina violentamente Ares, va a saltar de un momento a otro, ya tiene los puños blancos de apretarlos tanto.

—Pues no tengo el gusto, lo siento —le dice Jairo, con sarcasmo.

—¡Soy su novio! —increpa, un Ares desbocado.

Yo suelto un bufido ante tal afirmación, «ya estamos otra vez».

—Me extraña mucho... —Jairo tiene una actitud chulesca y está demasiado tranquilo.

—¡¿Cómo dices?! —bufa mi novio, ladeando la cabeza sin dejar de mirarle, intentando serenarse.

—Keira, es una mujer libre, no tiene nada ni nadie que le ate, al menos, eso es lo que me acaba de decir hace un instante. —Aprovecha un momento, en el que Ares me mira iracundo, para guiñarme un ojo, lo que me tomo como un «sígueme la corriente».

—Así es —confirmo, levantando mi mandíbula, altanera y mirando a Ares a los ojos.

«No sé demasiado bien cómo va a terminar esto, pero no pinta nada bien».

El señor Hunter está confuso. No puede actuar como verdaderamente le gustaría, porque si me pierde, significaría perder la apuesta también.

Por lo tanto, debe de estar contando hasta mil en su interior y repitiéndose el mismo mantra que yo «solo una semana, solo una semana». No creo que ninguna apuesta en su vida le haya costado tanto como esta, desde luego, no hay duda de que se va acordar de mí para siempre.

—Podemos hacer un trío —Jairo suelta el bombazo y se sienta en el sofá tranquilamente. Yo abro los ojos de par en par al escuchar semejante oferta, casi me atraganto.

—¿Un trío?! ¡No permitiría que le pusieras las manos encima a mi mujer ni en tus sueños! —Le va a matar como siga así.

—¡No es tu mujer y nunca lo será! ¿No la ves? Es una diosa, todos suspiran por ella, ¿qué motivo tendría para estar con un solo hombre, cuando puede tener el mundo a sus pies? ¿Qué puedes ofrecerle tú? —Jairo lo está buscando, o no sé lo que intenta hacer, pero realmente, ver el semblante de Ares, me está dando miedo, respira como un caballo desbocado.

—Porque estamos en presencia de una dama, si no ya te habría partido la cara. Te voy a tener que poner morado el otro ojo también, imbécil. ¿No te han enseñado a respetar el territorio ajeno? Te lo puedo enseñar en la calle —amenaza Ares mientras se remanga la camisa.

—El territorio no es ajeno caballero, ¿dónde está el anillo que lo delimita? Esta preciosa mujer no pertenece a nadie, y de pertenecer a alguien, sería a mí, porque yo estaba antes que tú. Ella fue mía antes que tuya, yo fui el primer hombre en su vida y seré el último, así que ¡el que sobra aquí eres tú!

¡Madre mía! Si es que lo estaba viendo venir.

¡Se ha pasado!

Con estas palabras Ares no aguanta más, pierde completamente el poco control que había mantenido hasta ahora, y se abalanza sobre Jairo como un león poseído. Pero esta vez, el agente secreto ya le está esperando, puesto que lleva un rato provocándole. Cuando Ares se le echa encima, lo esquiva y el que le asesta el puñetazo es él. Al verlo, me imagino que un agente del CNI conoce las tácticas del combate cuerpo a cuerpo.

Jairo se lanza sobre Ares, que al esquivarle, se ha caído al suelo. Ahora están los dos dando vueltas por la alfombra y yo petrificada, en medio del salón, mirando cómo hacen la croqueta, sin saber muy bien cómo actuar.

Finalmente reacciono y corro a separarlos como buenamente puedo. Me meto en el medio y los dos se detienen inmediatamente, no vaya a ser que me den a mí algún golpe.

Ares permanece junto a mí, se limpia la sangre del labio con la manga de la camisa y su enemigo se tapa el ojo que ya tenía morado. Los dos respiran con dificultad después de la pelea.

—¿No os da vergüenza?! —les regaño, nerviosa.

—Ha empezado él —se defiende Jairo.

—¡Y lo terminaré, desgraciado! —le amenaza Ares, mirándolo con los ojos inyectados en sangre.

—¡¡¡Silencio!!! ¡Ya he tenido suficiente pelea de gallos por hoy! ¡Largaos los dos de mi casa! ¡¡¡Ahora mismo!!! —les grito a ambos, señalando la puerta.

—Pero... —protesta Jairo.

—¡Pero nada! ¡A la puta calle! —le empujo.

Me da igual que se maten por las escaleras.

Cuando suena la puerta, indicando que ya se han marchado, me dejo caer en el sofá, con las piernas temblando como un flan.

Hoy es domingo y la gran noche de fin de año. Es muy temprano todavía, pero Emma ya está en mi casa, dispuesta a arrasar con todas las tiendas de Madrid para encontrar el vestido de su vida. Cada año encuentra tres o cuatro vestidos de su vida, se compra uno y después se arrepiente, porque debía haberse comprado el otro.

Siguen llegándome mensajes y wasaps, tanto de Jairo como de Ares, que borro sin ni siquiera mirar. Hoy es la última noche del año y quiero terminarla bien, no quiero saber nada de ninguno de ellos, por mí se pueden ir al infierno.

Emma y yo estamos, en mi terraza, desayunando.

—Esta noche tenemos que estar radiantes, Kei, es la primera vez que nos invitan a una gala de ricos. —Emma está sobre excitada.

—Sí —le digo, con cara de «madre regañando a su hija»—, hoy en día el ser jóvenes emprendedoras y triunfadoras está de moda, ahora todos se pelean por tenernos en sus galas, hay que aprovechar la oportunidad, pero debemos ser selectivas, ¡que te conozco! —Me río al mirarla, es tan infantil a veces.

—¿Y qué vas a seleccionar? Yo voy a donde me inviten, ¡es publicidad gratis!

—Una cosa es estar en el punto de mira y otra cosa es que se aburran de ti, hay que hacerse de rogar. —Esta mujer es capaz de ir empalmando una fiesta con otra.

—Ya estás otra vez con tus teorías raras... —Me mira con el ceño fruncido—. Si no tuvieras detrás de ti a los dos hombres más impresionantes del planeta, no te haría ni caso, pero como veo que ser tan absurda te da resultado, pues... ¡Te nombro oficialmente mi jefa de protocolo! Así podrás seleccionar dónde voy y dónde no —anuncia el nombramiento teatralmente con la cucharilla con la que está removiendo su café.

—¡Estás como una cabra! Si me hicieras caso más a menudo, otro gallo te cantarías...

—¿Qué gallo?

—Pues, por ejemplo, la ropa. Te he invitado a que vengas conmigo a comprarte el vestido de esta noche a una boutique exclusiva, no puedes comprarte un vestido en Zara y luego estar durante toda la noche enfadada porque otra lo lleve igual y lo que es todavía peor... ¡que le siente mejor!

—¡Eso es imposible! —Indica que no con el dedo índice, muy seria— nunca le puede quedar mejor que a mí.

Me río, es tan engreída.

—Venga, Emma, hemos ganado dinero de sobra, te puedes permitir un caprichito.

—No me gustan esos vestidos de estiradas, yo soy más sencilla que todo eso.

Cuando Emma se mira en el espejo, deja escapar un gritito y rápidamente se tapa la boca con ambas manos.

—¡Madre mía, Kei! —suspira.

Yo sonrío al verla tan feliz, parece una estrella de cine, está mucho más que preciosa.

El dueño de la boutique, le ha explicado que todo vestido de gala que se precie, debe de ser largo, porque un vestido corto quedaría demasiado atrevido, algo descarado y de mal gusto. Le ha informado de que tiene que tener la personalidad de la mujer que lo lleve, por lo tanto, el vestido de Emma, que él ha seleccionado, es provocativo y elegante, pero sin ser ordinario. Este hombre parece que nos conoce de siempre. Tantos años de experiencia juegan a su favor.

La maravilla que está envolviendo el cuerpo de mi amiga es de gasa de color rojo y con palabra de honor. Tiene pedrería debajo del pecho, para resaltar más esta zona, ya que ella tiene poca delantera. Como elemento decorativo, parte desde la cintura una especie de velo que se desplaza hacia detrás y los lados, lo cual le concede muchísima movilidad. Parece una auténtica mujer glamurosa de la Grecia Clásica.

—¿Vamos entonces de compras o te quedas con este? —la provoco.

—¡No podré quitarme este vestido nunca, es perfecto! —dice mientras acaricia su vestido con delicadeza.

El sastre marca por dónde debe encogerlo y cortarlo y nos indica que en un par de horas estará listo. Emma se niega a quitárselo, pero

finalmente la convencemos. Lloro de la risa cuando mi querida amiga amenaza a las chicas que trabajan en la tienda con el dedo:

—¡Como me lo manchéis, os mato!

A ellas no les hace tanta gracia, ya que no la conocen y se toman su amenaza en serio.

Es mi turno.

Desde que hemos entrado, he echado el ojo a un vestido y no voy a salir de aquí sin él. Le indico a la chica que nos atiende cuál es y el dueño de la boutique me dice:

—Permítame indicarle que ese vestido le va a sentar como un guante, señorita, no hubiera elegido a nadie más apropiado para llevarlo que usted. Destila sensualidad y elegancia. La exquisita tela con la que está confeccionado es un delicado charmeuse de seda, color zafiro. Está decorado con perlas naturales que recrean una noche estrellada. Desde luego, una de las mayores joyas de mi colección.

Me lo pongo. Cuando las chicas abren la cortina, para que me vea en el espejo, me quedo con la boca abierta. Es simplemente... perfecto.

—El vestido en la percha ya era una pasada, pero puesto en ti... ¡Oh, my God! —Emma se ha puesto en pie, me silba y me mira anonadada, le falta llorar.

Se trata también de un vestido largo, con la espalda al descubierto y con el borde de la tela rematada con pequeños diamantitos. Termina formando un pico justo encima de mi trasero. Es sin mangas, va atado al cuello y muy ceñido al cuerpo. Su corte es de sirena con una pequeña cola. Las perlas comienzan a salir desde el pico de la espalda y terminan en dicha cola, ciertamente parece formar en ella un manto de estrellas. Además, tiene una abertura muy sexi en la parte derecha para que se me vea toda la pierna al caminar.

—Permítame expresarle, señorita, que en todos los años que llevo en el negocio, nunca había visto semejante belleza.

—Gracias. —Me sonrojo, porque precisamente este respetable señor siempre se ha caracterizado por su trato distante con el cliente.

—Te lo puedes llevar puesto, Kei, te queda como un guante. ¡Madre de Dios! —Emma no cierra la boca.

Para hacer tiempo, hasta que esté listo el vestido de Emma, nos vamos a comprar un bolso cada una. Todo un suplicio escuchar las innumerables quejas de la renacuaja al respecto:

—¿A esto le llamas tú bolso? ¡Aquí no me cabe ni una llave! ¡Por no tener, no tiene ni asa! ¿Lo tengo que llevar toda la noche en la mano como si fuese una extensión? Me tendré que olvidar de emborracharme. ¡Vaya mierda!

Y después los zapatos.

—Con estos tacones no voy a poder ni andar. Voy a parecer un pato borracho. Verás ahora como me queda el vestido corto. Al final, voy a ser más alta que tú. ¿Esto se puede usar también a modo de palillo para sacarte la comida entre los dientes? Me tendré que olvidar de bailar. ¡Vaya mierda!

Pongo los ojos en blanco y paso de ella. Es única para ir de compras.

Por la tarde, asistimos a una sesión profesional de masajes en nuestro propio centro. Nos aplican tratamientos de regeneración para la piel corporal, que al terminar parece brillar con luz propia y estar más suave de lo que es normal para un ser humano.

Acabo de salir de aquí aparentando quince años.

Por último, Pepe nos lleva a la peluquería, donde nos hacen la manicura, pedicura, corte de pelo, peinado y maquillaje.

A la 21.00 de la noche, ya vestidas y emperifolladas, hacemos nuestra aparición triunfal en las puertas del Villa Magna, en pleno Paseo de la Castellana.

Es bastante probable que Cristian se haya molestado por rechazar su amable invitación de pasar la Nochevieja en el Ritz, pero no me apetecía demasiado estar todo el tiempo fingiendo que no ha ocurrido nada entre nosotros. Emma dijo que vendría conmigo, donde yo quisiera, que era nuestra noche de solteras.

«¡Así que fastídate, Ramsés!». Le hago un corte de mangas mental.

Por lo tanto, aquí estamos, delante del antiguo Palacio de Anglada, característico por su exquisita imitación del Patio de los Leones, de la Alhambra de Granada.

Accedemos al lobby del gran hotel Villa Magna, pasando por las grandiosas fuentes luminosas de la entrada. El mayordomo que está tras el atril, nos solicita amablemente nuestra invitación, se las entregamos, nos apunta en la lista de asistentes y pasamos dentro.

Todo está engalanado con adornos navideños, pero extremadamente refinados, nada de sobrecargas de color. Hay velas en sitios estratégicos, luces pequeñas alrededor de puertas y ventanas, cintas doradas en ciertos lugares. Todo dispuesto con un gusto exquisito.

Descubro que el director está en la entrada para recibir a los invitados. Cuando me ve, pone una gran sonrisa.

—¡Keira! Pero qué grata sorpresa. —Besa mi mano delicadamente.

—Señor Morris, me alegra verle.

—Y a mí me alegra que por fin hayas salido del Ritz, ahora tendré más posibilidades de que te vengas conmigo.

—Ahora le resultará más difícil. —Le sonrío.

—Ya sé, ya sé, Keira. Ahora eres una empresaria de éxito, sigo tus pasos, querida. Pero que sepas que si algún día te aburres del negocio del wellness, aquí tienes tu casa. Espero que disfrutéis de la velada. Sed bienvenidas. —Posa su mano sobre mi espalda y hace una reverencia.

—Gracias —le contestamos las dos al unísono, mientras accedemos al salón.

—¿Cómo haces para que, siendo tan mojigata, estén todos los hombres del mundo locos por ti? —Mi amiga está indignada.

—Nunca lo sabrás, canija. —Nos reímos.

Estamos en el salón.

Siempre me ha llamado la atención de este hotel su gran escalinata de mármol, es digna de un reportaje. Según avanzamos bajo la gran cúpula, vislumbro el piano de cola negro, que está al fondo del salón y le da un toque sofisticado al ambiente navideño que se respira por doquier.

Todos los invitados se giran a mirarnos a nuestro paso. Unos siendo más descarados que otros. Nosotras, disimuladamente, nos situamos en el rinconcito más cercano a la mesa de las bebidas, por si acaso.

Ha pasado un rato, la sala se ha ido llenando y puede haber cerca de mil personas, con lo cual, no llamamos tanto la atención, porque estamos más apretados que antes.

La orquesta, que hasta ahora estaba tocando música clásica ambiental, se queda en silencio, lo que indica que es la hora de la cena.

La tarjeta con nuestros nombres está, casualmente, situada en una mesa donde sólo hay hombres. Menos mal que son más o menos jóvenes, de lo contrario, hubiera resultado ser una velada bastante aburrida.

Nos presentamos todos antes de tomar asiento, son muy agradables, ninguno parece ser de mala cuna. Una vez sentados, nos explican cuáles son sus negocios e intercambiamos tarjetas, por si el día de mañana nos pudiera venir bien tener el número de un abogado, un arquitecto o un notario.

Los camareros sirven la cena: «ostra napoleón», «solomillo Wagyu Rossino con foie-gras, boletus edulis asados», todo ello aderezado con unos maridajes exquisitos, entre plato y plato «sorbete de mango» y de postre «praliné de trufa». ¡Voy a explotar!

—Keira, nos teníamos que haber traído el tupperware para guardar todo lo que nos ha sobrado, ¡qué lástima!

Todos se ríen por el comentario de Emma, aunque mucho me temo que no era una broma.

—No nos cabe en el bolso, ¿recuerdas? —Le guiño un ojo, mientras muestro mi pequeño bolso plateado y nos volvemos a reír todos.

Este es el tipo de apuro del que la saco continuamente y ella ni se entera.

—Chicos, me ha hecho elegir entre una barra de labios y las llaves de mi casa, ¿os lo podéis creer? ¡Aquí no cabe nada! —Emma me apunta con su bolso, toda indignada, mientras yo niego con la cabeza.

Todos le preguntan qué ha elegido y ella se parte de risa diciendo:

—¡He dejado la llave debajo del felpudo!

Todos brindan por ello y ríen despreocupados. Yo intento secarme delicadamente las lágrimas con la servilleta, de tanto reír se me va a correr todo el rímel. Creo que mi amiga ya ha reunido su harén para esta noche. ¡Ay, Dios, qué peligro tiene!

Mi bolso vibra justo ahora que lo tengo en la mano, saco mi móvil para comprobar de qué se trata.

Ares:

«Ya está bien de tanto coqueteo, o me veré obligado a intervenir».

No puede ser...

¡¿Dónde está?!

Miro por todos sitios, en todas las mesas, pero no le veo. Es imposible que esté por aquí, es domingo, debería estar con sus putitas o con su amigo Cristian.

No le contesto, vuelvo a meter el móvil en el bolso, pero justo antes de soltarlo, vuelve a vibrar. Me siento tentada a no mirarlo, como llevo haciendo durante todo el día, pero me puede la curiosidad, y como lo tengo prácticamente en la mano...

Ares:

«¿Por qué te gusta tanto tocarme los cojones? Con lo fácil que es obedecer...».

Keira:

«¡Déjame tranquila! Si quieres obediencia, pídesela a tus perritas».

Ares:

« Mis perritas están rabiosas, no han sido capaces de levantármela...».

Keira:

«¡Oh! Qué pena, ¡ya no sirves ni para eso!».

Ares:

«Te puedo demostrar todas las cosas para las que sirvo... ».

Keira:

«¿Crees que me importa?».

Ares:

«Sé que no piensas en otra cosa, fiera».

Keira:

«Hunter, ahora mismo, estoy pensando en muchas cosas y ninguna tiene que ver contigo...».

Ares:

«¿Por ejemplo?».

Emma me pregunta que con quién me escribo y le respondo que con un tarado, se ríe al adivinar de quién se trata y me arranca el móvil de las manos.

Escribe.

Keira:

«¡Déjame en paz de una vez, capullo! Estoy rodeada de chicos guapos que se mueren por devorarme entera. Ya te contaré qué tal se porta luego mi harén... Por cierto, si quieres te puedes sumar».

La verdad es que ni me paro a mirar lo que le ha puesto Emma, guardo el móvil en el bolso sin más, porque imagino que está por aquí en algún sitio y habrá visto que ha sido mi amiga la que le ha escrito.

Después de la cena, nos vamos a la pista de baile con los chicos de la mesa, puesto que Emma ya se ha convertido en su íntima amiga. Están tocando versiones de música moderna, así que nos reímos bastante con los pasos locos de la renacuaja. Desde luego, como animadora social no tiene precio.

Yo estoy en tensión, siento su mirada sobre mí, disimulo, buscándolo entre la multitud, pero no lo encuentro.

Uno de los chicos me agarra por la cintura para decirme algo al oído, porque debido a la música, no le escucho bien, entonces veo la sombra de alguien que emerge detrás de mí. Me giro y ahí está.

Ares Hunter aparece en mi campo de visión, con un smoking negro impresionante de la gama de lujo de Dormeuil, con una camisa blanca y una pajarita negra. Huele tan bien y es tan guapo, que prácticamente me quedo pasmada ante su presencia.

—La mano, chaval. —Señala agresivo la mano que toca mi cintura y el chico la aparta como si de repente le quemase—. Muy bien, y ahora ¡lárgate! —le increpa al pobre muchacho, que prácticamente sale corriendo de aquí.

—¿Es que no me libro de ti ni en fin de año? —Le doy la espalda.

—No te librarás de mí nunca. —Me planta su mano en la cadera y me atrae hacia sí, de manera que mi espalda se queda pegada a su pecho y mi culo a su entrepierna. Al hacerme notar descaradamente su abultamiento en mi retaguardia, me entra mucho calor.

—¿Cómo has sabido que veníamos aquí? —le pregunto, entre suspiros, mientras él me acaricia la nuca con su nariz. Cierro los ojos unos instantes para centrarme.

—Señorita, no se crea tan importante, yo ya tenía la asistencia confirmada antes de conocerla a usted —me susurra al oído.

—¿Y el Ritz?

—Llevo toda la vida yendo allí, me apetecía cambiar de aires. Si hubiera sabido que ibas a venir con semejante vestido, no te hubiera dejado salir de casa.

—Puede que por eso, no te lo hayas enterado.

—Me estás volviendo loco, no puedo apartar los ojos de ti. Me tienes embrujado, Amor...

—Ares... —Me está torturando con esa voz.

—¡Shhhhh! —me dice al oído, mientras continuamos pegados.

—¿Y tú? ¿Qué haces aquí? —me susurra al rato.

—Lo mismo que tú —jadeo, me está atormentando prácticamente sin rozarme.

—¡Hola capullo! —le saluda Emma, sacándonos de nuestro particular calentón público.

Se acerca y le da dos besos, consiguiendo que al fin nos despeguemos, rompiendo la magia.

—Vaya, ya veo que cuando la mona se viste de seda, parece otra cosa — él bromea, metiéndose con ella.

—Gracias, Ares, tú tampoco estás mal, pero esos pantalones te marcan demasiado el paquete, la próxima vez hazte una paja antes de salir de casa, o cómprate una talla más grande. —Se gira y vuelve a bailar con los chicos de la mesa. Yo suelto una risotada.

—Joder, con la canija —refunfuña Ares.

—Tiene razón —afirmo, señalando su entrepierna.

Se abrocha la chaqueta para disimular su erección.

—Llevo toda la noche empalmado, joder, no es normal como te sienta ese vestido.

—No es para tanto.

—Ven aquí.

Me agarra por la cintura y bailamos pegados una versión moderna de la canción de los Bravos Te quiero así. Cantándome al oído:

—Me gusta que sonrías siempre, cuando estoy contigo. No cambies, no, te quiero así. Distinta de las otras eres, por eso estoy contigo, nos gustan las mismas cosas, seremos felices...

Me mira sonriente y me quedo tonta.

Me agarra por la cintura y bailamos pegados. Es un profesional del baile, me lleva y me trae a su antojo, me sube y me baja como le viene en gana. Me gira, me tumba, me seduce... Todas las mujeres a nuestro alrededor se lo comen con los ojos, pero es mío. Al menos en este momento.

—Keira, no soy capaz de razonar desde ayer —suena enojado, o más bien, descolocado.

—Tú no has razonado nunca.

—No juegues conmigo.

—Eres tú el jugador, ¿recuerdas?

—Yo te soy sincero, no hay nada más real que lo que siento por ti. —Me mira, fulminándome con ese azul intenso.

—Si fuera real, no necesitarías más mujeres.

—Ya no las necesito, me he dado cuenta esta tarde, ni siquiera quería que viniesen a casa y cuando las he tenido delante, no he sentido nada.

—Será que está perdiendo brío con los años, señor Hunter... —intento no reírme, ya que su confesión me hace estar de mejor humor.

—Si quieres te demuestro en el baño el brío que tengo —me susurra al oído, haciendo que me entren los siete males.

—El baño no es lugar para una dama —le reprendo, separándome de él.

—Las damas también tienen urgencias. Y esta es una urgencia muy, muy, grande. —Me acerca a su cuerpo de nuevo, con un ligero tirón de mi cintura, con suma facilidad, induciendo a que dé fe de lo grande que es la urgencia.

—Ares, no me provoques.

—Si quieres ahora mismo reservo la Suite Real, no me vas a poner el baño como excusa.

—Mmmmm, estará reservada ya...

—No aguanto sin estar dentro de ti, Keira, te necesito. —jadea en mi oído. Muerde el lóbulo de mi oreja y después mi cuello, volviéndome loca. Me falta gemir.

Levanto la vista lentamente, chocándome de frente con su mirada lujuriosa, envuelta en puro deseo y prometiéndome tórridos acontecimientos. Mojo mi labio inferior lentamente, y sus ojos de depredador en acción persiguen el recorrido de mi lengua...

Una lucha encarnizada se cierne en mi mente.

Por un lado, me muero por estar con él, no sé por qué, pero cuando estamos juntos me siento viva, me siento poderosa, siento correr la sangre por mis venas... por no hablar del sexo. En mi vida, me he sentido tan bien, como cuando estoy con Ares, hace que salga a la luz la chica divertida y vacilona que llevo dentro. ¿Por qué he de privarme de todas esas sensaciones, si son las únicas que consiguen estimularme?

Pues muy sencillo, porque ahora viene mi otro lado, el que sabe que cuando todo esto termine, no va a haber merecido la pena pasarlo tan bien, porque el daño será muchísimo mayor cuanto más tiempo pase

con él, cuantas más veces crea sus promesas y cuanto más permita que mi corazón se abra a sus encantos.

¡Pero es que me vuelve loca!

Me agarra de la mano y me arrastra a través de la gente, hasta que salimos del salón. Nos encontramos en el pasillo de los ascensores. Me mira fijamente, me agarra por la nuca con una de sus manos, atrayéndome hacia sí y empotrándome contra la pared. Me besa, con ansiedad y desesperación. Se separa de mí con dificultad, mientras desesperadamente busca algo a nuestro alrededor. A mí me deja temblando cada vez que me pone la mano encima.

Me coge la mano de nuevo y se dirige a otro pasillo. Prueba a abrir varias puertas que nos vamos encontrando a nuestro paso, pero están todas cerradas con llave. Hasta que una de las habitaciones se abre como por arte de magia y entramos apresuradamente entre risas. Miro a mi alrededor, furtivamente. Parece que estamos en el cuarto donde guardan las sábanas y toallas de esta planta. Está bastante oscuro.

Da igual donde estemos, Ares no se lo piensa dos veces y me ataca. Devora mis labios, mi cuello, mi pecho... mientras mete su mano por la abertura lateral de mi vestido, para masajear mi clítoris entre sus dedos maestros. No tardo ni dos minutos y ya se ha hecho con mi orgasmo. Absorbe sus gemidos entre sus labios para que nadie nos descubra.

En cuanto he terminado de jadear como una posesa, me gira, poniéndome de espalda a él y se introduce en mí por detrás, sin ninguna dificultad. Esto hace que me vuelva loca y que me agarre fuerte a su pelo, cogiéndolo entre mis puños. Él arremete con fuerza, mientras masajea mis pechos y gruñe en mi oído de tanto placer. Está fuera de sí y eso hace que yo me deje llevar de nuevo, al sentirle derramarse en mi interior.

—Keira, ya no puedo vivir sin ti.

«¿Por qué me dice esto? ¿Hay necesidad?».

Intentamos recobrar el aliento durante unos segundos, mientras todavía su palpitante miembro permanece en el interior de mi trasero, cuando de pronto la puerta se abre...

—¡Keira! —grita Emma sorprendida, que viene acompañada con los tres hombres que estaban con nosotras en la mesa. Cierra la puerta corriendo y yo me retiro a toda prisa de Ares.

—¡Vaya pillada! —Sonríe—. Menos mal que era ella.

—¡Qué vergüenza! —¿En qué estaba pensando? Mejor dicho, ¿por qué no estaba pensando?

—¿Dónde iba con esos tres? —Estaba suplicando que no me hiciera esa pregunta.

—No sé, iría a tomar el aire y se han equivocado de puerta. —Me encojo de hombros.

—¿Me tomas por tonto, Keira?

«La verdad es que sí», pienso, «a ver cómo salgo de ésta».

—La he dejado sola, ¿qué quieres que haga la pobre? —improviso.

—No lo sé, pero tirarse a tres tíos no sería la mejor opción que se me pasase por la cabeza, dado que tiene novio —me estudia, atentamente, mientras dice esto.

—¿Novio?! —Ya me ha tocado la fibra sensible—. ¿Te refieres al novio —enfático— que es fundador de un club donde le pagan por acostarse con cuantas más mujeres mejor? —Creo que Ares no sabe que Cristian le dijo a Emma que lo había dejado por ella.

—Él la quiere —me interrumpe enojado— va a dejar el club también.

—¿Además lo dices tú? Que, supuestamente teniendo novia, te tiras a otras siete... ¡No sé dónde ves el problema, Hunter! —Estoy de brazos cruzados frente a él, muy indignada ante lo absurdo de todo esto, ahora lo que quiero es pegarle una bofetada.

—Lo mío ya está más que hablado, Keira, dejé el club y te he dicho que lo de las chicas no se repetirá. ¿Qué más necesitas saber?

—Entonces tú lo has dejado y Cristian lo va a dejar... —resumo para estar segura de que no me está liando con palabrería barata. Todo mentira.

—Efectivamente, él también lo va a dejar, ya lo hemos hablado los dos, por eso no he ido esta noche allí. Estoy cabreado con él.

—¿Y si tú ya lo dejaste antes, qué te importa que Cristian lo deje ahora?

Me mira con los ojos entrecerrados, tanteando mi pregunta y su respuesta. ¿Sabrá que quiero pillarle?

—Si él lo deja, a los demás miembros se les irá de las manos, nosotros dos éramos los únicos que controlaban la legalidad allí. Me molesta que ensucien el nombre de algo que me ha costado tanto conseguir.

—Pero ya no será asunto vuestro lo que allí suceda.

—Tienes razón, no hablemos más de eso.

Me coge por la cintura con un solo brazo, me sienta sobre la mesita que tengo a mi espalda, acaricia mi sexo de nuevo y, aprovechando que ya estoy más que mojada, me penetra nuevamente, pero esta vez mirándome a los ojos y muy lentamente.

Esto sí que se puede decir que es una dulce agonía.

El alboroto de la gente fuera, nos avisa que ya van a dar las doce campanadas. Ponen el volumen de la televisión tan alto, que hasta se escucha aquí dentro.

Cada campanada que suena, es una brutal arremetida del dios de la guerra en mi interior, y cuando llega la doceava campanada, nosotros dos nos dejamos llevar juntos, para recibir entre gemidos y sollozos el año nuevo.

—Dicen que como terminas un año, continúas el siguiente —sentencia Ares entre jadeos— así que espero permanecer dentro de ti durante muchos más. ¡Feliz año nuevo, fiera!

Nos besamos sin preocupaciones, tan solo sintiéndonos uno al otro y llenos de ilusiones renovadas, al menos yo.

Es extraño cómo el sexo influye en hombres y mujeres.

Acabamos de salir del cuarto oscuro, aparentemente nadie nos ha descubierto y siento la emoción de haber hecho algo prohibido.

Ares está mucho más dócil y cariñoso después de haber realizado ejercicio sexual, se ha transformado en un peluche gigante, bastante amoroso. Yo, al contrario, me siento indignada conmigo misma, estoy tan enfadada que no quiero ni que me roce.

Momentos antes de entrar en ese cuarto, podría haberme convencido de lo que quisiera, pero ahora mismo, una vez saciada, solo quiero vengarme de él. No entiendo muy bien por qué me ocurre esto, pero ahora me vienen a la mente sus siete zorritas y sus palabritas sobre el club, Cristian, los tríos...

Estamos de vuelta en el salón. Las mujeres a nuestro alrededor no apartan su mirada lasciva de mi acompañante. Estoy segurísima de que si yo no estuviera delante, ya se habrían lanzado sobre él. Incluso estando yo presente, le dedican miradas demasiado insinuantes para mi gusto, hay una de ellas que hasta se relame descaradamente, haciéndome sentir el ser más insignificante del mundo, ¿es que ya no se respeta nada? Menos mal que él parece no prestarles ninguna atención.

Me estoy agobiando demasiado.

Necesito respirar.

—Discúlpame un momento, voy al baño —le digo al oído, para que me escuche por encima de la gran algarabía que produce el gentío.

Salgo de la sala, sorteando elegantemente a la gente que se interpone en mi camino. Una vez que estoy en el vestíbulo, respiro hondo... ¡Uf!

Hasta hace unas horas me sentía la mujer más sexi y poderosa del mundo. Ahora mismo, me siento la más sucia y patética.

Mi mente se debate constantemente entre dejarse llevar por la pasión y el sentimiento que cada vez es más fuerte por Ares, o ser fría y calculadora para tomar las riendas del asunto. La primera opción es la

que va ganando terreno, ya que cada vez que lo tengo delante, no soy capaz de negarle nada, mi corazón se cree cada vil mentira que me cuenta y es lo que me saca de mis casillas, lo que me indigna y me hace sentir tan mal. Pero es físico, es algo superior a mí, que realmente no soy capaz de controlar.

Cuando estoy en medio del lobby meditando sobre todo este asunto, veo pasar a Emma seguida de su séquito. Nadie me ve a mí, están demasiado ocupados adorando a su reina. Se dirigen, mucho más cariñosos que antes, hacia el salón. Cualquiera se daría cuenta de que hay algo más que una simple amistad entre los cuatro. Desde luego, ella sí que no se complica la vida. «Cuánto daría por parecerme a ella un poco más...».

¡¡¡Idea!!!

Salgo corriendo hacia la calle, cruzándome con el señor Morris, que pregunta si sucede algo y le respondo, sin detenerme, que tengo que atender un asunto urgente.

Salgo a la calle y tomo un taxi de los que se encuentran en la parada, frente al hotel. No tengo tiempo de llamar a Pepe, pues que Ares comience a buscarme será cuestión de segundos.

Cuando estoy ya sentada, me pregunta el taxista dónde quiero ir, me quedo parada al descubrir que no sé la dirección a la que me dirijo, por lo tanto, le indico la mía. Saco el móvil del bolso y marco un número.

Contesta.

—¿Qué pasa, Keira? ¿Estás bien?

—¡Feliz año nuevo!

—Será feliz para ti, yo estoy más solo que la una.

—Pronto dejarás de estarlo, ¿vienes a buscarme? Te espero en mi casa, he de recoger unas cosas.

—En media hora estaré allí.

Jairo abre la puerta de su casa. Todo está en silencio.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me pregunta, indeciso.

—Muy segura.

—¡Adelante pues!

Subimos a la planta de arriba y abre con llave una de las puertas blancas que hay en el pasillo. Me deja pasar primero a mí.

—¡Ay, mi madre! —Se me escapa cuando enciende la luz.

—Me hubiese gustado enseñártelo de otra manera, pero las circunstancias nos han obligado a que así sea —se excusa.

—Grey hizo mucho daño —comento anonadada, mientras mis ojos recorren a toda prisa la cantidad de cosas que cuelgan de paredes y techos.

—Yo ya tenía todo esto antes de Grey, pero he de admitir que las mujeres son mucho menos reticentes a practicar sexo masoquista gracias a él, eso sí que se lo debo.

—¿Eres un Amo, o un señor, o cómo se llame?! —Solamente yo sería capaz de huir de uno, para meterme con otro.

—Soy un aprendiz, Keira, no te asustes. —Me está mirando con una cara muy extraña, no reconozco esa mirada en él, algo ha cambiado desde que hemos entrado aquí.

He de admitir que Grey me pone muy caliente y pensar que a Jairo le vaya ese rollo... no me disgusta en absoluto.

Retiro mis ojos de los suyos, estoy decidida a hacer esto, aunque no pensé jamás que fuera a ser en este ambiente, pero tampoco me importa demasiado, conseguiré el mismo fin, independientemente de los medios que me lleven a él.

Observo más detenidamente todo lo que me rodea. Este cuarto es inmenso. No es rojo, como el de 50 Sombras, es de un tono anaranjado. La iluminación es tenue, por lo que todo está envuelto en una semioscuridad bastante inquietante. Hace más calor que en el resto de

la casa, me apetece quitarme la ropa. Hay fustas, esposas, potros de tortura... La mayoría de las otras cosas no sé ni lo que son y, sinceramente, tampoco se me ocurre cómo usarlas. Pero lo que obviamente llama mi atención por completo, es una cruz de madera maciza que hay colgada del techo.

—Tranquila, es mucho más inofensiva de lo que imaginas. —Jairo adivina mis pensamientos, imagino que por la cara de pánico que debo tener ahora mismo.

—No crucificas a gente aquí, ¿verdad? —Suelta una carcajada, que hace eco en la sala.

Acabo de ser consciente ahora mismo de que estoy en medio de la nada, probablemente con un psicópata, y de que tengo miedo. Con Ares nunca he sentido miedo.

—¡Keira, no seas bruta! Todo esto es para dar y recibir placer, no hay sufrimiento, ¡no soy un vampiro ni nada parecido!

—Eso deberían decírmelo tus amiguitas.

—Me encantaría.

Llaman al timbre y no puedo evitar sentir un gran alivio. Jairo ni se inmuta, doy por sentado que el ama de llaves irá a abrir.

—Tenemos poco tiempo, he de explicarte cómo funciona todo, de lo contrario, nos descubrirá. Vamos —me anima.

Me coge la mano y hacemos un tour por la sala. No me entero de nada debido a los nervios que se han apoderado de mi estómago. Esto es demasiado para mí. Es una locura.

De repente, la puerta se abre y aparecen en la sala los agentes Rodríguez, Mendoza, Pavelka y Castro, respectivamente. Todos me dan dos besos y me felicitan el año nuevo con toda la naturalidad del mundo. Jairo ha debido interrumpir su fiesta de celebración, porque parecen todos un poquito «contentos».

Tengo la sensación de que ninguno se extraña demasiado de lo que hay en esta sala, de hecho, ni siquiera le han prestado atención. Están más felices que nerviosos y me miran con una lujuria bastante descarada, sobre todo Pavelka, al que veo más atractivo de lo normal.

—Agentes, ya conocéis las normas de la casa, sólo hay una excepción: esta vez no se toca. —Jairo utiliza un tono de voz mucho más amenazante que el que suele emplear conmigo. Los chicos se muestran decepcionados ante tal información—. No disponemos de demasiado tiempo, el sujeto está a punto de llegar, id a ocupar vuestras posiciones.

Los agentes salen de la sala y a los dos minutos aparecen como Dios los trajo al mundo, andando tan campantes por aquí. Yo me quedo boquiabierta ante tanta... bandera en alto.

—¡Oh, joder! —Me tapo los ojos cuando el agente Castro se echa sobre uno de los potros y se coloca un arnés que hace que sea su miembro erguido lo único que se le vea del cuerpo.

—Keira, escúchame. —Jairo aparta las manos de mi cara y hace que le mire a los ojos, atrayendo mi completa atención—. Eres una mujer muy valiente y lo estás haciendo mejor que cualquiera de nosotros. Sin un simple adiestramiento, te has hecho con el mando de la operación, ¿crees que eso lo conseguiría cualquiera? Puedes hacerlo, pequeña, confío en ti, ¿de acuerdo?

—Sí —consigo verbalizar. No me queda otra.

—Piensa que estos hombres están actuando, al igual que debes actuar tú. Intenta que parezca lo más real posible, sabes que en cuanto dude lo más mínimo, nos descubrirá. Yo estaré ahí fuera, en la sala de al lado, vigilando que esto no se desmadre. Están todas las cámaras y micrófonos activados, no estás sola. Todo depende de ti y sé que lo harás bien.

—Vale.

—Ve a prepararte, tu presa está a punto de llegar.

Mi presa...

Recuerdo que cuando por fin he respondido a su llamada, estaba al borde del ataque de nervios. Era pura cólera, así que no sé qué va a hacer cuando llegue aquí y se encuentre con todo... esto...

¡Miedo me da pensar en la que puede liar con los agentes en bolas y la cruz del techo!

Me dirijo con la maleta de cuero negra, que me ha entregado Jairo, a la habitación de invitados. La pongo sobre la cama, la abro con cautela y me entran más nervios todavía al descubrir su contenido. Al menos, todo tiene etiquetas.

«¿En serio me tengo que poner esto?».

Saco un corsé negro de cuero, atado con cintas a la espalda, demasiado escotado para el buen gusto. Me muero de vergüenza. No tengo tiempo para pensar en nada, me lo tengo que poner sí o sí, porque mi vestido de manto de estrellas no creo que pegue demasiado para una Dómina.

Me lo pongo. Al mirarme al espejo, descubro que no es que sea escotado, ¡es que mis pechos están por completo al descubierto! Lo que supuestamente era el sujetador, en realidad se trata de una especie de sostén para levantar el pecho hasta la garganta. Tengo un canalillo ahora mismo, ¡que no conseguiría ni con tres operaciones de aumento de pecho! Con esto, el agujero que tiene escondido en la entrepierna, hasta me parece recatado.

«¿Tengo que salir así?!».

Hago tiempo para mentalizarme de todo esto, mientras miro lo demás que hay en la maleta. Saco unas medias de seda negras, me las pongo con delicadeza para no romperlas, me llegan hasta la mitad del muslo, están rematadas con un adorno de encaje, que por detrás tiene silicona para que se peguen a la piel y no se bajen. El corsé tiene cuatro ligeros que cuelgan de la cadera para atarlos a las medias. Los ato. Después saco del bolso de Porno Mary Poppins unas botas de cuero negro también, con unos taconazos de aguja altísimos. Me las pongo y me subo la cremallera, que llega por encima de la rodilla.

Me miro nuevamente al espejo.

Desde luego parezco una estrella de cine XXX. ¿Qué pensaría el dueño de la boutique si me viese ahora? Obviamente cambiarían bastante los adjetivos con los que me describió antes.

Saco lo último que queda en la maleta, no podía ser otra cosa que un látigo. Me pongo la mano sobre la frente y cierro los ojos pensando:

«¡Oh, Dios mío, la que voy a liar!».

Me siento sobre la cama, metiendo la cabeza entre mis brazos, me tiemblan las piernas. No soy una Dómina, ni nada que se le parezca de lejos. Ares va a coger el látigo y los va a atizar a todos, o me voy a tropezar con él y partirme una pierna. ¡O cualquier otra calamidad!

Me asomo por la ventana para comprobar si la caída sería demasiado fuerte.

¡El timbre suena!

¡Ya está aquí!

—iiiiiiiiiiiiiiiiiiii¡KEIRA!!!!!!!!!!!!!!!!!!!! —su rugido retumba por toda la casa. Lanzo una mirada furtiva a los cuatro agentes, que parecen divertirse bastante con la situación. Por cierto, siguen empalmadísimos, aunque con mi indumentaria no me extraña.

La puerta se abre violentamente.

Un Ares oscuro aparece frente a mí. Abre los ojos de una forma descomunal al descubrir de repente todo esto. Se ha quedado petrificado. Respiro hondo al observar su cara de... «locura absoluta».

Permanece quieto en la puerta. Echa un vistazo rápido a la sala y, enseguida, vuelve a clavar sus ojos en los míos.

—¡¿QUÉ COJONES ES ESTO?! —Señala bruscamente hacia la cruz de madera en la que está atado el agente Rodríguez.

No le respondo, solo lo observo, estoy intentando averiguar qué se le está pasando por su cabecita y, de paso, concentrarme para no salir corriendo a esconderme.

—¡Ahora mismo te vienes conmigo, no permitiré que estés en esta mierda ni un solo segundo más! —grita poseído por la ira, mientras avanza hacia mí.

Levanto el látigo y con toda mi fuerza pego un buen golpe en el suelo, justo delante de sus pies, haciendo silbar la cuerda.

—¡Ni un paso más! —le ordeno, altiva.

Él se detiene en seco. Anonadado, no más que yo, por mi maestría con la fusta.

—Querido señor Hunter —recojo el látigo y lo sujeto con ambas manos a mi espalda, mientras me paseo elegantemente por la sala, mostrándole todos mis encantos al aire—. No es de buena educación presentarse de estas maneras a una fiesta.

—Te voy a dar yo a ti educación, ¡tápate las tetas ahora mismo! —No sabe muy bien si correr hacia mí para sacarme de aquí cuanto antes, o esperar a que yo dé el siguiente paso.

—¡He dicho silencio! —Sin darme cuenta, le acabo de asestar un latigazo en toda la pierna.

Reacciono cuando le veo agacharse y frotarse el muslo, para resarcir el dolor. Me lanza una mirada asesina. Aguanto como buenamente puedo las ganas de pedirle perdón y darle un beso, pero prosigo.

—Te encuentras en una fiesta privada donde YO tengo el poder. Yo ordeno lo que quiero, cuándo lo quiero, cómo y con quién lo quiero. Los demás os limitáis a cumplir las órdenes y punto. El que lo haga mal tendrá su castigo. El que lo haga bien, su premio. —Meto la punta del látigo en mi boca e imito una felación sensual durante un breve instante...—. El que no esté de acuerdo con mis normas, se puede marchar.

—Señora, estamos a sus órdenes —contestan, al unísono, los cuatro agentes a mis espaldas.

Creo que Ares ni siquiera había visto a los otros tres hombres que están en la sala, porque su mirada se torna roja de rabia, iracunda y desenfrenada al descubrirlos.

—¡NO LO VOY A PERMITIR! —grita fuera de sí, centrando de nuevo su atención en mí.

—Puedes marcharte entonces. —Intento aparentar indiferencia, aunque si se va, la misión se irá al traste.

—¿Crees que una simple cuerda de piel va a detenerme?! ¡Ni aunque me llenes el cuerpo de latigazos!

—Lo que te detendrá será perderme, Hunter. —Parece que mis palabras le dejan inmóvil.

Me giro tranquilamente y me dirijo hacia el trono donde está sentado Pavelka, con una máscara cubriendo su cara. Me inclino hacia abajo y nos damos un beso en la boca, con lengua incluida, a él se le escapa un gemido, se ha metido demasiado en el papel. He de reconocer que el muchacho besa bastante bien.

Me separo de él, mientras lucha por seguir besándome, pero no puede porque está atado de pies y manos al asiento. Me giro y le pongo el culo en su cara, saca la lengua e intenta llegar donde yo no le permito. Ares desde su posición no ve demasiado claramente lo que sucede.

¿Le estará gustando?

Como no reacciona, y tan solo se limita a observarme, paso a la siguiente fase, para que vea que esto va en serio. Ya no tengo nada que perder, me dispongo a sentarme sobre el gran miembro del agente, sin miramientos, pero entonces él grita:

—¡NO! ¡NI SE TE OCURRA! ¡¡¡¡ESPERA!!!! —Levanta su mano en señal de stop.

Me detengo y lo miro.

—Dime qué quieres, Keira, y lo haré. —Parece un dragón a punto de atacar, no parece para nada alguien que se esté rindiendo.

—Acércate —le ordeno.

Obedece. Rápidamente le tengo a mi lado, mirándome con cara de pocos amigos y respirando trabajosamente.

—Desnúdate.

Se quita la ropa, tirándola con desgana al suelo. Cuando se quita los bóxers, observo que su gran miembro está más que preparado para la batalla.

—Vaya, vaya, ¿quién me iba a decir a mí que el gran Ares Hunter, el mismísimo dios de la guerra, iba a estar a mi merced? —Le rodeo lentamente, observándolo. Admirando su cuerpo escultural.

—Lo he estado desde el primer momento en que te vi.

—Entonces es el momento de comprobarlo, veamos.

Me acerco con paso firme hasta una camilla, haciendo retumbar el eco de mis tacones por la sala. Pulso un botón y la cama articulada se abre por completo. Aquí es donde me ha dicho Jairo que debe estar Ares para que se grabe todo correctamente. Doy unas palmaditas sobre la camilla, indicándole que se tumbe. Ares no me quita ojo. Se aproxima cauteloso hasta su destino, se detiene para observarme antes de tumbarse sobre el aparato.

—Espero que sepas lo que haces. —Su voz de macho alfa intenta provocarme.

—Yo espero lo mismo de ti.

Empujo con el látigo su gran pecho, pero ni se inmuta. Se tumba con gran agilidad cuando él lo cree oportuno. Aprovecho ahora que está tranquilo para atarle las muñecas y los tobillos con cadenas de acero a los cuatro lados de la cama. Cierra los ojos invocando a quién sabe qué y resoplando palabras ininteligibles.

—El juego se llama «verdad o castigo», ¿quieres jugar, Hunter? —Le paso el látigo suavemente, acariciando con él sus exquisitas abdominales.

—Lo que quiero es sacarte de aquí de una puta vez —gruñe entre dientes.

—Las normas son sencillas, incluso para un troglodita como tú. Te hago una pregunta, si dices la verdad hay... recompensa —me inclino y le doy un beso dulce en su brillante punta. Él suspira—. Si dices una mentira, hay un castigo. —Me dirijo tranquilamente hacia el agente Mendoza, le agarro por el pelo e introduzco su cabeza entre mis pechos, que él devora con ansia.

—¡Lo he entendido, lo he entendido, apártate ya de ese desgraciado! — intenta soltarse, inútilmente de sus ataduras.

Se me escapa una sonrisa malvada. No creo que esté fingiendo, porque sufre de verdad cada vez que otro hombre me roza. Este es el tipo de cosas que me hacen dudar, ¿qué necesidad tendría de todo esto?

—¿Te pone cachondo ver cómo otros hombres me dan placer, Ares? —le pregunto, mientras vuelvo a su lado.

—¡No! ¡Me pone de muy mala hostia! —grita, mirándome con los ojos rojos de cólera.

—¿Qué te hace pensar que a mí sí que me pondrá cachonda compartirme con otras mujeres?

Permanece en silencio, pensativo.

—¡Contesta! —Pego un latigazo en el suelo, lo que provoca que él se sobresalte. ¡Esto empieza a gustarme!

—No tendrás que compartirme, tú eres la que manejará los hilos, si tú lo deseas ellas solo mirarán, en eso hemos quedado, ¡y solo será un maldito día!

—Respuesta equivocada, Hunter.

Como está mintiendo descaradamente, me dirijo hasta el agente Castro, que sigue tumbado con su arnés puesto. Le cojo una mano y le chupo un dedo, que me coloco en la entrepierna, él enseguida busca mi hendidura, pero en el último instante, Ares se revuelve como un poseso.

—¡¡¡Maldita seas, mujer, aleja esa mano de ahí!!!

Aliviada, suelto la mano del agente, pero él lloriquea, por lo que le digo para disimular:

—No te preocupes, cariño, enseguida terminaremos lo que acabo de empezar. Me muero de ganas.

Ares me odia, me apuesto todo lo que tengo.

Vuelvo a su lado.

—¿Y bien? ¿Qué te hace pensar que a mí sí que me pondrá cachonda compartirte con otras mujeres? —repito.

—Solo estaba pensando en mí. Admito que he sido un egoísta. No quería dejarlas porque me gusta practicar sexo con ellas. Tampoco quería renunciar a ti. Pero estábamos empezando a conocernos, no tenía demasiado claro si quería estar contigo o no. Te quería poner a prueba.

—¿A prueba de qué?

—Si te unías al grupo serías igual que ellas —confiesa, con voz ronca.

—¿Y si no me unía?

—Si no te unías, serías la única que me hubiera dicho que no.

—¿A las siete les has hecho la misma prueba?

—No, solo a una. Las otras surgieron entre apuestas, bromas, celebraciones y festejos varios. Ya te dije que ellas son las que dependen de mí y no es viceversa.

—¿Creíste que esa chica era especial?

—Sí, pero antes de que aceptase unirse a las demás, me di cuenta de que estaba equivocado. Nunca me he enamorado, por eso pensé que lo estaba. Cuando te conocí, supe que no tenía comparación.

—¿Entonces se unió al harén?

—Sí, y disfruta de ello más que ninguna, créeme.

—¿Qué vas a hacer ahora con ellas?

—Ya no las quiero, contigo no necesito a nadie más. Mi cuerpo es tuyo, no responde a ninguna otra y mi corazón también. ¡Joder, Keira, te estoy diciendo la verdad!

—Te creo.

—¡Pues dame mi maldito premio! —Respira con dificultad, como si necesitase su dosis de droga.

No puedo evitar que se me escape una sonrisa, le va a dar algo solo de pensar que los demás me puedan tocar sin que él pueda impedirlo.

—Está bien, las normas son las normas.

No lo pienso dos veces, me subo a la camilla y me monto encima de su erección. Ambos gemimos de placer al sentirnos.

Muevo mis caderas adelante y atrás, lentamente, mientras él hace un esfuerzo sobrenatural por no correrse. Cosa que los demás agentes terminan haciendo al vernos a ambos en plena acción. Ni siquiera me importa que me vean, solo estoy centrada en nosotros dos. Centrada en esos ojos increíbles que me miran con veneración desde abajo, y en mi éxtasis, que no tarda ni cinco minutos en llegar, haciendo que me desplome sobre él. Al momento, Ares suelta un alarido feroz, derramándose en mi interior.

—¿Esto también has permitido que sucediera? —le pregunto, incorporándome, pero todavía incrustada en él.

—No señorita, esta batalla la ha ganado usted solita, todo el mérito es suyo. —Todavía tiene cara de placer—. Desátame de una vez y vámonos de aquí, Keira, esos cabrones ya han visto demasiado.

—No tan deprisa, todavía no hemos terminado —le digo, mientras me salgo de él— este solo ha sido tu premio, todavía queda una última pregunta, y puedes tener tu castigo.

—Pues no sé con quién me vas a castigar, se han corrido los cuatro como colegiales. La próxima vez, que dudo que la haya, intenta seleccionar mejor a tus chicos, mi Ama —recalca, esta última palabra, mofándose.

Cojo una de las fustas que tengo a mi derecha, que se compone de muchas cuerdas cortas de cuero, terminadas en bolitas de acero y, sin dudarlo, le asesto un golpe seco con ellas en todo el estómago. Suelta un alarido salvaje.

Enseguida, comienzan a aparecer gotitas de sangre. ¡Me he pasado!

—¡Silencio! —ordeno, sin la más mínima compasión por su dolor—. Vuelve a burlarte de mí y te daré treinta como esa.

Él se muerde la lengua, pero me mira con rencor. Inspira. Expira. Inspira. Expira. Estoy segura de que se muere por darme mi merecido.

—No hay cuatro hombres aquí, hay cinco. Otra cosa muy distinta es que tú no los hayas visto. —La voz de Jairo resuena detrás de nosotros.

Me giro sorprendida, porque me dijo que estaría pendiente de las grabaciones en la sala contigua. Pero surge de entre las sombras, completamente desnudo, mostrando sus fibrosos pectorales y su cuerpo escultural, culminado con su más que gran miembro en alto.

Se acerca hasta mí, cubriéndome los pechos con sus poderosas manos desde atrás, sin dudar, con lo cual, Ares solo ve sus manos acariciando mis pezones ávidamente. Después besa mi cuello, yo ladeo la cabeza, actuando, como si de verdad estuviese sintiendo el placer de sus labios sobre mi piel.

—¡APÁRTATE DE ELLA AHORA MISMO, O JURO POR TODOS LOS DIOSES QUE TE MATARÉ, MALDITO HIJO DE PUTA! —Ares va a partir la camilla en dos.

—Solo hay una manera de que esto no termine en castigo para ti, Hunter —le informo, respirando exageradamente para que se lo crea todo.

—Miéntele, Hunter, así podré follármela delante de ti, tengo entendido que te gusta compartir... —gime Jairo, acariciando mi sexo descaradamente.

Sin pensármelo dos veces, cojo el látigo y le asesto un buen zurriagazo a Jairo, por pasarse demasiado de la raya, me está cabreando y yo ya estoy metida totalmente en el papel. Él se retuerce de dolor, mirándome desconcertado, pues le he dado de lleno en toda la espalda, pero me limito a girarme de nuevo hacia Ares, sin ni siquiera mirarle, sin arrepentimiento ninguno.

Ares está a punto de sufrir un infarto, respira como nunca antes había visto a una persona y la vena del cuello le va a explotar. Aunque parece contener una sonrisa al ver a su enemigo fustigado.

—Está bien. Te daré la opción de decir la verdad, si no es así, te juro que este sumiso tendrá permiso para hacerme lo que desee aquí y ahora, justo delante de ti —le digo a un Ares desquiciado, que está a punto de detonar.

Jairo atrapa su miembro entre sus manos, acariciándolo, a modo de advertencia, después se sitúa a mi lado, loco de deseo, parece que el latigazo le ha puesto más cachondo si cabe. Observa voraz a Ares.

—¡De rodillas! —le ordeno, empujándole con el látigo, me está exasperando con tanto sobeteo ya—. ¡Obedece, perro!

Él se arrodilla a mi lado, reticente. Estará alucinando por mi increíble puesta en escena, si cuando teníamos veinte años nos hubieran contado semejante actuación, ninguno de los dos la hubiésemos creído.

Suena en la radio la versión de Tamara de Si no te hubieras ido, y no puedo evitar que se me caiga alguna lágrima, porque me siento exactamente así.

Te extraño más que nunca y no sé qué hacer.

Despierto y te recuerdo al amanecer.

Me espera otro día por vivir sin tí.

El espejo no miente, me veo tan diferente.

Me haces falta tú.

La gente pasa y pasa siempre tan igual.

El ritmo de la vida me parece mal.

Era tan diferente cuando estabas tú,

sí que era diferente cuando estabas tú.

No hay nada más difícil que vivir sin tí.

Nooo.

Sufriendo en la espera de verte llegar.

El frío de mi cuerpo preguntá por tí,

y no sé dónde estás.

Si no te hubieras ido sería tan feliz.

La gente pasa y pasa siempre tan igual.

El ritmo de la vida me parece mal.

Era tan diferente cuando estabas tú,
sí que era diferente cuando estabas tú.

Hoy es el penúltimo día del tiempo añadido que le concedieron a Ares para recobrar su dinero.

Sábado.

Han pasado cuatro días desde aquel fatídico fin de año y no he vuelto a tener noticias de ninguno de los dos, ni de Jairo, ni de Ares.

Yo me fui de allí con Pepe, que había llevado a Ares hasta la dirección facilitada por Jairo y aguardaba allí por orden expresa de éste.

No sé si ellos se mataron, ni tampoco me importa.

El saber a ciencia cierta que Ares me había mentado, terminó de destrozarme el corazón. Parecerá una tontería, pero aunque todos me lo dijeren, creo que mi mente se negaba a creerlo, y hasta que no me lo confesó él mismo, no lo quise ver.

Es extraño cómo funcionan las mentes humanas con lo que al amor respecta. Cómo es tan cierto el dicho de que el amor es ciego, porque no quieres ver lo que no te interesa, solo nos ponemos excusas a nosotros mismos para creer lo que nos conviene. Pero cuando la venda se cae, porque ya no hay más remedio... ¡Cómo duele ver todo con tanta claridad!

Estos días lejos de él me han servido para meditar sobre nosotros. Sobre todas esas cosas que hemos vivido juntos y que finalmente han resultado ser mentira. Me seguía engañando a mí misma, pensando que esa mirada enamorada no se podía fingir, que en el fondo sí que me quería...

¿Pero se puede querer a alguien mientras te acuestas con otras? Aunque solo sea por dinero, yo no permitiría eso jamás. Nuestra relación está herida de muerte.

El nuestro es un amor imposible y tengo que aprender a vivir con ello.

El móvil suena, lo miro, es Jairo. Siento más rabia que alivio al ver su nombre en la pantalla. Decido contestar.

—¿Si?

—¿Estás bien, pequeña? —susurra.

—Sí, si lo quieres llamar así.

—Hoy es el día de la apuesta, será a las 19.30. Después terminará todo Keira.

—Terminará todo —repito a modo de epifanía.

Y Ares habrá sido como un espejismo en el desierto de mi vida. Un oasis del que nunca debí disfrutar, porque siempre fue eso, una mera ilusión, nada más.

—Te pasaré a buscar a las 19.00.

—No Jairo, te veré allí.

—Pero...

—He dicho que te veré allí. —Le cuelgo.

Me ha venido fenomenal hacer de Ama, me ha gustado demasiado doblegar a los hombres, estoy harta de todos ellos. Creo que me voy a comprar un látigo de bolsillo, el panadero está últimamente un poco borde.

Justo antes de salir de casa, suena la alerta de que tengo un wasap, lo miro y el nombre del remitente hace que me quede helada.

Ares:

«A pesar de todo, te sigo queriendo. Te espero mañana en mi casa. Te debo una disculpa y tú a mí un premio, fiera...».

Me gustaría tenerlo delante para decirle el premio que le pienso dar. Va a intentar ganar esa maldita apuesta aunque sea lo último que haga, pero le aguarda una gran sorpresita. ¿Realmente esperará que me vaya a meter entre su séquito después de todo lo que ha sucedido?

¡Quiero matarlo!

¡Quiero romper cosas! ¡¡¡¡Grrrrrrrrr!!!!

¡No doy crédito!

Keira:

«Allí estaré. Necesitamos hablar y aclarar las cosas. Espérame sobre las 18.00, te debo algo... Y me muero por dártelo».

Seguramente ya esté frotándose las manos... ¡Se va a enterar!

A las 19.20, entro con paso firme por la puerta de la vigésima planta del edificio del CNI. Jairo me mira aliviado desde su cubículo parisino.

—Casi no llegas.

—Estoy aquí, ¿no?

La chica de las cartulinas está ya en su puesto. Nos saludamos. Yo tomo asiento en mi sitio. Esta vez no hay demasiada gente por aquí, todos permanecen fuera.

—Se fían de sobra de ti —me informa Jairo, a modo de explicación, cuando me ve mirar por la ventanilla, en busca de la multitud que había el otro día.

Me recojo el pelo en una coleta y me pongo el antifaz. Mientras tanto, el último de los informáticos que queda aquí, está introduciendo los códigos que nos han proporcionado para captar el canal por el que nos vamos a comunicar hoy en el club.

La pantalla del ordenador se enciende y el símbolo de Rambhá aparece en el centro de ésta. Enseguida, comienza a dividirse la pantalla en pequeños cuadrados. Los rostros de los miembros se ven pequeñitos, ninguno me llama la atención especialmente. No tengo demasiado claro cómo va a terminar esto hoy. Estoy atacada de los nervios.

«Ramsés» escribe:

—Bienvenidos, hermanos. Ya que estamos todos, procedamos a realizar las cuentas y ajustar las apuestas perdidas de tres de los miembros la semana pasada.

Comentan entre todos por el chat quién gana y cuánto, quién pierde y cuánto, que el dinero se debe hacer efectivo a lo largo de los cinco días hábiles siguientes en tal cuenta... blablablá.

De repente, un escalofrío recorre mi cuerpo, poniéndome todo el vello del cuerpo de punta. Acaba de aparecer otro recuadrito en la pantalla, es todo negro y oscuro.

¡¡¡Es él!!!

«Hunter» escribe:

—Dejaos de gilipolleces y vayamos a lo que nos interesa a todos, mi dinero.

«Odín» escribe:

—No tengas tanta prisa en perderlo, cabronazo.

«Hunter» escribe:

—¡Siento informaros de que lo tengo más que recuperado!, ya veréis mañana cómo jadea la tigresa entre mis gatitas.

«Conan» escribe:

—Ponnos las cámaras del techo, tío, que desde las de las paredes no se ve nada.

«Hunter» escribe:

—No os preocupéis, os pondré todas para que no os perdáis detalle, ¡después os mandaré una botella del mejor champagne a cada uno!

Mientras continúan diciendo todo tipo de burradas entre ellos sobre mí, quiero pensar que para provocarme, dado que todos conocen mi identidad, salvo Ares, yo me voy cabreando más y más.

La cara de Cristian es indescriptible.

«Hunter» escribe:

—Está bien, no tenemos todo el día. Pongo encima de la mesa el doble de lo perdido, o sea veinte millones, ese era el trato. Caballeros hagan sus apuestas. Os recuerdo que si no se alcanza esta cifra, la apuesta será nula y yo recuperaré mi dinero. ¡Así que no seáis agarrados! Me muero por poner a esa zorra en su sitio...

¡¡¡Lo mato!!! ¡Juro que lo mato!

«Ramsés» escribe:

—Hunter, todavía puedes dejarlo donde está, es mejor perder un poco a perderlo todo. Te quedarás sin blanca.

«Hunter» escribe:

—Gracias amigo, pero prefiero perder todo mi dinero antes que mi dignidad. Además, estate tranquilo, ¡esa gallina ya está desplumada!

«Odín» escribe:

—Yo apuesto un millón a que pierdes, Hunter. Montaré una orgía a tu salud, te puedes unir para ahogar tus penas.

Ares sonrío malicioso, pero no se molesta en contestarle. Lleva puestas sus Ray-Ban de Aviator, cosa que me extraña bastante, dado que se encuentra en el interior de su casa, está en la habitación negra.

...

Los cuarenta y ocho miembros restantes votan lo mismo, unos apuestan más cantidad de dinero, otros menos, pero nadie cree que vaya a ganar. Todos han apostado en contra.

«¡Vaya mierda de amigos!» pienso yo.

«Hunter» escribe:

—¿Ninguno cree que lo vaya a conseguir? ¿Sabéis la cantidad de dinero que me voy a embolsar mañana?

No entiendo por qué sigue provocándolos, a nadie más que a él le interesa que esta apuesta no sea válida o... ¡Realmente cree que va a ganarla!

«Ramsés» escribe:

—El programa ha registrado todas las apuestas, se han alcanzado diez millones, lo siento, pero comprenderéis que esta vez yo me abstenga. Tan solo falta Rambhá, y no creo que con una sola apuesta se alcance el mínimo exigido para que sea válida. Por lo tanto, procedo a declarar nula la apuesta por no llegar al mínimo exigido. Hunter recuperará el dinero de la apuesta inicial. Así son las normas.

Ares da un puñetazo sobre la mesa.

Todos comienzan a protestar, nadie está de acuerdo con lo acontecido, pero tampoco quieren subir su apuesta para que sea válida. No me creo que la media de los miembros sea tan solo de doscientos mil euros, habiendo los peces gordos que hay en el club.

Saben que si Ares y yo compartimos cama, también hemos podido hacer un pacto para que él gane la apuesta y quedarnos así con todo. En el fondo son inteligentes, no se quieren arriesgar.

No sé si mis cálculos me fallan pero para que la apuesta salga adelante, se necesitan otros diez millones más. Ares ha apostado veinte millones a que lo conseguirá, en el supuesto de que ganase, ganaría los veinte, que es el doble de lo que perdió en la apuesta inicial que, por lo que he deducido, fueron diez. En el caso de que perdiera, perdería todo, estos veinte más los diez iniciales, o sea treinta.

«Hunter» escribe:

—¿Qué os pasa a todos, tenéis caquita, nenazas? ¡Vamos, subid las apuestas, joder!

«Rambhá» escribe:

—Yo apuesto los diez millones restantes a que pierdes, Hunter.

A la chica de las cartulinas se le caen todas de las manos. No me preocupa en absoluto, total, nunca las he leído.

Todos se quedan blancos, incluidos los miembros del CNI que me observan a través de la ventanilla que tengo a mi izquierda, ya que si pierdo, que es imposible, pero ellos no lo saben, el dinero saldría de las arcas del Centro y dudo mucho que estén dotados con tales fondos.

Jairo no sabe si reír o llorar, puesto que si perdemos, la primera cabeza que rodará será la suya. Pero si ganamos, se embolsarán un millón.

Observo cómo Hunter se echa hacia adelante en su cuadradito, me está observando detenidamente, algo raro ha visto. Ni siquiera creo que se hubiera percatado de que había alguien denominado «Rambhá» en el grupo. Pero no cambia su expresión, confío en que no me reconozca en este recuadro tan pequeño.

«Ramsés» escribe:

—El sistema ha registrado tus diez millones Rambhá. La apuesta está hecha en firme, veinte contra veinte... Que comience el juego.

«Hunter» escribe:

—¿Rambhá...?

No contesto. Él no deja de mirar la pantalla. Me da rabia que lleve esas malditas gafas puestas, porque no puedo ver la expresión de sus ojos. Ni se imagina que yo pueda estar en el club, pero me apuesto el cuello a que en lo más profundo de su ser sabe que soy yo.

«Ramsés» escribe:

—Caballeros, antes de nada, me gustaría informar de que esta es mi última sesión en Rambhá, puesto que a partir de mañana dejaré de ser miembro. Ya está todo dispuesto. Ha sido un auténtico honor pertenecer a este selecto club, gracias por estos años maravillosos, pero hay que dejar espacio para la sangre nueva. Además, os comunico que yo ya he encontrado a mi diosa.

Todos comienzan a contestar, unos quejándose, otros metiéndose con él y otros dándole la enhorabuena. Lo habrá hecho en este preciso instante para que yo dé fe. Pero en medio de la emoción del momento, alguien sigue meditando.

«Hunter» escribe:

—Ramsés, pon la imagen de Rambhá a pantalla completa.

Jairo me mira con una sonrisa de oreja a oreja, imagino que el resto de los miembros están saboreando este momento desde hace años.

Yo estoy temblando, pero el haberle oído, o mejor dicho, leído, hablar así de mí, me da las fuerzas necesarias para hacerle esto, ¡y más!

Imagino la de veces que me habrá grabado cuando hemos estado juntos y... ¡Es un mal nacido!

La pantalla inmediatamente se divide en dos, a la derecha aparece mi rostro y a la izquierda el de mi novio.

Se acerca a la pantalla, se baja lentamente las gafas de sol con su mano derecha... Por fin, descubro esos ojos que me vuelven loca en todos los sentidos. Permanece desconcertado, incrédulo... pero sobre todo muy enojado.

Tira las gafas por los aires, mientras se reclina hacia atrás en su silla. Mirando hacia el techo con los ojos cerrados y las manos tapando su cara.

Vuelve a observar la cámara, ahora sí que reconozco su mirada. Es el mismísimo peligro reencarnado en hombre. Esta vez utiliza el audio, y no el chat, diciendo con una voz atronadora:

—Reconocería esos ojos hasta en el infierno.

Me suelto el pelo, ante su estupefacción, y me quito el antifaz. Creo que justo en este preciso momento, a él le está sucediendo lo que me ha pasado a mí con él. Quiere creer que no es real, pero lo está viendo con sus propios ojos. No se puede mentir a sí mismo.

Me observa durante unos instantes, como si estuviese viendo al mismísimo diablo.

Entonces me dirijo a la cámara con los ojos entrecerrados y con una gran sonrisa le digo:

—Una vez más, el amor vence a la guerra.

Ares se levanta de la silla apresuradamente, descuelga la lanza de la pared, arrancando las argollas que la sostienen, su rostro está desencajado por el odio mortal y lo último que veo en mi ordenador es cómo, sosteniéndola con un solo brazo, la empotra contra todo lo que pilla a su paso con todas sus fuerzas.

No soy capaz de cerrar la boca al contemplar cómo descuartiza la habitación por completo...

De pronto se detiene en seco, dejando su particular destrucción del mundo a un lado, se gira, clava sus penetrantes ojos en la pantalla del ordenador, donde todavía sigue estando mi imagen.

Respira con dificultad por el esfuerzo, su pecho sube y baja violentamente. Entonces, acompañada con un grito desgarrador que se clava en lo más profundo de mi alma, la gran lanza se incrusta en la pantalla...

¡Casi me cubro con las manos!

Su cuadrado se queda en negro.

Todos los presentes en la operación están radiantes, van a ingresar el millón de euros de Jairo en las arcas del Centro y los otros diez millones serán para mí... Pero este será el dinero que más me haya costado ganar en toda mi vida, el más doloroso y el que jamás me hubiera gustado obtener.

—Ares Hunter, arruinado y con un montón de denuncias a sus espaldas. ¡Y todo gracias a usted! —Me estrecha la mano enérgicamente el mismísimo director del CNI—, me gustaría reclutarla, señorita Amor, si alguien tiene madera de agente secreto, esa es usted, en cuanto pueda, pásese por mi despacho para hablar de negocios. —Me extiende una tarjeta de visita donde solo hay un código de barras, que miro extrañada—. Solamente unas cuantas personas en el mundo pueden entrar sin llamar, y ahora usted es una de ellas. La espero —me aclara.

El director se marcha.

—¿Denuncias? —le pregunto a Jairo, extrañada. Es lo único que he escuchado de todo cuanto me ha dicho. Otro de los jefes se apresura a contestarme al escuchar mi pregunta.

—En las grabaciones del falso cuarto de BDMS —contesta.

—¿Falso? —Miro a Jairo y se encoge de hombros.

—Si no te lo creías tú, no se lo iba a creer nadie... —se excusa.

—El señor Hunter confiesa varios delitos en ese vídeo, entre ellos, su pertenencia a un club ilegal, además de tráfico de influencias, amenazas de muerte a un agente del CNI, esclavitud de mujeres, blanqueo de capitales... ¡Y una larga lista de transgresiones por las que está perdido! —continúa hablando el jefe.

—Sin olvidarnos de las amenazas de muerte a un agente de la autoridad — recalca Jairo.

—¡Madre mía! —Me llevo las manos a la boca al ser consciente de que seguramente cuando me fui de allí, dejando atado a Ares, le hicieran todo tipo de torturas para que confesara todo eso.

—Tranquila, cariño, ya estás a salvo. Ese cabronazo no volverá a poner sus sucias manos encima de ti. De momento, está en la más absoluta de las ruinas y después intentaremos meterle entre rejas. —Jairo me pasa el brazo por encima de los hombros, interpretando que mi expresión de horror es debida al miedo que siento por el peligrosísimo ser del que estamos hablando.

No contesto. No estoy contenta con lo que he hecho. No he saboreado la venganza como pensaba que haría. Más bien siento pena por él. Soy idiota profunda, lo sé, pero no puedo evitarlo.

No quiero celebrar nada, la única cosa que realmente me gustaría hacer ahora mismo, sería ir a su casa. Solo Dios sabe lo que es capaz de hacer en su estado. Le ha traicionado su mejor amigo de la infancia. Le han traicionado los que creía sus seguidores. Y le ha traicionado la única mujer que le ha importado en su vida... Bueno, esto último no era del todo así.

Abandono el edificio y las cinco personas que permanecen allí se quedan brindando entre ellos.

Deambulo por las calles de Madrid sin rumbo fijo. Necesito estar sola y pensar. Poner en orden mi vida.

Hasta hace poco tiempo, todo era calma y tranquilidad, mi vida tenía un orden lógico, unos horarios, una rutina, sabía cuál era mi sitio y cuál no... Pero él irrumpió en ella como un vendaval, la arrasó por completo y no quedó nada. Por eso, me vi obligada a construirme una nueva, donde él terminó convirtiéndose en la razón de ser. Moldeándola a su antojo, sin pensar en mí, siendo todo un caos total, como es él.

Pero no tuve demasiado cuidado, ni quise darme cuenta de que esa nueva vida se estaba construyendo sobre unos cimientos imaginarios que en cualquier momento se derrumbarían, como finalmente ha ocurrido. Y ahora que toda mi vida está rota, no encuentro un aliciente para volver a levantarme.

Creí estar enamorada de alguien del pasado. Su recuerdo vivía en mí. Yo misma alimentaba su fuerza, lo idolatraba. Pero cuando Ares apareció, por mucho que intenté evitarlo, consiguió enamorarme y logró también vencer a ese recuerdo del pasado, borrando de un plumazo lo que tanto tiempo idealicé.

Los dos han intentado abrirme los ojos con respecto al otro, la diferencia es que uno lo ha hecho sin querer y el otro, premeditadamente.

Ahora estoy sola, sin el amor del pasado y sin el amor del presente. Y, sinceramente, dudo mucho que haya un amor en el futuro.

Me siento perdida, ¿dónde voy? ¿Qué hago?

«¡Emma!».

Keira:

«¿Dónde estás?».

Emma:

«Estoy en el C.I. de Princesa terminando con las existencias, por cierto, ¿qué quieres que te regale, Baltasar?».

Incluso estando derrotada y abatida, siempre logra sacarme una sonrisa, obviamente la necesito.

Keira:

«Una amiga a la que dar el coñazo con mis penas».

Emma:

«¡Entonces, no cuentes conmigo!».

Me pone un emoticono guiñando un ojo y enseñando una lengua. Al momento, me llama.

—Kei, termino de arrasar el Corte Inglés y en media hora quedamos en el Café de Oriente, ¿quieres?

—Allí estaré, cari.

—¿Estás bien? —me pregunta, algo más seria.

—Sí, no te preocupes, ahora nos vemos, loca.

—Besote.

—Ciao, ciao. ¡Mua!

Me dispongo a coger un taxi para ir donde ha indicado mi amiga. Uno blanco se detiene delante de mí, me monto y en cuanto me abrocho el cinturón de seguridad, suena mi teléfono.

—Hola mamá —contestó.

—Keira, hija, se me olvidó decirte esta mañana que me ha preguntado tu padre si no vas a venir a casa el día de Reyes, hace mucho que no te vemos y nos gustaría que visitases a la familia. La abuela está muy

delicada y no sabemos cuándo nos faltará. Venga, será divertido, estarán todos tus primos.

—No lo creo, mamá —respondo. Lo último en lo que estoy pensando ahora mismo es en pasar unos días secuestrada en el pueblo, con los inaguantables de mis primos y mis tías cotillas.

—¿Por qué... hija? Te echamos de menos.

—Y yo a vosotros, mami, pero sabes que estas fechas no me gustan especialmente. —Siempre he odiado la Navidad, todo el mundo parece estar obligado a ser feliz y a derrochar dinero.

—Bueno, mi niña, si cambias de opinión, sabes que te estaremos esperando con los brazos abiertos. Nos darías una gran alegría a todos —suena triste.

Si hubiera sido otro momento, no me importaría coger el coche e irme con ellos a pasar un par de días, pero mi estado de ánimo no es el adecuado para soportar cánticos navideños a todas horas y dulces sonrisas por doquier. Siento pena por no acceder a sus deseos, pero ahora debo pensar en mí.

Hablando de pensar en mí...

—¡Mamá, no cuelgues!

—¿Qué pasa, Keira?

—Siempre te he querido hacer una pregunta y nunca encuentro la ocasión.

—Dime, cariño —responde intrigada.

—¿Recuerdas el accidente de moto que tuve?

—Claro, hija mía, ¿cómo voy a olvidarlo? Casi me quedo sin ti... —Noto que se ha emocionado.

—Mamá, no llores, ha pasado mucho tiempo ya. Quería saber qué fue lo que sucedió con el chico que iba conduciendo la moto, nunca me hablaste de él.

—No sé, hija. —No ha titubeado ni un segundo—. No vino nadie a preguntar por ti, le estuvimos buscando porque además necesitábamos su comparecencia en el juicio, ¿recuerdas? Pero nadie supo nada de él. Desapareció, ya te lo conté entonces.

—Él me ha contado que no le permitisteis verme.

—¡Ay, hija! ¿Cómo puedes creer que eso sea cierto? Ojalá hubiese venido alguien a verte, pero solo vino Emma, aunque eso ya lo sabes tú, mi vida. Me conoces y sabes que nunca podría decirle a nadie que no viniese, ¿qué razón tendría yo para hacer algo así?

—Está bien, mamá, no te preocupes.

—Pregúntale por qué se escapó de la comisaría —ahora le ha salido su vena de madre vengadora—, por su culpa no pudimos ganar el juicio contra el desgraciado que os arrolló. Y encima, le tuvimos que pagar un montón de dinero, aparte de casi perder a una hija.

—Más despacio, mamá, no te entiendo.

—Ese chico huyó de la comisaría porque llevaba drogas encima y no tenía asegurada la moto. Tú no recordabas nada debido al trauma. Por eso, no tuvimos testigos ni un informe de la policía, por lo que terminó declarándose nulo el juicio nulo. Todos los gastos nuestros y del acusado, es decir, estancias en hoteles, dietas, desplazamientos y demás, tuvimos que pagarlo tu padre y yo.

—Ya entiendo. —Estoy alucinada.

—Pero no pienses en esas cosas ahora, cariño. Gracias a Dios estamos bien y mira, hija, que todos los males se arreglen con dinero.

—Tienes razón, mami. Te quiero.

—Y yo a ti, princesa. Come y cuídate.

Cuelgo el teléfono y me quedo pensativa mirando por la ventana.

El taxi se detiene, dejándome justo en frente de la puerta del Café. Entro en la mítica cafetería, atravesando su gran puerta de cristal. Miro a mi alrededor, siempre me ha gustado su estilo tradicional. Me embriaga este aroma que destila a café recién hecho, incluso a estas horas de la noche, hace que te sientas como en casa.

Descubro a Emma sentada en uno de los sofás rojos de piel, tan típicos de este lugar, rodeada de cajas de colorines. Está mirando hacia abajo y no me ve.

—¿Sabes que las demás personas del mundo también tienen derecho a recibir regalos, avariciosa? —bromeo.

—Que se hubieran dado prisa. —protesta, mientras termina de escribir un wasap y ni siquiera me mira.

—¿A quién estás torturando, a tu «Cris cari»? —le pregunto, mientras me quito el abrigo y me siento en frente de ella.

—¿A quién si no? Tú estás aquí. —Se encoje de hombros, riendo.

Guarda su móvil en el bolsillo y me mira por fin.

—¿Y esa cara? ¿Qué te pasa? ¿Ya estamos otra vez? ¿Qué ha pasado ahora, ha muerto alguna hormiga en el mundo? —Hay veces que me encantaría que no me conociese tanto.

—Emma, no lo ibas a entender. —Miro por la cristalera y observo el espectacular Palacio Real engalanado con las luces navideñas.

La camarera nos trae nuestras cervezas, Emma las ha debido pedir al entrar. Ambas permanecemos en silencio mientras damos un primer trago. Ella me observa atentamente.

—¿De verdad pretendes que no te pregunte nada más? —termina diciendo—. ¿Entonces me puedes explicar para qué quedas conmigo?

—Quiero que me digas la verdad.

—¿A qué te refieres? ¿De qué verdad me estás hablando? —pregunta mi amiga, mosqueada.

—¿Qué sucedió el día del accidente, Emma? Lo sé todo, no te andes con tapujos, ya no me duele.

—¿Qué es lo que sabes? —Me mira con el ceño fruncido.

—Venga, sin vaselina, quiero toda la verdad y nada más que la verdad.

Ella me mira con cara rara.

—De verdad, que no sé a qué te refieres, Kei. Siempre te he dicho todo, no creo que haya nada nuevo que contar.

—¿Qué sucedió con Jairo?

—El muy capullo desapareció, se dio el piro, ¿eso querías escuchar? Mientras tú te debatías entre la vida y la muerte, él estaba de marcha con sus amigos, tan tranquilo. Pero eso ya lo sabías, ¿no?

—¿Y se puede saber por qué no me lo has contado así en todo este tiempo?

—Bastante tenías tú físicamente, como para encima lidiar con semejante capullo. Pensé que sería mejor que te recuperases antes, para después poder soportar que te rompiera el corazón, como hizo.

—¿Por qué no me lo dijiste entonces?

—Yo tampoco sabía exactamente qué sucedió, Kei, imaginé que él tendría sus motivos para hacerlo. En tu interior siempre lo supiste, aunque te lo suavizásemos. —Tiene una expresión rara, no entiende mis preguntas.

—Ya... He estado todo este tiempo enamorada de un fantasma que no existía, idealizándolo sin medida.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto de repente? Si él pasó de ti entonces, ha vuelto arrepentido, ¿no? Y si tus padres le obligaron a dejarte, ha vuelto ahora a por ti... Resumiendo: ha vuelto a buscarte. Siempre sale victorioso, no importa el motivo, lo que importa es que te quiere y es un héroe. —Mi amiga me está diciendo esto con un tono de burla, con lo que deduzco que no se cree ninguna versión.

—Eso es precisamente lo que dudo. Todo en él es demasiado perfecto, lo mires por donde lo mires. Nunca ha sido el chico bueno de la clase y ahora pretende serlo, pero no me lo termino de creer.

—Keira, cuéntame qué sucede, no lo entiendo. ¿A qué viene ahora todo este rollo de Jairo?

—Ares ya no está en el club, ha perdido toda su fortuna.

—¡Ostras! ¡Eso es imposible! ¿Qué ha pasado? —Se lleva las manos a la cabeza, asombrada.

—Jairo trabaja para el CNI, investigaban el club por varios motivos. Me convenció para infiltrarme y poder así pillar a Ares con las manos en la masa. La apuesta final era conseguir meterme en su harén antes de mañana, por eso ha perdido todo, porque obviamente me he negado. Todo acaba de suceder hace unos instantes y lejos de sentirme orgullosa, me siento bastante culpable. —Es una versión bastante light de lo sucedido.

Me apuesto el cuello a que las escenas del látigo le hubieran encantado. Algún día se lo contaré... Estoy segura de que me diría que soy su ídolo, porque en vez de que Ares me introdujera en su harén, ¡le metí yo en el mío!

—¡Dios! ¡¿Estás en el club?! ¡¡¡Eres mi ídolo!!!—Ni siquiera creo que haya escuchado el resto de la historia. Pongo los ojos en blanco y paso de su comentario. Siempre que hago alguna burrada me dice que soy su ídolo.

—¡Emma, céntrate!

—¡Lo intento, lo intento! —Levanta las manos en señal de rendición, sé que se muere por comentarlo.

—No sé por qué, pero tengo la corazonada de que no es tan malo uno, ni tan bueno el otro. Por más que lo intento, no me creo a Jairo, no me inspira confianza y mi cuerpo lo repele. Aún siendo el poli bueno, nunca mejor dicho, algo no encaja —le explico.

—Jairo aparece justo cuando conoces a Ares. No ha venido antes a buscarte. Y según me cuentas, todo su empeño ha sido que Ares pierda la apuesta, más que pillarle haciendo algo ilícito, ¿no?

Emma está arrojando bastante luz con sus comentarios sobre el asunto. Piensa igual que yo, y eso sin saber la mitad de las cosas.

—Jairo también estaba en el club —le informo.

—¿¿No fastidies?! —Emma se tapa la boca con una mano—. No me hagas demasiado caso, Kei, pero pienso que aquí hay gato encerrado.

—Yo pienso lo mismo, pero no encuentro la manera de profundizar en el asunto.

—El único que puede saber algo más es Ares, pero tendrías que destapar a Jairo. ¿Siguen los dos en Rambhá? ¿Qué ha pasado con Ares? No creo que se haya quedado sin blanca, ¿no?

—Ares ahora mismo me odia, no creo que quiera cooperar en nada que tenga que ver conmigo. —Recuerdo su mirada cuando ha clavado la lanza en el ordenador.

—Estás equivocada. Ares está loco por ti, haría cualquier cosa que le pidieras. —A mi amiga le brillan los ojos cuando dice esto.

—Ya veo que Cristian es muy convincente.

—¿Cristian no me ha dicho nada! Kei, hasta un ciego lo vería, no seas tonta, yo no dudo del amor que siente Ares por ti, no lo dudé nunca.

—Pues yo opino que todo ha sido una farsa para ganar la apuesta, que finalmente perdió.

—Esa mirada de tonto no se puede fingir, Kei, y esas chispas que saltan entre vosotros tampoco.

—Por la cantidad que había en juego... ¡cualquiera fingiría lo que fuese necesario, créeme! —le contesto.

Pedimos una segunda ronda de cerveza, que nos traen enseguida.

—Pues bien, ahora que lo ha perdido todo y que ya no hay intereses de por medio, veremos a ver si te demuestra su amor o, si efectivamente,

todo fue una mentira. —Veo a mi amiga demasiado despreocupada, mucho más madura de lo normal. ¿Se habrá tomado un «valium»?

—Tienes razón, boli. Esperaré a que se apacigüen las aguas, ahora mismo no creo que quiera verme, he derrumbado su mundo. —Siento incluso pena al pronunciar estas palabras.

—Kei, no te tortures, que nos conocemos. —Me apunta amenazante con una aceituna—. No has hecho nada malo. Él te ha engañado a ti y tú a él, estáis en tablas. Ares tampoco es ningún santo, que no te dé ninguna pena, que debajo de un puente no va a dormir, tranquila, solamente la habitación del Ritz vale millones.

—Sí, supongo.

Me siento muy bien por haberle parado los pies, por demostrarle que conmigo no se juega y por hacer que se meta su egocentrismo por... donde le quepa. Aunque el precio de ello sea su desprecio. Nunca sabré si lo que sintió por mí fue realidad o una quimera.

Pero no creo que para ello fuera necesario que perdiese todo ese dinero, ya que aparte de los veinte millones apostados, también debe devolver todas las fianzas de los miembros que tenía invertidas en acciones, y eso son al menos otros veinte millones más.

Emma me saca de mis cavilaciones diciendo:

—Es un capullo integral y alguien tenía que darle su merecido, Kei, lo estaba pidiendo a gritos. ¡Has tenido mucho valor! Le has demostrado que eres única, que eres especial, te has ganado su respeto, dándole a probar su propia medicina. Precisamente por eso, no va a poder evitar seguir amándote. ¡Ay, es que me encanta vuestra historia! —Se pone la mano, teatralmente, en el corazón.

—¿Estás loca?! —Ahora resulta que piensa igual que él: «Te quiero tanto, que me he visto obligado a mentirte y acostarme con otras mujeres»—. ¿Intentas decirme que como supuestamente me quiere, se justifica todo lo demás que ha hecho?

—Lo que quiero decirte es que hay veces en la vida en las que debes dar un paso atrás para tomar impulso y poder avanzar más. Este es tu paso atrás.

—No entiendo a qué te refieres, Emma.

—Tú ya has movido ficha ¡y le has mandado a la casilla de salida! Ahora debes esperar a que la mueva él, y te garantizo que lo hará. —Se echa hacia atrás en el sofá, sonriente.

—Estás demasiado zen, ¿qué te pasa, te ha entrado complejo de Joda? —
Agudizo la mirada para intentar averiguar qué le hace estar tan sabia hoy.

Levanta lentamente su mano derecha y muestra un anillo que lleva en el dedo anular. ¡Es un pedazo de diamante!

—¿Qué es eso?! —grito, levantándome de mi asiento y cogiéndole su mano para verlo de cerca.

—El paso atrás de Cristian es —declara, imitando a Joda.

—!!!!¿¿¿¿Qué????!!!!

—¡ME CASO! —chilla, riendo.

Casi me da un infarto, me levanto de la silla y no puedo parar de dar grititos y aplaudir. Estoy tan emocionada que no me puedo sentar. De repente, me he olvidado de todo. Siento tanta alegría que lo demás me da igual.

—Cristian me dio un ultimátum al enterarse de mi pequeña orgía de noche vieja —me cuenta, poniendo los ojos en blanco.

Tomo asiento de nuevo.

—¿En serio? —Yo no le volvería a dirigir la palabra, qué diferentes son unas parejas de otras...—. ¿Se lo contó el chivato de Ares? —Ella asiente.

—Me advirtió que si él había dejado el club y a todas las mujeres del mundo, yo debería dejar de acostarme con todo bicho viviente. —Se parte de la risa.

—¿Y qué le contestaste?

—Que algo me tendría que ofrecer a cambio de mi monogamia, pero yo me refería a una noche de sexo salvaje en plan esclavas, harenes y cosas así...

—¡Emma! —la interrumpo.

Pienso que nos hemos equivocado de parejas, porque Emma y Ares serían la mejor pareja del mundo.

—Entonces fue cuando sacó una cajita negra con esta preciosidad dentro.

—¡¡¡Y le dijiste que sí!!!

—¡Claro!

—¡Qué román...!

Interrumpo mi emoción desbordante para mirarla muy seria. Esta vez sé de buena tinta que Cristian ha dejado el club, por lo tanto va en serio.

—¿Emma, sabes que el matrimonio no es ninguna broma, verdad? Que si te casas es para respetar a tu marido. Es el tipo de cosas que no se puede devolver.

—¡Kei, lo sé! Me hace ilusión sentar la cabeza, tener hijos y todo eso...

—¡¿Tener hijos y todo eso?! ¡¿Hemos pasado de las orgías a los hijos?! ¡Yo alucino! —Estará de guasa.

—Ya somos mayorcitas, se nos va a pasar el arroz, Kei.

—¿Y qué hay de tu infidelidad natural? —No quiero que se arrepienta.

—Intentaré que no se entere —suspira, encogiéndose de hombros, ¡espero que esté bromeando!

—¡Emma!

Se parte de risa y me guiña un ojo.

—Tranquila, nunca lo sabrás, cari. Tú piensa que he sentado la cabeza y punto.

—¡Ay, por Dios! No tienes remedio. —Me tapo los ojos con las manos, negando con la cabeza, mientras ella llora de la risa.

Hasta me da pena Cristian, pero no me voy a preocupar por eso ahora. Llamo al camarero y le pido unos chupitos de licor para brindar con mi amiga por la buena nueva.

Al final, terminamos borrachísimas, cantando a voz en grito por las calles de Madrid la canción preferida de Emma, Completamente loca de Alejandro Sanz, creo firmemente que cuando la compuso se inspiró en ella.

Me despierto con una resaca de las que hacen historia. Me va a estallar la cabeza. Sonríó al recordar lo que bailamos anoche en todos los bares de copas de Huertas.

Con la emoción de la boda y la alegría del alcohol se me olvidó todo lo demás. Me reí con Emma como hacía tiempo que no lo hacía. Fue nuestra particular despedida de soltera, ya que la gran sorpresa fue cuando me informó de que la boda sería en un mes y medio. Sigo creyendo que es porque está embarazada, por mucho que se empeñe en negarlo, aunque, por otra parte, el hecho de que se bebiera todo el alcohol de Madrid me hace dudar.

Estoy desayunando apaciblemente, sentada en mi taburete junto a la barra de la cocina, mirando al infinito con mis pelos de loca, cuando suena el timbre. Gólum, que está tumbado en el sofá, se incorpora de un salto, se eriza y bufa. Esto hace que me ponga en guardia, él solo odia a una persona tanto como para hacer eso, pero no creo que haya venido.

Voy despacio hasta la puerta, seguida de un gato desquiciado, que emite un ruido raro y que solo consigue ponerme más nerviosa. Miro por la mirilla, pero no veo nada, no hay nadie, así que me vuelvo a la cocina a seguir desayunando. Se habrán equivocado.

A los cinco minutos vuelven a llamar al timbre, miro a mi gato, pero esta vez Gólum permanece tranquilo. Repito el mismo proceso, pero ahora el que está tras la puerta es mi vecino. Le abro y me indica que tengo un paquete. Lo miro con cara de extrañeza y me señala al suelo. Sigo con los ojos la dirección que indica su dedo y descubro a mis pies una caja muy larga. Le doy las gracias por avisarme y se marcha, seguramente pensando que estoy un poco zumbada.

Cojo la caja como buenamente puedo, pues es larguísima y pesa mucho. Justamente era lo que me hacía falta para mi dolor de cabeza. La meto en casa arrastrándola y la dejo en medio del pasillo. Voy a por un cuchillo para abrir los precintos que la cierran y cuando lo hago, la abro con sumo cuidado.

¡Oh, Dios mío!

Me caigo al suelo de culo.

La miro incrédula.

La lanza del dios de la guerra aparece —brillante— en medio de mi pasillo, embalada escrupulosamente entre papel de burbuja. Me he quedado petrificada, observándola. Desde luego es una auténtica obra de arte.

Cuando vuelvo a tomar conciencia, comienzan a temblarme las manos al descubrir que hay una nota dentro de la caja.

La cojo como puedo y leo:



¿La habrá traído él?

¿Celebrar su destrucción?

¿Y ahora qué hago yo con esto?

No dejo de mirar su nombre sobre el papel. Me lo imagino empaquetando su adorada lanza y escribiéndome la nota... Se me hace un nudo en la garganta. Me cuesta respirar.

¿Qué he hecho?

¿Era necesario todo esto?

¿Era más feliz cuando estaba con él?

¿Por qué lo echo tanto de menos?

Darí­a lo que fuera por verlo entrar por la puerta y que me diera un beso, olvidando todo lo sucedido, para poder empezar de cero los dos. Pero eso no va a ocurrir. Me odia y yo lo odio a él.

¿Quién ha hecho más da­o a quié­n? Me atrevería a decir que yo he sufrido más en el tiempo, pero él ha sufrido más en todos los sentidos...

¿Estamos en tablas, como dice Emma?

¿Podría perdonarlo?

¡Jamás!

Hoy es el gran día.

Nunca pensé que una boda pudiera tener tantas cosas para organizar.

Los padres adoptivos de Emma dejaron de dar señales de vida hace tiempo, sabemos que siguen en el pueblo, pero hace años que ni la llaman, nunca estuvieron demasiado unidos, incluso intuyo que el padre alguna vez la agredió, aunque ella nunca me lo quisiera confirmar. Por todo esto, no ha querido invitar a nadie de su familia a lo que será «la Gran Boda del Siglo».

—¡Va a venir hasta el Presidente, Kei! —contaba emocionada, desde lo alto del pedestal donde la estaban tomando las medidas para hacerle su vestido.

Cristian sabe que mi amiga nunca ha tenido nada, así que quiere que ella lo disfrute por los dos, además, desorbitadamente.

Él lo podría tener organizado en dos horas con un solo chasquido de sus dedos, pero Emma ha gozado como una niña organizándolo todo. Como todos podréis imaginar, siempre acompañada por una servidora, puesto que para sus propias cosas no es tan decidida como para las de los demás.

Hemos seleccionado juntas y escrupulosamente todo. Desde la Iglesia, — como el sacerdote debía ir a officiar la ceremonia al Ritz, se negaban la mayoría de ellos, al final el dinero obró el milagro— hasta las flores. Pasando por el menú, la tarta, las invitaciones, los detalles para los invitados, la música, los platos, los cubiertos, la cristalería, la indumentaria de Cristian y la de los demás, las notas de prensa, la decoración del hotel... ¡Una auténtica locura!

Creo que el momento más emocionante fue cuando se probó el vestido de novia. Todavía me emociono al recordarlo. ¡Es que no me pude creer que fuese a casarse hasta entonces!

Desde anoche, me ha llamado como un millón de veces, está muy nerviosa. Cuento los segundos para llegar al hotel y que el hermano de

Cristian la acompañe al altar de una vez, porque todavía no tengo muy claro que no se dé a la fuga.

Como soy la única dama de honor, a Emma se le ha antojado que vaya con un vestido de color lavanda, atado al cuello, por las rodillas y con mucho vuelo, el típico de los años 50 de las películas románticas que le gustan a ella.

—¡Has visto demasiados culebrones, Emma! Eso es una «americanada», aquí no se estilan las damas de honor —me quejaba en la tienda, mirando con reticencia los vestidos pomposos y cursis que mi amiga me quería endosar.

—Qué equivocada estás, querida... ¡Las damas de honor son europeas! Y ahora están más de moda que nunca, están pegando fuerte en España, salen en todas las revistas. Tú serás mi Maid of Honor, ¿no te gusta tanto hablar en inglés? Pues eso, serás mi confidente y ayudante en la boda.

—Hablando en plata, que encima de tener que ir disfrazada de cupcake, no voy a poder beber ni bailar porque me tendrás esclavizada durante todo el día —le dije, exagerando mi indignación.

—Deberías estar orgullosa de ser mi dama de honor. —Al final se iba a enfadar.

—Sabes que odio que me miren. —Por intentarlo no perdía nada, a lo mejor le daba pena y claudicaba.

—Venga, Kei, por fi, por fi, por fi... —El gato de Shrek al lado de ella es un mero principiante—. ¡Es la ilusión de mi vida! No tengo padres ni hermanos, quiero que estés junto a mí en esos momentos.

¿Cómo negarme a eso? Es una chantajista profesional. Al final, salimos las dos de allí con mi querido vestido de dama de honor.

El vestido en sí es precioso, además me queda muy bien, pero odio el tener tanto protagonismo, no lo veo necesario.

Pepe me deja en el Centro antes de llevarme al hotel, para que las chicas me peinen y maquillen. Nos hemos visto obligadas a incluir estos servicios también, debido a la infinita demanda de nuestros clientes para que lo hiciéramos.

Entro en el Ritz y todos me miran al pasar. Mis zapatos de Manolo Blahnik color lavanda retumban al chocar contra el mármol.

Antes de subir a la Suite Presidencial, donde me espera Emma, pregunto por Cristian en recepción. No tarda en aparecer.

Me deslumbra verlo dirigirse hacia mí con paso firme. Lleva un impresionante chaqué gris de Kiton. La camisa blanca. El chaleco y la corbata color perla. El pantalón de un gris más oscuro, listado con finas rayas verticales. El pañuelo es negro, como los zapatos. ¡Exquisito!

—Buenos días, Keira, —me dice nervioso, creo que todavía no sabe demasiado bien cómo tratarme— estás radiante. —Nos damos dos besos.

—He tenido días mejores —señalo molesta mi vestido, por fin sonrío y yo pongo los ojos en blanco—. ¡Usted está de infarto, señor Ritz! —bromeo, para después ponerme seria—. Vengo a firmar la paz contigo, Cristian, ahora serás como mi hermano y no quiero que ella sufra.

—La paz está más que firmada, tenías razón, a todos nos llega nuestra hora. Amo a esa diablilla diminuta más que a nada en el mundo y lo único que pretendo es hacerla feliz.

Se me inundan los ojos de lágrimas al escucharlo.

—Venía con la intención de amenazarte de muerte, pero veo que ya me puedo quedar tranquila, eso era justo lo que necesitaba escuchar.

Nos despedimos afectuosamente, me he quitado un gran peso de encima al comprobar que no me guarda rencor.

Subo corriendo a la suite, se nos echa el tiempo encima. Llamo. Una señora mayor que no conozco de nada me abre la puerta completamente desquiciada. Busco a mi amiga con la mirada. La encuentro entre un montón de chicas peinándola y maquillándola.

—¡Keira, te presento a la señora «Metomentodo»! —Señala con la palma de su mano a la señora que me acaba de abrir la puerta—. Mi suegra.

La señora mayor me mira exasperada, la comprendo, mi amiga puede llegar a sacar de quicio a cualquiera.

—A ver si tú eres capaz de hacerla entrar en razón, querida, con los invitados tan importantes que asisten a la ceremonia, debemos respetar el protocolo y tu amiga y mi futura nuera, ¡quiere llevar el pelo suelto!

—No se preocupe, señora, veré qué puedo hacer —la tranquilizo.

¡Y comienza así mi maravilloso día de dama de honor!

Después de convencer a mi amiga, la cabezota, para que se ponga esto y se quite lo otro, resplandece. Pero necesitamos nuestro momento de intimidad, por lo que conseguimos que todas las mujeres que deambulan por la suite desaparezcan, antes de que venga a buscarla su cuñado.

—Ya no tengo escapatoria, Kei —lloriquea, cogiéndome de las manos, está realmente nerviosa.

—Serás muy feliz, cariño, estoy tan orgullosa de ti... —La miro como una madre a su hija, siento tanta alegría...— Si no te casas con él, lo haré yo, ¿eh? ¡Ni te imaginas lo guapo que está! —Nos reímos.

—Venga, no me hagas llorar que como se me corra el rímel no bajo — me anima para que me vaya. Le doy un beso y me marcho.

Mientras me sitúo en mi sitio, junto al altar, compruebo con la mirada que todo esté en orden. El Ritz está engalanado de blanco, todo es precioso.

Me han colocado en la mesa con los primos de Cristian. Obviamente mi amiga pensaría que en la mesa de la familia me sentiría mejor, pero sinceramente hubiera preferido la mesa de los amigos. Al menos, Carlos, el hermano de Cristian, que tiene 30 años, está sentado a mi lado y me gasta bromas de vez en cuando, metiéndose con su tía la coja, para hacerme de reír. Cosa que le agradezco enormemente.

No es lo mismo asistir a una boda cuando vas con amigos, que cuando vas sola. Parece que todos han nacido ya emparejados y me miran con lástima. Ni se imaginan que la que les compadece soy yo a ellos.

Terminamos el succulento banquete y antes de la tarta, llega el momento del brindis.

El hermano de Cristian es su groomsman, traducido al español, es el equivalente a la dama de honor, pero en masculino, o sea que podría decirse que es su «hombre de honor». Además hace las veces de padrino, ya que el padre de Cristian murió. Y para rematar la faena, todos los asistentes vienen de parte del novio, por lo que también le toca ejercer de anfitrión. En resumen, que está teniendo mucho más protagonismo que yo, así que me encanta.

Carlos Ritz, no menos atractivo que su hermano mayor, vestido de chaqué, como el resto de invitados masculinos, se pone en pie y sostiene la copa en alto. Dedicar unas emotivas palabras a los novios. Todos le aplaudimos al terminar.

Llega mi turno, me levanto para soltar mi discursito, pero algo capta la atención de los asistentes, que miran hacia otro sitio, que no es el mío. Sigo con mis ojos la dirección de sus miradas y me choco de frente con dos aguamarinas clavadas en mí.

Tengo que pestañear un par de veces para cerciorarme de que no estoy soñando. Cuando realmente soy consciente de que lo tengo a un par de metros de distancia, empiezan a flaquearme las fuerzas.

Me gustaría salir corriendo. Me gustaría desviar mis ojos de su figura, pero me resulta completamente imposible.

Un Ares arrebatador está plantado en medio del salón. No lleva el pelo despuntado a lo loco como habitualmente, lo tiene peinado hacia atrás con gomina. Viste un impecable chaqué negro, con el último botón sin abrochar, del diseñador Alexander Amosu, cosido en la célebre tela Vanquish II, abotonado con diamantes montados sobre oro de 18

quilates. La camisa impecablemente blanca, no tiene botones en el cuello. El chaleco, de color azul celeste, va abotonado en corte recto, a juego con la corbata de seda azul, anudada a lo Windsor. El pañuelo del bolsillo y los gemelos son de un tono azul más oscuro que el de la corbata, resaltando más todavía sus ojos. Los zapatos son tipo Oxford, negros con cordón.

Obviamente, en la ruina no está.

Creo que a todas las mujeres presentes en la ceremonia les acaba de dar un ictus vaginal.

No sé si será mi impresión, pero no creo que haya un hombre más guapo en todo el mundo. Es puro magnetismo. Destila poder, misterio y sexualidad por todos los poros de su piel. Es un depredador nato y lo tengo delante.

Cristian carraspea, para que salgamos los dos de nuestro particular mundo, y volvamos con el resto, más que nada, porque estamos interrumpiendo su boda. Parece una eternidad lo que llevamos mirándonos uno al otro, buscando respuestas a tantas preguntas.

Entonces Ares consigue desviar su mirada de la mía y se centra en su amigo. Levanta la copa desde su posición y le dice:

—Amigo mío, después de las hermosas palabras de Carlitos, poco más he de decir. Solo quiero que sepas que para mí sería un privilegio seguir siendo el tercer hermano, si me aceptas de nuevo en tu familia —vuelve a mirarme y añade—, ahora mismo lo acabo de entender todo.

Cristian se levanta de su sitio en la mesa presidencial, junto a Emma. Llega de tres zancadas hasta Ares, permanece uno frente al otro, y finalmente se dan un fuerte abrazo. La madre de Cristian y Emma se secan las lágrimas disimuladamente, y yo me alegro de que vuelvan a ser amigos. Me puedo imaginar qué fue lo que les separó, y seguramente mi aparición sorpresa en Rambhá tenga bastante que ver.

Ares toma asiento en una de las mesas que hay por allí, sin más ceremonia.

Ahora vuelve a ser mi turno. Soy la única en la sala que continúa estando en pie, pero esta vez estoy mucho menos segura que antes, mucho más nerviosa. Cierro los ojos y tomo aire. Los abro de golpe mirando a Emma. Me centro en ella.

—Nunca creí que llegase este momento. La que ha sido siempre mi hermana se ha casado con un hombre maravilloso, un hombre que me ha confesado hace tan solo unos momentos, que su única meta en la vida es hacerla feliz. Y eso es lo único que yo quiero para ella, que sea

feliz. Emma brindo por vosotros y por todos los años de amor y felicidad que os depara el destino. ¡Te quiero!

—¡Un momento! —La voz de Ares interrumpe los incipientes aplausos que iban dedicados a mi precioso discurso. Se pone en pie y levanta su copa de nuevo—. Quiero brindar por una última cosa...

Me dejo caer en mi silla, y no me meto debajo de la mesa porque no sería adecuado, aunque ganas no me faltan. Miro a Emma pidiéndole auxilio, pero a ella le falta aplaudir, está expectante.

«¿Cómo harán en las películas para hacerse invisibles?» pienso.

«¿Podría abrir alguna puerta al submundo?» hecho un vistazo hacia el suelo, por si descubriese repentinamente algún pasadizo secreto.

—Me gustaría informar a la señorita que va disfrazada de pastel malva de que he dejado TODO lo que tenía que dejar para ser digno de su amor. —Ares me mira, provocador.

—¡Oh, Dios mío! —Me tapo la boca, que no soy capaz de cerrar. Ahora sí que me tiembla el cuerpo al completo. No quería tener demasiado protagonismo y ahora todos los invitados me están observando.

«¿Digno de mi amor dice?».

Continúa hablando.

—No he podido resistirme. Me has enseñado que hay que levantarse para volver con más fuerza. Has sido tú la que me ha hecho creer en el amor existe... —Se escucha un «Ooohhh» generalizado de las mujeres que están en la sala.

Me levanto de mi sitio, los asistentes nos miran a ambos. Seguramente estén esperando a que me acerque hasta él y nos fundamos en un beso eterno, mientras todos aplauden...

Miro a Ares a los ojos, me suplica con su mirada demasiadas cosas, todas las que no ha dicho. Aunque me muera por ese beso eterno, porque cada parte de mi ser anhela su contacto, todavía lo odio, todavía tengo presentes todas las mentiras y humillaciones a las que me ha sometido. No es tan fácil olvidarlo todo con tres palabritas. Levanto mi copa y él me dedica una mirada feroz, se pone en guardia:

—Señor Hunter... —aguando, mientras se hace el silencio en la sala— si se levanta usted es porque previamente antes se ha caído, tenga cuidado, ya que a su edad podría lastimarse. —La gente ríe—. En cuanto a mi amor, siento ser yo la que le informe de que usted lo pisoteó tantas veces, que terminó haciéndolo desaparecer por completo. —Me llevo la mano al pecho teatralmente. Las mujeres ya no lo admiran tanto.

Brindo hacia él. Me bebo la copa de golpe y me siento.

Emma y Cristian adivinan que se avecina tormenta. Se levantan rápidamente y se sitúan en medio del salón aparentemente para partir la tarta, aunque su objetivo realmente sea interponerse entre nosotros. Por la mirada que me lanza mi amiga, intuyo que ya es hora de serenarse, y así lo hago. No quiero ser recordada como la peor dama de honor de la historia de las bodas.

No he vuelto a ver a mi loco enamorado en todo este rato. ¿Se habrá dado por vencido? Algo me dice que no... Estará en el baño con las primas de Cristian.

Suena una música que indica que es el momento de que la novia lance el ramo. No quiero meterme entre las solteras de oro, pero dos señoras mayores aparecen de la nada para llevarme a rastras hasta el centro de la marabunta. Miro a derecha e izquierda, estas mujeres parecen llevar una gran cantidad de tiempo entrenándose para coger el ramo, ¿es lo máximo que les puede ocurrir en la vida? ¿Qué pasa, que si coges el ramo alguien te garantiza un «vivieron felices para siempre»?

Antes de que me dé cuenta, una sombra se abalanza sobre mi cabeza, levanto los brazos instintivamente, para esquivar lo que sea que vaya a estrellarse contra mí, cuando descubro que un ramo de orquídeas blancas ha aparecido entre mis manos y todas las demás chicas se apartan de mí como si tuviera la peste, aplaudiéndome y mirándome con cara de emoción suprema.

No sé si reír o llorar. Levanto la vista y descubro al mismísimo pecado hecho hombre frente a mí, observando esas flores como si fuesen las primeras que ve en su vida. Las tiro al suelo. Acto seguido levanta su mirada hasta encontrar la mía.

No sé explicar lo que me hace sentir cuando me mira a los ojos. Un encantador de serpientes hipnotiza a los reptiles con el sentido de la vista y es muy parecido a lo que me causa este ser enigmático a mí. Me deja atontada, sin fuerza de voluntad. No es solamente por ser el hombre más atractivo sobre la faz de la Tierra, es todo el mundo que le rodea, es su poder de liderazgo, su arrogancia, su chulería, su fuerza, su... todo.

Da dos pasos gráciles, plantándose frente a mí. Su olor embriaga mi sentido del olfato, pero todos los demás sentidos reaccionan también, queriéndolo mirar, queriéndolo tocar, queriéndolo escuchar, pero sobre todo, queriéndolo degustar.

—Las flores no tienen la culpa de tu mala leche, mi ama. —Se inclina elegantemente y me las entrega, permaneciendo agachado ante mí.

Cojo el ramo y, sin pensármelo dos veces, lo destrozo en su cara. No he podido controlarlo, mi mano ha actuado por su cuenta y riesgo,

—Después de recuperar mi dinero, dejaría el club, esa era mi intención, puedes preguntar a cualquiera. ¡Pero tuviste que meter tu nariz respingona donde no te llaman! —Me apunta amenazante con su dedo.

—Ares, no me vas a engañar, yo también tengo amigos en el club. —Me cruzo de brazos delante de él.

Se queda muy serio, observándome con atención.

—¿Qué amigos? Nadie conoce la identidad de los miembros. —Ladea la cabeza, cree que miento.

—No pienso decírtelo. —Miro hacia otro lado, altanera.

Estoy segura de que piensa que mi contacto es Cristian, y por eso habrán reñido.

—De todas formas, ya no me importa. Como te he comentado antes, lo he dejado —dice algo más relajado, intenta reconducir la conversación por otros derroteros, pero no me pienso rendir tan fácilmente.

—Pero si no te quedaban más opciones que dejarlo, sin dinero no podrías hacer apuestas. —Éste se cree que estoy tonta y me va a vender la moto de que ha dejado todo por mí.

—¡Cariño, mírame! —Se mete las manos en los bolsillos y da un paseo chulesco alrededor de mí, luciendo su elegante traje y devorándome con su mirada, tan tranquilo—. ¿Crees que alguien que está arruinado puede permitirse este Amosu?

Paso de contestar, es incuestionable que no.

—¡Lo he dejado por ti! —dice, enfadado.

—¡¡¡No te creo!!! —le vuelvo a gritar, parezco una desquiciada.

—¿Y yo tendría que creerte a ti, Rambhá? —Entrecierra sus ojos azules, solo se ve en ellos una delgada línea negra—. ¡Me has mentado tanto o más que yo a ti! —Está agarrado a la barandilla, la aprieta con fuerza, la va a arrancar de un momento a otro, no deja de mirarme.

—No te menté hasta que no descubrí que para ti era simplemente una... espera que recuerde la palabra... ¡ah, sí! Una tigresa entre tus gatitas... ¡¡¡Me llamaste zorra, cerdo!!! —Ahora sí que me gustaría tener el látigo entre mis manos.

—¡Fue todo puro teatro, Keira! Si descubrían que sentía lo más mínimo por ti, apostarían fuerte, solo para joderme. Tenía que hacerles creer que no significabas nada para mí, que la apuesta estaba más que ganada. Te doy mi palabra.

—¿Entonces por qué me intentabas convencer de que me uniera a tu harén? ¡Hasta el mismo día lo intentaste! —Su último wasap no lo iban a leer los demás.

—Si la apuesta hubiese salido adelante, tenía un plan B para que pensaran que te habías unido al grupo de las chicas. Necesitaba grabarte entrando en el cuarto con ellas, después podría contar que se habían estropeado las cámaras, o cualquier otra cosa.

—¿Realmente pensaste que me iba a unir? —Estoy indignada.

—Desde el día en que saliste corriendo de mi casa no las he vuelto a llamar. Ahí tienes mi respuesta. —Me cuesta entender esto, pero su ávida mirada hace que imagine sus intenciones.

—¡Mientes de nuevo! —Me alejo. Me resulta imposible creerlo ya—. Seguro que tienes una cámara en el reloj y esto es una tercera apuesta, ¿qué tienes que conseguir ahora, Hunter?

—Puedes comprobar que ya no estoy dentro cuando quieras. Con respecto a las chicas, te daré sus números, les puedes preguntar. — Parece demasiado tranquilo.

—¡Oh, sí, ya lo que me faltaba, llamarlas para quedar a tomar un café!

—No quiero volver a verlas, Keira, ¡las mandé a la mierda! Y todo para que una psicópata desquiciada se ría de mí... desde luego, me lo merezco por iluso. —Se muerde los nudillos.

—¡No soy ninguna psicópata!

Me lanza una mirada de desaprobación.

—¡Oh no, qué va! Te quiero, te odio, ¿te quiero? No, mejor te odio... — pone la voz muy aguda y me imita haciendo el tonto.

—¡Te odié cuando me enteré de que lo único que significaba para ti era un simple medio para recobrar tu dinero!

—Me odiaste simplemente por pretender que te unieras a mis chicas, las apuestas nunca te importaron.

—¡No me importaron porque me contaste que lo habías dejado! ¡Creí que era tu pasado! ¡Me dijiste que me amabas! ¡Alguien que te ama no quiere compartirte! —Voy a ponerme a llorar de un momento a otro, todavía estoy loca por él, por mucho que me pese.

—¡Tú me obligaste a unirme a tus cutre-sumisos! Eso ya no te pareció tan mal... ¿Quién ha hecho más daño a quién? —Tiene los ojos inyectados en sangre.

—¡Yo no te he hecho daño! ¡Porque no sentías nada por mí! —Cada vez se está enfadando más—. Todo fue una farsa para meterme en tu harén, por mucho que digas que no, ¡no soy idiota!

—Al principio fue una farsa, no te voy a mentir, pero desde que te tuve delante todo dejó de serlo, Keira, maldita sea... ¡Vendería mi alma al diablo por dejar de sentir lo que siento!

Cierra los ojos, fuerte, se toca la sien y toma aire.

Piensa.

Abre los ojos y me mira con odio.

—Destrozaste mi coche. Me tiraste un cubo de agua en pleno invierno, y cuando subí a secarme, llamaste a la policía para que me detuvieran. Me engañaste con tu ex. Te metiste en mi club a traición. Me arruinaste a propósito, sin remordimientos. Te besaste con otros tíos delante de mí. Te largaste dejándome atado y desnudo con un hombre que quería matarme... ¡Me pegaste un latigazo! —sueno realmente desesperado, ni él mismo se cree todo lo que está diciendo... ¡Ni yo!—. ¡Y todo por invitarte a una fiesta! ¿Con negarte no hubiese sido suficiente?

No lo puedo evitar y se me escapa una carcajada al recordar su cara de espanto cuando le aticé con el látigo, o cuando le tiré al agua... Una vez que te ríes en plena discusión, resulta absurdo seguir pegando voces después.

—Lo siento por el latigazo, no manejaba demasiado bien —digo, entre lágrimas de tanta risa.

—¡No se me borra de la mente tu imagen con aquel maldito látigo! —Niega con la cabeza.

—¡Oye! No lo hice tan mal.

—Todo lo contrario... —Su mirada penetrante me vuelve a intimidar.

Se acerca hasta mí. Coge mi cara entre sus gigantescas manos y me mira con deseo.

—Keira, te amo. Te amé desde el instante en que te vi, aunque las circunstancias no me dejaran ser libre para demostrártelo. Te he amado siempre, incluso cuando me destruiste, no he podido dejar de quererte. Pero ahora ya soy libre.

—Te destruí... —Un pensamiento en voz alta.

No me había detenido a mirarlo desde su punto de vista.

—Y aún así aquí me tienes, rendido a tus pies. —Nos miramos uno al otro—. Joder, ni yo mismo lo entiendo, pero en vez de querer estrangularte, lo único que deseo es besarte.

—No nos fiamos uno del otro. —Es mi hábil conclusión de todo esto.

—Sabes que me ponen los retos, fiero. —Se relame.

—Sin confianza no podrá haber nada.

—Ya te lo dije una vez, la confianza se gana Keira y yo me conseguiré la tuya, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—¡Déjate de rollos, Hunt...!

No me deja terminar la frase porque su boca devora la mía. Me necesita. No me doy cuenta realmente de lo que significan sus besos para mí hasta que no me besa. Lo que me hace sentir es tan increíble, tan mágico y tan especial, que ni siquiera podría soñarlo. Hasta que no estoy entre sus brazos, no soy consciente realmente de la falta que me hace, de lo que le he echado de menos y de que el mundo cobra sentido cuando estoy con él.

Se aparta un instante de mí para observarme. Acariciando mis labios con los suyos al hablar:

—Me moría por estos labios —dice. Le sonrío—. Y por esta sonrisa.

—Ares, es la última oportunidad que te doy, no me falles, porque no habrá más —intento sonar convincente.

—Lo juro, nunca más te fallaré, mi amor. —Su sonrisa es una de las cosas que más caras se venden, y a la vez una de las más hermosas que he visto nunca.

Y ese beso eterno por fin llega, fundiéndonos a los dos en un solo ser.

Cuando Gólum se cae de algún sitio, intenta disimular, mirando de reojo para ver si alguien más le ha visto, porque si nadie lo ve, es que simplemente no ha sucedido.

Pues lo mismo hago yo mientras vuelvo al salón principal del Ritz, de la mano de Ares, cual corderito manso.

La entrada entre la gente no parece ser demasiado espectacular, ya que todos charlan amigablemente, pasando de nosotros olímpicamente. Miro de reojo a mi alrededor aliviada, nadie parece haberse dado cuenta de nuestra presencia.

—¡Vaya, míralos, si es la parejita feliz! —se desgañita Emma señalándonos desde el otro extremo del salón. Observo cómo todos los presentes nos miran, «justamente lo que yo quería».

—¡Tía, has cogido el ramo, sois los siguientes en casaros! —sigue gritando, dando palmitas y saltitos, como si estuviésemos solas en casa.

—Pues entonces siento decirles a todas las chicas presentes en edad de merecer, que morirán solteras —le respondo en un tono elevado para que me escuchen todas. Ares suelta un bufido, seguido por una carcajada.

Pero a las mujeres jovencitas a las que iba dirigido mi comentario no les hace la menor gracia, ya que el ritual del ramo es algo de suma importancia para ellas. Si a esto le añadimos que estoy con el hombre más impresionante del mundo, retirándole del mercado, tenemos como resultado un odio mortal hacia mi persona.

Nos reunimos con los novios en medio del salón.

—¡Ares, no te imaginas cuánto me alegra que hayas venido! Mi maridito no hubiera sido feliz en este día tan especial si hubieses faltado. —Emma y Ares se dan un beso en la cara y un gran abrazo.

—No podía faltar, os deseo lo mejor, de todo corazón —le dice Ares a la renacuaja, mirando con orgullo a su amigo—. A este cabronazo le ha costado, pero finalmente ha encontrado alguien que merece la pena.

—A ver si tú haces lo mismo —le contesta Cristian sin tapujos, haciendo un gesto con la cabeza hacia mí—, creo que te ha demostrado con creces que es digna del dios de la guerra, ¿no?

Ares me mira con cara de enamorado. Sí, he dicho enamorado. Hasta este preciso momento, no he sido consciente de cómo me mira. Más bien, me admira.

—Muy digna, amigo mío, tienes toda la razón. —Esa voz de nuevo.

¿Solo me seduce a mí o provoca lo mismo en las demás mujeres del mundo también?

—¡Pues dicen que de una boda sale otra boda, así que ya podéis poner la fecha! —Emma está más que exultante por cómo se han dado los acontecimientos.

—¡Emma, no alucines! ¿Te has tomado la pastilla hoy? —la reprendo.

—Muy graciosa. Podrás decir lo que quieras, pero desde que os vi supe que estabais hechos el uno para el otro, vosotros dos sois los únicos que se niegan a admitirlo. —Nos apunta con su dedo amenazante—. Vamos, cari, hay que saludar al resto de los invitados. —Se engancha al brazo de Cristian—. Y después iremos a algún rincón oscuro... ¡No veas cómo te sienta ese traje, pero te quedará mejor cuando esté en el suelo!... —Lo pellizca en el culo y Cristian se parte de la risa, junto a Ares.

—¡Ay, la madre que la trajo...! —Me tapo la boca.

—¡Adiós, parejita! —nos dice, pizpireta, guiñándome un ojo.

Desaparecen los dos entre la gente.

Nosotros nos quedamos en el centro del salón, donde los invitados bailan. Ares me atrae hacia sí por la cintura y bailamos pegados una de mis canciones preferidas de Pablo Alborán, que Ares canturrea, haciéndome reír embobada.

Por fin lo puedo sentir,
te conozco y te reconozco
que por fin sé lo que es vivir
con un suspiro en el pecho
con cosquillas por dentro

y por fin se porque estoy así...

No he parado de pensar

hasta donde soy capaz de llegar

sé que mi vida está en tus manos y en tu boca,

me he convertido en lo que nunca imaginé

has dividido en dos mi alma y mi sed

porque una parte va contigo

aunque a veces no lo sepas ver.

—¡Cómo se las gasta tu amiguita! —me dice al oído—. Aunque no es mala idea lo de buscar un rincón oscuro. —Ese susurro, junto con una leve caricia de sus labios en el lóbulo de mi oreja, me pone un tanto tensa.

—¿Para qué quieres un rincón cuando tienes una suite a tu disposición?
—Ahora mismo estoy tan caliente que solo quiero que me empotre contra algo, no me importa dónde ni cómo.

—Ya no la tengo. —Tensa la mandíbula.

—¿Y eso?

—Tuve que conseguir cuarenta millones de la noche a la mañana, ¿recuerdas? Más de la mitad lo obtuve de esa venta. —Mira hacia otro sitio.

«¿Y la otra mitad?» me pregunto a mí misma.

—Lo siento —me sale del alma, ahora no veo nada proporcionada mi venganza con lo que él me hizo...

—Keira, no tienes que sentirlo en absoluto. Me has hecho descubrir que el dinero no lo es todo en la vida.

—¿Yo? —Si solo le he arruinado...

—Antes de conocerte, solo pensaba en ganar dinero, y en invertirlo para duplicarlo. Cuando perdía algo en la bolsa, me entraban ganas de matar

al primero que se me pusiera por delante. Quería más y más, nunca tenía suficiente. Era mi droga.

—Pensaba que tu droga era el club.

—El club era una forma más de ganar dinero, además con algo bastante sencillo, que para mí nunca tuvo ningún secreto, la seducción.

—¡Oh! ¿Por qué eres tan presuntuoso? —Le doy en el brazo.

—No lo soy. Para mí es sumamente fácil seducir a una mujer, ninguna se me resiste. Solo tengo que mirar unos instantes para descubrir cuál es su talón de Aquiles y ataco por ahí. —Sus ojos brillan cuando me habla así, realmente es un cazador.

—¿Ah sí? ¿Y cuál es mi talón de Aquiles, señor Hunter?

—Yo.

—Serás...

No me deja insultarle porque aprisiona rápidamente mis labios entre los suyos. Haciéndome olvidar por qué estoy aquí, de dónde vengo y adónde voy. Solo me concentro en las miles de sensaciones carnales que me provocan sus caricias y sus labios.

Evidentemente mi punto débil tiene nombre propio, ahora se llamará «mi talón de Ares». Lo que me fastidia es que él también lo sepa.

—Keira, me has hecho perder millones. Has conseguido que pierda, no solo una, sino dos apuestas en el club, cuando no lo había hecho jamás. Me has humillado delante de mis amigos. ¡No te imaginas lo cabreado que estaba!

—Puedo hacerme una idea. —Recordaré toda mi vida su imagen bajándose las gafas y odiándome con su mirada.

—Créeme que no. —Está recordando algo, porque inmediatamente se obliga a no pensarlo demasiado, me da pánico especular sobre lo que pudiera haber hecho en ese estado.

—Cuando destrozaste tu ordenador con la lanza me pude hacer una ligera idea —intento no reírme, pero lo hace él.

—¡Dios! —Niega con la cabeza, riendo—. Todavía no sé lo que se me pasó por la mente cuando te quitaste ese maldito antifaz.

—Tus ojos lo dijeron todo. ¡Menos mal que no me tenías cerca! —Me muerdo el labio inferior.

—Sí, ahora me alegro. Por cierto, ¿cómo supiste lo de la apuesta?

—Te he dicho que tengo mi contacto dentro y te aseguro que no es Cristian. Él nunca te traicionó, puedes estar seguro.

—Ya lo he perdonado. No importa. —Sé que es una daga que tiene clavada en su corazón, por mucho que intente negarlo.

—No te traicionó, Ares. —Me mira expectante—. Él intentó por todos los medios que no aprobasen mi ingreso, pero tus queridos «amigos» tenían sed de venganza. Lo amenacé con contarle a Emma todo si te lo confesaba. No tuvo opción.

—Yo se lo hubiera dicho, la amistad está por encima de todo. —Esa herida todavía duele.

—¿Incluso de mí?

—No, supongo que no. —Mira hacia abajo, pensativo—. Pero hasta ahora que he vuelto a tenerte cerca no lo he entendido, Keira. Lo que he sentido al verte esta noche, no tiene comparación con nada de lo que haya sentido antes. Pensaba que iba a tener rabia, odio, incluso indiferencia, pero cuando me has mirado... He tenido que contenerme demasiado para no ir a robarte un beso. No puedo mantenerme alejado de ti. Este tiempo que no te he estado alejado de ti, se me ha hecho tan largo, que me han parecido años. Me ha dolido mucho más el tener que mantenerme alejado de ti que el vender esa maldita suite. ¡Me has hecho necesitarte! Soy un hombre oscuro cuando no estás, pero ahora que te tengo entre mis brazos, me siento el hombre más dichoso del mundo, quiero reír a todas horas y nada de lo que ocurra fuera de nosotros me preocupa. Solo quiero mirarte, tocarte, besarte... ¿Qué me has hecho, mujer?

—Ares, creo que eso se llama «amor». —Es tan intenso para todo, que acaba de dejarme completamente fuera de combate con su discurso.

—¿Lo crees o estás segura?

—Todavía son solo palabras. —Soy sincera, no me fio nada en absoluto de él.

—Está bien, tú lo has querido, tenía pensado aplazarlo, pero ahora mismo te lo demostraré.

Me coge la mano y me lleva a través de la gente, de nuevo hacia la salida.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, mientras sorteamos a los invitados que se interponen en nuestra huída hacia quién sabe dónde.

—Nos vamos, tú sígueme.

—¿A dónde?

—La confianza debe ser mutua, Keira, recuérdalo.

—¡Un momento, mi abrigo!

Se detiene en medio del gran hall, se quita su chaqué de cinco ceros y me lo pone por encima de los hombros. Admiro durante unos instantes su cuerpo escultural, que ahora, sin estar tapado tan solo con una simple camisa, me resulta más pecaminoso de lo humanamente posible.

¡Ay, qué calor!

—Mañana vendremos a por él. Vamos.

Llegamos a la calle y llama al aparcacoches. No necesita decirle qué coche tiene que traerle, puesto que no creo que haya demasiados iguales.

En unos pocos segundos, su Lamborghini Roadster color rubí aparece ante nosotros. El aparcacoches le devuelve las llaves a su propietario y este le da una generosa propina a cambio.

Ha preferido vender la suite al coche...

—Ares, ¿dónde vamos? —Llevamos ya un rato en el coche y ninguno dice nada.

—¿Tienes miedo? —Por fin, me mira.

—No. —Miedo no es lo que tengo, pero tampoco me iría con él a una isla desierta, ese aura malvada siempre le rodea.

—Pues ahora lo verás. Voy a demostrarte con hechos que me has embrujado y que voy a por todas contigo. No vas a volver a dudar de lo que siento por ti nunca más.

—Creo que me voy a atragantar con tanto corazón de golpe, Ares, no tienes medida.

—Cariño, soy nuevo en esto, vas a tener que enseñarme el fabuloso mundo de los corazones, ya sabes que hasta ahora las mujeres solo me han servido para dar y recibir placer, nada más.

—Está bien, pues tómatelo con calma. No sé las demás féminas lo que harían si el gran Ares Hunter les jurase amor eterno, pero a mí me estás agobiando. Dosifica.

—Está bien. Dosifico —repite.

Mira al frente de nuevo, algo irritado.

Muy irritado.

¡Este hombre no tiene medida!

Ha dejado el Roadster en un parking privado que hay justo en el edificio de en frente de mi clínica. Me ha vendado los ojos al bajar del coche.

—No haga trampas, señorita Amor, o me veré obligado a castigarla — me gruñe, mientras subimos en el ascensor.

—¿Llevas un antifaz siempre encima, Hunter?

—Contigo nunca se sabe cuando lo voy a necesitar, tigresa. —Usa esa voz maldita.

—¡Que no me llames así!

Le intento dar un puñetazo, pero lo lanzo al aire y él se ríe por mi torpeza.

El ascensor se para, no sé en qué planta. Ares me dirige sujetándome por el codo. Se detiene para abrir una puerta. Hemos entrado en algún sitio porque hace mucho calor. Cierra la puerta a mis espaldas.

—¿Preparada?

—No.

—Está bien, voy a servirme un tequila, cuando lo estés me avisas.

—¡Ares vuelve!

Se ríe.

—Venga, a la de tres. —Me quita el antifaz sin preámbulos y dice—: Tres.

No entiendo muy bien dónde estoy. Miro a mi alrededor intrigada, buscando alguna foto de alguien, pero no hay nada. Él me mira nervioso, impaciente.

Nos encontramos en una casa muy grande, decorada con un estilo moderno, todo de diseño, muy sofisticado. Los muebles son

vanguardistas, de los que son muy caros. Los tonos que predominan son pastel. La estancia podría definirse como amplia, moderna, distinguida y femenina.

—¿Dónde estamos? —Frunzo el ceño.

—En nuestra casa.

¡ESPERA!

¿¿¿¿¿QUÉ?????

—¿Te acabo de decir que me estás agobiando con tanto corazón y tú vas y me traes a NUESTRA casa?!

—Keira, ya no somos niños, no pienso dejarte en casa de tus padres a las diez. Necesito que te fíes de mí, al igual que yo fiarme de ti, esta será la única manera de poder tener una relación estable.

—¡No, no, no, no, no! ¡Me niego rotundamente! —Me cruzo de brazos.

—Dame una sola razón.

—Te la acabo de dar, ¡eres un tarado!

—¡Tú eres una persona completamente cabal y equilibrada, como podemos observar! —Me señala con la palma de la mano, haciendo una reverencia.

—¡Eres tú el que me desquicia! ¿Ves esto normal?

—¿Qué si veo normal querer vivir con mi novia? ¡Claro que sí!

—¡Ah! ¿Otra vez somos novios?

—¡Nunca dejamos de serlo!

—Vas a terminar con el poco juicio que me queda, Ares, en serio.

—Joder, Keira, compro una maldita casa, la decoro a tu gusto y lo único que recibo son reproches. Hace un momento me has pedido pruebas de mi amor, de que voy en serio y de que no son solo palabras. ¿Ahora ya no lo quieres? ¡Decídetes de una vez!

—No puedes pretender que después de destrozarnos el uno al otro, vivamos juntos como si nada hubiese pasado. ¡Es ridículo! —No sé si es que soy yo sola la que ve esto «un poco» precipitado.

—¿Entonces qué es lo que quieres? ¿Espacio? Muy bien, te lo daré, vete donde te dé la gana, pero yo no pienso quedarme aquí sentado

esperándote. Tú decides. —Se ha sentado muy cabreado en el sofá de piel rosado que hay frente a la gran mesa baja plateada.

Pasan unos instantes. Lo miro, molesta, permanece ahí, sentado, absorto en sus pensamientos.

—¿Por qué tienes que complicarlo todo así? —le pregunto, intentando suavizar el ambiente.

—¡¿Yo?! Te regalan una puta casa y lo único que dices es que te agobio. ¿Quién lo complica? Porque yo creo que hubiera sido más fácil darme un beso y las «gracias».

—¿Ares, no me guardas rencor? ¿Tú ya has olvidado todo?

Se levanta y avanza hasta mí.

—Keira, te amo, no siento rencor en absoluto, estoy loco por ti y ya no tengo miedo. Lo único que temo es meter la pata y perderte, pero no me da miedo comprometerme ni dar un paso más.

—No es que tenga miedo, es que pienso que es demasiado pronto para... esto. —Señalo el espacio que me rodea.

—No tienes miedo, no... ¡estás cagada! ¿Demasiado pronto para qué? ¡Nunca será el momento! ¿No lo ves? Tú no quieres hacerlo, no estás segura de querer estar conmigo.

—¡Claro que estoy segura!

—¿De qué?

—Pues... —Me resulta difícil asimilar que el hombre del que he estado huyendo durante todo este tiempo, al que me he obligado a odiar y contra el que he luchado con todas mis fuerzas, ahora sea la fuente de mi alegría. Necesito tiempo.

—¿Ves? No me has dicho nunca que me amas. Creo que el único que está arriesgando, en todos los sentidos, soy yo. Finalmente voy a creer que nunca sentiste nada por mí.

—¡Sí que siento algo por ti!

—¡Alguien que te ama nunca sería capaz de hacer lo que me hiciste tú!

—¿No lo ves? Todavía no se han curado nuestras heridas, a la mínima oportunidad, nos lo echamos en cara.

—Porque no tenemos nada con lo que contraatacar. Si comenzamos a atesorar recuerdos buenos juntos, olvidaremos los malos.

—Se nota que eres un buen estratega.

—¿Si no tuvieras miedo, lo harías? —Entonces recuerdo esa frase, que fue la que me escribió en el periódico aquella mañana que él decidió por cuenta propia que fuésemos novios—. ¿Qué es lo peor que puede pasar?

—¡Que nos matemos!

—Prefiero morir a vivir sin ti.

Lo miro. Sus ojos son sinceros... pero tantas veces antes me lo parecieron. No puede estar diciendo todo esto en serio.

Es demasiado.

—Ares, no sé si alguna vez volveré a creerte.

Entonces se desabrocha la corbata y la camisa. Avanza hasta mí. Me quita rápidamente su chaqué de encima, tirándolo por los aires. Me coge la mano y la pone sobre su pecho desnudo, siento el latido trepidante de su corazón.

—¿Crees en esto? Porque este latido sí que es real, ¿lo sientes?

—Sí.

—¡Pues solo late así por ti!

Me coge la otra mano y la pone sobre mi pecho, sujetándola con la suya.

—¿Sientes el tuyo? —me pregunta con una voz ronca, más calmado.

—Sí... —Lo que siento son unos calores incesantes que suben por mis piernas al sentir su tacto cerca de mi pecho.

—Pues eso es en por lo único que debes guiarte, por lo que sienta tu corazón. Olvídate del resto del mundo. Olvida el pasado, el futuro, estamos aquí y ahora, solos tú y yo.

—Lo voy a intentar, Ares.

—¡Lo vas a conseguir! Y yo estaré a tu lado para demostrarte que vale la pena.

—No me hagas daño. —Cierro los ojos, suplicando a Dios que esta vez sea real todo lo que me está contando y no otra farsa, porque mi corazón no podría soportarlo. Tengo tanto miedo.

—Keira, te juro por mi vida que nunca he querido así a nadie. Esto va a salir bien.

No aguanto más y me abalanzo sobre él. Necesito su tacto. Necesito sus labios. Necesito su ternura y su pasión. Su voz. Sus caricias. Lo necesito a él, a mi dios de la guerra, que esta noche por fin soñará con la paz.

—¡Oh, Dios! —suspira.

Me coge entre sus poderosos brazos, devorando mi cuello, mis pechos, mi boca... Es un vampiro sediento de mi cuerpo. A cada roce enciende una parte de mí, aunque lo que se enciende y apaga constantemente es mi entrepierna, que grita sedienta de él.

Sin parar de besarnos, me coge y avanza conmigo encima hasta llegar a una puerta, que abre sin mirar. La curiosidad me puede y abro los ojos un instante. Lo que descubro consigue que deje de besarlo, porque me quedo helada.

—Ares...

No consigo verbalizar lo que siento.

—¡Sorpresa! —Lo noto algo nervioso.

Mis ojos oscilan de una pared a otra.

—¿Te gusta?

—Es...

Una habitación grandísima se expande frente a mí. Todo es de color malva, en diversos tonos.

—¿Cómo sabes mi color favorito? —le pregunto intrigada.

—A veces, no es necesario preguntar algo directamente para saberlo, simplemente hay que observar con atención.

Una cama enorme está situada en el centro, junto a un gran ventanal, que ocupa prácticamente la totalidad de una de las paredes.

Todo el conjunto es precioso, pero lo que provoca que me quede boquiabierta son las paredes. Están impresas con muchas fotos de los dos juntos formando collages, y cuando digo juntos, es... ¡Juntos!

Una de ellas ocupa la pared entera en blanco y negro. Soy yo de perfil, mirándolo con cara de lujuria total. La foto es alucinante, mis ojos verdes son la única nota de color en ella.

Hay otra un poco más pequeña, imagino que son nuestros cuerpos, entrelazados, está tomada de forma que se adivinen piernas y otras partes del cuerpo, pero sin dejar saber exactamente qué es.

Otra contiene un primer plano de su espalda, con sus grandes hombros torneados y sus musculosos brazos. Está despeinado, y de fondo se me ve a mí, plácidamente dormida sobre la cama.

Me ruborizo con algunas de ellas, puesto que las hay demasiado sugerentes, como por ejemplo cuando me estoy subiendo la media por el muslo o mi trasero con un culotte de encaje, o uno de sus empotramientos salvajes visto desde atrás... Son todas artísticas, y hechas con suma delicadeza. Nada explícito, pero desde luego no aptas para enseñárselas a nadie.

—Son... preciosas.

—A esto es a lo que me he dedicado durante todo este tiempo, necesitaba mirarte de alguna manera.

—Ares...

—Siento haberte grabado, Keira —me interrumpe, poniéndose la mano en la nuca—. Quería hacer algo bueno a cambio. Redimirme de alguna manera.

—¿Enseñaste... todo? —Pienso en que Jairo y Cristian me hayan visto jadeando y me da un ataque.

—No todo, solo un par de escenas.

—¿De cuándo?

—¿Eso importa?

—Mucho.

¡Claro que importa, si son del fin de semana que estuvimos en el cuarto negro me largo ahora mismo!

—Cuando te traje a mi casa la primera vez, sobre la cama redonda. ¿Recuerdas?

—Sí. Lo recuerdo, eso lo explica todo.

—En Los Pirineos, no tenía nada para demostrar que habías caído en mis redes, tuve que llevarte a mi casa para eso.

—Ya me extrañaba a mí esa pasión repentina —digo, decepcionada.

—Keira, estoy siendo sincero contigo, todo sucedió con un pretexto. Te mentí, pero sin darme cuenta te fuiste convirtiendo en alguien demasiado importante en mi vida. Todo lo que no tenía relación contigo dejó de importarme, hasta que ahora nada consigue apartarme de ti, ni siquiera yo mismo.

Miro de nuevo la habitación, es espectacular todo lo que ha hecho. Sería capaz de pasarme aquí la vida entera, observando detenidamente cada foto que ha seleccionado con tanto esmero.

—Algún día veremos esas grabaciones juntos, muñeca, te juro que es lo mejor que he visto nunca.

Esa perversión, que hay en sus ojos, provoca mi estremecimiento. La sola idea de ver esos vídeos me produce un acaloramiento desorbitado, cuanto más, verlo junto a él.

—¿Comiendo palomitas? —Sonríó para quitar hierro al asunto.

—¡Comiéndonos uno a otro!

Me coge de nuevo entre sus brazos y me tumba sobre la cama. Se incorpora para desabotonarse la camisa lentamente, recorriendo mi cuerpo con su mirada azul lujuriosa. Se quita los gemelos sin prisa, con una mano y con la otra. Después los deja sobre la cómoda. Comienzo a respirar con dificultad debido al calor que me está entrando, me está haciendo desearle.

Se deja puesta la camisa, ya desabrochada y comienza a bajar la cremallera de los pantalones.

—Este striptease vale millones, señorita Amor, espero que sepa valorarlo.

Voy a contestarle alguna burrada, entonces observo algo en su pecho.

—¿Qué tienes ahí?

—No es nada.

Me levanto de la cama rápidamente y le arranco la camisa de golpe, él gruñe de dolor.

—¡Joder! Ten cuidado.

—¡¿Qué es todo esto Ares?! —grito horrorizada.

—Marcas de guerra, fiero, no te preocupes, te he dicho que no es nada.

Tiene todo el pecho lleno de verdugones.

Le rodeo apresuradamente y me tapo la boca al descubrir que la espalda está aún peor. Se gira y me mira. Estoy paralizada, he comenzado a temblar.

—Ares, dime la verdad ahora mismo —le suplico.

—Fue el valiente de tu amiguito —confiesa, rabioso.

—¡¡¡No!!! —Sin poder evitarlo, recorren mis mejillas un montón de lágrimas, sin control.

—Keira, no te preocupes, no fue tu culpa. —Acaricia mi rostro, limpiando mis lágrimas con ternura.

—Ares, yo fui la que te obligó a ponerte allí y después te dejé con esos cuatro hombres, atado e indefenso...

No logro apartar la mirada de todas esas heridas que recorren su cuerpo. También las tiene rodeando sus muñecas. Aterrada, imagino los latigazos que tuvo que asestarle Jairo para producirle todo esto y solo soy capaz de llorar. Desconsoladamente.

—¡Eh, eh, nena! ¡Shhh, ya no me duele! Tranquilízate, vamos. —Me abraza fuerte, atrayéndome contra su pecho, no paro de temblar, me da miedo hasta rozarle.

Las heridas están curadas, pero creo que todavía le deben doler. Él me aprieta más fuerte al sentir que no me acurruco del todo en su regazo, entonces me abrazo a él con fuerza y lloro como nunca lo había hecho.

El pensar que su piel aterciopelada y perfecta no volverá a ser nunca la misma, porque ahora estará cubierta de cicatrices para siempre, me causa tanto pesar. Cada vez que lo mire, me recordará mi abandono. ¡Siento tanto odio y repugnancia por el ser que haya sido capaz de hacer tal cosa... que hasta me cuesta respirar!

Permanecemos así durante un buen rato. El desahogarme con él es la mejor terapia que jamás hubiera imaginado. Por otro lado, también es la fuente de todos mis males, así que no está de más que me consuele.

—Ares, perdóname. —Le miro a los ojos, desesperada.

—No, Keira, perdóname tú a mí, he sido un auténtico gilipollas y no merezco ni que me mires a la cara, pero tienes mi palabra de que a partir de hoy todo cambiará, soy un hombre nuevo y solo deseo que lo nuestro funcione. —Me dedica una mirada llena de tantas cosas.

—¿Cómo fue...?

—Vamos, olvídalo, ya ha pasado. —Sostiene mi barbilla con un dedo y me sonrío.

Me besa delicadamente, rodeándome con sus brazos para tumbarme de nuevo sobre la cama. Él me sigue. Acaricia mi cabello con sumo cuidado. Roza mi piel con veneración. Entonces, ese corazón guerrero que a veces parece no tener sentimiento alguno, se torna cálido y lo que antes eran simples roces sin amor, se convierten en caricias llenas de ternura.

—Me encanta tu vestido de pastelito, pero me gustas mucho más sin él.

Me desnuda despacio, sin prisas, devorando mi cuerpo con su mirada sedienta, al mismo tiempo que mi piel se va descubriendo ante su destreza.

Una vez desnudos los dos, no podemos frenar esas ganas de estar juntos, ese deseo insaciable que nos invade y que ninguno trata de esconder.

Nunca había sentido esta conexión con nadie.

Nunca había amado con tanta fuerza a nadie.

Y nunca había querido que el tiempo se detuviese bajo las sábanas.

Esta noche somos uno del otro. Nadie más irrumpirá en nuestro mundo. Nosotros nos entendemos. Hemos sellado un pacto de amor que nadie conseguirá romper ya. Tenemos un rodaje recorrido juntos que ninguna pareja tiene a sus comienzos, y si hemos logrado superar esto, nada logrará separarnos. Ahora somos fuertes, el dios de la guerra y su Rambhá unidos contra el mundo.

Amanece en Madrid.

Es domingo, estamos a mediados de febrero.

Abro los ojos con dificultad, esta noche no he descansado demasiado bien, pues mis sueños han tenido bastante que ver con un hombre que pegaba latigazos a otro que estaba indefenso.

«Desde luego, esto no se va a quedar así, debo hacer algo».

Intento no pensar en eso porque me siento mal. Quiero estar contenta y disfrutar de mi reencuentro con Ares. Quiero ser la Keira que era antes, la que está siempre bromeando y riendo. Esa que solo Ares es capaz de sacar a la luz con un solo chasquido de sus dedos.

Me desperezo y me giro para admirar a este bello hombre durmiendo apaciblemente. Parece tranquilo cuando duerme, aunque no pierde esa chispa de niño malo que le caracteriza.

Mis ojos recorren su rostro, embelesados en sus largas pestañas y sus labios perfectamente definidos, en su gran cuello, sus hombros torneados, las venas marcadas en sus brazos, su pecho firme y duro, sus abdominales definidas... Tiene un cuerpo escultural. Obviamente, ha sido creado para seducir a cualquiera que se le ponga por delante.

Me levanto de la cama para asomarme por la ventana y que me dé un poco el aire, ya que me está subiendo el sofoco, pero descubro que lo que hay detrás del ventanal es un patio enorme. Busco algo con lo que taparme, cojo la camisa de Ares que está en el suelo y me la cruzo sobre el pecho a modo de bata.

Salgo fuera. Miro a mi alrededor sorprendida, estamos en la planta más alta del edificio que está situado justo en frente de mi clínica. ¡Esto es un ático enorme!

—Vas a coger frío, fiera, y resfriada no me servirás para nada.

—Ares, ahí abajo está la clínica. —Señalo todavía incrédula.

—Por eso, precisamente compré esta casa, con tan solo cruzar la calle estarás en el trabajo.

—¿Y tú? ¿Irás a La Finca cada día?

—Lo he vendido. Te dije que empezaríamos de cero.

Me quedo alucinada. Esto parece que va en serio.

—Yo trabajaré desde aquí. Así podré ir a follarte sobre la mesa de tu despacho cada vez que me venga en gana. —Me abraza desde atrás, está completamente desnudo y erecto, porque siento su miembro palpitar en mi trasero.

—Mmmm, eso suena muy bien, ya veo que has pensado en todo. —Le empujo con mi culo un poco.

Me dobla hacia delante, posando una mano sobre mi espalda, mientras con la otra me atrae hacia sí, tirando hacia atrás de mi cadera y se introduce en mi interior sin ninguna dificultad.

—¡Dios, Keira! —suspira.

Me agarro a los barrotes de hierro del balcón para evitar salir volando en una de sus arremetidas furiosas. Me tiemblan las piernas, no aguanto más y acabo yéndome al mundo de colores donde solo Ares sabe llevarme, seguida de su gruñido, que indica que ha terminado también. Se agarra a la barandilla, permaneciendo dentro de mí, mientras recobramos el aliento.

—Ya hemos estrenado la terraza, cariño. —Me coge como a un peluche, con suma facilidad y me introduce en la habitación de nuevo.

—¿Y si nos ha visto alguien...? —Ahora me doy cuenta de que estábamos en plena Castellana.

—Le habrás alegrado el día —afirma, encogiéndose de hombros.

Observo cómo se dirige hacia lo que supongo que será el baño, tan natural, con su culo prieto en pompa.

—Te espero, no tardes —me ordena, antes de desaparecer por esa puerta.

—Tendrás que reponer fuerzas, ¿no? —le digo para provocarlo.

—Cuando vengas verás las pocas fuerzas que tengo —replica, ya desde dentro.

Aprovecho que está ocupado bañándose para cotillear un poco la habitación. Abro los cajones de la cómoda, pero están vacíos. Entonces, entro por una puerta de madera y me quedo atontada al descubrir que es una copia exacta del vestidor que tiene en su casa de La Finca, o que tenía. Toda la ropa que me compró que está aquí, colocada exactamente igual. Salgo, abro la puerta de al lado, y descubro que es otro vestidor para él.

Entro en el baño. Me quedo fascinada. Esto es más grande incluso que la habitación. Todo está alicatado con piedra y el suelo es de madera, dándole un aire muy zen. En la pared del fondo hay un gran jacuzzi, donde Ares se encuentra disfrutando entre las burbujas.

Hay una cabina individual de sauna en la pared de la izquierda, junto al lavabo, con varios muebles de cajones para guardar cosas y muchas toallas. En la pared de la derecha, se encuentra una ducha enorme, con miles de grifos pequeños. Y por último, un habitáculo gigantesco donde solo se encuentran la taza y el bidé.

Subo las escaleras del jacuzzi, meto un pie entre las burbujas, enseguida siento el calor del agua invadir todo mi cuerpo, se agradece después de salir desnuda a la calle... ¡¿A quién se le ocurre?! Me siento en uno de los bancos junto a él.

—¿Por qué te pones ahí? —me reprende.

—¿Dónde quieres que me ponga? —Miro los demás sitios que están libres, a lo mejor es que le gusta estar más libre.

Me coge sin el menor esfuerzo y me pone sobre él.

—Este es tu sitio. No lo olvides —protesta, provocando en mí una gran sonrisa.

Y así, entre burbujas y chorros de agua, pasamos una mañana nada relajante, pero muy placentera.

Me he puesto un conjunto de braguita y camiseta de tirantes, de encaje negro, que he encontrado en uno de mis cajones de lencería. Solo me ha comprado cosas de encaje y demasiado sexis como para estar cómoda en casa. Nota mental: «Traerme mis pijamas de Snoopy».

—De comprar todo eso, me encargué yo personalmente —me informa divertido. Está apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados y con ojos de depredador al acecho, mientras observo boquiabierta los seis cajones gigantescos que ha llenado de corsés, medias, sostenes, tangas... de un sinfín de colores y texturas.

Él lleva unos bóxer negros ajustados y una camiseta de algodón del mismo color. Siempre va sin ella, pero sospecho que no quiere que le mire demasiado las cicatrices.

¡Odio a Jairo!

Es la hora de la comida, por fin salimos del dormitorio. Anoche quería permanecer aquí la vida entera, pero hoy ya necesito salir a respirar.

—Tendremos que pedir algo de comer, abajo hay un restaurante de comida china —le digo a Ares, mirando a mi alrededor. El salón está decorado con todo lujo de detalles, pero se nota que aquí no vive nadie.

—¡Ni hablar, no comería eso ni loco!

—¿Por qué? Está delicioso. —Me río al ver su exageradísima cara de asco.

—No sabes si estás comiendo rata, gato o pollo.

—¡Oh! ¿No me dirás que te crees todas esas leyendas urbanas, Hunter?
—Parezco una madre, reprendiendo a su hijo pequeño por no querer comer verdura.

—Prefiero prevenir, no tengo necesidad de comprobar si están en lo cierto o no.

Sonrío al pensar en la paradoja de que a un hombre enorme, tan pagado de sí mismo que piensa que es el dios de la guerra, le dé miedo comer rata.

—¿Te parece que pidamos arroz y tallarines? Eso no lleva rata ni lagarto, aunque a lo mejor están hechos con orugas trituradas... —
Pongo cara de asco total, imitándole.

—Muy graciosa.

Me río a carcajadas al ver su cara de pocos amigos.

Comemos sentados uno frente al otro en la mesita baja del salón, Ares me mira un tanto preocupado, pero se lo come todo sin protestar. Yo evito reírme, porque es como un felino, en cuanto siente que le estás observando, se tensa y desaparece.

—Eres un maleducado, ¿no me vas a enseñar el resto de la casa? —digo, mientras terminamos de meter los restos de comida china en una bolsa.

—Solo tienes que ver la habitación, es donde vas a estar todo el tiempo —refunfuña.

—¿Voy a ser tu esclava sexual?

—Sí.

—¡No pienso ponerme de rodillas cuando chasquees los dedos! —Me parto de la risa, mientras chasqueo los dedos con chulería.

—Ya lo veremos —afirma, serio, mirándome con sus ojos brillantes y su pose de dominador.

Su respuesta provoca que se me escape un bufido seguido de una sonora carcajada, aunque en el fondo dudo que no esté hablando en serio. Ares es la mismísima perversión personificada, cada cosa que dice o hace rezuma sexo, y eso se respira en el ambiente. Nunca se lo confesaré, pero ahora mismo me pondría haciendo el pino si él lo quisiera.

—Te lo tendrás que trabajar duro para lograr que te dé un pedacito de mí, mi dios, no soy nada fácil —lo provocho, poniendo una postura muy sexi.

—Lo sé, y eso es lo que me vuelve loco de ti, tengo que luchar por cada polvo, no te abres de piernas solo por mirarte, me lo tengo que ganar, y he de admitir que ese jueguecito me pone muy cachondo, haces que te saboree con más ganas. —Ese vocabulario guarro y su voz ronca... ¡Uf, me mata! Niega con la cabeza, mirándome con esos ojos invadidos por el deseo... Me tiembla todo.

¿Sería capaz de hacerlo de nuevo? Es humanamente imposible, aunque los dos tenemos tantas ganas uno del otro que no conseguimos saciarnos.

—Venga, enséñame el resto de nuestro nidito de amor, anda. —Me obligo a salir de este bucle sexual.

—A mí me gusta más llamarlo «cueva de la depravación y la depravación» —indica, con esa voz...

«¡Resiste Keira, resiste!».

—¡Oh! Tienes un trato tan refinado con las damas... —Pongo los ojos en blanco y él pasa de largo de mí, andando con chulería, sin ni siquiera mirarme.

La cocina es de exposición, pero de exposición de verdad. Gigantesca, con una isla en el centro. Me acerco hasta un catálogo de cocinas de diseño que hay sobre la encimera, justamente abierto por la página de ésta. Observo detenidamente cada detalle de la foto, comparándolo con la de verdad. Tiene todos los utensilios de la foto, exactamente iguales, dispuestos en el mismo orden ¡y hasta del mismo color!

Sonrío ante su falta de innovación.

Es de color granate y los electrodomésticos de aluminio, todo de última generación, táctiles e «inteligentes», según reza en las múltiples instrucciones que hay desperdigadas por la encimera de piedra.

—¿Has intentado ponerlos en funcionamiento? —pregunto sosteniendo uno de los libritos, en este caso se trata de las del horno pirolítico.

—No.

—¿Entonces por qué está todo lleno de instrucciones?

—Habrán sido los que la han montado, para mí también ha sido la primera noche aquí.

Al menos es sincero.

—De todas formas, —añade— no creo que se necesite estudiar una carrera para encender un horno —afirma, pagado de sí mismo, como si fuese un rey hablando a los súbditos.

Decido aguardar para poder recordarle esta frase en el momento oportuno. Ahora mismo me viene al pelo pensar que «el que ríe el último, ríe mejor».

Salimos al pasillo de nuevo. Calculo que el ático en total debe tener más de 300 metros cuadrados.

Me enseña otra habitación, más pequeña que las anteriores, llena de modernísimos aparatos de musculación y pantallas de televisión. No pregunto nada, doy por sentado que son para él.

—Esta es la última puerta, —sujeta el pomo antes de abrirla y me mira impaciente— espero que estés preparada...

—¿Qué tienes ahí escondido? —Levanto una ceja.

—Ahora lo verás.

Abre la puerta con sumo cuidado y me mira expectante.

Mis ojos se abren descomunalmente cuando descubro lo que hay allí.

Entro lentamente. En silencio. Observando, atónita, todo a mi alrededor, e intentando mantener la calma.

—¿Me podrías explicar qué es esto? —Mi voz, demasiado aguda, indica claramente que la calma es ficticia.

Trago saliva convulsivamente para intentar no gritar.

—¡El cuarto de los niños!

«¡Y lo dice tan tranquilo!».

—¿De qué niños? —me entra el pánico repentino—. No veo ningún niño por aquí. —Abro los brazos, indicando todo el espacio en el que no hay niños.

—Los habrá algún día, ¿no? —Permanece, apoyado en el marco de la puerta, observándome.

—¿Vas a dar clases de inglés? Porque si no, no me explico de dónde van a salir los ni... —me detengo en seco—. ¡Hay una cuna...! —exclamo señalando la gran cuna con dosel que hay en el rincón, mientras no consigo cerrar mi boca.

—Muy observadora. —¿Está intentando no reírse?

Las paredes están pintadas de azul con nubes blancas.

—¿Azul? —De los millones de preguntas que se amontonan en mi cabeza para salir a la luz, esta es la única que mi cerebro consigue procesar.

—Se puede pintar de rosa —propone, encogiéndose de hombros.

—¡Ares, dime que estás de broma! —Señalo la cuna, respirando con dificultad, como si fuese el mismísimo demonio.

—¿No íbamos en serio, Keira? —Me observa atentamente, frunciendo el ceño.

—¡No tanto! —grito.

—¡Ah! ¡Por fin cantó la gallina! —Me señala con un dedo acusador.

—¡Esto es de locos! —Me pongo una mano sobre la frente.

—¿Por qué? Cogiste el ramo en la boda, debemos ser los siguientes en casarnos, de lo contrario, todas aquellas damas solteras morirán solas... ¡No seas cruel, Keira! —suelta por su boca.

Entonces lo miro, incrédula. Un momento, su cara está rara... está serio, pero hace una mueca extraña con la boca. ¿Va a llorar?

Gracias a Dios, no se aguanta más y termina tirándose, literalmente, por los suelos de la risa.

Lo miro sin saber muy bien qué hacer, realmente puede estar loco, de ninguna otra manera se explicaría todo esto. ¿Ha comprado una cuna y decorado una habitación entera, solamente para reírse de mí? Desde luego, sería capaz.

Cuando lleva un rato tirado sobre la alfombra, riéndose él solo, me mira y... ¡Otra vez se ríe! Yo intento mantenerme seria y no sucumbir, pero finalmente me contagio de sus carcajadas, este hombre no tiene remedio.

—No has mirado dentro de la cuna —balbucea, entre lágrimas de tanto reír.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me digas que también hay un bebé! —Esto provoca que se tire nuevamente por los suelos, carcajeándose.

Avanzo sigilosamente hasta la cuna, con precaución, ya que me espero que haya cualquier cosa ahí metida. Pero descubro, sorprendida, una bola blanca peluda repantigada sobre el colchón.

—¡¡¡Gólum!!! —grito. Él me mira adormilado, le acabo de despertar, está tan cómodo que ni se mueve—. ¿Cuándo has ido a buscarlo?

—Esta mañana cuando salí a correr. —Se levanta del suelo ágilmente.

—Ni siquiera voy a preguntarte cómo abriste la puerta de mi casa. —Me le imagino con su tarjeta, siempre olvido echar la maldita llave.

—Cogí tus llaves del bolso. —Se encoge de hombros.

Claro, las llaves.

—¡Oh joder, qué susto me has dado! —Me llevo la mano al pecho, recordando todo lo que se me ha pasado por la cabeza. Ahora me encuentro más serena.

—He podido comprobar que estás deseando formalizar nuestra relación. —Tiene los brazos en jarra, con las manos apoyadas en sus caderas.

—Ares, nos conocemos desde hace unos seis meses y no es que hayamos sido precisamente una pareja convencional. Ya con la simple idea de vivir contigo, estoy dando un salto al abismo, cuanto más para pensar en traer niños al mundo.

—Pues el reloj biológico tiene su tiempo, fiero, te recuerdo que ya no tenemos veinte años.

—¡Yo sí los tengo! Es tu reloj biológico el que se está quedando sin batería, el mío está a tope.

—Perdona, pero estás a un año de los treinta, no te engañes, jovencita, porque alguna arruga ya asoma en tus ojos... —Me da con un dedo en la barbilla.

—¿Qué?!

Se empieza a reír otra vez y paso de él, me está tomando el pelo de nuevo, ¡el muy idiota!

Al desviar la mirada de este hombre provocador, observo que la cuna está tapada con una tela mosquitera. Una cremallera rodea completamente el borde, deduzco que esto no es producto de la casualidad, ha sido preparado a conciencia de antemano, ha debido mandar a alguien para que lo cosa. Abro la cremallera para coger a mi querida bola de pelo y Ares grita:

—¡¡¡¡Nooo, espera!!!!

Todo sucede demasiado rápido.

Lo único que mi cerebro procesa es que Ares sale despavorido de la habitación, corriendo por el pasillo, con mi gato hinchado y bufando persiguiéndolo.

Cuando llego a toda prisa a la cocina, descubro a Gólum dando saltos de dos metros, como si estuviese poseído, intentando arañarlo. Ares tiene una sartén en la mano y le esquiva con ella cuando el gato salta.

—¡Keira, sujétalo! —me indica con la sartén.

¡Oh, por favor! Corro hacia el gato desquiciado y lo sujeto entre mis brazos.

—¡Shhhh! Tranquiloooo, pequeño —le susurro mientras lo acuno. Respira agitadamente y tiene los ojos desorbitados, mira a Ares con odio y bufa sin parar.

—¡Ese gato es un hijo de puta!

—¿Qué le has hecho? —le reprocho con el gato en mis brazos.

Ellos dos se miran con los ojos entrecerrados, como en los dibujos animados.

—¿Yo?! ¿Pero tú lo has visto? Daba saltos hasta el techo, ¡está endemoniado! Si me llega a alcanzar, me saca los ojos... —Está muy enfadado, aún así no suelta la sartén.

—Él es muy bueno, algo has debido de hacerle. —Sé que siempre lo ha odiado, pero no a estos niveles. Creo que se debe a que es el único hombre al que ve capaz de quitarle su puesto en mi corazón.

—Keira, aparta esa rata inmunda de mi vista porque ahora mismo solo quiero estrangularlo... ¡maldito cabrón de gato! —Tira la sartén contra la encimera de mala gana.

—¡Ay, que se me escapa! —grito, haciendo con que el felino salta de mis brazos.

Ares se sube de un salto a la encimera y yo me parto de la risa.

—Serás cabrona... —me dice, desde lo alto, pero no se llega a bajar.

—Al menos ha quedado claro quién es el macho alfa... —lo provoco, mientras me marcho contoneándome exageradamente, a guardar a Gólum en su suite.

—Ya veremos... —protesta Ares.

—Necesitamos a alguien en casa —me dice Ares, mientras distribuye un reguero de besos por mi cuerpo desnudo, mirándome con esos ojos increíbles.

Estamos sobre el sofá, creo que no nos queda ningún otro sitio de la casa por estrenar.

—¿Alguien? —Frunzo el ceño, intrigada.

—Ya sabes, una cocinera, alguien que limpie todo... esto. —Coge mi camiseta del suelo y se la pone en la cabeza.

—¿Te refieres a tus asistentas?

—Pensé que no las necesitaría, por eso no están aquí, pero si tenemos todo así en un solo día, ¡imagínate al cabo de un mes!

Miro a nuestro alrededor con pereza, hay ropa y accesorios sexuales esparcidos por todos sitios.

—Bueno, todo esto hay que recogerlo, no vamos a vivir así... —Levanto las manos a modo de «obviamente».

—Mañana a primera hora las llamaré, tendremos menos intimidad, pero son necesarias. —Se incorpora, permaneciendo sentado a mi lado.

—Pueden venir mientras trabajo y después marcharse.

—Así no estará cubierto todo el día, al menos necesitamos una las 24 horas.

—¡No pienso compartir piso con ellas también, Ares! —Ya lo que me hacía falta, vivir con las dos niñeras y el gato.

—No compartirás nada con ellas, cuando estés en casa estarán en la habitación del gato, se puede acoplar una cama a la pared.

—Ares, Ares, Ares... —Lo detengo con un gesto de la mano—. ¿Eres consciente de que son personas, verdad?

—Claro —contesta, sorprendido.

—Necesitan comer, ir al baño, caminar... ¡No son escobas que puedas meter en el armario por el amor de Dios!

—Pues entonces haz tú las cosas que no hagan ellas —está intentando no alterarse, se lo noto.

—¡Pues claro que lo haré yo! ¡Y tú conmigo! Llevo años viviendo sola, sin criados y no me he muerto.

—Keira, en cuanto a las tareas caseras se refiere, tú estás peor que yo, seamos francos.

—¡¿Perdona?! —No sé si me está llamando guarra o me lo está pareciendo.

—No has hecho la cama, ni has recogido el baño, no hay comida ni te has molestado en que la hubiera... —Me mira, tan tranquilo, mientras yo me levanto de mi sitio, como si de pronto el sofá me quemase, con las manos en la cintura.

—¿Qué no he hecho la cama, ni recogido el baño dices...?

—No, no lo has hecho. —Sigue sentado impertérrito.

—¡¡¿¿Y tú??!! —Lo mato. Yo lo mato.

—¡No lo entiendes, es que no quiero que lo hagas! Es tiempo que vas a arrebatarme de estar juntos. Te estoy ofreciendo pagar a alguien que se encargue, pero tampoco te viene bien. ¿Cuál es la solución?

Cierro los ojos.

Respiro profundo.

Inspiro.

Expiro.

Visualizo una paloma blanca volando en el cielo azul...

«Lo voy a intentar, de verdad que lo voy a intentar».

Abro los ojos y lo miro. «Prueba sonar calmada y comprensiva» me aconsejo a mí misma. «Todo depende de cómo se digan las cosas».

—Ares, creo que todo esto es fruto de la emoción del primer día, no será así todo el tiempo, vendremos cansados del trab...

—¡Será así siempre! —me interrumpe enojado. Se levanta y deambula por el salón.

La paloma blanca cae en picado.

—Ares, sé razonable. —En el fondo de mi alma, sé de sobra que la que debería ser más razonable soy yo, porque este hombre nunca va a limpiar un baño.

Me mira, enfurruñado, como un niño caprichoso.

—Todos me han dicho que no estoy preparado para esto, que no voy a servir para estar contigo, encerrado en una jaula. Que las mujeres nos cazáis por medio del sexo y en cuanto nos tenéis cogidos por los huevos, ya no permitís ni que os toquemos. —¿La conversación sobre hacer las cosas de casa ha derivado en sexo? ¿Cómo lo hace?

—¿Y tú qué opinas al respecto? —le pregunto intentando mantener la calma.

Me acaba de dejar alucinada con tal declaración de intenciones, pero agradezco enormemente que me cuente la verdad y comparta sus miedos. Si se los callase, no sabría a qué me enfrento.

Eso es lo que me gusta de él. Nunca ha tenido una relación, pero sabe manejar muy bien sus sentimientos, incluso los míos. No tiene miedo a abrirse conmigo. Al fin y al cabo, todo esto es producto de que nos estamos conociendo.

—Quiero estar contigo, Keira, pero sabes que para mí el sexo es imprescindible, no puede separarse una cosa de la otra. Me da miedo que llegue el día en que no me des lo que necesito y vaya a buscarlo donde no debo. Es lo único que me frena en todo esto.

—Ares, para mí el sexo también es importante, con solo mirarme me enciendes, eso es algo que nunca lo había sentido antes y eso lo sabes de sobra. Me vuelves loca y me haces vibrar como no creí que fuera posible. Pero también es cierto que en una relación de pareja, el sexo no lo es todo, hay muchas cosas más, aparte de lo puramente físico y químico. —Me mira como si le estuviese explicando la teoría de la relatividad y la expansión del universo, es más, apuesto todo lo que tengo a que la teoría de la relatividad la entiende de sobra.

—¿Qué otras cosas? —cuestiona, amodorrado.

«Keira aguanta, Keira aguanta». Me animo a mí misma. Debo verlo como a un niño que está aprendiendo. Aunque no es que yo sea tampoco una experta en la materia, pero alguien debe mantener la calma.

—¿Te ha gustado cómo me has tomado el pelo con la cuna? —le pregunto.

—¡Sí, mucho! —Sonríe todavía al recordarlo.

—Pues la vida en pareja está llena de momentos así.

—¡Y de broncas! Porque nena, con tu carácter, vamos a tener muchas.

—Le salen los hoyuelos en medio de su barba de tres días sin afeitarse.

—¿Mi carácter?! ¿Y tú que eres, un remanso de paz? Bastante impropio para el dios de la guerra, ¿no crees? —Me está buscando desde hace un rato, y al final me va a encontrar de frente.

—¿Ves? Así no vamos a conseguir nada, es mejor estar todo el día bajo las sábanas... o sobre ellas, me da igual.

—Hunter, ¿sabes qué? ¡Paso de ti!

Me levanto del sofá y me dirijo a la habitación, pero él viene detrás de mí.

—Eres una predicadora de pacotilla, me sueltas el discursito de que en una relación hay mucho más que sexo y ahora me estás demostrando que lo único que hay aparte de eso, ¡son broncas!

La paloma se ha estampado contra el suelo.

—Para eso debería haber más momentos buenos que malos, como tú bien me dijiste ayer en tu fantástico discursito, —ahora sospecho que se descargó las frases de internet— para que a la hora de poner todo sobre la balanza, pesen más los momentos positivos que los negativos, si no, sería completamente absurdo estar juntos.

—¿Qué pesa más en nuestra relación? —me pregunta, intrigado.

—¡¡Nuestra relación no se puede ni subir a una balanza!!

—¿Por qué no?

—¡Porque el lado negativo se caería al suelo de tanto peso! —le grito, cerrándole la puerta de la habitación en sus narices.

—¡Abre ahora mismo la puerta, Keira! —Forcejea con el tirador, creo que lo terminará rompiendo.

—Si la abres te arrepentirás, Hunter, ¡déjame en paz! —lo amenazo, mientras señalo violentamente a la puerta con mi dedo.

—¿No eres capaz de hablar como una persona adulta? ¿Tienes que esconderte tras una puerta? ¡Mañana quitaré todas las de la casa! —
ruge, enfurecido.

—Mañana no estaré aquí, no pienso vivir con alguien que solo me quiere para follar, ¡vuelve con tu harén!

Ha conseguido sacarme de mis casillas. Parece que se siente cómodo en las discusiones. Ahora pienso que cuando me dice que solo le valgo para eso, a lo mejor lo piensa de verdad... No. Es imposible.

Cesan sus voces y todo se queda en silencio.

Me tumbo sobre la cama a pensar.

Me vienen a la mente las palabras de mi madre «siempre que discutas con alguien, intenta ponerte en su situación hija, porque tu punto de vista ya lo sabes».

Ares es un hombre inteligente, con estudios superiores, cultura y educación. Además es soltero, guapo a rabiar, con un cuerpo de infarto, adinerado y el líder indiscutible allá donde va.

Siempre ha hecho y deshecho todo a su antojo, aún más en cuestión de mujeres, que caen rendidas a sus pies con solo mirarlas. Ahora decide comenzar una relación estable con una mujer de la que, según él, se ha enamorado perdidamente, pero hay un pequeño problema, y es que él no sabe lo que es el amor, solo sabe que quiere estar con ella, sin importar nada más.

Ese es mi informe de situación.

No sé si estoy dispuesta a enseñarle. Él tiene el control en el sexo. Desde mi punto de vista, necesita que alguien tome el mando en los otros terrenos, sin embargo, no lo permite. Y aquí comienza la guerra, con varios frentes abiertos.

Por un lado, tenemos su lucha interna entre seguir con su vida acomodada y placentera, donde todo gira a su alrededor y nadie le niega ¡nada! o arriesgarse a dejarlo todo para intentar algo conmigo que, por otra parte, solo le doy disgustos y muy pocas alegrías.

Y por el otro lado, tenemos su lucha conmigo por conseguir el poder de la relación.

Todo esto, mezclado con el resentimiento por haberle hecho perder tantas cosas. Irse a vivir solo, sin un servicio que limpie sus migas a cada paso y, encima, para colmo de males, compartir piso con una mujer: el enemigo. Nos da como resultado una bomba atómica.

¡Normal que esté histérico!

¿Y yo?

¿Cómo me siento yo? Ni siquiera lo sé. Mi sensación es algo parecida a que un huracán hubiese arrasado mi cosecha y el día de después, sin nada, decidiese empezar de cero.

Esta es la típica situación en la que no debo dar mi brazo a torcer. Es una pequeña batalla que no me importaría perder. Sin embargo, tengo que mantenerme firme, por mucho que me cueste, porque si no, perderé muchas como ésta y finalmente se hará con la guerra. Y eso sí que no estoy dispuesta a aceptarlo. La guerra la ganaré yo, porque el premio es el corazón de Ares.

Suena mi despertador, he de confesar que he dormido como los ángeles, estaba exhausta después de una maratón de sexo salvaje con un dios.

Me incorporo. Me cuesta un poco enfocar mi entorno.

Estoy en el ático. Sola. ¿Y Ares?

¡Ah, ya!

¡Que le den!

Voy al baño, me ducho, me lavo el pelo, me lo seco, me lavo los dientes, me maquillo. Salgo. Voy al vestidor y me pongo un traje de chaqueta y falda de tubo azul marino, con una camisa de raso color crema. Zapatos y bolso a juego. Me miro en el espejo, ¡súper divina!

Abro la puerta de la habitación y Gólum corre a mis pies, esto significa dos cosas, primero que tiene hambre y segundo que Ares no está.

Tenía la esperanza de encontrarlo en el sofá, pero no hay ni rastro de él.

Una sensación extraña me invade, me siento abandonada, ¿dónde habrá ido? ¿Se habrá marchado a la segunda noche con otra? Esto no pinta nada bien.

Quiero salir corriendo de aquí, cuanto antes, por lo que ni siquiera me preparo un café, me lo tomaré después en la clínica con Emma. La pobre ha retrasado su luna de miel hasta el mes que viene para no dejarme sola, a mí, ante la marabunta de la Feria de Madrid.

Veo unas llaves encima del recibidor, abro la puerta de la entrada para comprobar que pertenecen a ella, y como así es, me las guardo en el bolso para poder entrar después.

—Ahora te traigo tu comida, cariño —le informo a mi gatito, que me mira aterrado al verme marchar, pensará que va a morir de hambre. Le tiro un beso y salgo.

Me acerco a un pequeño supermercado que hay en la misma calle, compro unas cuantas latas de comida para gatos, una bolsa de pienso y un saco de arena. No me quiero ni imaginar cómo tiene que estar la habitación sin ella.

Subo de nuevo al ático y le preparo todo al minino, que maúlla y ronronea agradecido, mientras devora su comida. Limpio los excrementos repartidos por la habitación y le coloco su caja de arena en un rincón. Es normal que estuviese tan estresado el pobre, no tenía ni agua. Me reprendo mentalmente por ser tan mala madre y salgo corriendo.

Llamo también a Pepe para comunicarle que hoy no necesito su servicio. Pobre hombre, le vuelvo loco.

Entro en la clínica. Como solo tengo que cruzar la calle y me he levantado a la misma hora de siempre, llego tempranísimo. Emma no ha llegado todavía. Las chicas del Spa me cuentan qué tal les ha ido el fin de semana, estamos riéndonos en la recepción todas, cuando entra Emma, con cara de pocos amigos. Ni siquiera saluda, pasa de todas nosotras.

—Perdonadme, chicas —me disculpo, mientras me apresuro a alcanzar a mi amiga.

—¡Eh, canija, espera! —la increpo, llegando a su altura—. ¿Se puede saber qué sucede?

—Que voy a tener el matrimonio más corto de la historia —se queja.

—Venga, para, cuéntamelo, no he desayunado y me estás haciendo correr, voy a desmayarme, ten compasión —le animo, poniéndome delante de ella para interceptar su paso.

—Yo tampoco, y tengo un hambre de oso, ¡vamos al Starbucks! —Se gira rápidamente, me engancha del brazo y salimos las dos de allí. Esto se llama cambio de humor y lo demás son tonterías.

Emma lleva media hora despotricando sobre su «Cris cari», y haciendo aspavientos con las manos de manera exagerada.

—... y por eso le castigué sin sexo, si quería mirar a otras mujeres que no se hubiese casado, ahora para vengarme pienso encontrarme con mis amigos de fin de año ¡que se lo hacían de lujo! No me pienso quedar a dos velas por estar casada, ¿pues entonces qué me espera a los 50? — Todo esto sale por su boca, al mismo tiempo que las migas de los Donuts. ¡Ya lleva cuatro!

—Emma, para de comer, te va a dar algo.

—Llevo dos días encerrada, practicando sexo y sin probar bocado, necesito recargar energía, Kei.

—¿Pues no decías que le habías castigado sin sexo?

—Sí, pero a partir de hoy. La bronca ha sido esta mañana, porque estaba coqueteando con las chicas de Recepción, por mucho que él insista en que no.

—Emma, Cristian nunca se acuesta con sus... —Su mirada reprobatoria hace que me detenga.

—¡Yo también era su empleada!, eso ya no me sirve. Kei, no nos vamos a engañar, estos dos son unos seductores profesionales, llevan toda su vida ganando millones con ello, ¿realmente crees que van a dejarlo? ¿Por una enana promiscua y una jirafa monjil?

—¡Oye! —protesto.

Pone los ojos en blanco.

—Nos pueden querer un tiempo, pero nunca tendrán suficiente... La emoción de cazar a la presa les mantiene vivos, no hay ninguna razón por la que quieran acostarse con el trofeo una vez ganado. El concepto en sí mismo es absurdo.

—Los hombres pueden cambiar por amor, Emma. Vamos, tú siempre eres la que defiende a ese par de dos —intento que mi amiga, «la positiva», aparezca y tire de mí, no necesito esto después de lo acontecido anoche.

—Kei, no quiero ser yo la que te lo diga, pero supongo que a la larga me lo agradecerás. Ares estuvo anoche en el hotel. No lo vi con nadie, estaba solo, pero parecía nervioso.

Un sofoco me invade desde el estómago hacia el resto del cuerpo, siento como si me estrangulasen, me cuesta respirar. Ella continúa hablando sin más, sin ser consciente de mi colapso neuronal.

—Nos entregó a Cris y a mí la suite como regalo de bodas, así que no sé dónde iría, ya que no dispone de su alcoba de soltero.

—¿Os regaló la suite?! —No salgo de mi asombro, me dijo que la había vendido. Sigue mintiendo.

—Sí, ahora es nuestra casa, ya he hecho la mudanza de mis cuatro cosas. La puso a nombre de los dos, pensaba que lo haría sola a nombre de su amigo, pero eso significa que confía en que seguiremos juntos, lo que le hace grande. ¡Soy propietaria del Ritz!

—Qué majo, sí... —comento, mirando a la nada.

—Tu hombre es mucho peor que el mío, Kei, siempre te he dicho que está loco por ti y lo sigo manteniendo, está enamorado... pero solo de momento.

—No sé a dónde intentas llegar, Emma. —En realidad lo sé perfectamente, pero quiero que me hable sinceramente y sin rodeos.

—Por el amor de Dios, Kei, lo que intento decirte es que Ares es realmente el dios de la guerra, ¡pero de la guerra sexual! Por favor, no te voy a contar las cosas que me ha descrito Cris, ¡me ruborizan hasta a mí! —Se abanica con una mano—. Por lo tanto, o eres la hostia en la cama, cosa que dudo, o jamás podrás estar al nivel de siete tías... ¡o veinte! ¿Qué haces, te multiplicas? —Hace gestos obscenos con las manos y la boca.

—¡Emma! —Me ha clavado un puñal en el corazón y encima lo está retorciendo.

—¿Cuánto le va a durar el capricho? ¿Quién va a limpiar luego ese mar de lágrimas en el que te vas a sumir cuando te deje? Prefiero que sufras ahora cinco minutos a que sufras después cien mil años.

Me levanto de mi sitio indignada con mi amiga, ha volcado toda su mierda sobre mí, sin piedad.

—No creo que tuvieses que ser tan dura conmigo por haberte dado cuenta de que Cristian es un mujeriego, ya lo sabías desde el principio, es uno de los hombres más importantes del mundo y uno de los más atractivos. El sermoncito que me acabas de soltar, más te valdría aplicártelo a ti misma. Ya estoy harta de que tengas consejos para todos, pero luego seas un desastre para tus cosas. Para un hombre que te toma en serio en tu puñetera vida. ¡Haz el favor de dejar de hacer la gilipollas y comportarte como una mujer casada! ¡Madura de una vez!

Cuando estoy cogiendo mi bolso para marcharme enfadada, me mira con lágrimas en los ojos y haciendo pucheros.

—No puedo. —Se tapa la cabeza con las manos y se tumba sobre la mesa.

—¿Qué haces? ¿Qué es lo que no puedes? —le pregunto, cabreadísima.

—Estoy embarazada.

Miles de lágrimas recorriendo sus mejillas.

—¡Oh, cariño! —Corro a sentarme a su lado y la abrazo y ella se refugia entre mis brazos. Permanecemos así un buen rato, mientras llora

desconsoladamente. Menos mal que estamos solas en la cafetería y las camareras fingen que no ven nada.

Por fin, se incorpora y se limpia los mocos con una servilleta.

—Si tengo ese niño, Cristian no me querrá, estaré gorda y se irá con otra. Después tendré que estar todo el tiempo con el bebé y se irá con otra. El final siempre es el mismo, Cristian se irá con otra. —Vuelve a echarse a llorar sobre la mesa desconsoladamente, cosa que a mí me produce tanta gracia que comienzo a partirme de la risa.

—¡Emma, estás loca! Cristian no sabe nada, ¿no?

—No, todavía no se lo he dicho, porque no sé qué hacer.

—¿A qué te refieres? —No quiero entender lo que dice.

—Soy demasiado joven, Kei, no lo quiero.

—¡Pues lo hubieras pensado antes de ponerte a fornicar como una coneja sin precaución! ¡Ahora afrontas las consecuencias! Como lo hagas te arrepentirás toda la vida, en esto sí que no pienso apoyarte. — Madre mía, al final va a conseguir que le pegue un buen tortazo, a ver si se espabila.

—¿Y si me deja?

—Emma, vas a hacer a Cristian el hombre más feliz del mundo con esta noticia, de verdad, hazme caso. Y si no fuese así, es que no te merece.

—Los partos duelen mucho, tengo miedo, ¡me voy a poner como una vaca!

—Pero vamos a tener una pequeña Emmita, que va a corretear por el Ritz y tirar de la cola a Gólum, ¡ay, ya quiero comprarle vestiditos! — Doy palmitas, imitándola como cuando se pone contenta por algo.

Entonces comienza a reírse entre lágrimas.

—Tendrá los ojos de Cris —dice, ilusionada.

—¡Y será más alta que tú a los cinco años!

—¡Muy graciosa, Amor! —Me da en el brazo.

—¡Voy a ser tía! —grito.

Pasamos casi toda la mañana hablando de embarazos, buscando en Google cuándo sería la fecha de parto, síntomas, puericultura, partos sin dolor... Ya estoy puesta en todo ese mundo, soy una experta.

Entramos las dos en la clínica, riendo. Miro hacia adelante nada más cruzar las puertas de cristal correderas, porque descubro globos, peluches y flores en forma de corazón por todos sitios.

—Cuantos corazo... —sin ni siquiera terminar de decir la palabra «corazones» un presentimiento me invade.

—¡Ay, Kei, mira, Cris se habrá arrepentido! —Emma ríe y da palmaditas bajo un arco gigante de corazones rojos hinchables.

—Perdón, pero no son del señor Ritz, Emma —la corrige tímidamente la recepcionista.

Mi amiga frunce el ceño, sin entender, ni querer creer que no sean para ella.

—Keira, han dejado un mensaje para ti —me indica con un dedo y extremadamente sonriente la sala de espera.

Emma y yo nos miramos.

—¡Vamos, corre! —Me coge de la mano y me lleva a rastras a la sala, junto con tres osos de peluche gigantes que ha cogido entre sus brazos por el camino.

Cuando entramos, está todo a oscuras, entonces aparece una imagen de Ares proyectada sobre la pared del fondo. Emma se sienta inmediatamente en uno de los sillones de la sala, pero yo me quedo en pie.

—Señorita Amor —empiezas mal Hunter—, una vez más estoy aquí pidiéndote perdón, creo que nunca lo había pedido antes, hasta que te conocí. Pero ya hasta le estoy empezando a coger el gustillo... —Está de pie, con un pantalón vaquero y una sudadera de chándal verde, en lo que parece ser el restaurante del Ritz.

—¡Pues no la cagues, así no tendrás que pedir perdón después, capullo! —le grita Emma a la pantalla. Yo me río por su entrega a la causa.

La imagen continúa hablando:

—Joder, Keira, sabes que estoy intentando hacer las cosas bien, pero siempre termino cagándola. Me dices que quieres corazones y luego que te agobian tantos... —Está exasperado, se remueve el pelo convulsivamente, y yo solo puedo pensar en lo guapo que es.

—¿Ves? Si ya te lo decía yo —Mi amiga sigue hablando con la pared.

—¿Quieres unas palomitas para mantener tu boquita cerrada, caniche?
—le respondo—. ¡No me dejas escuchar! —Señalo a la pantalla enojada.

Ares continúa hablando.

—Quiero que esto salga bien. Estoy dispuesto a hacer todo lo que me pidas. Si quieres irte del ático, hazlo, a lo mejor tienes razón y es demasiado pronto para vivir juntos. Yo solo quería pasar más tiempo contigo.

Emma se levanta de su silla y brama:

—¿¿¿Qué estáis viviendo ju...???

—¡¡¡¡¡CÁLLATE!!!! —ordeno, desquiciada, lo que provoca que se caiga de culo a la silla. No creo que estos sobresaltos sean buenos para el bebé, pero es que me saca de mis casillas.

Ares está con una mano apoyada en la cintura, mientras con la otra se está tocando la nuca, mirando al suelo. No sé si ha dicho algo más mientras esta petarda se levantaba y se sentaba...

—No quiero perderte y no sé cómo actuar, todo lo hago mal. Enséñame, guíame, me encuentro desorientado en esto, cariño, solo quiero que seamos felices juntos y lo único que consigo es enfadarte y hacerte llorar. —Pega un puñetazo en la mesa, haciendo que el jarrón de las flores que hay encima se tambalee, entonces se escucha una voz de hombre que dice: «No te emociones tío, que ya has roto dos centros».

—¡¡¡¡Ese es Cris!!!! ¡Rebobina! —Agita Emma la mano.

—Sí, claro, ahora voy a rebobinar para escuchar la voz de tu marido —la reprendo.

Ares se acerca a la cámara, tiene más cara de pena que de enfado. Hace rato que mordisqueo mi uña del dedo meñique, nerviosa, observándole.

—Juro que voy a hacer que te levantes con una sonrisa cada día, nena, y espero que esa misión dure mi vida entera.

Comienza a sonar una canción de Cristian Castro, Amor, que me hace reparar en el sutil juego de palabras con mi apellido.

Y si puedes esperar, escucha

He venido a suplicar

A pedirte una vez más

Que me des otra oportunidad.

He venido desde allá

A decirte la verdad

Que sin ti ya no puedo volar

Ay, amor

Ay, amor

Entonces todo se queda oscuro y en silencio.

Cuando se encienden las luces de la sala, he de admitir que me hubiese gustado que el que apareciese detrás de nosotras fuese Ares, pero resulta ser un empleado de la empresa que ha traído el arsenal de globos, flores y peluches. También le habrá pagado por poner la proyección, ya que nosotras no disponemos de estos artilugios tan sofisticados aquí.

—Tome la película, señorita, mi misión aquí ha terminado, si me disculpan —dice el señor, entregándome una cajita rosa con el CD. Recoge sus aparatos y se marcha.

Yo me quedo mirando la caja aplastada.

—¡Jo, qué romántico! ¡Quiero un Ares!

Miro a mi amiga, asombrada.

—¿Te refieres a un Ares de esos demasiado mujeriegos, al que una jirafa monjil nunca le podrá dar lo que necesita? —Me cruzo de brazos, observándola.

—Kei, tengo las hormonas alteradas, olvida eso, se me fue la cabeza debido al enfado con Cris o conmigo misma. ¡Pero Ares te ama de verdad! ¿Lo has visto? ¡Casi me meo encima, por Dios! —Se abanica con la mano derecha, mientras con la izquierda señala hacia la pared donde momentos antes estaba mi novio.

Entonces tomo una decisión trascendental en mi vida, que es la de no volver a hacer caso a mi amiga. Al menos hasta que traiga al mundo a esa criatura, porque de lo contrario, nos volveremos locas las dos.

El día transcurre sin más incidentes, ni él me dice nada a mí, ni yo a él. Como estoy muy liada, se me pasa el tiempo volando.

A la hora de cerrar, la cabeza de mi amiga asoma por la puerta de mi despacho.

—Kei, me llevo el oso blanco... —Emma sostiene entre sus brazos un oso de peluche blanco, casi más grande que ella, se detiene, titubea... no deja de mirar al rosa que está junto a mi mesa— y el rosa también, ¿vale? A ti te siguen quedando aquí otros cien más. —Emma atraviesa mi despacho, coge el oso rosa. Con lo cual lleva o, mejor dicho, arrastra, uno en cada brazo, y me lanza un beso, sonriente.

—¡Cuéntaselo a Cristian! —le ordeno antes de que salga por la puerta. Se detiene, suelta el oso blanco en el suelo. Hace el gesto con la mano en su frente, como si fuese un soldado, recoge el oso de nuevo y se va.

Pongo los ojos en blanco.

A las 20.00 de la noche, apago mi portátil.

Cojo un conejito rosa de la mesa, porque me ha encantado para dárselo a Gólum. Aunque esté castrado, le encantan las novias de peluche.

Veo por la ventana que llueve a cántaros, así que saco mi paraguas de un cajón del escritorio. Siempre es bueno tener uno cerca, aunque sea de un solo uso.

Llego al hall de la clínica, que todavía está decorado como si una pandilla de osos amorosos se hubiese instalado aquí, y sin detener mi paso me despido de los guardias de seguridad, para que sepan que ya pueden echar el cierre.

—¡Oh, Dios Santo! —Me detengo en seco nada más pisar los adoquines de la calle.

El gran Ares Hunter está arrodillado en medio de la acera, con su traje gris de tres piezas completamente empapado, mirándome.

Nuestros ojos se encuentran a pesar de la lluvia torrencial que cae sobre él, consiguiendo que yo me sobresalte. Incluso arrodillado parece un dios poderoso. Me resulta increíble que nadie de este mundo pueda irradiar semejante poder.

Avanzo de manera cautelosa, hasta detenerme frente a él para taparle con el miniparaguas, va a coger una pulmonía.

—Aquí me tienes, ¿qué quieres de mí? —dice con su voz ronca, mirándome desde abajo con esos ojos cristalinos.

—Ares, levántate, por favor —le ordeno entre dientes. Si no se pone en pie, mi paraguas no le tapará.

—No lo haré hasta que contestes a mi pregunta —gruñe.

«Hasta arrodillado me dirige».

Observo cómo el agua revuelve su pelo y resbala por su bello rostro, una escena que mi memoria jamás borrará.

Desde esta posición me resulta incluso más peligroso. Tengo esa sensación que probablemente conozcan de sobra los domadores de leones, o de tigres. Lo tengo arrodillado, rendido a mis pies, pero no me acaba de resultar fiable, porque sé que el más mínimo paso en falso provocaría que se abalanzara sobre mí.

La gente nos mira al pasar, pensarán que estamos locos, y no se equivocan, pero no les prestamos ni la más mínima atención. Estamos inmersos en nuestro pequeño mundo biplaza.

Le miro a los ojos y me armo de valor para decirle la verdad y ser sincera con él.

—Quiero ser una pareja normal y que seamos felices juntos, pero no me fío de ti, Ares, tengo miedo de que me hagas daño —le confieso.

Entonces, se levanta del suelo y ahora la que alza la vista para mirarle a los ojos, soy yo.

—¿Crees que yo no tengo miedo, Keira? —Me coge las manos, está congelado.

—No lo parece —susurro.

«Los depredadores no tienen miedo, solo las presas».

—¡Pues estoy muerto de miedo! Miedo a perderte, porque en vez de sentirte cada vez más cerca de mí, te siento cada vez más lejos. —Busco

en sus ojos un atisbo de duda, lo que sea para no creer sus palabras, pero, lejos de eso, encuentro una fuerte determinación... ¿amor?

No aguanto más y tiro el paraguas por los aires, el cual no tarda en salir rodando calle abajo. Cuando estoy junto a él, me apetece hacer este tipo de locuras, disfrutar de cada instante de la vida como si fuese el último.

Siento cómo el agua comienza a deshacer mi peinado y a mojar mi ropa, que no tarda en ceñirse a mi cuerpo. Cierro los ojos para saborearlo unos instantes y cuando vuelvo a abrirlos, descubro que Ares está a escasos milímetros de mí, admirándome, saboreando esta escena que acabo de regalarle, con su mirada azul, esa que me pertenece, de la que solo yo soy la protagonista.

Me atrae hacia sí.

—Te amo, fiera, más que a nada en el mundo.

Entonces me lanzo a su boca. A sus labios carnosos y suaves, que me atraen como un potente imán. No quiero vivir sin él, me muero por besarlo a cada minuto del día, y mantenerme alejada de este hombre me resulta incluso doloroso. Nos besamos con pasión, con lujuria, entre suspiros, lluvia y jadeos. Nos necesitamos y nos entregamos sin dudarlo a esa necesidad, más que física, espiritual.

—Debemos aprender los dos juntos, uno del otro, yo tampoco soy ninguna experta —le confieso.

—Lo conseguiremos.

Me acaricia el rostro dulcemente para intentar apartar en vano el agua.

—Esos ojos van a matarme —me susurra.

Vuelve a posar sus labios en los míos...

—¡Qué escena tan romántica! —Los dos miramos rápidamente hacia la procedencia de esa voz de sobra conocida.

Ares me suelta violentamente y sale disparado hacia Jairo, como un destructor mortal. Sus ojos han pasado en una milésima de segundo, de ser los de un loco enamorado a ser los de un arma de destrucción masiva, embriagados por el odio.

Me falta el aire, no puedo correr más. Me detengo, exhausta, para intentar recobrar el aliento, apoyando mi espalda contra una pared que encuentro a mi derecha. Respiro con dificultad, parece que el oxígeno no consigue aliviar mis pulmones. Arden.

He perseguido a esos dos energúmenos todo lo que he podido, hasta que los he perdido de vista. Parecían un guepardo y un purasangre corriendo a mil kilómetros por hora, sorteando grácilmente a la gente que se interponía en su camino, mientras yo me chocaba menos grácilmente contra todos los paraguas.

Les he gritado, pero nada. Uno estaba cegado por la venganza y el otro por la huída.

No sé dónde pueden haberse metido. Por lo que decido ir a casa para secarme y esperar a que Ares regrese.

Estoy nerviosa, no dejo de mirar el reloj, mientras deambulo por el salón como una desquiciada enjaulada. Marco la tecla de llamada convulsivamente, pero no obtengo respuesta. Hace dos horas que no sé nada de él y comienzo a perder la poca entereza que me quedaba.

Me he puesto el pijama de Ares, que es grandísimo, pero lo he anudado a la cintura con el cinturón del albornoz. En este caso, no me apetecía nada ponerme uno de esos conjuntos sexis. Además con esto me siento más cerca de él, ya que huele a su perfume.

No paro de estornudar.

No me he dado cuenta hasta ahora mismo de que hay algo sobre la mesa baja del salón. Me acerco para ver de qué se trata y compruebo que son varios papeles.

«Escritura Pública de Propiedad» reza el enunciado.

Descubro, sorprendida, que se trata de las escrituras del ático y...
¡Están a mi nombre!

¿Ha puesto el piso a mi nombre?

Busco entre todos los papeles. Al final del todo hay una nota escrita a mano por él.

Esta es la muestra de que creo
en Nosotros,
lo único que me queda te lo
entrego a ti.
Te toca mover ficha fiero.
Ares.

Me dejo caer en el sofá, pensativa.

¿No os ha pasado que cuando crees que tu cerebro ya no puede asumir más cosas y que va a estallar, de repente se presenta otro pelotón más...?

—El amor otorga a tus enemigos el poder para destruirte.

Miro sobresaltada hacia la procedencia de esa voz, ni me he dado cuenta de cuándo ha entrado. Me levanto del sofá con las escrituras en la mano, que él observa fugazmente.

Ares está plantado en medio del pasillo, sin chaqueta ni chaleco, con la camisa por fuera del pantalón, desabrochada y completamente sucia, parece que se haya revolcado en el barro. Está despeinado y tiene varias heridas en la cara. Deduzco que finalmente lo ha alcanzado.

—¡Ares!

Corro hacia él, he sentido un gran alivio al verlo, no he podido respirar tranquila hasta ahora, que está junto a mí. Estaba angustiadísima. Pero justo antes de llegar a su altura me detiene con un gesto de stop de su mano.

Me está mirando de una forma muy extraña. ¿Es desprecio lo que veo en sus ojos? ¿Tal vez decepción?

—No me toques —dice, agresivo.

—¿Por qué? ¿Qué sucede?

—Ya no es necesario que sigas fingiendo, has ganado la guerra. Enhorabuena —su voz está rota de dolor.

Pasa de largo, sin ni siquiera mirarme. Se dirige a la habitación. Yo me quedo petrificada en mi sitio, sin saber muy bien qué hacer. ¿A qué viene todo esto?

Decido darle tiempo para que se calme, recuerdo que en el libro *Los hombres son de Marte y las mujeres de Venus* dice que cuando hay una discusión, a los hombres hay que dejarlos un tiempo para que estén metidos en su cueva y recapaciten, mientras que las mujeres necesitamos hablar de lo sucedido para sentirnos mejor. Por eso, lejos de solucionarse, se empeora el asunto. Creo que esta vez le daré su espacio, a ver si obtengo buenos resultados.

Sigo aquí plantada, de brazos cruzados, mirando a la nada. Me despierta de la ensoñación el sonido de una puerta y Ares aparece de

nuevo en mi campo de visión. Lleva su maleta de Louis Vuitton en la mano derecha. Se ha cambiado de ropa y aparece que se ha duchado también.

—¿Dónde vas? —le pregunto, preocupada, mientras pasa por mi lado.

—No te importa. —Ni siquiera me mira.

—¡Ares, dime qué ha pasado por Dios! ¡No entiendo nada! —intento interceptar su paso, pero me esquivo sin problemas.

—No te hagas la tonta. —Se detiene en seco y me mira con los ojos inyectados en cólera—. Ya te has salido con la tuya. No es necesario que me sigas tratando como a un idiota.

—¡Ares, te juro que no sé de qué me hablas!

—Esto me duele más que todos esos latigazos juntos, debes estar orgullosa.

—¡Ares, si no me lo cuentas no podré explicártelo!

—No quiero que me expliques nada. Ya lo ha hecho a la perfección tu amiguito. Por fin he abierto los ojos, no quiero volver a verte en mi vida. —El ver ese desprecio reflejado en su mirada me parte el alma.

Pega un portazo y desaparece.

No soy capaz de moverme. Mis ojos deciden por su cuenta derramar miles de lágrimas, pero ni siquiera las siento. Estoy paralizada. No comprendo qué acaba de suceder.

No voy a salir corriendo tras él porque en el estado en el que se encuentra no va a escucharme. Me aterra pensar lo que vaya a hacer ahora. ¿Irás a buscar a alguna mujer para que lo reconforte? ¿O a todas ellas? ¿Necesitará una sesión de harén para desquitarse? Él siempre soluciona todo con sexo, y cuando está furioso más.

Necesito beber un poco de agua, a ver si se refresca mi mente. No quiero pensar.

Me dirijo a la cocina. Entro por la puerta y me quedo helada al descubrir lo que hay frente a mí.

Una mesa no demasiado grande, parece de hierro forjado, está situada en medio de la cocina, con dos sillas, una frente a la otra.

Me acerco lentamente, mientras voy descubriendo detalles nuevos.

Un mantel de hilo blanco descansa sobre otro de seda rojo. Esta cubertería de plata y los platos de porcelana me resultan demasiado

familiares. Ahora caigo en que se trata de piezas de la colección de festejos del Ritz. Las finas copas para el vino son de cristal de bohemia. Una botella de AurumRed, de la serie Gold, descansa en medio de unas velas rosas escrupulosamente dispuestas formando un corazón.

Me siento en una de las sillas, porque si me quedo aquí de pie, corro el riesgo de caer desplomada en cualquier momento.

Sigo observando, atónita, la escena tan romántica en la que tristemente me encuentro inmersa yo sola. Entonces descubro que sobre uno de los platos hay una rosa roja y sobre el otro una cajita negra pequeña.

Mi curiosidad no está para nada aletargada, como le ocurre al resto de mi cuerpo, por lo que es ella la que, por cuenta propia, ordena a mi mano coger la caja y abrirla.

Un gritito ahogado escapa de mi garganta al descubrir lo que contiene... Siento un calor repentino y muchísimos nervios en mi estómago. Las manos me tiemblan, pero justo cuando una sonrisa pretende asomarse a mis labios, mi cerebro manda las señales oportunas al resto del organismo para recordarle que no se debe emocionar, ya que todo esto es muy distinto de cómo debería haber sido.

No hay motivo de alegría.

Estoy sola.

Lo he perdido para siempre.

¿Pero por qué?

Han pasado dos meses desde aquel fatídico día.

Al principio intenté localizar a Ares, pero nunca obtuve respuesta. Después lo intenté con Jairo, para que me contase qué había sucedido, pero su número de móvil nunca estaba operativo. Es evidente que él le tuvo que contar algo para que Ares reaccionase así.

Como Pepe fue el encargado de llevar a Ares a la casa de Jairo, con los ojos vendados, el día de fin de año que me dio por ser una Dómina, le pedí que intentase recordar la dirección. Tras varios intentos fallidos, finalmente la encontramos. Esperaba hallar allí las respuestas oportunas, pero para mi sorpresa, estaba todo vacío, no había nada ni nadie.

Ninguno de mis dos fervientes pretendientes dan señales de vida. Parece que se los ha tragado la tierra.

Emma está preocupada por mí, aunque intento por todos los medios no mostrar mi estado de ánimo cuando está ella delante, porque no le viene nada bien para su pequeña tripita, que ya se le nota. Las dos intentamos no tocar el tema, pero sabemos que está incandescente.

He querido vender el ático para devolverle el dinero a su dueño, pero no hay nadie que lo compre, es demasiado caro. No volví allí. Cogí a mi gato y todo se quedó como estaba. La agencia inmobiliaria que se está encargando de venderlo, también lo vaciará, me es indiferente.

—¡Kei, que me voy de vacaciones, acuérdate!

Emma aparece eufórica a las 8.30 de la mañana en mi despacho. Como parezco una especie de zombie que no se entera de nada, está siendo bastante condescendiente conmigo y me recuerda—todo— mil veces.

—¿Has desviado vuestro camino hacia el aeropuerto solo para venir a recordarme que te vas, cuando tienes un móvil? —Enarco una ceja dubitativa.

—No creo que haga bien en dejarte sola, le voy a decir a Cris que cancelemos las vacaciones. No me voy demasiado convencida.

—¡Ni hablar! —reacciono.

—Kei, a mí no me importa posponerlo, te lo digo de corazón, no estás bien, por mucho que intentes ocultármelo, te conozco y esta vez te veo mucho peor que con lo de Jairo.

Esta vez es mucho peor, sí. Parecida, porque tampoco sé qué ha sucedido ni por qué, pero el desconsuelo de tener la culpa de algo y no saber de qué se trata, me mata. Aunque si he de ser sincera, lo que me mata en realidad es no estar a su lado.

—Canija... ¡Como no te largues ahora mismo para coger ese avión, no te volveré a hablar nunca más! —Me levanto y la empujo hasta la puerta de entrada.

Nos damos un abrazo bien apretado y sale corriendo. Cristian la está esperando fuera, aparcado en doble fila, mientras todos los coches le pitan al pasar por su lado.

—Cuídate, Kei, por favor. —Cuando ejerce de madre resulta muy graciosa, se le da fatal parecer madura.

—¡Vamos vete, no seas plasta! —La empujo.

Corre hacia el coche.

—¡En cuanto estés en el hotel, me llamas! Que sepa que has llegado bien —le grito.

Hace un gesto de ok con el dedo pulgar y desaparece dentro del coche.

Ahora sí que me siento sola.

El resto del día transcurre sin más novedad. Cuando dan las 20.00, salgo a la calle y me dirijo a casa, deambulando entre la gente como si no fuese yo la que está dentro de mi cuerpo.

Es muy curioso. Antes de conocer a Ares me encantaba estar sola, disfrutaba leyendo mis libros románticos en el parque, con los cascos puestos para escuchar las canciones que aparecían en él... Ahora empiezo a leer algo romántico y me pongo triste. No soy capaz de ver a las parejas agarradas de la mano por la calle, me da envidia. Antes de conocerlo, cuando salía del trabajo, me encantaba mirar escaparates e irme de compras, ahora ni siquiera me apetece maquillarme.

El mundo de pronto se ha vuelto gris y toda esa monotonía que antes me resultaba confortable, ahora me resulta asfixiante. Me aburro. Lo busco entre la gente sin darme cuenta, esperando impaciente que aparezca en cualquier sitio, pero nunca sucede.

Llego a casa y me acuesto.

El sonido del móvil avisándome de que tengo un wasap, me despierta. Estaba profundamente dormida desde hace mucho tiempo.

No sé qué hora será, porque no hay luz en la calle, todavía está muy oscuro el cielo. Me doy la vuelta en la cama e intento volverme a dormir, pero como ya he abierto el ojo, y me mata la curiosidad, decido levantarme para ver quién me escribe a estas horas de la madrugada.

Emma:

«¡¡¡TÍA, QUE ESTÁ AQUÍ!!!!».

Mi corazón da un vuelco al leerlo. Imagino rápidamente que se trata de Ares, que está en México, donde Emma ha ido a pasar su luna de miel. Aunque viniendo de esta mujer, se puede estar refiriendo perfectamente incluso a una mosca en la sopa, por lo que decido asegurarme.

Como está siempre en «los mundos de Yupi», me apuesto lo que sea a que ni siquiera se ha dado cuenta de que aquí son las 5.00 de la madrugada. Porque son siete horas más que allí.

Keira:

«¡Me alegro de que hayáis llegado bien! ¿Quién está allí?».

Mientras espero a que me conteste, me restriego los ojos, soñolienta. Suena el móvil.

Emma:

«El Papa... ¿no te jode?».

Pongo los ojos en blanco, pero no me da tiempo a reaccionar demasiado, porque acto seguido me manda una foto de...

¡¡¡Ares!!!

¡Uf! Comienza a temblarme la mano y después se contagia el resto de mi cuerpo. Mira que tengo su foto de salvapantallas en el móvil, pero me ha impactado encontrármelo así, de repente.

No creo que él sepa que le ha sacado la foto, porque está con una copa, apoyado en una especie de barra de un bar, charlando con alguien que no sale en la foto, por lo que intuyo que se trata de una mujer.

Keira:

«Emma, recuerda que no puedes beber alcohol, solo tú eres capaz de llegar de un viaje de doce horas e irte a un bar».

Emma:

«Kei, solo te lo voy a decir una vez... ¡¡¡VEN AHORA MISMO A POR TU HOMBRE!!!».

Definitivamente el cansancio del viaje, mezclado con el embarazo y probablemente alguna cereza, ha hecho mella en mi amiga.

Keira:

«¡Emma, recuerda que tenemos un negocio que atender! Además «mi hombre» no quiere saber nada de mí, ¿o el que se haya ido a la otra punta del mundo para que no le encuentre no te dice nada?».

Emma:

«¡¡¡Lo único que me dice es que los dos sois idiotas!!!».

Me la imagino perfectamente escribiendo el mensaje, con los morros sacados, completamente enojada, y aporreando la pantalla del móvil.

Dejo mi teléfono sobre la mesilla y me pongo la ropa de correr. Necesito hacer deporte para liberar la mente, de lo contrario, acabaré volviéndome loca.

Mientras corro y corro, sin poder detenerme, solo hay una cosa que ocupa mi cabeza...

Estamos a primeros de Mayo. Una brisa fresca acaricia mi rostro, haciendo que el pelo ondee, travieso, alrededor de éste. En cuanto pongo un pie en tierra firme, me estiro todo lo que puedo, me parezco a Gólum, pero después de casi trece horas de vuelo sentada, me duelen todos los huesos del cuerpo, incluso algunos que ni sabía que tenía.

Ahora mismo me encuentro en el Aeropuerto Internacional Benito Juárez, de la ciudad de México. Todavía no doy crédito, pero efectivamente estoy aquí.

Hace unos 24 °C de temperatura, ni frío ni calor, ideal. Me dirijo soñolienta a una sala para recoger la maleta, arrastrada por la masa de gente que viajaba conmigo en el avión. Una vez que me han sellado el pasaporte y tengo la maleta junto a mí, miro hacia la puerta de salida y es entonces cuando comienzan a temblarme las piernas.

La frase «¿qué cojones hago yo aquí» no deja de repetirse en mi cabeza, que ahora mismo está muy enojada consigo misma. Por eso, he estado durante todo el viaje escuchando la misma canción repitiéndose en mi iPod una vez tras otra, sin parar, Tú y yo volvemos al amor de Mónica Naranjo, porque estoy decidida a volver con él.

Llevo ya dos noches sin dormir,

Llevo más de dos días sin salir,

¿por qué no llamas?

La vida es algo mas que pelear,

Así nunca se llega a un buen final.

Parece que ya todo terminó,

Parece que sin más dijiste adiós.

No entiendo nada,
Si ayer nos volvía locos la pasión,
Si ayer gozamos juntos el amor.

Y es que ya empiezo a estar harta
De continuar, de ver como esas
Historias te hacen dudar,
No dudes más.
Que estando juntos la vida,
Un sueño será,
Haremos cosas prohibidas
Que a gloria sabrán,
Y entenderás,
Que ahora tú y yo,
Volvemos al amor.

Y ES QUE YO A TI NO TE PIERDO SIN RAZÓN.

Deseo que regreses para hablar,
Deseo que volvamos a empezar.
No te das cuenta,
Que te lo estoy pidiendo por favor,
No tengo yo la culpa de un error.

Emma me dijo que se hospedaban en el Four Seasons, un hotel cercano a Las Lomas de Chapultepec, que es donde vive Ares. Esa es toda la

información de la que dispongo. Nadie en el mundo sabe que estoy aquí, bueno sí, Marcos, que es el que se ha quedado a cargo de Gólum.

Salgo a la calle para encontrarme con un montón de taxis rosas y blancos, «¡me encantan!», los quiero todos para mí. Parece una tontería, pero este insignificante detalle me anima bastante.

Llamo a uno de los coches que permanecen aparcados en la parada, el primero de la fila se acerca hasta mí. El conductor no es tan megachuli como el vehículo, ya que se trata de un señor mayor bastante poco acicalado. Se baja del coche, estrecha mi mano, coge mi maleta y la tira, literalmente, al interior del maletero. Se vuelve a subir en su sitio y me mira asomado a la ventanilla.

—¡Ándale, damita! —me increpa, haciendo un gesto con su cabeza para que entre de una vez.

Sacudo la cabeza y me monto corriendo en el coche. Le facilito la dirección. Me informa de que el destino está a unos veinte kilómetros de aquí y emprendemos la marcha.

Aprovecho el viaje para poner a mi madre al corriente de la situación. Casi sufre un infarto al decirle que estoy en México, pero finalmente se ha tranquilizado al saber que he venido con Emma. ¡Qué equivocada está con respecto a la renacuaja! Si supiera que soy yo la más cuerda de las dos...

El vehículo se detiene justo frente al hotel.

—Paseo de la Reforma, número 500, hotel Four Seasons, ya hemos llegado —me informa el taxista, mientras aparca y me indica los pesos que debo pagarle.

—¿Tan barato? —le pregunto, mientras observo el hotel por la ventanilla.

—¡Por eso es que me encantan los europeos! —exclama el taxista, sonriente con un marcado acento mexicano.

—¡Quédese con la propina! —Le doy los billetes y mientras los besa, salgo del taxi.

—¡Que Dios la bendiga, damita! —se despide de mí, volviéndome a estrechar la mano, mientras me facilita la maleta.

Observo el coche alejarse ensimismada. Me encanta el color rosa porque le da a la ciudad un colorido especial, femenino, o sea, me parecen súper cuquis, si además los condujesen gays con uniformes rosas, ¡sería maravilloso!

Cierro los ojos e inspiro para tomar fuerzas, me dirijo hacia el interior del hotel. Descubro, mientras avanzo, que lo que aquí entienden por «lujoso» es un concepto muy digamos... diferente, al nuestro. Demasiado colorido para mi gusto.

Llego a la recepción y una de las señoritas me recibe muy amablemente. Cuando le indico que tengo una de las habitaciones especiales reservada, me sonrío todavía más y ya cuando le pregunto por los ocupantes de la Suite Presidencial, se deshace en halagos.

De pronto, un grito ensordecedor hace que me gire espantada.

—¡AAAAHHHHHHHHH!

Una mujer pequeña, con un vestido azul de tirantes, está plantada en medio del hall del hotel, gritando sin parar, todos los presentes la miran aterrorizados, apartándose de ella.

Mis ojos se clavan en ella, pero rápidamente descubro a Cristian detrás, partiéndose de la risa, por lo que consigo respirar aliviada al comprobar que no están matando a nadie.

Corre hacia mí y nos damos un abrazo digno de la película Reencuentro con una embarazada desquiciada. Aunque casi consigo que me dé un infarto con ese grito, he de admitir que es muy emocionante.

—¡Has venido...! ¡Estás aquí! ¡Cris, que está aquí! —grita sin parar de dar saltitos.

—¡Emma, por favor, cálmate, estás asustando a todo el mundo! —le susurro, divertida. Me río más todavía al ver su cara de que le importa un pimiento el resto de la gente.

Cristian se acerca hasta nosotras, sonriente. Lleva un pantalón a media pierna y un polo blanco. Están los dos morenos y parecen resplandecientes.

La multitud a nuestro alrededor se ha sosegado, creo que ya no será necesario que vengan los chicos de seguridad para llevársela.

—Bienvenida a México —bromea él, imitando el acento mexicano. Nos reímos y nos damos dos besos. Emma se abraza a su cintura.

—¡Ay Cris, a ver si conseguimos que hagan las paces!

—Emma, eso ya lo hemos hablado, es asunto suyo. —Ahora se ha puesto algo más serio.

—Jo, pero podemos ayudar desde las sombras... —murmura en un tono bajito, como si yo no le estuviese escuchando.

Suelto un bufido y me río abiertamente.

—¡Tú no serías capaz de estar entre las sombras ni dos segundos! — ironizo.

—Kei, hay que aprovechar al máximo este brote romántico que has sufrido, te conozco de sobra y en cuanto seas consciente de la locura que has hecho... ¡Te volverás a casa corriendo! Pues eso es precisamente lo que no voy a permitir, al menos que te vuelvas sola. ¡No saldrás de este país sin Ares Hunter! —Se cruza de brazos.

—¡Lo que te gusta un drama, renacuaja! —Pongo los ojos en blanco—. Por cierto, papi, ¡enhorabuena! —No le había vuelto a ver desde la boda y no había tenido ocasión de felicitarle.

—Gracias, Keira, soy muy feliz. —Le acaricia a Emma el pequeño vientre abultado con ternura.

—Aunque ésta va a ser una madre loca, menos mal que estás tú para poner la dosis de cordura que necesita.

—Mi trabajo va a costarme... —suspira.

—¡Qué aburridos sois! —protesta Emma, bostezando a propósito.

Nos reímos los tres y quedamos para cenar juntos esta noche. Ellos van a ir a visitar el centro histórico: la Plaza Mayor, el Teatro, los Mercados... durante todo el día, aprovechando que está aquí al lado y van caminando. Yo voy a descansar del viaje e instalarme en mi habitación como es debido.

Cuando son las 21.00 bajo al restaurante del hotel, hay dos, uno italiano, Il Becco, y el otro, Reforma 500, que es donde he quedado con Emma y Cristian, que presume de poseer una de las mejores cocinas mediterráneas del país.

Me he puesto un vestido de gasa verde, con una chaqueta de punto de un color verde más oscuro, por si refresca.

Entro al restaurante y descubro que todo está decorado en amarillo, con algunos detalles en blanco. En las mesas hay flores... Todo es muy alegre. Acostumbrada al lujo minimalista europeo, este se me hace un tanto recargado, tipo Ritz.

El camarero sale a recibirme. Le indico que he quedado con el señor Ritz y su mujer, así que me acompaña encantado hasta el reservado donde ambos ya están sentados.

Observo que están sentados junto a una gran mesa redonda con vistas al patio del hotel, muy bonito, por cierto, iluminado de noche. Charlan

entre risas y arrumacos. Enseguida me siento fatal por venir a interrumpir su luna de miel, probablemente la última que estén los dos solos, cual tortolitos enamorados.

—Hola parejita —saludo.

—¡Kei, qué bonito es México, tienes que verlo todo! —Tira de mi mano hasta que me sienta a su lado.

Me cuenta todo lo que han visto en la semana que llevan aquí, entusiasmada. Cristian asiente cada vez que ella le pregunta: «¿a que sí cari?», mientras degustamos los gusanos de maguey, hormigas y chapulines fritos, tacos con guacamole, chile... con un montón de salsas.

—¡Exquisito! —proclama Emma, tocándose su incipiente barriguita.

—No creo que todo lo que acabas de comerte le siente bien al bebé —la regaña Cristian.

—¡Me sienta bien a mí y con eso es suficiente! Cuando esté fuera que coma lo que ella quiera.

—¿Ella?! —exclamo, asombrada.

—Fuimos ayer a hacernos una ecografía de esas 4D, porque ya estoy de dieciséis semanas, ¡y me lo revelaron! —me explica sonriente, mientras la miro fascinada—. ¡¿Sabes cómo se va a llamar?! —No puedo evitar pensar que en la boda ya estaba embarazada, pero no se lo confieso, probablemente ella tampoco lo supiera entonces.

—Sorpréndeme. —Cuando me lo dice con esa cara es porque algo fascinante encierra el nombre.

—Se va a llamar... ¡Keira! —Abre los brazos para darle más énfasis a sus palabras chillonas.

—¡No! —No entiendo muy bien por qué digo que no, pero no me hace gracia que se llame como yo.

—¿Por qué no? —Frunce el ceño.

—Porque cuando nos llames miraremos las dos a la vez, ¡es mi nombre!

Se levanta de su silla como un tornado y tira la servilleta encima de la mesa.

—Nunca pensé que fueras tan egoísta, Keira Amor. —Sus ojos reflejan decepción total.

Se da la media vuelta y se marcha corriendo. Cristian se levanta y va tras ella. Dejándome sola.

Cuando ha pasado casi media hora, decido salir de aquí, ya que todos los comensales me observan preguntándose qué hago ocupando una mesa tan grande yo sola, cuando hay lista de espera.

No quiero ir a buscar a Emma, siempre tengo que estar bailándole el agua cuando se enfada por cualquier tontería y, al menos hoy, no estoy dispuesta a ceder. Por lo que decido ir a tomarme una copa tranquilamente al bar.

Atravieso un pasillo lleno de columnatas de piedra formando arcos, para llegar al bar, el cual me deja con la boca abierta nada más entrar. Es todo de madera maciza, con sillones de terciopelo rojo, lleno de velas, alfombras en el suelo... imitando a la perfección una biblioteca antigua, pero en vez de libros, lo que hay en las estanterías son botellas. ¡Es un lugar realmente precioso, original y único!

Pido un tequila al camarero y me siento en uno de los butacones de cuero que hay junto a la mesa baja. No acaban de traerme la bebida, cuando aparece Cristian por la puerta, se acerca a la barra, pide algo y, sin preguntar nada, se sienta frente a mí.

—Keira, te agradecería que fueses un poco más amable con mi mujer — me recrimina muy serio, dejándome perfectamente claro con esta frase que no estamos hablando de mi amiga, si no de «su mujer»—, creo que te has pasado de la raya —continúa—, ella lo hace todo por agradarte, te considera una especie de madre mezclada con hermana mayor y tú lo único que haces es herirla gratuitamente.

—¡Yo no le quiero hacer daño! —Esto me ha llegado al alma—. Siempre me preocupo por ella, es la persona que más he querido en mi vida, y que me digas todo esto no es justo, ¡no te lo voy a permitir! —Sin darme cuenta, he alzado la voz.

—Keira, debes aflojar un poco la cuerda y observar las cosas con más detenimiento, porque siempre terminas hiriendo a la gente que más te quiere, ¿no te das cuenta?

—¿Seguimos hablando de Emma? —El hecho de que haya sido mi jefe durante tantos años, hace que le tenga respeto por defecto, por eso no le contesto lo que realmente querría.

—Los dos sabemos que no.

—Está bien, dispara. —Levanto las manos en señal de rendición.

—No me ha querido contar qué le has hecho, pero está realmente jodido —parece que le cuesta confesarlo.

—Realmente no sé qué es lo que le he hecho, Cristian, estábamos bien, y de pronto llegó y me dijo que no quería volver a verme nunca más.

—Algo tuvo que pasar.

—Salió corriendo detrás de Jairo, está claro que le debió decir algo, pero se negó rotundamente a contarme qué, simplemente desapareció. No he logrado saber nada de ninguno de los dos —le expongo.

—¿Quién es Jairo?

—Jairo es mi ex novio.

—¿Y por qué corría Ares tras él? —Cristian estará alucinando, claro.

Me encuentro de repente en la tesitura de contarle todo a este hombre para preocuparle, o dejarle vivir feliz en su ignorancia.

—Cristian, es una larga historia, no merece la pena contarte todo eso ahora. Solo quiero pedirte que me digas dónde puedo encontrarlo, de lo demás me encargaré yo solita.

—Keira, quiero mucho a ese cabronazo, haría cualquier cosa por él. Quiero que sepas que el hecho de meterte en el club fue porque pensé que sería la única forma de hacerle ver lo que sentía por ti, no para que le hicieses el daño que le hiciste.

—¡No le hice nada!

—¿Arruinarlo te parece poco?

—Pero no lo arruiné, me dijo que tenía muchísimo dinero más.

—Keira, tuvo que vender la mansión, vendió sus acciones en varias empresas y me cedió las acciones del Ritz. ¡Está más que arruinado!

—¿Entonces por qué me dijo eso?

—No quería que volvieras con él por sentirme culpable o por pena. Me regaló la Suite Presidencial del Ritz en la boda, que era lo último que le quedaba. Ya no tiene nada.

—No te creo, ¡me regaló un piso!

—Le pagué su parte de acciones del Ritz. En vez de venderlas en el mercado de valores, me las traspasó a mí para que nadie tuviera la opción de comprarlas y así fuese yo el único propietario del hotel. Con una parte de ese dinero imagino que pagaría un ático que estaba

mirando para comprar. —La vajilla del Ritz en aquella mesa y el pedazo de diamante en aquella caja, seguro que tienen que ver con todo esto.

—No entiendo nada, Cristian, estoy hecha un lío.

—Solo dime una cosa, Keira, ¿le quieres?

Miro al suelo...

¿Le quiero? Puede que al hecho de no poder ser feliz sin estar cerca de él, se le pueda llamar querer... ¿no?

—Sí... le quiero. —¡Lo he confesado!

Nos miramos durante un instante.

Se levanta y se dirige a la barra, haciendo un gesto al camarero, que le da un papel y un bolígrafo. Escribe algo. Se acerca hasta mí, se bebe la copa de un trago y me entrega el papel.

—Suerte.

Se marcha.

Miro el papel.

Tiemblo.

Son las 3.30 de la madrugada. Llevo toda la noche dándole vueltas al asunto. No consigo dormir. Me asomo por la ventana y admiro la ciudad iluminada, es hermosa. El pensar que estoy tan cerca de él me pone frenética, tengo ganas de ir y colarme por su balcón, pero me da tanto miedo su reacción... Su rechazo.

Dicen que el amor es caprichoso. Dicen que el amor es ciego. Pero nunca pensé que el amor... fuera nada más y nada menos que el mismísimo dios de la guerra. Por eso me planteo todo esto como una estrategia ofensiva.

Hago balance de situación.

Tengo a mi favor el factor sorpresa. El que no sepa que estoy aquí, me da una clara ventaja. Por lo tanto, debo tramar un plan que le sorprenda, que no le quede más remedio que escucharme.

Tengo en contra su concepto sobre mí, algo que supuestamente he hecho, pero que yo ignoro y, por lo tanto, debo de estar preparada para que me lo eche en cara o, lo que es peor, que huya.

Conclusión: hacerlo en público juega a mi favor y en mi contra a la vez.

No me puedo presentar en su casa de repente, tendrá empleados que me echarán de allí a patadas.

Recuerdo que Sun Tzu en su libro El arte de la guerra decía que para conseguir la victoria final, es mejor ganar varias batallas pequeñas, que no una sola, por muy grande que ésta sea.

«Sí, sí, me he leído ese libro».

Entonces, a lo mejor es más efectivo dividirlo en varias fases, en vez de atacar en una sola. Agotar al enemigo... pero, así, diríamos adiós al factor sorpresa.

Sueños Rotos de la Quinta estación resuena en mi mente...

Si no te supe amar no fue por ti...

Me sirvo una copa de whisky y me siento en una silla que hay en mi habitación. Tengo la mente nublada. Apoyo el pie de la copa sobre mi frente, pensando. No se me ocurre nada. Estoy desesperada... ¡No sé qué hacer!

Recuerdo entonces aquellos días juntos en Los Pirineos, con el trineo. Aquel fin de semana en su casa, tan romántico. El vídeo que me grabó, con todos los globos y peluches. Nuestro baile en la discoteca. El anillo, en aquella escena tan romántica. Cuando hacemos el amor. Su sonrisa, su mirada... Y realmente no tengo ni idea de cómo voy a hacerlo, pero tengo claro que será mío. No tengo nada más que perder, sino mucho que ganar, y para conseguirlo, solo tengo que demostrarle mi amor...

¡Qué fácil es decirlo!

Después de beberme el contenido de la copa, siento algo de alivio, no es que el alcohol sea la mejor solución a los problemas, ni mucho menos, pero ayuda a relativizar las cosas cuando no encuentras la salida.

No puedo más, me duele la cabeza de tanto pensar, si fuese un dibujo animado, me saldría humo de ella. Así que me doy por vencida y decido acostarme. A lo mejor, lo de consultar con la almohada me dé resultado.

Pero sigo dando vueltas.

Cojo el móvil y mando un wasap.

Keira:

«¿Me perdonas?».

No contesta.

Pasado un rato suena mi móvil

Emma:

«¡¡¡¡¡No!!!!!».

Keira:

«Emma, lo siento, estoy muy nerviosa y lo he pagado contigo. Para mí será un honor que tu hija lleve mi nombre, es solo que me he puesto un poquitito celosa».

No contesta.

Al rato llaman a mi puerta. Me levanto y me acerco hasta la entrada. Pregunto quién es antes de abrir.

—¿Quién va a ser? —me contesta mi amiga con una voz chillona al otro lado de la puerta.

Abro.

Nos miramos la una a la otra.

—Me has hecho daño —me reprende.

Yo salgo y la abrazo fuerte. Ella me responde en seguida.

—Perdóname, por favor, no sé qué me ha pasado.

—Keira, aunque me haya casado y tenga hijos, tú seguirás siendo mi familia, eso no va a cambiar.

—Pero ya tendrás una «Keira» contigo, más bonita y graciosa, pasarás de mí... —Me pongo a llorar como una magdalena...— ¡Oh, por Dios, será el clima mexicano! —Río mientras lloro, señalando mis lágrimas.

—Qué tonta eres. —Entra en la habitación y se sienta sobre mi cama, yo hago lo mismo—. Quiero que seas la madrina, Kei.

—¿Quién yo? ¡Pero nunca he tenido un niño en mis brazos! ¿Y la madre de Cristian?

—¡Que jodan a esa vieja gruñona! Si a nosotros nos pasara algo, me gustaría que tú cuidases de mi hija...

Después de escucharla ya no me quedan más lágrimas por derramar, ahora sí que parezco un alma en pena y Emma está igual o peor que yo. Voy al baño y traigo un paquete de pañuelos para limpiarnos los mocos.

—¡Vaya dos! En mi luna de miel y yo aquí llorando con la petarda de mi amiga, ¿tú lo ves normal? —Se ríe, mientras limpia sus lágrimas con el pañuelo.

—Bueno, tú tienes la excusa de las hormonas... Lo mío es más grave.

Nos reímos las dos.

—Kei, ¿qué vas a hacer? —me pregunta, bastante preocupada.

—No lo sé. Tengo miedo. —Es a la única persona que le hablo con el corazón en la mano.

—¿No piensas contarme qué ha pasado?

—Sospecho que Jairo le contó alguna mentira sobre mí que él se la ha creído. El problema es que si no me dice de qué se trata, no puedo explicárselo.

—Tienes que hallar la manera de que te escuche.

—Antes de eso, tengo que convencerlo de que me cuente de qué se trata.

—Ese es el problema principal, me puntualizo mentalmente.

—¿Y Jairo? ¿No le has preguntado qué coño le dijo para qué corriese despavorido, debió ser heavy de narices?

—Ha desaparecido, es como si se le hubiese tragado la tierra. Lo he llamado, lo he buscado en su casa, en la central del CNI... nada, ni rastro —le cuento.

—¡Qué hijo de perra! Esto no me da buena espina, Kei. —Se toca la barbilla pensativa.

—Ni a mí, pero primero tengo que recuperar a mi dios. Después, clamaré venganza.

Emma sonrío.

—¡Sé que lo conseguirás, está loco por ti!

—Eso espero, canija.

—Me voy a acostar, mañana hablamos.

—Gracias por estar siempre a mi lado, Emma, eres un pilar fundamental en mi vida.

—Yo también te quiero, Amor.

Me tira un beso y se va.

A las 4.00 de la madrugada, por fin consigo dormir.

Una extraña sensación se apodera de mi cuerpo. Voy flotando. Ares está encerrado en una jaula con muchas mujeres, intenta escapar, pero no le dejan salir. Todas me miran y se ríen, no puedo bajar de mi nube...

¡Abro los ojos sobresaltada!

Respiro con dificultad.

Necesito ir a correr para refrescar mente y cuerpo. Me pongo los leggins negros, una camiseta negra ajustada de tirantes, muy escotada, las zapatillas Nike rosas de running y me hago una coleta alta.

—Justo al final del paseo, hay un parque donde podrá correr tranquila, señorita —me indica el recepcionista, intentando por todos los medios no mirar mi escote.

Me pongo los cascos con el reggaeton a todo volumen, esta música me anima a llevar el ritmo, aunque hay veces que me entran ganas de detenerme para mover las caderas... Perrea perrea...

Cuando voy tranquilamente corriendo por el parque, observando los árboles y flores que van quedando atrás a mi paso, lo limpio y verde que está todo, canturreando... cuando noto que alguien que venía corriendo de frente, se queda mirándome...

Lo miro y...

¡¡¡Toma castaña!!!

¡Oh, Dios mío!

¡Se acaba de empotrar contra una farola!

Me detengo en seco para acercarme rápidamente a ver si se ha hecho daño.

Entonces descubro que...

¡¡¡¡¡ES ÉL!!!!

Se levanta de un salto.

—¿¿Qué cojones haces tú aquí?! —me ruge un Ares cabreadísimo, mientras se tapa media cara, apretando los dientes.

Yo evito reírme, pero es que se ha pegado un porrazo...

—¿Estás bien? —le pregunto, apretando los labios para no permitir escapar la risa.

Llego a su altura e intento tocarlo, para verle la cara, pero me esquivo, evitando el contacto.

—¡Joder! ¡No puede ser! ¡Mierda! —Veó brillo en sus ojos, pero inmediatamente lo oculta. Pega un puñetazo a la farola. La va a derribar.

—Ares, he venido hasta aquí para hablar contigo.

Ahora mismo, al tenerlo delante, me tengo que contener para no lanzarme a sus brazos, que es lo que realmente deseo. Quiero besarlo, quiero que me aprisione entre sus brazos, quiero que me empotre contra la farola, quiero...

—¡¡¡No tenemos nada de qué hablar, puedes largarte por dónde has venido!!! —vocifera, insolentemente.

—No pienso irme a ningún sitio hasta que no me digas qué te contó ese malnacido para que, de pronto, decidieras marcharte para siempre. — Me planto delante de él y mira mi escote sin disimulo, sus pupilas se dilatan, pero rápidamente desvía su mirada.

—No pienso decirte nada.

—¡Tengo derecho a saberlo!

Se destapa la cara y, al fin, me mira a los ojos.

—Me contó la verdad —sentencia.

—¿¿Qué verdad?! —me estoy poniendo nerviosa, pero intento calmarme.

—Que es un maldito agente del CNI, me mostró su identificación. Me dijo que acudiste a él para destapar el club, y que todo estaba previamente orquestado por ti, desde el principio, para quedarte con mi dinero.

—¡Mentira! —grito, indignada.

—Si solo querías mi dinero no hacía falta hacerme creer que me amabas.

—¡Todo eso es basura! ¿Cómo puedes haber creído todas esas cosas de mí? —Me duele tanto.

Me rodea arriba y abajo con las manos sobre su cadera, mirando al suelo.

—Me enseñó varias fotos, entre ellas, la foto de tu cuenta bancaria con los veinte millones. Me puso grabaciones telefónicas en las que hablabais de lo que teníais que hacer... ¡Os acostabais juntos!

—¡Eso es mentira! —No puedo creerlo.

—¿Qué más pruebas necesito, Keira? ¿Qué pruebas puedes aportar tú?

—La única prueba que tengo es que estoy aquí, y que he atravesado el mundo para buscarte.

—Tarde. —Me señala con el dedo.

—Si solo quisiera tu dinero, ¿por qué iba a venir?

—Si no lo quisieras, ¿por qué no lo has devuelto? —responde.

—¡Ares, maldita sea, no tengo ese dinero! ¿Qué tengo que hacer para que me creas?

Se detiene y me mira.

—No lo sé, dímelo tú. —Su voz me mata, pero sus ojos me hipnotizan.

—Nuestra historia es muy difícil, casi imposible. Nos hemos destruido el uno al otro. Pero tus besos me tienen atrapada, sería capaz hasta de suplicar por ellos. Mis días están siempre nublados cuando no estás en ellos. Serás un capítulo que nunca cerraré en mi vida porque simplemente me niego a estar sin ti. —Todo esto sale por mi boca sin ni siquiera pensarlo, y podría decirle muchas cosas más, porque realmente no me siento completa cuando está lejos, se ha convertido, sin darme cuenta, en mi mitad.

—No te creo, Keira. —Siento cómo se encoge mi corazón...—. Ni tú me crees a mí. Nunca lo haremos. Lo mejor será que me olvides, yo ya te he olvidado.

Sus palabras terminan de destrozar mi corazón por completo, aunque me obligo a pensar que solo lo está diciendo para herirme.

—¡Sé que mientes! Tus ojos expresan lo contrario que tus labios, no conseguirás que me largue sin más, voy a luchar hasta el final, Ares Hunter. —Me cruzo de brazos delante de él y niega con la cabeza.

—Te acostaste con él —ruge.

—Y me arrepiento cada día.

—¿No lo niegas entonces?! —Compruebo que le ha impactado.

—Tú estabas con otras mujeres también.

—¡Eso no es excusa! —grita fuera de sí.

—¿Cómo que no?!

—No te atrevas a buscarme más, Keira, vuelve a Madrid, lo nuestro ha terminado —ruge, cabreadísimo.

Se gira y se marcha corriendo, sin ni siquiera mirarme.

«Esta es una de las batallas que hay que perder para ganar la guerra» me convengo a mí misma.

Al menos, me ha dado la información valiosa que necesitaba saber. Aunque el factor sorpresa le haya costado un buen golpe, a mí me ha venido muy bien.

Ahora tengo que conseguir que crea mi coartada, ¿pero cómo?

Es inexplicable cómo alguien aparece de la nada y sin saber cómo, se convierte en tu mundo, consiguiendo que todo gire en torno a él, que nada que no esté relacionado con dicha persona te importe y que su sola presencia ilumine tu vida.

Eso se podría llamar amor o, al menos, eso es lo que yo siento por Ares. Sin darme cuenta de cómo, ni cuándo, ni por qué, ha conquistado mi corazón. No entiendo la razón, porque solo me ha utilizado y mentido despiadadamente, pero así es.

He sentido esa tensión sexual que hay entre nosotros, por mucho que él haya intentado disimularla, pero estaba ahí. Prácticamente era palpable.

Una vez en mi habitación me meto en la bañera, paso un buen rato entre espumas y sales, escuchando repetidas veces todo un clásico que me recuerda a él y a una época muy lejana, Me muero de la Quinta Estación. Al salir me siento limpia y fresca, con energías renovadas para meterme en la boca del lobo.

Cuando ya me he secado, me dirijo al armario. Decido ponerme un conjunto muy sexi, negro de encaje, uno de los escrupulosamente seleccionados por él para mi colección, por si acaso consigo que lo vea. Me embuto en unos pantalones vaqueros de pitillo. Cojo unos botines de color beige. Y por último, me planto un poncho de hilo, rematado con flecos del mismo color que las botas. Me miro al espejo y me encanto. «Modo mexicana sexi total on».

Cojo el papel con la dirección que me dio Cristian y salgo de nuevo a la calle. Llamo a uno de esos taxis rosas. Una vez en su interior le indico al conductor que me lleve a Los Bosques de las Lomas.

—Eso está al lado de La colina del Perro, ¿no? —me pregunta el taxista, mirando el papel.

—Pues no lo sé, se supone que usted debería saberlo. —No parece que le guste demasiado mi respuesta, porque no me vuelve a dirigir la palabra durante el resto del viaje.

Observo, boquiabierta, por la ventanilla cómo vamos dejando atrás las mansiones más grandes y variopintas que he visto en mi vida. A cada cual más lujosa y rimbombante que la anterior.

El taxi se detiene delante de un palacio gigantesco. Le pago lo que indica la pantalla sin decir nada más, pero un tanto indecisa.

—Aquí es, señorita, el castillo —me informa el taxista.

Se me escapa un «¡guau!» al bajar del vehículo y descubrir lo que tengo enfrente. El taxi se marcha.

No salgo de mi asombro, me he quedado parada delante del portón, a modo de farola. Cuando vuelvo a la vida, compruebo varias veces que la dirección que me ha escrito Cristian en el papelito y que el sitio donde estoy sean la misma y... sí que lo es, sí.

Realmente se trata de un castillo. Tiene tres plantas y muchísimos metros cuadrados ajardinados alrededor. Todo está rodeado de árboles, me imagino que por eso lo llaman «Los Bosques».

Las piernas comienzan a temblarme, pero estoy decidida a hacerlo. Paso hacia el interior con paso firme, siguiendo un camino de baldosas anaranjadas y cuando llego a la puerta, llamo al timbre.

Una señora con uniforme de doncella abre la puerta.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla, señorita? —Me sonrío amablemente.

—¡Hola! —sueno nerviosa—. ¿Vive aquí el señor Hunter? —tanteo.

—Sí, este es el hogar de los Hunter, ¿qué desea?

«¡¿Los Hunter...?! A lo mejor vive con su hermano...».

—Tengo una cita con el señor Hunter —le informo a la doncella, devolviéndole la sonrisa.

—El señor Hunter en estos momentos no se encuentra en la ciudad, pero si ya tenía su cita concertada, le puede atender la señora Hunter —expone la sirvienta.

Mis ojos se abren de una manera desorbitada.

«¡¡¡¿¿¿LA SEÑORA HUNTER???!».

«¡Ahora sí que lo mato!».

—Está bien, esperaré a la señora Hunter —insisto.

—Entonces acompáñeme si es tan amable. —Abre la puerta del todo para dejarme entrar en la vivienda.

¡La voy a liar! A menos que esta mujer sepa lo que hace su querido esposo cuando está al otro lado del charco... ¡Pienso montar el pollo del siglo!

«Si es que soy idiota...».

Unas ganas enormes de llorar y de romper cosas se apoderan de mí mientras espero, pero intento serenarme a marchas forzadas. Tengo que verla.

«¿Se parecerá a mí?».

—Espere aquí en el salón mientras la llamo, por favor. —La doncella me acompaña abre la puerta del salón y paso—. ¿A quién tengo el gusto de presentar?

Me giro para mirarla:

—Dígale que soy Rambhá.

Asiente y desaparece. Observo detenidamente la casa, el castillo, el palacio o lo que sea esto. Todos los suelos son de mármol, los muebles victorianos... Ostentoso y lujoso a partes iguales.

Una señora muy bien vestida y de unos 60 años aparece de pronto en el salón, con paso firme.

—¿Hola? —Saluda, mirándome extrañada.

—¡Hola! —Me levanto corriendo del sofá para saludarla.

—¿A quién tengo el gusto de conocer? —inquire en un tono un tanto tenso.

—Soy Keira.

—¿Keira? —Entonces, al escuchar mi nombre, cambia la expresión de su rostro por completo y me sonrío dulcemente. Creo que se ha sentido hasta aliviada.

—Sí señora, ¿y usted es...? —¿Será su suegra?

Se acerca hasta mí, me coge las manos y me mira a los ojos. Sus ojos azules me resultan demasiado familiares.

—¿Qué cojones haces tú en mi casa?! —El atronador rugido de la bestia, hace que las dos nos separemos y giremos sobresaltadas en su dirección.

Ares está plantado en medio de la puerta, con unos vaqueros y un jersey azul, probablemente acabe de ducharse, porque todavía tiene el pelo mojado. Su imagen en la ducha, con el agua resbalando por cada uno de sus músculos, provoca que apriete los muslos e inspire profundamente.

—¡Eh, eh, eh, jovencito! ¿Pero qué modales son esos? ¿Crees que voy a consentir que hables así a una dama? —le reprende duramente la señora que está junto a mí.

—Lo siento, mamá —baja el tono.

¡¡¡La señora Hunter es su madre!!!

¡Bailo la samba mentalmente!

—No es a mí a la que debes pedir disculpas. —La señora elegante se cruza de brazos, esperando.

Ares me mira con ojos acusadores, repletos de ira.

—No pienso disculparme, mamá, ¡esa mujer es el engendro del mal! — Me señala con el dedo, gritando—. ¡¿Qué haces aquí?! ¿Quién te ha dado mi dirección? —sigue protestando, mientras se acerca hasta mí de tres zancadas.

—¡Te he dicho que no pienso irme sin ti! —le respondo en un arrebatado de valentía, levantando la barbilla.

Su madre entonces me mira de nuevo.

—Obviamente tú eres ella —apunta sonriente e ilusionada.

—¡No. No es nadie! —protesta Ares.

—Hijo, me estás obligando a tener que hacer algo que no quiero, así que o mantienes la compostura, o te vas —lo amenaza, muy seria, señalando enérgicamente la puerta con el dedo.

Ahora comprendo de quién ha heredado Ares su genio... y su belleza.

—¿Tú eres la mujer que ha destrozado el corazón de mi hijo? —me pregunta, sin rodeos.

Ares se queda blanco y yo de pronto me siento una rata inmunda.

—Supongo que sí, señora, he venido hasta aquí para intentar solucionarlo. —Me tiembla hasta la voz.

—Ay niña, ¡qué feliz me haces! —Se lleva la mano al corazón, muy contenta.

—Mamá, no te metas en mis asuntos, esta señorita no es tan dócil como parece. Sus artes son más sucios de lo que crees —escupe con desprecio.

Entonces, le miro agresiva.

—¡No voy a permitir que digas eso de mí! Ni siquiera me has dado la opción de explicarte lo que sucedió, has creído la sarta de mentiras que te han contado y has salido huyendo —le reprendo, enojada. Su madre me ha animado.

—¡Tengo las pruebas de todo! ¡Hasta tú misma lo has reconocido! —despotrica.

La madre de Ares nos interrumpe con un carraspeo, me mira con ternura y me dice:

—Keira, si has venido hasta aquí es porque realmente te importa mi hijo, de eso no me cabe duda. Creo que no hará falta que te diga que es recíproco, ya que desde hace dos meses, hoy es el primer día que lo veo vivo. No seas muy dura con él, por favor, ha sufrido mucho por ti —me ruega su madre con unos ojos suplicantes.

—¡Mamá! —gruñe Ares.

—Os dejo solos para que podáis solucionar vuestras diferencias. Ares demuéstreme que eres el caballero que he educado durante todos estos años. Keira, espero que nos veamos pronto, querida, ha sido un honor conocerte. —Me da un suave beso en la mejilla.

—Yo también, señora, lo mismo digo.

Se marcha y cierra la puerta tras de sí.

Ares no me mira.

—Solo te pido que escuches lo que tengo que decirte, después me iré, si es lo que quieres —le digo, intentando respirar con normalidad. Me tiembla todo.

Se sienta en un sofá y yo me siento frente a él. Nos miramos. Lucho con todas mis fuerzas por no correr a subirme en su regazo. Su mirada penetrante nubla mi razón.

—Ares, todo esto ha sido una trampa. Nos han mentido a los dos para separarnos.

—¿Qué trampa, a qué te refieres? —indaga.

—Jairo, mi ex es Odín. —No pienso encubrirlo más.

Me mira extrañado, entrecerrando los ojos.

—¿Qué Odín? ¿El francés? —pregunta. Su mente ahora mismo va a mil por hora.

—Todo era una tapadera del CNI para pillaros con las manos en la masa. No es francés, le ponían un mural de la ciudad por detrás. Vino a pedirme que les ayudase a destapar el club, con la excusa de que estabais cometiendo varios delitos muy graves. Me explicó que todo lo que sentías por mí era mentira, que simplemente pretendías ganar tus apuestas, yo solo era un medio que utilizabas sin escrúpulos para conseguir un fin. Toda la información, que tuve siempre, procedía de él, por lo que me manipuló a su antojo. Mi gran error fue creerle.

—Pero él me contó que fuiste tú la que contactaste con él, de no ser así, ¿qué sentido tendría que volviera de pronto a tu vida, después de tanto tiempo? —me cuestiona.

—Destruirte. —He llegado a esta conclusión porque una vez que lo ha conseguido, ha desaparecido del mapa otra vez. Lo que no sé todavía es el motivo de ese odio, espero que me lo puedas aclarar, Ares.

—A mí...

—Yo estaba muy enfadada contigo, me creí todas sus mentiras. Él se aprovechó de eso para convencerme. Accedí por venganza, pero eso ya lo sabes —declaro.

—Espera. Hay algo que no me cuadra en toda esta historia, Odín lleva desde los 20 años en el club... —piensa en voz alta.

—¡¿Qué?! —grito, sorprendida.

Eso quiere decir que cuando estuvo saliendo conmigo... ¡¿Ya estaba en el club?! Ahora sí que me he quedado muerta.

—No es posible que lleve desde esa edad en el CNI, por lo tanto, o ha mentido al CNI, o te ha mentido a ti, o a mí... —conjetura.

—¡Madre mía! —Me tapo la boca sin entender nada.

Ares se ha metido en la investigación de lleno, le interesa muchísimo más de lo que me imaginaba, por lo que ha dejado nuestras rencillas completamente a un lado.

—Él no apostaba nunca grandes cantidades de dinero. Comenzó a hacerlo hace unos cuatro años, entonces es probable que ese dinero viniese del CNI, porque los ingresos comenzaron a proceder de otra cuenta. Supongo que lo ganado se lo quedaría él y al CNI le devolvería lo apostado.

—¿Y qué pasa con las pérdidas? —pregunto, intrigada.

—Pocas veces perdía. A partir de entonces, amasó una fortuna. Era de los buenos, aunque no a mi nivel, claro.

«¡Oh claro! El gran tiburón blanco...» pienso, ahogando una risa.

—¿Por qué esas ganas entonces de que desmantelasen el club? Si era su fuente de riqueza... —No entiendo nada.

—Para joderme —asegura.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas de Judith, la periodista aquella que...?

—Sí, sí, la recuerdo —lo interrumpo—. ¿Qué pasa con ella?

—Se iban a casar.

—¿Quién?!

—Tu amiguito y ella.

—¡Oh! —Me quedo muda.

—Él ya se había despedido de todos nosotros, lo iba a dejar por ella. Entonces uno de los socios le propuso, de broma, probar el amor de su mujercita. Planteó que yo la intentase conquistar. Todos los demás le retaron.

—Qué cabrones... —me sale del alma.

—Él aceptó la apuesta y su prometida cayó en mis redes a las pocas horas.

—¿Fuiste capaz de hacerles eso?! —Me horroriza pensarlo.

—Él fue el único culpable al estar de acuerdo. Fue a partir de entonces cuando se volvieron más agresivas sus apuestas y cuando comenzó su

odio hacia mí. Lo que nunca imaginé es que fuese la misma persona. — Está igual de alucinado que yo. Se frota la barba de tres días con su mano.

Si hubiera sabido esta historia, jamás hubiese dejado solo a Ares, indefenso, a merced de su odio aquel día. Un escalofrío fugaz recorre todo mi cuerpo al pensar que le podría haber matado... Me obligo a salir de esta tortura mental que me estoy auto infligiendo.

—Pero Judith me contó que había sido tu novia —recuerdo—, hasta tú me dijiste que pensabas que era especial.

—¡Eso se lo imaginaría ella! Me la tiré un par de veces, sin más. Ya te dije que creí que era especial el primer día, porque nunca me había enamorado. Lo pensé porque se resistió a mis encantos la primera media hora, pero luego empezó a llorar constantemente porque me necesitaba... Por lo que le ofrecí unirse a las chicas... Y aceptó encantada. Creo que Odín intentó volver con ella en repetidas ocasiones. Pero Judith escogió estar conmigo, aunque fuese compartido y un solo día a la semana, a tenerle a él para siempre —cuenta todo esto sin el más mínimo pesar.

Niego con la cabeza, si es que no me extraña que tenga el ego por las nubes.

—¿Entonces ella estaba en el harén aquel día en tu casa? —Mi cabeza va atando cabos a la velocidad de la luz.

—Sí, estaba allí —musita.

Recuerdo aquella mujer que se enfadó al no recibir las atenciones que requería de su Amo.

—¡Ares, ella tuvo que ser la que le contase a Jairo que intestaste meterme allí aquel domingo! Si no, es completamente imposible que él lo supiera —recuerdo que me estaba buscando aquella noche en la que me llevó a su casa.

—¿Y qué motivo podría tener ella para hacer tal cosa?

—El mismo que Jairo, ¡destruirme para separarnos! Si te enamorabas de mí, sabía que tarde o temprano ibas a prescindir de ella. —Todo va encajando a medida que vamos hablando.

Me mira atentamente, está pensando en algo. Yo continúo.

—Él fue quien me informó de la existencia del club, de tus planes, de tus apuestas y el que se encargó de convencerme de que todo lo relacionado conmigo había sido mentira por tu parte. ¿Cómo iba a saber todo eso si no? Por mucho miembro del CNI que fuese.

—Ha estado esperando su venganza pacientemente durante todos estos años, que yo encontrase mi talón de Aquiles para entonces separarnos, como le sucedió a él. En cuanto se enteró de que iba a dejarlo todo por ti, apretó el acelerador a fondo. Haciendo que te metieras en el club para boicotear mi plan.

—¿Qué plan?

—Que la apuesta final fuese nula —declara—. Él fue precisamente uno de los miembros que compré para que no apostasen fuerte.

—¡Claro! Él me empujaba a apostar. —Es increíble cómo hemos caído en su tela de araña...—. Y por eso, te contó todas esas mentiras sobre mí. Nos envenenó a los dos con sus mentiras, con el único afán de separarnos.

—En realidad no todo fueron mentiras, Keira, porque te quedaste con mi dinero y te acostaste con él mientras estabas conmigo —ha cambiado de nuevo el tono de voz y sus ojos se han tornado negros de nuevo.

—¡Ares, yo no sabía ni que tenía ese dinero! Pero si lo tengo, es tuyo, te lo devuelvo ahora mismo, no lo quiero para nada.

—No es mío, te lo has ganado a pulso, Rambhá —dice con sarcasmo, levantándose del sofá sin ni siquiera mirarme.

Me levanto yo también, entonces sus ojos recorren mi cuerpo sin disimulo, haciendo que me encienda como una mecha. Pero eso debe esperar, muy a mi pesar.

—Ares, perdóname, he sido una tonta, pero por fin me he dado cuenta de todo lo que has hecho por mí.

—Te vuelvo a repetir que ya es demasiado tarde. Ahora, si me disculpas, tengo asuntos que requieren mi atención. Buenas tardes, señorita Amor. —Su tono frío y distante vuelve a aparecer, lo siento a años luz de mí, aunque lo tenga enfrente.

Inclina la cabeza a modo de saludo y desaparece de mi vista sin más.

Regreso caminando hacia el hotel.

Necesito meditar.

Mis sentimientos son un remolino de emociones, no sabría expresar cuál es mi estado de ánimo ahora mismo, si predomina el rencor, la sorpresa, la vergüenza, el enfado, el desaliento, la impotencia...

—¡Keira!

Esa voz me hace salir al instante de mis reflexiones, me giro, descubriendo un Mercedes rojo Clase A Red&Black Edition parado en medio de la carretera, junto a mí.

—¿Te vienes?

La madre de Ares me sonrío, angelicalmente, desde el interior del vehículo. No lo dudo ni un solo instante y me subo al coche con ella.

—Cariño, he venido a buscarte para decirte que mi hijo es un imbécil por no darse cuenta de lo que se va a perder si te deje escapar — murmura, mientras conduce.

—Mañana vuelvo a España, ya no puedo hacer nada más... —me detengo al percatarme de que no sé su nombre, entonces muy hábilmente continúo— señora Hunter.

Ella parece adivinar mis pensamientos.

—Me llamo María, querida.

—¡Encantada!

Reímos por mi espontaneidad.

Detiene el coche delante de la puerta de un local donde pone «Cantina», pero me parece demasiado lujoso para el concepto que yo tengo de este tipo de bares.

—¡Ándale, damita, vamos a olvidar las penas! —imita exageradamente el dulce acento mexicano, lo que me provoca la risa, porque ella en realidad tiene un castizo acento madrileño.

Posa su mano en mi espalda y entramos en La No. 20, en Polanco.

Nada más plantar nuestros tacones en el suelo de la cantina, un señor muy elegante se apresura a recibirnos, enseguida, al escuchar la conversación entre ambos, deduzco que se trata del dueño y que están coqueteando descaradamente.

María me presenta como «su nuera», lo cual provoca una inmensa alegría en el caballero. Nos acompaña personalmente hasta una de las mesas, donde nosotras tomamos asiento y él desaparece.

Los camareros acuden sin llamarlos y María pide sin consultarme.

—Tomaremos escamoles, arrachera y tacos de chamorro, con dos margaritas. Gracias. —El camarero se retira cuando ella le entrega la carta, entonces ella me mira y musita—. ¿Te gusta el margarita, verdad?

—Sí, sí, gracias. —Esta mujer es irrefutable, por lo que, aunque no me gustase, me lo bebería.

Mientras esperamos a que traigan la comida, me cuenta la historia de las cantinas en México y que ésta es una de las más lujosas del país, ya que aquí vienen los personajes más famosos a cenar y tomar copas. Miro a mi alrededor, no me extraña que venga aquí la clase alta de la sociedad mexicana, porque esto es precioso.

Cuando nos han traído toda la comida, brindamos y me bebo la copa de un trago. ¡Qué sed tenía!

María hace un gesto al camarero levantando su mano, y en menos de un minuto tengo otro margarita a mi lado.

Entre comida y bebida, charlamos amigablemente sobre nuestras vidas. Ella está interesadísima en la mía, y viceversa. Hace que me sienta relajada, porque me habla con total confianza. Es fascinante todo lo que ha vivido esta mujer, sus ojos brillan al recordar ciertas cosas, la escucho ensimismada.

Cuando terminamos la cena, llama de nuevo al camarero.

—Traiganos pan de elote, cazuela de almendra y esferas de guayaba, todo para compartir. Gracias. —El camarero se retira y ella se dirige a

mí—: ¡Los postres son lo mejor de México! —Me guiña un ojo sonriente, siento que los margaritas comienzan a hacer efecto.

«Casi tengo un orgasmo con esta comida, en serio, lo mejor que he probado nunca» pienso.

—Exquisito —me limito a decirle.

—Creo que esta fue la razón por la que nunca regresé a España, ¡los dulces! —Nos reímos las dos por su confesión.

Cuando hemos terminado, el camarero pone sobre nuestra mesa una botella muy bonita. Me llama la atención que la coloque con tanta ceremonia y además con guantes. También deja una bandejita con sal y varios vasos, todo de cristal.

—Invita la casa, señora —le informa el camarero a mi suegra, que asiente tranquilamente.

—Esta botella está formada por dos piezas, hechas a mano: una mitad es de platino puro y la otra es de oro blanco. Se mantienen unidas por el mítico emblema, también de platino —me explica, mostrándomela con sumo cuidado.

Es realmente preciosa, observo que en dicho emblema reza «Ley 925. Pasión Azteca Ultra Premium». María unta delicadamente el borde de dos vasitos en la bandeja con sal, para después servir el líquido. Me entrega uno.

—¡Brindo por ti, Keira, porque seas capaz de agarrar a mi hijo por los huevos!

Chocamos los vasitos y lo bebemos de un trago.

—Es una auténtica delicia. —Cierro los ojos, degustando todavía este sabor en el paladar.

—Lo llamamos el«Santo Grial» del tequila, cariño, cuesta más de tres millones de dólares. —Sonríe.

—¡¿Tres millones?! —No he podido evitarlo, soy de pueblo.

—Pero merece cada moneda, ¿no crees?

Me he quedado muda, observando atónita cómo repite la misma operación, llenando los vasitos de nuevo. Por Dios, cada trago debe costar doscientos mil dólares...

—¿Y te invitan a esto? —Después de terminar la frase, me arrepiento por mi intromisión.

—Eduardo y yo somos viejos amigos. —Sonríe de una manera que me hace sospechar que fueron algo más que amigos.

—Ya...

—Keira, Cicerón decía que los hombres son como los vinos: la edad agría los malos y mejora los buenos.

No entiendo demasiado bien qué pretende decir con eso, pero brindo de nuevo y bebemos.

—Bien, ya hemos hablado bastante de mí, quiero que me cuentes cómo os conocisteis Ares y tú.

—Yo trabajaba en el hotel donde él se hospedaba. —Es una manera de verlo, bastante más aceptable para una madre que la versión de «el cabrón de tu hijo vino a buscarme para acostarse conmigo y ganar así una apuesta con sus amigos y, ya de paso, hablando un poco de todo, también fue el fundador y el líder de un club donde se dedicaban expresamente a eso...».

—Imagino que en cuanto te vio se quedó prendado de ti —añade.

—Sí, más o menos. —Siento cómo me ruborizo al recordar su mirada cuando me miró por primera vez.

—Lo que no entiendo es qué viste tú en él —suelta, tan pancha.

—¿Estás de broma?! —Me río.

—Perdóname, Keira, es evidente que el dinero y el físico son características que nos atraen a todas, pero me refiero a qué más has visto en mi hijo, qué le hace diferente para hacer este acto tan bonito de venir a por él, atravesando el mundo —suena cariñosa, por eso dudo un instante si protestar porque me está llamando interesada, o agradecer que haya valorado mi esfuerzo de venir a buscarlo.

—María, tu hijo y yo no empezamos bien, porque tiene mucho... carácter.

—¡Oh! Si lo quieres llamar así... —me interrumpe, indignada—. ¡Yo diría más bien que es un auténtico gilipollas! —Se parte de la risa sola.

—¡A veces!

—Cuando era pequeño, de repente le daban ataques de ira y necesitaba romper cosas. —El recuerdo de Ares destrozando su casa con aquella lanza revolotea en mi memoria—. No sabíamos qué hacer con él, estábamos desesperados, nuestros allegados hasta creían que tenía el mal en su interior. Pero un buen día, su padre le compró una cinta

andadora y le puso a correr una hora, sin parar. Siempre lo recordaré, ¡volvió como un cordero manso al corral! Tenía demasiada energía y no sabía cómo canalizarla. Nosotros lo enfocamos con el deporte. Imagino que él lo habrá aprovechado para otras cosas. —Vuelve a reírse cuando descubre mi cara completamente roja.

—Creo que esto me ayudará bastante de ahora en adelante —confieso.

Recuerdo que siempre está buscando cosas inquietantes que hacer, para descargar lo que él llama «adrenalina».

—Solo le pedí que no mintiese a las mujeres, que no jugase con ellas, que siempre les dijese la verdad, por muy dura que fuese. Y espero que en eso no me haya fallado. —Su madre parece afligida.

—No sé qué decir al respecto. —¿Cómo contarle a una madre orgullosa que su hijito del alma es un embaucador profesional?

—Cuando un hombre es sincero, no hay nada que reprocharle. Lo que mata una relación son las mentiras, Keira, eso grábatelo a fuego en la mente, hija.

—Tienes razón.

—Pero sigues sin contestarme, ¿por qué mi hijo ha perdido la cabeza por tí? ¿Qué has visto en él que te pueda gustar? —vuelve a la carga.

Esta mujer no deja de rellenar los vasitos, empiezo a ver doble.

—Ares tiene una coraza que le impide mostrarse tal y como es. Le da miedo entregarse porque teme que le hagan daño, como a todos, imagino. La diferencia es que él nunca lo ha sentido antes, por eso se protege así mismo de lo desconocido, mostrando indiferencia. Pero la realidad es que tu hijo es cariñoso, protector, dulce, posesivo, seguro de sí mismo, valiente, sincero, bondadoso, generoso... ¡Y millones de cosas más!

—¡Vaya, lo amas más de lo que yo imaginaba! —Me observa, atentamente—. Ese brillo en tus ojos, al hablar de él, te delata, Keira.

—María, no sé nada de esta vida, pero si una cosa tengo clara es que amo a Ares por encima de todo.

Ella coge mis manos entre las suyas y me mira emocionada.

—¡Pues entonces no tienes nada que temer, querida, ese cabezón tarde o temprano se dará cuenta de todo!

—Pero temo que sea demasiado tarde.

—¡Nunca es demasiado tarde, y menos para ti, con lo joven que eres, por el amor de Dios! ¡Venga, vamos a bailar!

Antes de que me dé tiempo a negarme, me ha cogido del brazo y me ha llevado a bailar allí en medio del local, donde no hay nadie más bailando. Ella comienza a moverse como se hacía hace cuarenta años, a lo yeyé, claro. Por no dejarla sola, le sigo el ritmo y acabamos partiéndonos de risa las dos. No tardan en sumarse a nuestra fiesta particular algunos señores, a los que no prestamos ninguna atención.

Cantamos todos a voz en grito la canción de Paulina Rubio Ni rosas ni juguetes.

Te puedes ir, no me importa tus billetes

No hay rosas ni juguetes que paguen por mi amor

Te puedes ir a la China en un cohete

Ve y búscate una tonta que te haga el favor

Una de las veces que estoy «toda» emocionada, berreando la letra de la canción, giro sobre mí misma, con los brazos en alto dándolo todo, veo un hombre observándome, con los brazos cruzados, muy serio, entonces me detengo para enfocarlo, pero su figura se sigue moviendo sin parar. ¡Vaya mareo que tengo!

—¡Ares, cariño! —le saluda María, pizpireta.

Se acerca hasta nosotras lentamente, mirándonos con reproche.

—¡Mamá, sabes que papá no quiere que vengas aquí! —la regaña. Imagino que el dueño tiene bastante que ver con dicha prohibición.

—¿Está él aquí para prohibírmelo? ¡Pues entonces voy donde me da la gana! —Su voz suena gangosa y no deja de partirse de la risa, y yo intento por todos los medios no sumarme a sus carcajadas.

Entonces su mirada reprobatoria se clava en mí.

—¿Te parece bonito emborrachar así a mi madre? —brama.

—¡¿Qué?! ¡Tu madre ha sido la que me ha obligado a terminar la botella del Grial ese! —protesto, enojada por su acusación, mientras él abre los ojos espantado por tal información.

—¡Ares, hijo, no me extraña que sigas soltero a tu edad! —María se apoya en su hombro, tambaleándose, para interrumpir nuestra discusión—. ¿Te parece apropiado tratar así a una dama? Yo ya te hubiera cruzado la cara, unas cuantas veces además, ¡qué paciencia tienes, Keira, hija! —Ahora le ha entrado el hipo, así que no me aguanto más y se me escapa una carcajada.

Ares nos mira a las dos, anonadado, no se lo puede creer. Pero ya para terminar de rematar todo, María le apunta con un dedo acusador.

—Hijo, esta mujer vale más de lo que te piensas, se ha tomado la molestia de conocerte y mirar más allá de lo que tú estás dispuesto a ofrecer, yo desde luego le doy mucho más que el visto bueno. Contáis con mi bendición... —Y acto seguido se desploma contra el suelo.

Ares corre a cogerla en brazos, se ha desmayado y creo que yo no tardaré mucho más en hacerlo.

Abro los ojos.

Todo está oscuro.

Siento que me encuentro tumbada en algún sitio. Es confortable. Me incorporo despacio para poder ver dónde estoy, pero la cabeza me asesta unos pinchazos insoportables, por lo que vuelvo a tumbarme rápidamente para que cesen. Miro asustada a mi alrededor. No reconozco la habitación, aunque si me fijo en que la decoración, que es de antes de la guerra...

—Estarás satisfecha. —Su voz ronca penetra en mis oídos.

Me sobresalto. Busco la procedencia de esa voz, pero no veo nada. Poco a poco, mis ojos se van acostumbrando a la oscuridad, entonces lo descubro en un rincón, frente a mi cama.

—Has puesto a mi madre en mi contra.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Tú solito lo has hecho todo! —Me incorporo, soportando los pinchazos como buenamente puedo.

Avanza lentamente hasta la cama. Observo fascinada cómo emerge entre las sombras. Su añorada silueta va cobrando vida según se acerca a mí. El azul de sus ojos resplandece al encontrarse con los míos.

—¿Has venido hasta mi país para llenar la cabeza de pájaros a mi madre, Keira? Es a mí a quien tienes que convencer y así estás a años luz de conseguirlo.

—Fue tu madre la que vino a pedirme que no me rindiese, que luchase por ti. Pero no te preocupes, en unas horas tengo el vuelo de regreso a Madrid, ya le dije que era una batalla perdida. —Intenta mantenerse sereno, aunque le cambia la expresión ante mi noticia.

—¿Ella fue a buscarte a ti? —parece extrañado.

—¿En serio crees que antes de irme de aquí la secuestré para emborracharla?

Me observa sin hacer nada más, parece pensativo.

—Ella nunca antes ha aprobado a ninguna mujer. Todas le han parecido insuficientes para mí.

No sé qué decir ante tal revelación, porque conmigo ha sido todo lo contrario. Él continúa.

—Por lo visto está perdiendo facultades, ya que en esta ocasión, no ha sabido ver que, una vez más, solo venían detrás de mi fortuna... —Puedo sentir su rabia interior, aunque intenta aparentar indiferencia al hablarme.

Entonces no me aguanto más y reviento.

—¡Ares Hunter, no se puede ser más imbécil!

Me levanto de la cama, ataviada únicamente con mi ropa interior negra de encaje, lo cual provoca un repentino abultamiento en su pantalón y una mirada lujuriosa persiguiéndome. Busco algo por todas partes... «¡ahí está!». Corro a cogerlo.

Saco mi móvil del bolsillo trasero del pantalón, que está sobre la cómoda, muy bien dobladito, no dudo quién lo habrá hecho. Pulso unas cuantas veces la pantalla y me sitúo junto a él para enseñársela. Se tensa al sentir mi contacto, pero lo disimula.

—Mira. —Le paso el móvil—. Busca los movimientos de los tres últimos meses. ¿Querías pruebas? ¡Ahí las tienes!

Me he metido en mi cuenta del banco. Al principio, se muestra reticente, pero finalmente lo busca, intrigado.

—Aquí está el ingreso del dinero, aparece en tu cuenta... y a los dos minutos se cancela —me informa extrañado.

—¿Tiempo suficiente para hacer una captura de pantalla?

—Joder...

—Además no tienes por qué fingir más, Cristian me contó que estabas arruinado... Y aún así he venido a buscarte.

Me observa atento.

—¡Ares, nunca quise tu dinero! Hice todo para que te dieras cuenta de que me querías... y de paso, darme cuenta yo también.

Deja el móvil sobre la cómoda de nuevo, se gira y viene caminando muy lentamente. Cuando ha llegado hasta mí, se detiene y me mira fijamente a los ojos, haciéndome sentir frágil e indefensa. Me pone tan nerviosa.

—¿De qué te has dado cuenta exactamente, fiera? —Una sonrisa contenida asoma en sus labios.

¡Uf!, si hubiera pulsado el botón mágico que conecta directamente con mi clítoris, no me hubiese entrado tanto calor como al escucharle decir «fiera», con esa voz...

—De que te quiero.

«¡¿Eso lo he dicho yo?!».

Se abalanza sobre mí, aprisionando mi cuerpo contra el suyo, capturando entre sus labios los míos con gran maestría. Se me escapa un gemido, que hace que él se encienda más, si cabe. Siento su dureza entre mis piernas, sabe de sobra dónde presionar y cuándo. Hace que pierda todo tipo de control, soy suya completamente. Soy adicta a sus besos, a su aroma, a su sabor, a su tacto... Lo necesito... Pero lo mejor de todo, es que de pronto soy consciente de que él también me necesita a mí.

Nos separamos unos instantes y nos miramos uno al otro. Estos sí que son los ojos que recuerdo, rebosantes de vida, lujuriosos, de ese azul brillante, apasionados, anhelantes y arrebatadores.

Le sonrío.

—Adoro tu sonrisa, fiera, ni puedo ni quiero vivir sin ella —suspira, como si al pronunciar estas palabras se quitase una gran carga de encima.

—Pues lo disimulas bastante bien. —Le pellizco el culo y me sonrío vivaracho.

—Cuando te vi ayer en el parque... ¡Joder!, no puedo explicar lo que sentí, pero era algo demasiado fuerte en el estómago. No sabía si estaba soñando o eras real... —Sonríe al recordarlo.

La escena del porrazo que se pegó contra la farola hace su aparición estelar en mi cabeza, lo que termina provocándome un bufido, seguido de una sonora carcajada.

—¡Vaya golpe! —consigo decir, entre las risas de ambos.

Después de un rato partiéndonos de risa, me mira a los ojos.

—¡Todavía no me creo que estés aquí!

Nos besamos de nuevo, mientras desabrocha mi sujetador, que cae al suelo. Se detiene y me observa hambriento, esta mirada hace que termine de calentar motores, estoy a mil.

Ares me sonrío travieso al ver que me ruborizo.

—Keira, ¿por qué te acostaste con él? —Realmente es lo último que nos queda por aclarar... ¡¿Pero justamente ahora?!

Así que decido que debemos dejarlo todo zanjado de una vez por todas.

—Fue solo una vez, el mismo día en el que volvió a mi vida. Se presentó como mi héroe, y tú acababas de decirme que era solo un polvo para ti, ¡mediante un post-it! —Intenta no reírse, ¡será cabrón!

—Siempre tuve la esperanza de que no fuera cierto...

—Me sentía fatal. ¿Qué pretendías que hiciese?

—No lo sé, pero acostarme con él desde luego que no hubiera sido mi primera opción ¡Dios, me vuelvo loco cada vez que me lo imagino, Keira! —Sonrío al verlo tan ofuscado.

—¡Pues no te lo imagines!

Ahora mismo me produce ternura. No sabe cómo gestionar sus sentimientos. El descubrir que el gran Ares Hunter tiene celos por mi culpa, me hace sentir hasta halagada.

—¡Multiplica eso por siete, Hunter, y así sabrás cómo me sentía yo! — propongo.

Me mira con dulzura.

—¡Qué idiota he sido! Estaba ciego.

—Menos mal que llegué para abrirte los ojos... —Me río, al ver su cara de sorpresa.

—¡Más bien te los abrí yo a ti! —me susurra al oído, abrazándome para tumbarme sobre la cama.

—Nuestra historia es de locos.

—Y aún así, aquí estamos... —Besa mi cuello y siento morir.

—Nos ha utilizado como le ha venido en gana, Ares.

Siento tanta rabia...

—Pero lo que sentimos uno por el otro es más fuerte que él y todo el maldito CNI juntos, no podrán separarnos jamás, fiero. —Muerde suavemente el lóbulo de mi oreja y absorbe el perfume de mi cabello. Lo

oigo jadear en mi oído—. Y ahora, dejemos de hablar de ese desgraciado.

—Sí, por favor... —jadeo bajo su cuerpo, ya que estoy en plena efervescencia.

—Mmmm, me vuelves loco, Amor.

Se abalanza sobre mí, sacando la fiera que llevo dentro e intentando saciarla el resto del día, o de la noche, o de lo que sea, ya que pasamos horas sin salir.

Soy tan feliz...

—Se me está ocurriendo una bonita venganza para él —le informo, en uno de los descansos que nos tomamos en nuestra particular odisea.

—¡Soy todo oídos! — Se pone frente a mí, el brillo en sus ojos resplandece como las estrellas en la noche.

Saborea mis palabras, imaginándose los acontecimientos que le describo. Obviamente es el dios de la guerra, porque la lucha le encanta en todas sus vertientes.

Antes de volvernos juntos a Madrid, Ares ha insistido en que nos pasemos por Cancún un par de días. No es que nos pille de camino, porque está a dos horas de aquí, pero quiere enseñarme algo.

Emma no deja de saltar cuando le cuento en el hotel que he recuperado a mi amor, mientras hago la maleta para irme. Nos despedimos precipitadamente y prometo llamarla en cuanto llegue, para darle los detalles escabrosos.

Salgo del taxi rosa que me deja a las 9.00 de la mañana en una de las pistas privadas del aeropuerto, en la dirección que me ha indicado Ares. Su padre nos va a prestar uno de sus aviones, y uno de sus pilotos se encargará de llevarnos a Cancún.

Observo que, frente a mí, hay un pequeño avión verde con la puerta abierta, del que de pronto sale un hombre alto, moreno, fuerte, con unos pantalones blancos y una chaqueta azul marino desabotonada, lleva unos náuticos azules, a juego con la chaqueta y sus gafas de Aviador. Sus dientes blancos aparecen entre sus labios carnosos al verme. ¡Dios, es irresistible!

Se apoya en las escaleras con el codo, cruzando un pie sobre el otro, toda una pose de seductor fatal, y me hace el gesto de ven, con la mano:

—Acérquese, señorita Amor, la llevaré al cielo.

Niego con la cabeza, sonriendo. Baja hasta la mitad de la escalera para ayudarme a subir, ofreciéndome su mano. Da un tirón de mí, impaciente, y me estrecha contra su cuerpo. Introduce su lengua juguetona entre mis labios, provocando que un torrente húmedo invada mi entrepierna.

—Señor Hunter, ya está todo listo —carraspea una azafata, asomándose por la puerta.

Una vez en el interior, esperamos en pie a que la chica coloque las maletas en los compartimentos correspondientes. Él está detrás de mí, rondando cerca de mi cuello. Se me pone el vello de punta al sentir su respiración cerca.

—La pena es que los jets de mi padre no estén preparados para todo lo que te voy a hacer en cuanto nos quedemos solos, fiero —me susurra en el oído—. No aguanto más tiempo sin meterme ahí dentro. —Me atrae hacia sí desde atrás, bajando su mano desde mi vientre, hasta mi punto erógeno, que en estos momentos es el más voraz del mundo. Esto me hace sentir su gran miembro presionar mi trasero a través del vestido.

Suspiro... La azafata nos mira y Ares retira la mano no demasiado rápido, con una gran sonrisa de satisfacción en su cara, mientras yo me muero de vergüenza.

Hay veces en las que todo a nuestro alrededor estorba, la gente, la ropa... ¡Incluso el aire que circula entre nosotros! ...y ésta es una de ellas.

Va a ser un viaje muy largo, le encanta torturarme y verme rogar por sus atenciones. Desde luego, ahora mismo le suplicaría lo que quisiera con tal de que me empotrara contra la pared, pero no sería demasiado aconsejable en un avión tan pequeño.

Aterrizamos en el aeropuerto de Cancún a las 12.00. Allí nos espera un hombre trajeado, que le estrecha la mano a Ares, le da unas llaves, sin mediar palabra, y se marcha.

Ares me coge la mano y nos dirigimos hasta un reservado. Introduce un código numérico en el teclado del portón y éste se abre lentamente, dejando descubrir un pedazo de Koeniggseg One plateado en su interior.

—Te presento al súper deportivo más rápido del mundo —me informa, con su sonrisa pícaro.

—¿Voy a conducirlo?! —Por probar...

—Me pondría muy cachondo verte conducir este coche, fiero, pero... ¡ni lo sueñes!

Entra en el garaje y se monta en el flamante vehículo. Saca unas gafas de la guantera, distintas a las que tenía antes, y se las pone lentamente mientras me mira, seductoramente. Me quedo pasmada, es realmente precioso. ¡Y el coche también!

Lo saca del garaje demasiado deprisa, frena delante de mí.

—¿Te vienes, morena? —Me sonrío desde abajo y me vuelvo a derretir. ¡Qué rabia me da que sea tan guapo!

Monto en el asiento del copiloto y salimos disparados hacia la autopista. Verlo conducir es una de las cosas más hermosas del mundo. Es la viva imagen de la libertad.

—Creí que estabas arruinado —le digo, mientras conduce.

Una sonrisa de medio lado aparece en su rostro, me mira por encima de sus Ray-Ban y me cuenta que:

—Cris hizo bien su trabajo.

—¡Seréis capullos! —Le doy un puñetazo en el brazo, que ni cosquillas le hace.

Estos dos no cambiarán nunca. He de admitir que siento un gran alivio por no ser yo la causante de su ruina.

Suelta una carcajada al ver mi expresión, acelera y volamos a 475 kilómetros por hora por el asfalto de la Riviera Maya.

Avanzamos por el Bulevar Kukulcán, pasamos la zona hotelera, hasta un pequeño espacio llamado «La isla». Observo maravillada el Ritz Carlton, mientras pasamos de largo, es impresionante.

—Nos encontramos en la zona más exclusiva de Cancún, justo en medio de las dos vistas más espectaculares. Por un lado, puedes disfrutar de una maravillosa panorámica de la Laguna Nichupté. —Me señala hacia la izquierda, teatralmente, ejerciendo de guía turístico—. Y por el otro, del privilegiado contacto con las aguas turquesas del mar Caribe. —Me señala hacia la derecha.

—Esto es el paraíso... —digo, admirando el espectáculo natural que aparece ante mis ojos.

—Tú sí que eres el paraíso, muñeca.

Se acerca y me da un casto beso en los labios.

Quiero más.

Hemos llegado a una urbanización de lujo, donde hay cuatro mansiones, no más, lo demás son todo hoteles. Detiene el coche, baja la ventanilla para introducir un código, y entonces uno de los agentes de seguridad abre el portón de hierro, parece haberle reconocido.

Accedemos al parking privado que hay detrás de la caseta de seguridad. Aparca el coche, sale, lo rodea y abre mi puerta. Salgo cogida de su mano.

—¡No puedo creer que estés aquí! —dice sonriente, mientras rodea mis hombros con su brazo.

—¡Ni yo! —Lo rodeo por su cintura.

Nos dirigimos hacia una de las mansiones blancas que tenemos delante, específicamente hacia la que está situada más a la derecha. Subimos unas escalinatas de piedra, abre la puerta y, automáticamente, todas las luces de la estancia se encienden, incluso estando a plena luz del día.

Entramos.

—Bienvenida a mi humilde morada. —Se sitúa frente a mí, teatralmente, y hace la presentación oficial de la casa con servidora, acompañado de un simpático gesto de su mano, como si realmente estuviese presentando a dos personas.

Todo es blanco, moderno y minimalista. Muy Ares.

—¿Esta es tu casa?

—Sí, este es mi refugio. Aquí en Cancún es donde tengo todas las empresas, mis padres son los que viven en DF. Solo estaba allí de paso.

—Es preciosa. —Observo boquiabierto todo a mi alrededor.

—Ven, te enseñaré lo mejor. —Me coge la mano y me lleva a través del gran salón, hasta que llegamos a una puerta.

Se sitúa detrás de mí y tapa mis ojos delicadamente con sus manos.

—¿Confías en mí? —me dice al oído.

—Sí —respondo, sin dudar.

Avanzamos, despacio, mientras continúa tapándome los ojos. Siento que abre la puerta y me ayuda a pasar, ya que no veo nada. Damos unos cuantos pasos más hacia adelante y nos detenemos.

—¿Qué sientes? —me pregunta, con una voz sensual, rozando mi oreja con sus labios, lo que provoca que el vello de mi cuerpo se erice por completo.

Me concentro entonces en mis cinco sentidos. Huelo a sal. La brisa juguetea con mi pelo. Escucho las olas del mar muy de cerca.

—El mar.

Aparta lentamente sus manos de mis ojos y descubro que estamos en un mirador. La inmensidad del horizonte se expande ante mí. Esta vista es un auténtico prodigio de la naturaleza.

El verde de las palmeras en los laterales, el blanco de la arena abajo y el azul del mar de frente, se combinan a la perfección para embelesar

todos mis sentidos. Ares me abraza, desde atrás, apoyando su mandíbula en mi hombro.

—Es... perfecto —baluceo, mientras no soy capaz de apartar la vista de semejante maravilla.

—Siempre he admirado el atardecer de este lado del océano, es algo que consigue serenarme, que apacigua la bestia que llevo dentro. Pero faltaba algo para ser perfecto... no sabía qué era... hasta ahora mismo. Faltabas tú.

—Ares, esto es...

—Todo para ti, mi diosa.

Me giro y rodeo su cuello con mis manos. Apoya su frente en la mía y me mira. Ver el rostro de este hombre enmarcado en tal fondo... no tiene parangón.

—Nunca pensé repetir la frase, contigo aprendí que nunca es tarde para aprender a amar... —canturrea nuestra canción, inventando lo que quiere, mientras bailamos pegados.

Saboreo este momento como si fuese el último de mi vida, porque probablemente sea uno de los que pasarán por mi mente justo antes de morir. No podría pedir nada más. Unas lágrimas de felicidad plena no pueden evitar inundar mis ojos.

Pasado un buen rato, en el que exclusivamente nos dedicamos a deleitarnos uno con el otro, dice:

—Cariño, vamos a comer, te necesito fuerte.

—¿Por qué, me vas a poner a correr una maratón? —Me río, intrigada.

—Sí, vas a correrte varias veces, fiero. —Esta afirmación provoca un estremecimiento en mí.

Se dirige, sin prestarme la más mínima atención, hacia la mesa baja que hay a nuestra derecha, está llena de comida y bebida, pero yo ni había reparado en ello. Mientras tanto yo estoy ardiendo en deseos de que me haga suya ahora mismo, de lo contrario... ¡Implosionaré en cualquier momento!

Es entonces cuando me detengo a observar todo cuanto me rodea, pues solo he tenido ojos para Ares y el mar. Nos encontramos en el porche de la casa. Es alucinante porque estamos a menos de diez metros del mar.

Hay varios sofás de cedro, rodeando la mesa baja, donde está sentado Ares.

—Vives en el Edén...

—Ahora que estás tú, sí.

Lo miro y lo que descubro es amor en sus ojos, veneración incondicional y rendición absoluta. Veo su alma, limpia y transparente.

No aguanto más. Avanzo hasta el sofá, paso una pierna por encima de las suyas y me siento a horcajadas sobre su miembro. Me recibe más que deseoso. Le bajo la cremallera del pantalón, mientras nos besamos sedientos, liberando así su gran envergadura, que no tarda en encontrar refugio en mí.

Echo la cabeza hacia atrás al sentirme plena. Él me sostiene entre sus brazos. Suelta un bufido salvaje. Enseguida, bailamos juntos la misma canción.

—¡Dios, Keira! Te echaba tanto de menos... —ruge en mi cuello, mientras yo convulsiono, jadeante, entre sus brazos. Al instante, termina derramándose en mi interior.

Poco a poco, vamos recobrando el aliento. Espero que no nos haya visto nadie, aunque me extrañaría mucho, ya que estamos en una playa privada, y está desierta.

—Porche estrenado —dice sonriente, mientras se recompone la ropa.

—¿No habías...? —no termino la frase porque niega rotundamente con la cabeza.

—La única mujer que ha pisado esta casa es la sirvienta, ni siquiera mi madre.

He de admitir que me encanta la idea de ser la primera y espero que la última.

—Come, fiera, que me has hecho trampas.

Miro la succulenta comida que hay sobre la mesa, se trata de mariscos y frutos tropicales, dispuesto sobre coloridos platos... Es tan bonito. ¡Me lo quiero comer todo! De hecho lo hago.

Llevo media hora comiendo y siento que voy a reventar. Ares me observa sonriente.

—Estabas hambrienta.

—No he comido demasiado en estos últimos meses.

—Pues ahora comerás hasta saciarte, de eso me encargará yo, que no me gustan las huesudas —me responde, alzando su copa de Martini.

De repente, sin avisarle, me levanto, salgo corriendo hacia la playa, quitándome los zapatos de camino, y tirándolos por los aires. Quiero sentir en mis pies el suave tacto de la arena blanca, degustarlo. Sentirme libre.

Ares corre tras de mí, enseguida me alcanza, cogiéndome entre sus brazos y corriendo conmigo encima en dirección al agua. No se detiene, corre como un loco, sin que nada pueda pararle. Por mucho que intenta sortear las olas, acaba cayendo al agua y los dos terminamos metidos en el mar, empapados.

Reímos, sin poder parar.

Mi vestido completamente mojado se ciñe sobre mi cuerpo, por lo que siento lo mismo que estando desnuda. Él me mira con deseo, mordiendo su labio inferior.

—Me muero por hacerte el amor, fiera.

El agua está templada y es completamente transparente, no cubre más allá de la altura de las rodillas, por lo que intento inútilmente hundir a la «montaña Ares» en el agua.

—No querrás luchar contra el dios de la guerra, ¿verdad?

—¡Oh! Lo he hecho varias veces, y siempre he ganado, Hunter, ya deberías saberlo. —Le apunto con el dedo.

—Si pierdo es porque yo —enfatisa— te dejo vencer, Amor, ya deberías saberlo —me imita juguetón, salpicándome.

—¡Já! No te lo crees ni tú.

Me atrae hacia sí de un tirón, sujetándome entre sus brazos y me besa con dedicación absoluta. Estamos solos en la playa. Estamos solos en el mundo.

Baja sus manos hasta mi trasero y lo masajea con determinación, frotándome contra su sexo. Haciéndome saber que está más que duro para mí de nuevo.

—No te voy a dejar salir de la cama en estos dos días —susurra, escondido en mi cuello, dándome besos a lo largo de su camino.

—Eso es secuestro. —Le sonrío, malvada.

—En toda regla.

Me coge en brazos y nos dirigimos hacia el interior de la casa, haciendo varias paradas para besarnos por todas partes y deshaciéndonos de la ropa por el camino.

Cuando conseguimos subir a la planta de arriba, descubro estupefacta una habitación inmensa y completamente acristalada. Menos el suelo, todo lo demás es de cristal.

—¡Guau! —Últimamente solo digo esta palabra.

Me acerco hasta la pared del fondo, y admiro, embriagada, el mar embravecido frente a mí.

Ares se tiende sobre la cama, redonda y gigantesca, debe medir unos dos metros de diámetro al menos. Me observa ensimismado. Me acerco hasta él para echarme a su lado.

Pasamos el resto de la tarde sucumbiendo a nuestra pasión desbocada.

Cuando cae la noche, gracias al techo acristalado, puedo admirar el gran manto de estrellas que ha aparecido ante mis ojos, permanezco completamente hechizada entre sus brazos y el firmamento.

Todo a su alrededor destila un aura espiritual inexplicable.

—No tengo palabras... —susurro, intimidada ante tanta belleza.

—Yo también te quiero, mi vida.

Ares me demuestra que, desde luego, tiene bien merecido su nombre, obviamente es un dios, al menos yo me declaro devota suya y, desmesuradamente, practicante.

Sabe dónde tocarme, cómo hacerlo, en la medida y al ritmo oportuno, me atrevería a afirmar que conoce mi cuerpo incluso mejor que yo. Me hace gritar, gemir, perder la noción del tiempo y elevarme a un lugar que nunca imaginé que existiera, el cual, no estoy demasiado segura de que no sea divino.

Es mi «Armagedón», lo tengo ya asumido.

Son las 5.00 de la madrugada, y llevamos más de doce horas metidos en su habitación practicando todo tipo de sexo. Sorprendentemente no me canso y cada vez es mejor.

—Tengo un regalito para ti —dice, saliéndose de mi interior, todavía duro.

Me siento abandonada entre las sábanas. Ya lo echo de menos, pero las vistas de su gran espalda y su culo respingón, hacen que no me importe demasiado que se marche un momento.

Aparece con una cosa gigantesca en sus manos. Es una especie de cama individual rara, en forma de «M» redondeada. Lo suelta delante de la cama con gran ceremonia y lo desembala.

—¿Qué es eso? —pregunto, extrañada.

—El sofá-sutra —anuncia, con una mirada demasiado pervertida.

Se sienta en él, abre las piernas, con la bandera en todo lo alto, se da dos palmadas en sus muslos y me dice:

—Ven aquí, cordera.

Hacemos el misionero alto, el misionero bajo, el del medio también, el oráculo, el martilleo, la amazona con la yegua, la fusión, la sumisión, el perrito, el deleite, el salvaje, la atrapada, la búsqueda, el camino del cielo, el beso de la gloria, de la perdición y miles de variantes más, que entre Ares y yo nos hemos sacado de la manga.

Jamás imaginé que un mueble iba a dar para horas y horas de placer extremo. A partir de hoy, ¡me compraré uno de éstos allá donde vaya!

Mañana temprano tenemos el vuelo a Madrid, por lo que esta noche debemos estar algo más... tranquilos.

Cuando salgo del baño para vestirme, me siento extraña. Es como si de pronto regresara de otro mundo. Después de más de 48 horas desnuda, en esta habitación, la ropa me molesta.

Alguien nos ha estado dejando comida en la puerta y, por eso, no hemos tenido la necesidad de salir de aquí en todo este tiempo.

Ares se ha arreglado antes que yo y me ha dicho que me espera abajo.

Me pongo un vestido largo de gasa azul de tirantes. Me maquillo un poco los ojos y los labios, lo justo para darle a mi rostro un toque de color, aunque bien es cierto que el sexo hace que tenga una piel espectacular, tersa y rosada, por eso no necesito demasiado retoque.

Son las 20.30 de la tarde. No encuentro a Ares por ningún sitio de la planta de abajo. Lo llamo, pero nadie contesta.

«¿Dónde se habrá metido?».

Salgo extrañada al porche, me apoyo en la barandilla para admirar la increíble puesta de sol que se cierne ante mí y descubro que ahí abajo, en la playa, hay una especie de marquesina redonda, engalanada con un dosel de cuatro postes, del que cuelga una tela blanca de seda, que ondea al viento, dejando adivinar una mesa con velas en su interior.

Bajo las escaleras del porche, que van a parar a la arena, me quito las sandalias y las dejo en el último peldaño de madera. Avanzo despacio hasta el cenador improvisado.

Intrigada, camino al mismo tiempo que miro a mi alrededor, por si descubro algo que responda a mi pregunta.

—¿Ares? —le llamo, antes de llegar.

No obtengo respuesta.

Una vez que he llegado, observo que la mesa está vestida para un solo comensal. Frunzo el ceño. Me doy cuenta entonces que hay una nota sobre el plato, avanzo y la cojo.



Han sido los mejores
polvos de mi vida. Ya
nos veremos.

Gracias.

Ares

Un acaloramiento repentino recorre mi cuerpo, apoderándose de mi estómago y sobre todo de mis piernas. No es posible que me haya

abandonado así... Porque esta vez sí que lo mataré... aunque sea lo último que haga en mi vida, lo estrangularé con mis propias m...

Unas trompetas comienzan a sonar a mi espalda, lo que hace que me gire sobresaltada, para descubrir a siete mariachis, tocando los acordes de una conocida canción.

La música inconfundible de Fascinación al inconfundible estilo mexicano hace que termine cantando junto a ellos. Es tan hermoso...

De pronto aparece mi amor, tras ellos, con un pantalón azul y una camisa blanca de lino. Me recuerda a un ángel. Casi le aplaudo de la emoción... Se coloca en medio de todos ellos, para cantar en solitario el estribillo con una voz aterciopelada y dulce, mientras me mata con su mirada azul.

Quédate por siempre a mi lado

Es real lo que siento

Mi vida lo entendí cuando te conocí

Yo que no creía más en esto

Fue el poder de tu amor

Lo que me hizo caer en esta fascinación

Avanza tres pasos, hasta situarse frente a mí, estoy muy nerviosa, me coge por la cintura, nos miramos con ternura el uno al otro y bailamos el resto de la canción, pegados, bajo la luz del atardecer caribeño.

Cuando terminan de tocar, los mariachis comienzan a aplaudir y a gritar con su marcado acento mexicano, mientras nosotros seguimos en nuestro mundo.

«¡Vivan los novios!».

«¡Órale, damita!».

«¡Rrrrrrr, ándale, ándale, morenaza!».

Y cosas así, que hacen sonreír a Ares.

—Gracias, chicos, podéis retiraros —les despide, sin soltarme.

—¡Suerte, hermano! ¡Que triunfe el amor! —Todos estrechan su mano, besan la mía y se marchan cantando por la playa.

Ares me mira de una manera muy extraña, tiene mis dos manos entre las suyas, y parece nervioso, faceta suya desconocida hasta la fecha.

Entonces, sin más preámbulos ni ceremonias, postra una rodilla sobre la arena.

—¿Ares, qué haces? —le pregunto.

— Keira, me he dado cuenta de que aunque viviera mil vidas me volvería a enamorar de ti una vez tras otra.

—Muy profundo, cariño, pero levántate...

—Tengo 34 años y me he perdido muchos sin ti, quiero pasar el resto de mi vida contigo, si tú me lo permites. Conozco tu presente, pero quiero conocer tu pasado y ser tu futuro. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Junto a ti soy el hombre más feliz del mundo, y por eso, a cambio, prometo hacerte sentir lo mismo hasta el fin de mis días.

No digo nada, bastante tengo con mantenerme en pie, porque me tiembla todo el cuerpo.

—Eres mi Rambhá. —Saca de su bolsillo la cajita negra, que dejó sobre la mesa del ático aquel fatídico día, y me la entrega abierta para que vea su contenido. —¿Me concederías el honor de casarte conmigo?

Me pongo de rodillas frente a él.

—¿Estás seguro? —pregunto, anonadada y asustada a partes iguales.

—No he estado más seguro de nada en toda mi vida, fiero —me responde, seguro de sí mismo, mirándome con sus ojos penetrantes.

—Pues es que yo no creo que esta sea la mejor opción, somos demasiado jóvenes... —Él me mira con los ojos entrecerrados, y el ceño fruncido, lanzándome un mal de ojo, entonces suelto un bufido, seguido de una carcajada. Él me ha gastado la broma de la notita, pues yo se la devuelvo...

—¡¡¡Sí!!! —le contesto, riendo.

—¡Joder! —resopla, aliviado.

Se abalanza sobre mí para besarme y caemos los dos sobre la arena, besándonos como si no hubiese mañana, y aunque esto fuese verdad y

no lo hubiese, sería igualmente feliz, y estaría eternamente agradecida por terminar mis días en el paraíso, es decir, entre los brazos de mi dios.

Fin.

Epilogo

Acaban de marcharse Keira y Eros. Yo sigo insistiendo en que estos dos tontean demasiado, pero la tozuda de su madre y el despistado de mi marido, no lo quieren admitir. Solo sería suficiente con prestar un poco de atención, para ver cómo se miran cuando piensan que no los observamos.

—Cariño, es normal que tonteen, tienen 30 y 32 años, están en la edad —me intenta convencer Ares, despreocupado—. Aunque ella, al ser mayor, se puede aprovechar de nuestro pobre hijo desvalido... —Pone una mueca pervertida para hacerme rabiar.

Lo hace para tomarme el pelo, evidentemente nuestro hijo es de todo menos desvalido. Ha heredado el atractivo físico de su padre y también la pasión por la caza femenina. De hecho, Ares le regaló su querida lanza cuando Eros cumplió los 25, todavía no me han contado ninguno de los dos qué gran hallazgo propició semejante obsequio. Temo las charlas que su padre le pueda dar cuando se meten los dos en su cuarto y me dicen «asunto de hombres». Menos mal que, por otro lado, también es inteligente y respetuoso como yo...

—No me gustaría que hiciese sufrir a las chicas, Ares.

—Si no las hace sufrir, no sabrá con cual quedarse. La que tenga agallas de luchar contra él, que lo haga. —Me guiña un ojo, lo que provoca que me parta de risa. No tiene remedio.

Mañana cumple 66 años, nada menos. Aunque las arrugas hayan invadido sus ojos, sigue teniendo el mismo brillo en ellos que el primer día que lo vi. Y desde luego, sigue teniendo el mismo imán para las mujeres, porque a más de una he pillado haciéndole ojitos en el teatro, pero son todas invisibles, ya que él solo me dedica sus atenciones a mí, en exclusiva.

—Estaba recordando ahora mismo cuando nos presentamos en las oficinas del CNI. Me dejaste boquiabierto cuando sacaste aquella tarjeta y nos acompañaron directamente al despacho del mismísimo director, sin preguntar... ¡Fue de cine! Creo que entonces me reenamoré de ti. — Un fulgor maquiavélico asoma a sus ojos al recordarlo.

—Menos mal que te decidiste a venir conmigo, —respondo— así ambos pudisteis debatir todo con respecto al club y las demás mentiras que Jairo les quiso contar. Yo sola no hubiese tenido argumentos suficientes. —Recuerdo que estuvieron casi seis horas contrastando información

—¡Ojalá ese cabrón se pudra en la cárcel! —comenta, intentando no sonreír porque sabe que en el fondo me da pena.

Se le juntaron tantos cargos que le metieron un montón de años entre rejas, no sé ni si habrá salido ya. Solamente por los latigazos que asestó a Ares, que fue juzgado como un claro abuso de autoridad, le cayeron 20 años, por abuso de autoridad, y si a eso le añadimos extorsión, falsa identidad, estafa al CNI...

—Al menos no volverá a estafar a nadie más. —El hecho de que su odio descanse para siempre sobre el pecho de mi marido, provocó que le sirviésemos una bien fría y meditada venganza.

Ares me pasa una taza de café con leche y se sienta junto a mí en el gran sofá del porche, pasando su brazo alrededor de mis hombros, para admirar juntos la puesta de sol, como cada tarde.

—¡Qué felices hemos sido, Ares! —le digo, removiendo el azúcar de la taza con la cucharilla.

—Y lo que nos queda todavía, fiero —me contesta, en su tono alegre habitual.

Siempre ha sido el pilar fundamental de mi vida. La roca en la que me he sostenido para todo. Ha estado junto a mí en los buenos momentos, pero sobre todo, en los malos y jamás me ha fallado.

—¿Recuerdas nuestra boda? —le pregunto.

—Recuerdo más a menudo la luna de miel, mmmmm... —dice con una voz ronca, que todavía despierta mis instintos más básicos.

—¡Venga ya, Hunter! —Río.

—No lo recuerdo demasiado bien, lo único que se me viene a la mente es lo desquiciada que estuviste los días de antes, casi al nivel de aquel gato psicópata...

—¡Gólum! —No puedo evitar soltar una carcajada al acordarme de cómo se odiaban los dos, mi bolita peluda nunca le aceptó, incluso en su lecho de muerte le asestó el último arañazo, esa fue su despedida, luchando por mi corazón hasta el último suspiro.

—Estuve a punto de convertirme en el primer divorciado de la historia sin haberme casado antes... —Le encanta tomarme el pelo para que me ría.

—Qué emocionantes fueron tus votos... —Me quedo pensativa, pasando olímpicamente de sus comentarios, intentando recordar cuáles fueron sus palabras exactas, hay veces que me falla la memoria.

Entonces se incorpora, poniéndose frente a mí en el asiento, deja mi taza sobre la mesa para tomar mis manos entre las suyas y me mira con devoción.

—Mientras yo viva nada te hará daño. Mientras me quede un solo instante de aliento, te amaré. Y mientras el sol se alce en el cielo cada día, lucharé por hacerte sonreír. —Una lágrima asoma en mis ojos. Me da un tierno beso en los labios.

Me emociono cada vez que le escucho recitármelos. Y es que lo visualizo en el altar frente a mí, tan guapo, mirándome con esos ojos, completamente loco por mí.

—Hasta hoy he cumplido mi promesa.

—La has cumplido con creces mi amor, porque he sido la mujer más feliz del mundo junto a ti. ¿Y tú, has sido feliz junto a mí, Ares?

—Keira, tú apareciste para salvarme, gracias a ti encontré mi camino en esta vida y me harás encontrarlo en la siguiente, estoy seguro. Tenemos lo mejor que jamás podría imaginar, nuestro hijo. Cada día al despertar doy gracias por ser digno de tu amor.

—Te quiero, Ares Hunter.

Nos besamos con dulzura.

Y así, un día más, cae la noche y nos arropa con su gran manto de estrellas, el cual admiro acurrucada sobre el pecho de mi marido, en nuestra cama de Cancún, donde viviremos felices y enamorados para siempre. Como dos dioses en el Olimpo.

A stylized, cursive signature of the name 'Anabel Garcia' in black ink, centered on the page.

